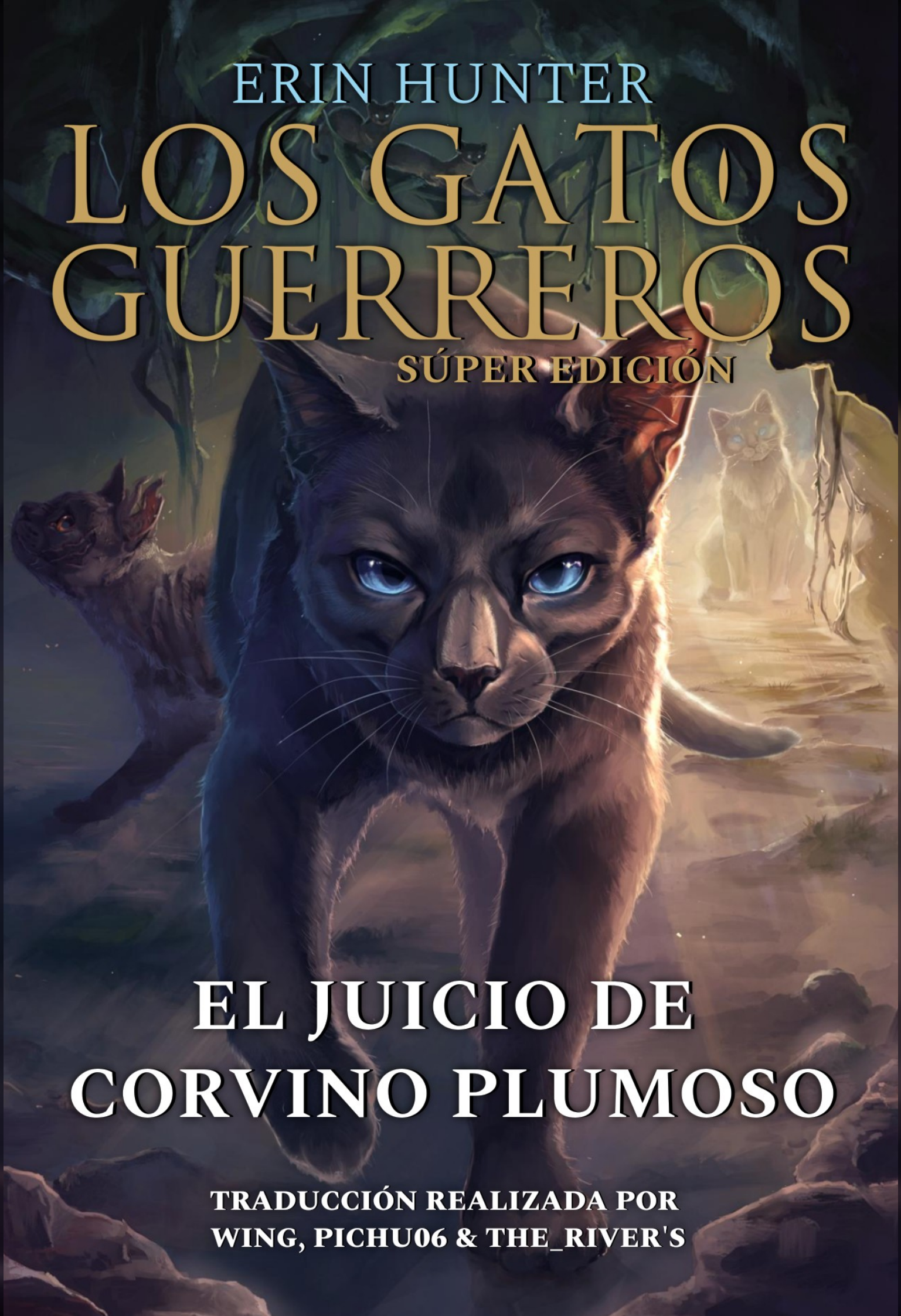
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

SÚPER EDICIÓN



EL JUICIO DE CORVINO PLUMOSO

TRADUCCIÓN REALIZADA POR
WING, PICHU06 & THE_RIVER'S

DEDICATORIA

Gracias especiales a Cherith Baldry.

Libro original: “Warriors: Crowfeather’s Trial” *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada y encabezados: ***Zofia Kledzik***.
Arte del cómic: ***James L. Barry***.

Traducción: ***Wing***, ***Pichu06*** *y* ***TheRiver’s***.
Traducción del cómic: ***Monki_Donki***.
Edición de portada: ***Monki_Donki***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio

Publicado: 1/9/24
Última actualización: 1/9/24

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
El Clan de Trigueña.
La Rebelión de Pelaje Manchado.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
Un Ladrón en el Clan del Trueno.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Guías de Campo:

Código de los Clanes.

Quinta Saga Principal "Una Visión de Sombras":

1. La Búsqueda del Aprendiz.
2. Trueno y Sombra.
3. Cielo Destrozado.
4. La Noche más Oscura.
5. Río de Fuego.

6. La Tormenta Furiosa.

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. Estrellas Perdidas.
2. El Deshielo Silencioso.
3. Velo de Sombras.
4. Oscuridad Interna.
5. El Lugar Sin Estrellas.
6. Una Luz en la Niebla.

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. Río.
2. Cielo.

Extras:

Las Hierbas Desaparecidas.
La Profecía Oculta.
El Telón Cae: Eligiendo Qué Gatos Van a Morir.
¿Infelices Después de Todo? Acabando los Romances Condenados.
La Verdad sobre Medianoche.

CONTENIDO

Dedicatoria…….. 2
Filiaciones…… 7
Prólogo…….. 14
Capítulo 1…….. 19
Capítulo 2…….. 33
Capítulo 3…….. 41
Capítulo 4…….. 48
Capítulo 5…….. 54
Capítulo 6…….. 64
Capítulo 7…….. 69
Capítulo 8…….. 75
Capítulo 9…….. 80
Capítulo 10…….. 85
Capítulo 11…….. 93
Capítulo 12…….. 105
Capítulo 13…….. 110
Capítulo 14…….. 115
Capítulo 15…….. 120
Capítulo 16…….. 131
Capítulo 17…….. 139
Capítulo 18…….. 149
Capítulo 19…….. 156
Capítulo 20…….. 162
Capítulo 21…….. 168
Capítulo 22…….. 173
Capítulo 23…….. 181
Capítulo 24…….. 192
Capítulo 25…….. 200

Capítulo 26…….. 208
Capítulo 27…….. 216
Capítulo 28…….. 223
Capítulo 29…….. 229
Capítulo 30…….. 234
Capítulo 31…….. 241
Capítulo 32…….. 246
Capítulo 33…….. 253
Capítulo 34…….. 255
Cómic…….. 261

FILIACIONES

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA DE BIGOTES —** gato marrón atigrado.

LUGAR-TENIENTE — **LEBRÓN —** macho marrón y blanco.

APRENDIZ, ZARPA LEVE (gato negro con una mancha blanca en el pecho).

CURANDERO — **VUELO DE AZOR —** gato gris moteado con manchas blancas como plumas de azor.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

CORVINO PLUMOSO — gato gris oscuro de ojos azules.

APRENDIZA, ZARPA DE PLUMA (gata gris atigrada).

NUBE NEGRA — gata negra.

APRENDIZ, ZARPA ULULANTE (gato gris oscuro).

GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN — gato naranja de patas blancas.

HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

APRENDIZ, ZARPA DE AVENA (macho atigrado marrón claro).

RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA — gata atigrada marrón claro de ojos azules.

VENTOLERO — macho negro de ojos ámbar.

MANTO ESPINOSO — gata gris y blanca.

PATAS ACECHANTES — gato rojizo.

ALA DE ALONDRA — gata atigrada marrón claro.

CAÑAMERA — gata atigrada marrón claro.

VETERANOS

(guerreros y reinas ya retirados)

COLA BLANCA — pequeña gata blanca.

NARIZ DE BIGOTES — gato marrón claro.

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA ZARZOSA — atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE

ESQUIRUELA — gata rojizo oscuro de ojos verdes y una pata blanca.

CURANDE-ROS

GLAYO — gato atigrado gris de ciegos ojos azules.
HOJARASCA ACUÁTICA — gata marrón claro atigrado de ojos ámbar, con patas y pecho blanco.

GUERREROS

LÁTIGO GRIS — gato de pelo largo, gris uniforme.
MANTO POLVOROSO — gato marrón oscuro atigrado.
TORMENTA DE ARENA — gata color melado claro de ojos verdes.
FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.
NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo.
MILI — gata con atigrado gris de ojos azules.
ESPINARDO — atigrado marrón claro.
ZANCUDO — gato negro de largas patas, con el vientre marrón y los ojos ámbar.
CANDEAL — gata blanca de ojos verdes.
APRENDIZA, ZARPA DE CEREZA (gata rojiza).
BETULÓN — atigrado marrón claro.
BAYO — macho color crema de cola cortada.
RATONERO — gato gris y blanco.
CARBONERA — gata gris oscuro.
LEONADO — macho dorado atigrado de ojos ámbar.
CHARCA DE HIEDRA — gata blanca y plateada de oscuros ojos azules.
ALA DE TÓRTOLA — gata gris claro de ojos verdes.

PÉTALO DE ROSA — gata color crema oscuro.

APRENDIZ, ZARPA DE TOPO (gato marrón y crema).

ROSELLA — gata moteada.

APRENDIZA, ZARPA DE LIRIO (pequeña gata gris oscuro atigrada con manchas blancas).

LUZ DE GARBEÑA — gata marrón oscuro con los cuartos traseros paralizados.

FLORES CAÍDAS — gata tricolor con manchas bancas.

LÁTIGO DE ABEJORRO — gato gris claro con rayas negras.

APRENDIZA, ZARPA DE SEMILLA (gata marrón dorada).

REINAS

CENTELLA — gata blanca con manchas canela (madre de Pequeño Nieve, un gatito blanco esponjoso; Pequeña Ámbar, una gata rojizo claro; y Pequeño Rocío, un macho gris y blanco).

DALIA — gata color crema de pelaje largo, viene del cercado de los caballos.

VETERANOS

PUMA — gato gordo con el hocico gris, anteriormente un solitario.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA NEGRA — gran gato blanco con patas negras como el azabache.

LUGAR-TENIENTE

SERBAL — gato rojizo.

CURANDERO

CIRRO — atigrado marrón muy pequeño.

GUERREROS

GRAJO — gato negro y blanco.

TRIGUEÑA — gata moteada de ojos verdes.

APRENDIZA, ZARPA DE HIERBA (gata marrón claro atigrada).

GARRA RAPAZ — atigrado marrón claro.

PELAJE DE CARBÓN — gato gris oscuro.

CORAZÓN DE TIGRE — atigrado marrón oscuro.

GARRA DE HURÓN — gato crema y gris.

APRENDIZ, ZARPA DE PÚAS (gato marrón oscuro con pelos en forma de púas en la cabeza).

NARIZ DE PINO — gata negra.

PELAJE DE ARMIÑO — gata carey y blanca.

COLA SALTARINA — gato marrón atigrado.

REINAS

AGUZANIEVES — gata elegante, ágil y musculosa de un blanco puro y ojos verdes.

CANELA — gata color crema.

VETERANOS

CRÓTALO — gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA — gata blanca de largo pelo, ciega en un ojo.

LOMO RAJADO — gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

CHAMUSCADO — gato negro.

PELOSA — gata atigrada de pelaje largo que le apunta en todas direcciones.
YEDRA — gata blanca, negra y carey.

CLAN DEL RÍO

LÍDER

ESTRELLA VAHARINA — gata gris azulado de ojos azules.

LUGAR-TENIENTE

JUNCAL — gato negro.

APRENDIZ, ZARPA DE LAGARTIJA (gato marrón claro).

CURANDE-RAS

ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada.

BLIMA — gata gris atigrada.

GUERREROS

AJENJO — gato gris claro atigrado.

COLA PALOMINA — gata gris oscuro.

NARIZ MALVA — gato marrón claro atigrado.

APRENDIZA, ZARPA REFUGIADA (gata negra y blanca).

MANTO MONTÉS — gato marrón claro.

VESPERTINA — gata atigrada marrón.

MUSGOSA — gata blanca y carey.

APRENDIZA, ZARPA DE PERCA (gata gris y blanca).

MANTO RELUCIENTE — gata plateada.

CORAZÓN DE LAGO — gris atigrada.

ALA DE GARZA — gato gris oscuro y negro.

NÍVEA — gata blanca de ojos azules

REINAS

PELAJE DE PÉTALOS — gata gris y blanca.

VETERANOS

SALTÓN — gato blanco y canela.

GUIJARRO — gato gris moteado.

COLA VELOZ — gato marrón claro atigrado.

PRÓLOGO

Corvino se apretó de nuevo contra la grieta. Hizo una mueca de dolor ante las afiladas puntas de roca que se clavaban en su pelaje; le dijeron que el espacio era demasiado poco profundo para resguardarlo. Dejó escapar un grito de terror mientras miraba la cabeza y los hombros de Colmillo Afilado, el enorme gato-león. Colmillo Afilado se inclinó sobre él, raspando la roca con las enormes garras de una de sus patas. La luz de la luna que se filtraba a través de la cascada proyectaba un resplandor en su rostro, mostrando a Corvino unos labios retraídos en un gruñido cruel, colmillos curvos y mandíbulas llenas de baba. El aliento rancio de Colmillo Afilado barrió a Corvino, y sus ojos se clavaron en él, salvajes de hambre.

«¡No puedo creer que vaya a morir así! —*Corvino pensó desesperadamente*—. ¡No después de todo lo que hemos pasado! Dejamos nuestros hogares, viajamos mucho y enfrentamos tantos peligros. Conocimos a la tejona Medianoche y descubrimos un nuevo destino para nuestros Clanes. Quiero ser parte de eso… ¡Quiero ser parte de nuestro futuro! Pero ahora se acabó…».

Corvino podía escuchar el llanto de los gatos de la Tribu y ver formas delgadas posadas en los salientes en lo alto del piso de la cueva en tonos de gris y marrón. Su mirada horrorizada buscó a Plumosa, y su corazón se calentó cuando vio su manto plateado. Estaba agachada junto a su hermano, Borrascoso, en una cornisa justo debajo del techo. «¡Es tan hermosa! No quiero morir antes de tener la oportunidad de…».

Entonces, de alguna manera, por encima de los aterrorizados gritos de los otros gatos y del gruñido de Colmillo Afilado, Corvino oyó a Plumosa.

—Ahora puedo oír las voces claramente —maulló ella—. Esto es algo que debo hacer.

Por un momento, el temor de Corvino fue desterrado por la confusión. «¿Qué voces?».

Hubo un destello plateado a la luz de la luna cuando Plumosa se lanzó desde la cornisa hacia una de las piedras puntiagudas que colgaban del techo. Por unos pocos latidos de corazón se aferró allí, clavando las garras en la roca.

Corvino escuchó a Borrascoso aullar:

—¡No!

Observó con horror, olvidando su propio peligro, como la piedra comenzaba a desprenderse del techo con un crujido enfermizo. No podía soportar el peso de Plumosa y estaba a punto de colapsar.

—¡Plumosa! —gritó—. ¡No! ¡Baja de ahí!

Pero era imposible que Plumosa escapara. Con un ruido sordo, la piedra se separó y se desplomó. Plumosa todavía se aferraba a ella, cayendo directamente hacia Colmillo Afilado. Corvino no podía soportar mirar, pero no podía apartar la mirada de la escena.

El gato-león levantó la vista; su gruñido se convirtió en un grito de dolor cuando la punta se abrió paso por entre su cuello. Cayó al suelo, retorciéndose de dolor, mientras Plumosa caía de la punta, golpeando el suelo de la cueva a su lado. Por un momento, Corvino quedó congelado por la conmoción mientras miraba a la gentil gata. Sus ojos estaban cerrados. Corvino no podía saber si estaba respirando. «¿Está viva?».

Borrascoso bajó por el suelo rocoso hacia su hermana. Junto a ellos, el gato-león se contrajo durante unos segundos, luego se estremeció y quedó inmóvil.

Colmillo Afilado estaba muerto.

—¿Plumosa? —susurró Borrascoso.

Corvino salió tambaleándose de su grieta, todavía temblando, y se agachó junto a los dos gatos del Clan del Río.

—¿Plumosa? —dijo con voz áspera, casi incapaz de mantener su voz firme—. Plumosa, ¿estás bien?

Aunque Plumosa no respondió, ahora Corvino podía ver la leve subida y bajada de su pecho.

—¡Está viva! —maulló, sus almohadillas cosquilleaban con esperanza.

—Estará bien. —La voz de Borrascoso se quebró, como si no creyera lo que estaba diciendo—. Tiene que estarlo. Ella… debe cumplir una profecía.

Pero un miedo terrible estaba creciendo dentro de Corvino. «¿Y si Plumosa acaba de cumplir la profecía?». *Había hablado de un felino plateado que los salvaría de un terrible gato-león. Corvino nunca había imaginado que realmente se haría realidad, o que el felino plateado fuese Plumosa. ¿Pero eso significaba que su historia terminaba aquí?* «¿Y si nunca vuelve a casa para ayudar a llevar a su Clan a su nuevo territorio?».

Se arrastró hacia adelante hasta que su nariz tocó el hombro de Plumosa. Respirando profundamente, dejó que su dulce aroma fluyera a través de él, y gentilmente comenzó a lamer su pelaje. Pensó en el futuro con el que había soñado, donde encontraban la manera de estar juntos a pesar de ser de diferentes Clanes.

—Despierta, Plumosa —maulló—. Por favor, despierta.

Dejó escapar un grito ahogado cuando los ojos de Plumosa se abrieron. Ella miró cálidamente a Corvino, luego giró ligeramente la cabeza para mirar a Borrascoso.

—Tendrás que regresar a casa sin mí, hermano —murmuró ella—. ¡Salva al Clan!

—Plumosa —gruñó él a través de un doloroso nudo en la garganta.

Luego su cabeza volvió a moverse, su mirada se centró una vez más en Corvino. Tembló ante el intenso amor que vio en sus ojos azules. «No la merezco *—pensó—.* Nunca la merecí».

—Crees que tienes nueve vidas, ¿eh? —Plumosa susurró—. Te he salvado una vez… No hagas que tenga que volver a salvarte.

—Plumosa… ¡Plumosa, no! —Mientras se debilitaba ante él, Corvino sentía como si un enorme peso estuviera aplastándole el pecho, de modo que apenas podía hablar—. No me dejes.

—No lo haré. —Las palabras fueron exhaladas tan débilmente que Corvino apenas pudo oírlas—. Siempre estaré contigo. Te lo prometo.

Entonces los ojos de Plumosa se cerraron, y no se movió ni habló otra vez.

Corvino se volvió para mirar el cuerpo de Colmillo Afilado, ensangrentado y cada vez más frío. Plumosa había matado al gato-león, cumpliendo la profecía de la Tribu, pero nada de eso se sentía bien. ¿De qué servía salvar a Corvino y a la Tribu si Plumosa tenía que dar su vida para hacerlo? Echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido sin palabras, que resonó en las paredes de la cueva, un derramamiento de todo su amor y angustia. Entonces la oscuridad se arremolinó a su alrededor y se acurruco junto a Plumosa en un nudo apretado de dolor. Sintió como si toda la luz en el mundo hubiera sido apagada. ¿Cómo podría vivir con esta pérdida?

Varias voces pasaron junto a él en la oscuridad: Escuchó a Borrascoso, culpándose a sí mismo por traer a Plumosa de vuelta a la Tribu. Volvió la cabeza para mirar al gato del Clan del Río.

—Es culpa mía. —La voz de Corvino era un susurro ronco—. Si me hubiera negado a regresar a la cueva, ella se habría quedado conmigo.

—No… —Borrascoso dijo suavemente, acercándose a Corvino, quien solo pudo inclinar la cabeza.

Podía escuchar a Rivera y Narrarrocas tratando de consolar a Borrascoso, pero ahora no habría consuelo para Corvino, tal vez nunca.

—La Tribu de la Caza Interminable dijo la verdad —maulló Narrarrocas—. Un felino plateado nos ha salvado a todos.

«Sí *—pensó Corvino—,* pero nadie la salvó a ella, y ahora los Clanes nunca serán los mismos». *Nunca. La palabra resonó alrededor de Corvino hasta que sintió que su corazón se rompería.* «Nunca seremos pareja o tendremos cachorros juntos. Nunca la volveré a ver. Nunca…».

Corvino Plumoso se despertó, temblando. Su pelo estaba empapado de rocío de la mañana, pero esa no era la razón del escalofrío que lo golpeaba profundamente

desde dentro. Habían pasado innumerables lunas desde que Plumosa había muerto matando a Colmillo Afilado, pero en su sueño se sentía como si estuviera sucediendo de nuevo. El dolor de perder a Plumosa se sentía como una herida fresca.

«*Pensé que nunca amaría a otra gata* —pensó—. *Y sin embargo, ahora…*».

Bajó la vista hacia la pequeña gata atigrada marrón y blanca que estaba acurrucada a su lado debajo de un espino. Su dolor por Plumosa lo había consumido, y le había llevado muchas lunas encontrar el camino fuera de la oscuridad. Ahora no podía entender cómo Hojarasca Acuática se había adentrado en su corazón, llenándolo de más alegría de la que había esperado sentir nuevamente.

Igual que Plumosa, ella era de otro Clan. Pero a diferencia de Plumosa, Hojarasca Acuática era una curandera, y había jurado nunca tener pareja. Esto hizo su amor aún más imposible que el primero. «*Realmente sé cómo complicar las cosas*», pensó Corvino Plumoso moviendo irónicamente los bigotes. La única forma en que él y Hojarasca Acuática podían estar juntos era hacer un gran sacrificio: dejar los Clanes y todo lo que habían conocido.

Pero habían decidido correr el riesgo. «*Sorprendentemente* —pensó Corvino Plumoso, al ver cómo el pecho de Hojarasca Acuática subía y bajaba—, *podríamos haber tenido un futuro juntos*».

Hojarasca Acuática había ido con él voluntariamente, hacia un territorio desconocido. Pero la noche anterior, se habían encontrado con la sabia tejona Medianoche, quien les había dicho que unos tejones salvajes se estaban reuniendo para atacar a los Clanes. La batalla sería feroz y sangrienta; gatos morirían. Hojarasca Acuática no había dicho nada sobre regresar, y él tampoco, pero mientras la observaba dormir, Corvino Plumoso supo lo que le diría cuando despertara. Su dedicación y lealtad al Clan del Trueno eran parte del por qué la amaba. Y eso significaba que su sueño de estar juntos pronto terminaría.

—Oh, Hojarasca Acuática —suspiró en voz alta—. Te habría cuidado hasta mi último aliento.

Como si sus palabras la hubieran alterado, Hojarasca Acuática se despertó, poniéndose de pie de un salto, con los ojos desorbitados y perturbados.

—¡Corvino Plumoso! —jadeó—. No puedo quedarme aquí. Tengo que volver. —Lo miró con los ojos muy abiertos y llenos de arrepentimiento.

Corvino Plumoso levantó la cabeza.

—Lo sé —maulló, la tristeza crecía dentro de él como una inundación—. Yo siento lo mismo. Tenemos que ir a ayudar a nuestros Clanes.

Podía ver el alivio en sus ojos mientras ella presionaba su hocico contra el de él. Deseaba poder quedarse así para siempre, pero demasiado pronto ella dejó escapar un ronroneo y maulló:

—En marcha.

Mientras caminaban por el páramo hacia su hogar, aunque ninguno de los dos lo dijo, Corvino Plumoso se dio cuenta de que estaba perdiendo a otra pareja: no tan terriblemente como había perdido a Plumosa, pero era igual de definitivo. Hojarasca Acuática estaba eligiendo regresar a su Clan porque la necesitaban, necesitaban a su curandera, y eso significaba que la única opción de Corvino Plumoso era reunirse con el Clan del Viento. Se imaginó cómo se sentiría al regresar a un campamento que

nunca había esperado ver de nuevo. Todo le parecería extraño a sus ojos; él mismo se sentiría como un extraño.

«*Si siquiera me aceptan* —pensó con amargura—. *Todos saben a dónde fui y por qué, y me culparán por irme. Habrá dudas sobre mi lealtad, eso seguro*».

—Nunca olvidaré lo que compartimos —murmuró Hojarasca Acuática mientras se acercaban a las piedras escalonadas que conducían a través del arroyo hacia el territorio del Clan del Trueno. Había dolor en su rostro, pero con una determinación que era más fuerte.

—Tampoco yo —Corvino Plumoso contestó.

Se detuvo al borde del arroyo, se apretó contra el costado de Hojarasca Acuática y abrió las mandíbulas para saborear su aroma por última vez. «*La voy a extrañar mucho* —pensó—. *Su suavidad, y su fuerza y coraje. Y cómo podríamos jugar juntos como si fuéramos cachorros de nuevo…*».

Hojarasca Acuática metió la nariz en el pelo de su hombro. Sus ojos ámbar estaban llenos de amor por él. «*Pero no es suficiente. No me ama lo suficiente. Su corazón está aquí, con su Clan. Ella es tan leal… Solo desearía que pudiera serme así de leal a* mí».

—Adiós, Corvino Plumoso —susurró Hojarasca Acuática—. Volveré a verte cuando esto haya terminado.

—¿Qué quieres decir con «adiós»? —Corvino Plumoso hizo su voz áspera. De no hacerlo, habría empezado a llorar como un cachorro perdido—. No pienso permitir que vayas sola sabiendo que hay tejones hostiles merodeando por aquí.

—Pero tienes que avisar al Clan del Viento —protestó Hojarasca Acuática.

—Lo sé, y lo haré. Pero primero voy a asegurarme de que llegas a tu campamento. No tardaremos mucho.

Hojarasca Acuática no discutió con él. Pero cuando la siguió a través de las piedras escalonadas y los árboles, Corvino Plumoso supo que solo estaba prolongando su angustia.

«*Eso es todo*», pensó mientras corría con ella. Cuando Hojarasca Acuática desapareció en la espesa maleza, supo que nunca volvería a estar con ella de esta manera. Se cruzarían durante las Asambleas y otros asuntos de Clan, pero tendrían que mantener su distancia, como si nunca se hubieran amado. No podía soportar imaginar cuánto le dolería. No podía pensar en nada peor. Si tenía suerte, tal vez un tejón lo destrozaría.

«*Si sobrevivo* —pensó—, *terminé con el amor*». Solo acababa en dolor y pérdida, un dolor en el vientre como si hubiera tragado piedras. «*De ahora en adelante* —juró mientras se obligaba a seguir a Hojarasca Acuática—, *solo me preocuparé por mi deber con mi Clan. No más amor, nunca más*».

Capítulo 1

El viento barrió el páramo, agitando el pelaje gris casi negro de Corvino Plumoso mientras se encontraba entre el resto de sus compañeros de Clan en la cima de la colina. Se reunieron en un círculo irregular alrededor de su líder de Clan, Estrella de Bigotes, que estaba junto a un pequeño montón de piedras. Corvino Plumoso recordó el arduo trabajo que había sido encontrar el número correcto de piedras redondeadas y empujarlas cuesta arriba hacia el lugar que habían elegido. Todavía le dolían las patas por el esfuerzo, y levantó una zarpa delantera para lamerse un rasguño en la almohadilla. «*Pero valió la pena, para hacer esto*».

—Honraremos a nuestros compañeros de Clan que cayeron en la Gran Batalla —maulló Estrella de Bigotes—. Cada una de estas piedras representa a un guerrero caído, para que nunca olvidemos su sacrificio. De ahora en adelante, una patrulla visitará este lugar todos los días, para repetir los nombres de los que murieron y dar las gracias.

«*Sí* —pensó Corvino Plumoso—. *De esa manera nunca olvidaremos su coraje. Nos salvaron del Bosque Oscuro*».

El líder del Clan hizo una pausa por un instante, luego inclinó la cabeza hacia el gato marrón y blanco que estaba de pie junto a él.

—Como nuestro nuevo lugarteniente, Lebrón —continuó—, deberías poner la última piedra en su lugar.

Corvino Plumoso se puso rígido, haciendo un esfuerzo consciente para no dejar que el pelaje de sus hombros se erizara mientras observaba a Lebrón empujar la piedra final a través del pasto elástico del páramo y deslizarla cuidadosamente hacia el hueco que se le dejó.

—Esta piedra es para Perlada —maulló Lebrón solemnemente—. Sirvió bien a su Clan.

Corvino Plumoso sintió una nueva punzada de dolor por su madre muerta, cuya garganta había sido arrancada por las garras de un guerrero del Bosque Oscuro, y se

dio cuenta de que su dolor se mezclaba con la decepción de no haber sido elegido como el nuevo lugarteniente del Clan. Era consciente de que algunos de sus compañeros de Clan le lanzaban miradas de reojo, como si también lo hubieran estado esperado. Después de todo, él era uno de los guerreros veteranos, y uno de los gatos elegidos para viajar al lugar donde se ahoga el sol para reunirse con Medianoche. «*Mis dos padres fueron lugartenientes* —pensó—, *y he renunciado a más cosas por mi Clan que cualquier otro gato… pero supongo que nunca seré lugarteniente. Bueno, Estrella de Bigotes quería enviar un mensaje eligiendo a un gato del Bosque Oscuro, y cualquiera que fuese ese mensaje de cerebro de ratón, ya fue enviado*».

Contuvo un suspiro, admitiéndose a sí mismo que este era un momento extraño para los Clanes, ya que intentaban unirse después de la Gran Batalla, hacía casi una luna. «*Es como si Vuelo de Azor intentara curar una herida con solo pegarle una telaraña, sin limpiarla ni usar ninguna hierba*».

Corvino Plumoso entrecerró los ojos mientras miraba a su líder de Clan. Estrella de Bigotes parecía relajado, satisfecho, sus ojos ámbar brillaban, como si realmente creyera que el Clan del Viento estaba unido de nuevo. Pero Corvino Plumoso sabía que no siempre funcionaba así. Y tal vez esa era otra razón por la que no había sido elegido. Era incapaz de fingir que la vida podía ser tan simple.

Cuando la última piedra estuvo en posición, Vuelo de Azor, el curandero del Clan del Viento, se colocó junto a la pila, mirando hacia el horizonte. El viento agitó su pelaje gris moteado, pero su voz sonó claramente a través del páramo.

—Sentimos la pérdida de todos nuestros compañeros de Clan muertos, pero sabemos que han sido bienvenidos en el Clan Estelar. Que encuentren buena caza, corrientes de agua y cobijo donde dormir.

Bajó la cabeza con el respeto más profundo, y luego regresó a la multitud de sus compañeros de Clan. Una oleada de acuerdo pasó a través del Clan, voces silenciadas con la solemnidad del momento.

Estrella de Bigotes comenzó a hablar de nuevo, pero a Corvino Plumoso le resultó difícil concentrarse al ver a su hijo Ventolero inmóvil en el borde, con expresión de enojo e incomodidad. «*Como siempre se ve*», pensó Corvino Plumoso con amargura. Su mente vagó fatalmente hacia la Gran Batalla, especialmente a cómo había tenido que hundir las garras en los hombros de Ventolero y empujarlo para evitar que matara a su medio hermano Leonado.

Sabía que Estrella de Bigotes había perdonado a Ventolero, así como a todos los otros gatos que habían entrenado en el Bosque Oscuro. Cada uno había hecho un nuevo juramento de lealtad al Clan del Viento. Pero Corvino Plumoso sabía que el resto del Clan no estaba tan ansioso por perdonar como su líder, y el gato al que les resultaba más difícil perdonar era Ventolero. Incluso ahora podía ver miradas sospechosas dirigidas hacia su hijo y sabía que escucharía susurros una vez que regresaran al campamento. Todos los demás guerreros del Bosque Oscuro habían recapacitado y lucharon junto a su Clan: todos excepto Ventolero. Él realmente había estado *con* el Bosque Oscuro; había luchado de su lado. Pasarían muchas lunas antes de que eso fuera olvidado.

Mientras Corvino Plumoso observaba a su hijo, Ventolero volvió la cabeza y, por un instante, sus miradas se encontraron. La mirada de Ventolero estaba oscura de ira y confusión. Entonces Corvino Plumoso apartó la mirada, no quería que Ventolero viera la mezcla de culpa y disgusto que podía sentir en sus ojos.

«*¿Cómo fracasé tanto como padre? ¿Cómo crié a un cerebro de pulga que creció para convertirse en un traidor al Clan del Viento? Es igual de útil que un zorro muerto*».

Estrella de Bigotes concluyó su discurso y, una vez terminada la ceremonia, el Clan comenzó a dividirse en grupos más pequeños, avanzando por la colina hacia el campamento. Corvino Plumoso notó que los otros gatos del Bosque Oscuro (Lebrón, Ala de Alondra, Manto Espinoso y Nariz de Bigotes) se dirigían juntos, como si todavía sintieran que no pertenecían al resto de sus compañeros de Clan.

«*Eso me temía*», pensó Corvino Plumoso. Estrella de Bigotes había convertido a Ala de Alondra en guerrera debido a su valentía en la Gran Batalla, y debido a las lesiones que Nariz de Bigotes había sufrido en esa misma batalla, Estrella de Bigotes lo había dejado retirarse con honor a la guarida de los veteranos. Y Lebrón era el nuevo lugarteniente. Pero nada de eso importaba si el resto de su Clan no los aceptaba. «*¿Por qué Estrella de Bigotes no puede ver eso? ¿Tiene abejas en el cerebro?*».

Corvino Plumoso regresó solo, caminando justo detrás de un grupo de sus compañeros de Clan.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Genista—. Estrella de Bigotes nos dice a todos que recordemos a los guerreros caídos, pero está bien con que los traidores que los mataron se queden en el Clan.

—Oye, eso no es justo —Patas Acechantes protestó, el pelaje rojizo del nuevo guerrero se erizó cuando se volvió hacia su antigua mentora—. Los gatos del Clan del Viento no mataron a sus compañeros de Clan. La mayoría de los gatos que entrenaron con el Bosque Oscuro se volvieron contra ellos cuando descubrieron lo que realmente estaba pasando.

—La *mayoría* —repitió Hojoso, dando un azote con su cola atigrada—. No todos.

Moviéndose como uno solo, los gatos se giraron para mirar a Ventolero, quien pasaba junto a ellos con Cola Brecina a su lado.

—Sé lo que quieres decir —murmuró Genista—. No parece correcto que Ventolero siga aquí. Sé que Estrella de Bigotes piensa que no es un traidor porque no trató de matar a ningún gato del *Clan del Viento*, pero ¿pelear del lado del Bosque Oscuro no es igual de malo? ¿Cómo podemos volver a confiar en él?

—Yo nunca lo haré —afirmó Hojoso con confianza.

—El Clan casi estaría mejor si algo le pasara a Ventolero —Genista maulló—. Como si un tejón se ocupara de él o algo así.

Corvino Plumoso no pudo reprimir un jadeo impactado. «*Gran Clan Estelar, ¿tienen plumas en el cerebro?*». No estaba seguro de que confiaba en Ventolero, pero no podía creer que había escuchado a una gata desearle la muerte a un guerrero de su propio Clan.

Los cuatro gatos chismosos se detuvieron, girándose para mirarlo con expresiones de horror en sus caras. Claramente no tenían idea de que él podía escuchar lo que decían.

—Ah… Corvino Plumoso… —comenzó Genista.

Corvino Plumoso la ignoró, no estaba de humor para darles la reprimenda que obviamente estaban esperando. «*Me importa una cola de ratón lo que piensan estos cerebros de pulga… no merecen el esfuerzo que necesito para insultarlos*». En lugar de eso, pasó junto a ellos con la cabeza gacha, dirigiéndose al campamento. Su manto se calentó de enojo cuando sintió que las miradas de sus compañeros de Clan lo atravesaban como picaduras de avispa.

Era horrible escucharlos hablar así de su hijo. Pero lo peor de todo era que… no podía discrepar con ellos.

De vuelta en el campamento, Corvino Plumoso buscó a su aprendiza, Zarpa de Pluma, y la encontró cerca del montón de carne fresca, compartiendo un campañol con Zarpa Leve y Zarpa Ululante. Notó con aprobación cómo ella mantenía su pelaje gris atigrado cuidadosamente arreglado, y su mirada alerta cuando lo vio acercarse. Él sacudió la cabeza para llamarla.

—Ven. Vamos a cazar.

Zarpa de Pluma se tragó apresuradamente el último bocado de presa y se pasó la lengua por las mandíbulas. Luego se puso de pie.

—¡Genial! Zarpa Ululante y Zarpa Leve también van a salir. ¿Podemos cazar todos juntos?

Corvino Plumoso estuvo a punto de negarse cuando Lebrón, el mentor de Zarpa Leve, se acercó para unírseles. La mentora de Zarpa Ululante, Nube Negra, caminaba justo detrás de él.

—Esa es una gran idea —maulló Lebrón—. Mientras más estilos de caza puedan ver los aprendices, mejor.

Corvino Plumoso gruñó internamente. Los últimos gatos con los que quería pasar el tiempo eran el nuevo lugarteniente y Nube Negra, quien era su expareja y la madre de su hijo del Clan del Viento. «*Nunca debería haberme vuelto su pareja* —pensó—. *Fue un intento de corazón de ratón de formar una familia en mi propio Clan*». Había estado enojado y amargado por haber perdido a Hojarasca Acuática. Él nunca había amado a Nube Negra, y ella nunca lo había perdonado por eso.

Nube Negra tampoco parecía muy complacida con esta idea, pero los tres aprendices intercambiaban miradas encantadas al pensar en entrenar juntos. Corvino Plumoso no sentía que tuviera muchas opciones; además, no quería decepcionar a Zarpa de Pluma.

—Está bien —murmuró.

—Estrella de Bigotes quiere que vayamos a cazar cerca de la frontera del Clan del Trueno —Lebrón anunció, reuniendo a la patrulla con un movimiento de la cola —. Ha habido informes de aromas extraños en esa área, y por alguna razón las presas escasean.

Corvino Plumoso asintió.

—Buena idea. El otro día intenté cazar allí y regresé con las patas vacías.

Lebrón tomó la delantera cuando la patrulla salió del campamento y se dirigió cuesta abajo hacia la frontera con el Clan del Trueno. Los aprendices corretearon juntos, empujándose unos a otros y alardeando de cuántas presas iban a atrapar.

El viento frío se había desvanecido a una leve brisa, y grandes manchas de cielo azul claro se mostraban entre las nubes. Corvino Plumoso olfateó el aire y captó el olor de un conejo.

—Tengo un buen presentimiento sobre el día de hoy —anunció Lebrón—. Creo que las presas correrán bien. —Parecía alegre, aunque Corvino Plumoso creía que tenía que ser consciente de la tensión entre él y Nube Negra, quien caminaba bajo junto a Zarpa Ululante como si intentara fingir que Corvino Plumoso no estaba allí.

«*¿Cuál es su problema? Bueno, no voy a rogar por su atención, si eso es lo que espera*».

El lugarteniente apenas había terminado de hablar cuando un conejo salió lanzado inesperadamente de una mata de pasto largo y huyó a través del páramo. Nube Negra corrió tras él; Corvino Plumoso no pudo evitar admirar sus fuertes y elegantes saltos y la forma en que sus músculos ondulaban bajo su manto negro. «*Pero ya no es mi pareja, y eso está bien para mí. La vida es más fácil ahora*».

Reprimiendo un resoplido de molestia, se volvió hacia Zarpa de Pluma.

—Mira a Nube Negra —le ordenó—. ¿Ves lo rápido que reaccionó? Y cuando el conejo cambia de dirección, no da ni un paso en falso. ¿Por qué?

La cabeza de Zarpa de Pluma se inclinó mientras buscaba la respuesta. Después de un momento, lo miró con los ojos muy abiertos e intrigados.

—No lo sé…

—Porque un buen cazador siempre está pensando —le dijo Corvino Plumoso—. Siempre alerta a la mejor ruta de escape de una presa. No puedes simplemente seguirla. Tienes que pensar hacia dónde va a correr. Eso es lo que está haciendo Nube Negra ahora.

Zarpa de Pluma asintió, con la mirada fija en la gata negra.

—¡Ella es genial!

Mientras hablaba, el conejo se desvaneció detrás de un afloramiento rocoso, con Nube Negra pisándole los talones. Un chillido agudo de terror fue bruscamente interrumpido, y un momento después, Nube Negra emergió de las rocas con el cuerpo inerte del conejo colgando de las mandíbulas.

—¡Lo consiguió! —exclamó Zarpa Ululante.

—¡Brillante captura! —Lebrón maulló cordialmente mientras Nube Negra regresaba al resto de la patrulla.

—Sí, buen trabajo —agregó Corvino Plumoso cuando sus ojos se encontraron brevemente con los de ella.

Nube Negra rápidamente apartó la vista de él.

—Gracias, Lebrón —maulló.

Corvino Plumoso se tragó un gruñido de molestia, no queriendo parecer enojado frente a los aprendices. «*¡Qué mezquina! Ni siquiera puede aceptar un elogio mío*».

Cuando Nube Negra terminó de tirar tierra sobre su conejo para recogerlo más tarde, la patrulla continuó descendiendo la colina. Corvino Plumoso fue el primero en detectar las orejas de punta negra de una liebre asomándose desde donde la criatura estaba agazapada en una profunda pendiente en el suelo.

—¿Quién puede decirme cuál es el problema aquí? —Lebrón preguntó a los aprendices en voz baja.

Zarpa de Pluma agitó la cola con entusiasmo, pero tuvo la sensatez de hablar en un suave murmullo mientras respondía:

—La brisa sopla dese nosotros hacia la liebre.

—Correcto —maulló Lebrón, mientras Corvino Plumoso se sentía orgulloso de que su aprendiza hubiera hablado primero—. Así que nos va a oler mucho antes de que podamos acercarnos lo suficiente como para saltar. ¿Qué creen que deberíamos hacer al respecto?

Esta vez fue Zarpa Ululante quien contestó.

—¿Movernos para estar en una posición mejor?

—Bien —lo elogió Lebrón—. Y esta es una de las veces en que puede ser mejor cazar en equipo, en lugar de hacerlo solo. Corvino Plumoso, voy a abrirme paso hasta el otro lado de la liebre. Cuando dé la señal, quiero que persigas la liebre hacia mí.

Corvino Plumoso asintió, pensando en que si él hubiera estado dirigiendo la patrulla, le habría dado esa tarea a uno de los aprendices. «*Pero debo ser un cerebro de ratón, porque Lebrón es el lugarteniente. ¿Qué sé yo?*».

—Está bien.

Lebrón se puso en marcha de inmediato, el pelaje de su vientre rozaba el suelo, aprovechaba cada trozo de refugio. Corvino Plumoso apenas podía distinguir su manto marrón y blanco entre el delgado pasto ondulado. Los aprendices observaban, flexionando las garras con anticipación.

Pero antes de que Lebrón estuviera en posición, una ráfaga de viento más fuerte pasó sobre el suelo. La cabeza de la liebre se levantó de su cobertura, moviendo la nariz. Luego saltó, huyendo de regreso a la colina, impulsándose con poderosos golpes de sus patas traseras. Lebrón se levantó, dando azotes con la cola por la frustración.

—¡Excremento de zorro! —exclamó.

Corvino Plumoso se arrojó tras la liebre, notando rápidamente que una forma negra corría a su lado. «*Nube Negra*».

—Intentaré adelantarla —jadeó ella—. La traeré de regreso a ti.

Aumentó su velocidad, pasando junto a la liebre y girándose para enfrentarla con los dientes al aire y las garras extendidas. La liebre casi se tropezó con sus patas cuando se dio la vuelta, deslizándose cuesta abajo. Corvino Plumoso agachó las patas traseras, lanzándose en un salto, luego aterrizó sobre ella y le hundió los colmillos en la garganta.

Una vez que la liebre estuvo muerta, Corvino Plumoso retrocedió, jadeando, y esperó a que Nube Negra se reuniera con él. Quería compartir el triunfo de una caza exitosa, tal como lo haría con cualquiera de sus compañeros de Clan, pero Nube Negra pasó de él y se dirigió hacia los demás como si no fuera consciente de que él existía. «*¿Quién hizo sus necesidades en su carne fresca?*». Corvino Plumoso se

encogió de hombros, levantó la liebre y la siguió. Si así era como ella quería que las cosas estuvieran entre ellos, él no iba a darle la satisfacción de demostrarle que le importaba.

—¡Wow, es enorme! —exclamó Zarpa Leve cuando Corvino Plumoso dejó caer su presa a las patas de Lebrón.

Corvino Plumoso asintió hacia el lugarteniente.

—Como dijiste, trabajo en equipo —maulló secamente.

Lebrón parecían un poco desconcertado.

—Vayamos más abajo —sugirió—. Podríamos encontrar algunas presas más pequeñas cerca de la corriente, y los aprendices pueden intentarlo.

—Eso también nos llevará más allá del lugar que Estrella de Bigotes nos pidió que revisáramos —Nube Negra agregó.

Cuando hubieron enterrado la presa, Lebrón tomó la delantera nuevamente, y se dirigió al tramo de bosque en el lado del Clan del Viento de la corriente fronteriza. Antes de llegar a los árboles, el lugarteniente se detuvo al borde de un matorral que se extendía sobre la ladera. Al pie de la pendiente, un tramo de terreno plano conducía a un banco empinado lleno de agujeros.

—Estrella de Bigotes cree que hay algo extraño aquí —maulló—. A ver si podemos averiguar qué es.

La cola de Zarpa Ululante se disparó en seguida al aire.

—¿Vamos a explorar los túneles? —preguntó—. ¡Genial!

—*Ustedes* no van a ir a explorar a ninguna parte —Nube Negra le informó con severidad, tocándole el hombro con la cola—. Todos los aprendices, manténganse atrás.

—Nunca podemos hacer *nada* —se quejó Zarpa Ululante, con la cola caída.

—Si no tienes cuidado, te encargarás de las garrapatas de los veteranos —le advirtió su mentora—. Ahora, veamos qué podemos oler.

Corvino Plumoso abrió las fauces para saborear el aire, y de inmediato un olor desconocido pasó a su lado.

—¿Huelen eso? —preguntó.

—Raro… —Lebrón murmuró—. Siento que debería reconocerlo, pero… No estoy seguro.

—Podría provenir de los túneles —señaló Nube Negra.

Corvino Plumoso se giró lentamente, mirando a su alrededor. Los túneles que se abrían en el banco se extendían por innumerables zorros de distancia debajo del territorio, uniendo al Clan del Viento y al Clan del Trueno. El agujero más cercano en el costado de la orilla empinada se abría solo a unas pocas colas de distancia. Era muy posible que algún tipo de animal hubiera hecho su guarida allí dentro.

—No hay ningún otro lugar del que pueda provenir —contestó a Nube Negra—. Tal vez deberíamos echar un vistazo.

A pesar de que él mismo había hecho la sugerencia, su pelaje se erizó con desconfianza ante la idea de adentrarse en la oscuridad bajo tierra. Tan pocos gatos usaban los túneles ahora que no tenía idea de en qué condición se encontraban en estos días.

—Zarpa de Pluma, se te dijo que te quedaras atrás —agregó, mientras su aprendiza estiraba el cuello para mirar dentro del enorme agujero.

Lebrón se detuvo, pensativo, con las fauces abiertas, y luego negó con la cabeza.

—El olor es bastante rancio —maulló—. Lo que sea que lo haya dejado, puede que se haya ido hace rato.

«*O tal vez simplemente hizo campamento muy adentro del túnel*». Sin embargo, Corvino Plumoso no pronunció este pensamiento en voz alta. El nuevo lugarteniente del Clan obviamente había decidido no investigar, y Corvino Plumoso se admitió a sí mismo que se sentía aliviado de permanecer al aire libre.

—Entonces, ¿vamos a cazar o no? —Nube Negra preguntó con irritación.

—Claro que sí —respondió Lebrón—. ¿Por qué no vemos lo que podemos encontrar por aquí? Si el olor es rancio, las presas podrían estar regresando.

—Buena suerte con eso —Nube Negra murmuró—. Han escaseado en este lado del territorio justo desde la Gran Batalla.

Lebrón se encogió de hombros.

—Aun así podemos intentar. Y podríamos encontrar algo útil.

Los tres guerreros se separaron, cada uno llevándose a su propio aprendiz. Corvino Plumoso no captó ningún olor a presa en el suelo, solo rastros débiles en el aire, pero finalmente vio un gorrión posado en una punta de roca que sobresalía. Perfecto para la práctica de un aprendiz.

Justo cuando estaba comenzando a aconsejar a Zarpa de Pluma sobre cómo saltar sobre él, un fuerte aullido partió el aire desde más lejos a lo largo de la orilla.

—¡Gran Clan Estelar! —exclamó—. ¿Qué fue eso?

Dio media vuelta y corrió a lo largo de la orilla hacia Zarpa Ululante, que estaba rígido, con la mirada fija en otra de las entradas del oscuro túnel. Su pelaje estaba tan erizado que se veía del doble de su tamaño. El manto de Corvino Plumoso se erizó con temor mientras se preguntaba qué podría haber asustado al aprendiz de esa manera. Zarpa Ululante no se asustaba fácilmente; por lo general, era un gato joven audaz y aventurero.

—¡Espera, ya voy! —Corvino Plumoso gritó mientras corría, casi esperando ver a un zorro o un tejón saliendo del túnel. «*Excepto que ese olor no era de un zorro o tejón*».

Cuando Corvino Plumoso se detuvo junto a Zarpa Ululante, creyó ver algo blanco y brillante en la boca del túnel, desapareciendo en la oscuridad.

«*Eso parecía una cola…* —pensó—. *¿O estoy viendo cosas?*».

Zarpa de Pluma se le unió, jadeando, mientras Nube Negra se apresuraba con un campañol en las mandíbulas. Lebrón y Zarpa Leve llegaron poco después.

—¿Qué pasó? —Nube Negra preguntó, dejando caer su presa—. ¡Zarpa Ululante, dime que no entraste en el túnel después de lo que les dije!

—¡No lo hice! —protestó el aprendiz—. Pero vi… vi algo ahí dentro. Un animal que nunca había visto, como un gato blanco puro y resplandeciente. Me miró directamente, como si quisiera decirme algo.

—Oh, por el amor al Clan Estelar, no seas tan cerebro de ratón —dijo Nube Negra—. Los gatos brillantes no existen, solo los del Clan Estelar, y ellos brillan

como *estrellas*. La verdad, con el escándalo que hiciste, ¡creí que un tejón te estaba arrancando el pelo!

—Sé lo que vi —maulló Zarpa Ululante obstinadamente—. Nunca vi algo así. ¡Fue aterrador!

Lebrón se quedó pensativo.

—Humazo, del cercado de los caballos, me dijo una vez que los mininos caseros a veces volvían después de morir, todos de un blanco resplandeciente, para visitar a sus Dos Patas. Dijo que había visto fantasmas con sus propios ojos.

—¡Esa es la cosa más de cerebro de pulga que he escuchado! —exclamó Corvino Plumoso, mirando a Lebrón. Ya era bastante malo que Zarpa Ululante estuviera tan asustado. No necesitaban que Lebrón lo alentara—. Tal vez los mininos caseros *creen* eso, pero ni siquiera se comunican con el Clan Estelar.

Lebrón le devolvió la mirada por un momento, pero finalmente miró hacia otro lado, como si estuviera avergonzado. «*Debería estarlo* —pensó Corvino Plumoso, molesto—. *¿Este es a quién eligió Estrella de Bigotes antes que a mí? ¿Un guerrero que apenas puede atrapar un conejo y ahora cree en fantasmas? Qué buen lugarteniente*».

—Vi un gato blanco resplandeciente —Zarpa Ululante insistió. Su pelaje volvía a alisarse, pero sus ojos aún estaban abiertos y asustados, y Corvino Plumoso pudo ver que Zarpa de Pluma y Zarpa Leve también estaban empezando a parecer preocupados, lanzando miradas nerviosas a la entrada del túnel como si, en cualquier momento, lo que fuera que el aprendiz hubiera visto fuera a salir lanzado de las sombras.

Corvino Plumoso sabía que era una tontería, pero de todos modos, algo en el fondo de su mente le molestaba. «*Si* existiesen *gatos fantasmas* —pensó—, *este sería el momento adecuado para que aparecieran. Perdimos a muchos de nuestros compañeros de Clan en la Gran Batalla*». Pero rápidamente desestimó el pensamiento. Claramente, estaba dejando que los aprendices (y su lugarteniente con cerebro de ratón) lo convencieran. Tenía que haber una explicación perfectamente razonable para lo que Zarpa Ululante había visto, pero ahora no era el momento de encontrarla.

—Creo que cazamos suficiente por un día —maulló de manera decisiva—. Llevemos nuestras presas de regreso al campamento.

Lebrón abrió la boca como para discutir, pero rápidamente la cerró y asintió con la cabeza. Corvino Plumoso sabía que el lugarteniente probablemente estaba irritado porque él estaba dando las órdenes, pero como estaba ansioso por abandonar el área, le hizo caso. Sin más discusión, la patrulla se puso en marcha, recogiendo sus presas a medida que avanzaban. El lugarteniente encargó las presas a los aprendices y los envió adelante, mientras él caminaba detrás con Corvino Plumoso y Nube Negra. Corvino Plumoso no pudo evitar darse cuenta de lo apagados que parecían los aprendices ahora, tan diferentes de su alegría anterior.

—No tengo idea de lo que se le metió a Zarpa Ululante. —Nube Negra aún sonaba enojada—. Por lo general es muy sensato.

—Lo sé —Lebrón respondió—. Por eso le creo. —Ante la expresión molesta de Nube Negra, continuó—: Mira, no estoy diciendo que fueran gatos resplandecientes, pero debe de haber visto *algo*.

—Así fue —Corvino Plumoso maulló pensativamente—. Lo sé porque yo también vi algo.

—Oh, en serio, ¿«viste algo»? —Nube Negra le dirigió una mirada de incredulidad—. ¿De casualidad no fue un resplandeciente gato blanco?

—No. —«*Cerebro de pluma*». Corvino Plumoso se tragó su ira, no queriendo comenzar una discusión con Nube Negra—. Pero sí algo blanco… Como una cola, tal vez, desvaneciéndose por el túnel. Podría haber otro animal allí.

—Pero no hay animales blancos en el páramo —Lebrón objetó—. Aun así… Quizás deberíamos informarle a Estrella de Bigotes.

—¿Qué puede hacer él al respecto? —preguntó Nube Negra.

—No estoy seguro —contestó Lebrón—. Pero se nos dijo que revisáramos esta área, y eso es lo que encontramos. Además, supongamos que este es el comienzo de algún tipo de problema, y *no* lo reportamos. El Clan no estaría preparado, y si algo terrible sucediera, sería nuestra culpa. Estrella de Bigotes necesita saber qué está pasando en su propio territorio.

Corvino Plumoso se sorprendió al encontrarse murmurando su acuerdo. Es probable que Lebrón no hubiera sido el lugarteniente que él habría elegido, pero tenía que admitir que todo lo que acababa de decir era cierto. Lo miró de reojo. Tal vez no era el peor lugarteniente que Estrella de Bigotes podría haber designado después de todo.

Corvino Plumoso aceleró el paso hasta que alcanzó a los aprendices. Zarpa de Pluma avanzaba con dificultad, cargando el conejo que Nube Negra había capturado antes; cuando ella lo miró, pudo ver preocupación en sus ojos.

—Todo estará bien, ¿sabes? —Corvino Plumoso la tranquilizó—. Si hay algo en los túneles, Estrella de Bigotes nos ayudará a averiguar qué hacer al respecto.

Zarpa de Pluma parpadeó hacia él.

—Lo sé —murmuró alrededor de su presa—. Solo desearía que pudiéramos estar seguros de lo que vio Zarpa Ululante.

—Lo estaremos pronto —respondió Corvino Plumoso—. Y luego, sea lo que sea, el Clan del Viento se ocupará del problema.

La cola de Zarpa de Pluma se disparó al aire y su mirada se despejó.

—¡Sí! El Clan del Viento puede lidiar con cualquier cosa.

Corvino Plumoso le hizo un gesto de aprobación, reflexionando sobre lo brillante que era la joven gata. Sería una gran guerrera. Se imaginó lo orgulloso que estaría si fuera su padre. Pero la idea hizo que se le revolvieran las entrañas, y de repente se sintió culpable, pensando en Ventolero y en cómo tenía una mejor relación con su aprendiza que con su hijo.

* * *

Al regresar al campamento, Corvino Plumoso divisó a Estrella de Bigotes fuera de su guarida, estirado bajo el pálido sol de la estación sin hojas. Se sentó, alertado cuando Lebrón condujo su patrulla a través del campamento hacia él.

—¿Encontraron algo ahí abajo? —preguntó.

Lebrón comenzó a explicar el extraño olor que habían captado cerca de los túneles, y cómo Zarpa Ululante, y tal vez Corvino Plumoso, había visto algo en una de las entradas.

—¡Era un fantasma! —interrumpió Zarpa Ululante—. ¡Un gato fantasma brillante!

Estrella de Bigotes la miró, desconcertado.

—¿Un fantasma? —repitió, moviendo los bigotes, confundido.

Lebrón explicó lo que había aprendido de Humazo en el cercado de los caballos, acerca de cómo afirmaba haber visto mininos caseros muertos regresar como brillantes «fantasmas» blancos. Corvino Plumoso pudo ver que Estrella de Bigotes escuchaba atentamente, pero también que no creía ni una palabra.

—Puedo ver que todos fueron muy valientes —dijo el líder del Clan a los aprendices cuando Lebrón había terminado—. Pero no creo que exista algo así como un «gato fantasma». Solo el Clan Estelar. Lo que viste debe haber sido un truco de la luz, o tu imaginación.

Zarpa Ululante todavía parecía rebelde, pero tenía el sentido común suficiente como para no discutir con su líder.

—Es ese olor extraño el que me molesta —continuó Estrella de Bigotes—. Parece que debe haber algo alrededor de los túneles, y no me gusta cómo suena eso. Creo que deberíamos organizar otra patrulla para que eche un vistazo dentro y lo compruebe.

—Me llevaré una ahora, si eso quieres —ofreció Lebrón.

Estrella de Bigotes negó con la cabeza.

—El sol se habrá puesto antes de que llegues —contestó—. Tendrá que ser mañana. Me imagino que alguna especie de animal hizo su hogar en los túneles —prosiguió—. No sería la primera vez que sucede, especialmente en el frío de la estación sin hojas. Pero si hay algo viviendo allí, tenemos que expulsarlo. Esos túneles son *nuestros*. —Bajando la mirada hacia los aprendices de manera tranquilizadora, agregó—: Zarpa Ululante, hiciste bien en detectar el potencial peligro, pero no quiero que ninguno de ustedes vaya por ahí difundiendo historias por todo el campamento. Quiero que todos mantengan la calma. Realmente no hay nada de qué preocuparse.

Corvino Plumoso quedó impresionado por la autoridad de su líder y la forma en que consoló a los aprendices, aunque dudaba que Zarpa Ululante pudiera mantener la boca cerrada sobre lo que había visto. Una vez que el primer impacto terminara, estaría demasiado emocionado como para quedarse callado. «*Y con demasiadas pelusas en el cerebro*».

—Bueno —Estrella de Bigotes maulló—, vayan y coman algo. No, tú no, Corvino Plumoso —agregó, cuando la patrulla comenzó a alejarse—. Quiero hablar contigo.

Corvino Plumoso se detuvo. «*¿Ahora qué?*», se preguntó.

Estrella de Bigotes esperó hasta que el resto de la patrulla se hubo ido.

—Dime otra vez lo que viste. Dame tantos detalles como puedas.

—Corrí hacia la entrada del túnel cuando oí a Zarpa Ululante gritar —Corvino Plumoso explicó—. Y pude vislumbrar algo blanco desapareciendo en la oscuridad. Creí que parecía una cola, pero no puedo estar seguro. Tal vez fue como dijiste, solo la luz… O mi imaginación haciéndome ver una amenaza.

Estrella de Bigotes escuchó atentamente, sin decir nada hasta que Corvino Plumoso hubo terminado. Luego sacudió la cabeza con tristeza.

—Si hubiera un momento en que los gatos del Clan del Viento vieran fantasmas, sería ahora —maulló, repitiendo el pensamiento anterior de Corvino Plumoso—. Perdimos a muchos compañeros de Clan en la Gran Batalla.

Corvino Plumoso asintió, con la garganta repentinamente seca. Era doloroso pensar en todos los gatos que nunca volverían a ver.

—La pérdida de Perlada debe tener un gran peso en ti —el líder continuó, con los ojos llenos de simpatía—. Sé que la extrañas todos los días.

Corvino Plumoso se encontró con la mirada de Estrella de Bigotes, sorprendido de escuchar al líder mencionar a su madre. Incluso el sonido de su nombre hizo que se le apretara el pecho de dolor. Hablar de su dolor por su madre todavía era demasiado. Tuvo que luchar para responder sin romperse.

—Sí, ha sido… difícil —admitió Corvino Plumoso finalmente, casi teniendo que empujar las palabras de su boca.

—Tal vez puedas encontrar consuelo en el resto de tu familia —Estrella de Bigotes sugirió—. Nube Negra y Ventolero.

Corvino Plumoso sintió sus músculos tensarse y no dijo nada. «*¿Tiene abejas en el cerebro? Estrella de Bigotes sabe muy bien que no hay consuelo para mí allí*».

—Pero así son las cosas, ¿no? —Estrella de Bigotes continuó—. Ventolero me dice que no lo has mirado desde la Gran Batalla. ¿Eso es cierto?

La furia comenzó a acumularse en el vientre de Corvino Plumoso. «*¡No quiero hablar de esto!*».

—Supongo que sí —murmuró.

—Entonces dime por qué —insistió Estrella de Bigotes—. Dejé en claro, como líder del Clan, que perdoné a Ventolero por su papel en la batalla. Y juró nuevamente lealtad al Clan del Viento. Entonces, ¿por qué, como padre de Ventolero, te niegas a aceptar eso?

—Sé que lo que dices es verdad —Corvino Plumoso respondió, luchando por no desatar sus frustraciones reprimidas con su líder—. Pero… bueno, sabes que atrapé a Ventolero a punto de matar a Leonado.

—Puede que Leonado sea hijo tuyo, pero él es un gato del Clan del Trueno —respondió Estrella de Bigotes en voz baja—. Ventolero es un gato del *Clan del Viento*. A mí me parece claro en dónde debería estar tu lealtad.

Corvino Plumoso retrajo los labios en el comienzo de un gruñido, pero no pudo encontrar nada que decir en respuesta a los argumentos de su líder. Sabía que lo que Estrella de Bigotes decía tenía sentido. Simplemente le resultaba difícil fingir que su tiempo con Hojarasca Acuática, y los cachorros que habían tenido juntos como resultado, no significaban nada para él. «*Pero nadie más que yo entendería eso*».

Durante unos segundos, Estrella de Bigotes se quedó en silencio.

—Corvino Plumoso —comenzó nuevamente—, ¿eres consciente de que muchos gatos pensaron que te elegiría como mi lugarteniente tras la muerte de Perlada?

Ahora Corvino Plumoso se sentía aún más incómodo. Independientemente de lo que otros gatos pensaran, la elección de un lugarteniente era decisión del líder del Clan, y Corvino Plumoso nunca había pensado en objetar contra la decisión de Estrella de Bigotes de escoger a Lebrón. Incluso si pensaba que era estúpido.

—Sí, lo sabía —admitió—. Pero…

—¿Sabes *por qué* hice la elección que hice?

Corvino Plumoso tomó una respiración profunda y calmada, deseando poder ver el punto de estas preguntas. «*¿Porque tienes el cerebro de un ratón?*».

—Supongo que al elegir a Lebrón, enviaste el mensaje de que se puede confiar en los gatos del Bosque Oscuro.

—Eso es cierto —coincidió Estrella de Bigotes—. Pero también hay una razón por la que *no* te elegí a ti.

Corvino Plumoso irguió las orejas, sorprendido.

—¿La hay?

—Sí —Estrella de Bigotes maulló severamente—. Porque te preocupas por tu propio enojo y prejuicios más de lo que te importa el Clan del Viento.

—¡Eso no es cierto!

«*¿O sí?*».

—¿No habrías aceptado a Ventolero si no lo fuera? —Estrella de Bigotes lo desafió—. Él es tu compañero de Clan, por no mencionar que es tu propio hijo. Aceptarlo claramente sería lo mejor para tu Clan.

Corvino Plumoso no tuvo respuesta a esto. Sintió que sus bigotes se movían con irritación mientras miraba hacia otro lado.

—Soy tu líder —Estrella de Bigotes continuó—, y he dicho que *confiaremos* en él. Pero eliges no seguir mi ejemplo. En lugar de confiar en tu propio hijo, te aferras a tu enojo y decepción.

Corvino Plumoso se quedó en silencio, flexionando las garras mientras luchaba por calmarse. Una parte de él sentía que debía saltar sobre Estrella de Bigotes y pasarle las garras por su pelaje atigrado. Pero sabía que atacar a su líder sería una locura. Si ponía una garra sobre Estrella de Bigotes, sería expulsado del Clan del Viento para siempre. Incluso pensar en hacerlo lo sorprendió y lo confundió. ¿Por qué estaba tan enojado todo el tiempo?

—Espero más de ti, Corvino Plumoso —prosiguió Estrella de Bigotes—. Eres un guerrero valiente y talentoso. Pero necesitas llegar al fondo de tus propios problemas y convertirte de nuevo en un verdadero guerrero del Clan del Viento.

—¿Sabes a qué he renunciado para ser leal al Clan del Viento? —preguntó Corvino Plumoso, y su enojo finalmente se desbordó—. ¡He sacrificado tanto, y te importa una cola de ratón!

No obstante, incluso mientras decía estas palabras, la culpa comenzó a filtrarse en su mente. Hubo un tiempo en que habría dejado al Clan del Viento por estar con Hojarasca Acuática; fue la decisión de ella la que los llevó de regreso a los terrenos

de caza junto al lago. Por la forma en que Estrella de Bigotes lo miraba, Corvino Plumoso se dio cuenta de que eso sospechaba.

Estrella de Bigotes inclinó la cabeza.

—Sé lo que has sacrificado, o lo que tú crees que sacrificaste —maulló—. Pero si fueras verdaderamente un gato del Clan del Viento por encima de todo lo demás, no te habrías metido en esa situación. Y una vez que lo hicieras, habrías aceptado por qué tenía que terminar. No seguirías amargado por eso.

Lleno de rabia y confusión, Corvino Plumoso dejó que sus garras se deslizaran y se hundieran con fuerza en el suelo; sintió como si su sangre burbujeara y que su pelaje se erizaba. No sabía cómo responder.

—Ya puedes irte —le dijo Estrella de Bigotes con un gesto desdeñoso de la cola —. Esta noche, Vuelo de Azor irá a la reunión de la media luna —agregó—. Tal vez el Clan Estelar le dé alguna guía. Y mañana enviaré otra patrulla para ver si podemos averiguar qué está pasando en los túneles.

Corvino Plumoso esperó hasta que su pelaje dejó de estar erizado. Luego bajó la cabeza respetuosamente hacia su líder de Clan y se alejó. Mientras se dirigía al montón de carne fresca, vio a Nube Negra y Ventolero hablando juntos. Se separaron y levantaron la cabeza para mirarlo mientras pasaba, con los ojos entrecerrados con desconfianza. Corvino Plumoso pensó en lo que Estrella de Bigotes acababa de decir, en dejar ir su enojo. «*Pero no estoy listo para hacer eso. Todavía no*».

Aún más molesto, Corvino Plumoso tomó un tordo del montón y se lo llevó al borde del campamento, lejos de cualquier otro gato. Comió solo, con mordidas rápidas y enojadas. «*He dado todo por mi Clan* —pensó con resentimiento—. *¿Qué más quiere Estrella de Bigotes de mí?*».

Capítulo 2

Corvino Plumoso persiguió a un conejo a través del páramo, deleitándose con la sensación del viento frío que fluía a través de su pelaje y la fuerza de sus propios músculos cuando se juntaban y estiraban para propulsarlo sin esfuerzo tras su presa. Corría tan rápido que apenas sentía sus patas tocar el duro pasto del páramo.

Un agujero en un banco se alzaba por delante suyo: la entrada a uno de los túneles. El conejo se hundió en él, y sin vacilar, Corvino Plumoso lo siguió. Persiguió al conejo por los túneles que se torcían mucho más de lo que recordaba, cada vez más estrechos, hasta que pudo sentir su pelaje rozando ambos lados en la oscuridad.

Finalmente, Corvino Plumoso se detuvo, con los costados agitados. Ya no podía oler al conejo, o escuchar el escarbar de sus patas en el suelo de piedra del túnel. Un frío húmedo le subió por las almohadillas, y se dio cuenta con la primera oleada de pánico de que el pasadizo era demasiado estrecho como para que se diera la vuelta. No tenía idea de dónde estaba.

Lentamente, comenzó a avanzar, le latió el corazón con fuerza cuando sintió agua fluir alrededor de sus patas, más profunda a medida que avanzaba hacia adelante. «*Se han ahogado gatos aquí*», pensó.

El pelo de su vientre rozaba el agua cuando vio una luz débil y parpadeante delante de él. Con la esperanza de haber encontrado una salida, avanzó más rápidamente, hasta que llegó a un lugar donde la pared del túnel estaba excavada a un lado para formar una especie de guarida. Las fauces de Corvino Plumoso se abrieron con sorpresa e incredulidad cuando reconoció a la gata que estaba sentada allí.

—¡Perlada! —soltó con dificultad.

Su madre estaba sentada con la cabeza erguida y la cola envuelta alrededor de las patas. Corvino Plumoso no sabía de dónde venía la pálida luz. Parecía que irradiaba de Perlada, pero no tenía el brillo helado en su pelaje que caracterizaba a los gatos del Clan Estelar.

Cuando Perlada vio a su hijo, se levantó y huyó por el túnel, sus patas que parecían rozar la superficie del agua.

—¡Espera! —gritó Corvino Plumoso, chapoteando torpemente tras ella—. ¡No me dejes! ¡Perlada!

Pero se había ido, y la luz se había ido con ella. Corvino Plumoso estaba solo en la oscuridad, con agua rozándole los hombros.

—Perlada, ¿por qué estás aquí? —preguntó, como si su madre todavía pudiera oírlo—. ¿Por qué no estás en el Clan Estelar?

No hubo respuesta, solo la voz de Perlada elevada en un chillido que resonó en todo el túnel como un trueno. El terror sacudió a Corvino Plumoso desde las orejas hasta la punta de la cola, y se despertó sobresaltado al encontrarse en la guarida de los guerreros bajo las estrellas. Se quedó jadeando y temblando mientras su horrible visión retrocedía.

«*¿Qué fue eso? ¿Solo un sueño? ¿O lo que Zarpa Ululante vio en la entrada del túnel era un verdadero fantasma… el fantasma de Perlada? ¿Está tratando de enviarme un mensaje?*». Tan pronto como se le ocurrió la idea a Corvino Plumoso, se sacudió la cabeza con enojo, molesto consigo mismo por haber pensado en algo tan de cerebro de ratón. Pero no pudo dejar de lado la idea. «*Si Perlada intentaba decirme algo, ¿qué podría ser?*».

Una vez más, Corvino Plumoso intentó encogerse de hombros ante el sentimiento, diciéndose a sí mismo que no fuese un tonto. En su sueño, el pelaje de Perlada era gris, tal como lo era cuando estaba viva, no el blanco brillante que Zarpa Ululante había descrito, y que había vislumbrado por sí mismo en el túnel.

«*Además, no pueden ser fantasmas* —se dijo a sí mismo—. *Probablemente Humazo solo estaba siendo estúpido*».

De todos modos, Corvino Plumoso todavía se sentía agitado hasta las profundidades de su vientre, y solo consiguió perturbados fragmentos de sueño antes de que el cielo comenzara a palidecer hacia el amanecer.

El sol aún no se había levantado cuando la voz de Estrella de Bigotes sonó con autoridad en todo el campamento.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí bajo la Roca Alta para una reunión del Clan!

Corvino Plumoso se levantó para ver a Estrella de Bigotes posado en lo alto de la Roca Alta, con su figura delineada contra el cielo iluminado. Lebrón y Vuelo de Azor estaban parados en la base de la roca.

«*¿Todo esto es realmente necesario, solo para anunciar quién irá en la patrulla hoy?*», Corvino Plumoso se preguntó, estirando las mandíbulas en un enorme bostezo. ¿O había algo más que el líder necesitaba decir?

Alrededor de Corvino Plumoso, más guerreros se levantaban de sus lechos, sacudiéndose pedazos de musgo de los pelajes y temblando por el frío de la mañana. Corvino Plumoso divisó a Nube Negra y Ventolero saliendo al aire libre para sentarse

al lado de la Roca Alta. Una de las patas delanteras de Corvino Plumoso se movió, como si quisiera acercarse y sentarse con ellos, pero luego se dio la vuelta y tomó posición al otro lado del grupo de gatos reunidos. «*De todos modos, no querrían que me sentara con ellos*», pensó, sorprendido de sentir pesadez en el pecho.

Cola Blanca y Nariz de Bigotes emergieron de la guarida de los veteranos en la antigua guarida de tejón.

—¿Qué se le metió ahora en el pelaje? —murmuró Nariz de Bigotes, deteniéndose para rascarse vigorosamente detrás de una oreja—. Sea lo que sea, ¿no podía esperar a que saliera el sol?

Los cuatro aprendices salieron de su guarida y se dejaron caer en un montón peludo en el borde de la multitud reunida. Corvino Plumoso adivinó por sus ojos bien abiertos y miradas emocionadas que esperaban noticias trascendentales, y Zarpa de Avena (el aprendiz de Hojoso, que no había estado con la patrulla de caza el día anterior) se veía tan emocionado como el resto.

«*Después de tanto decirle a Zarpa Ululante que no hablara de ello* —pensó Corvino Plumoso con ironía—. *Ese cerebro de plumas probablemente ya se lo contó a todos los aprendices*».

Cañamera se acercó al borde de la guarida de los guerreros y se sentó para arreglarse, mientras Rescoldo se dirigía a sentarse a su lado. Ala de Alondra se dirigía a unirse a ellos cuando los otros dos gatos le dedicaron una mirada helada. Corvino Plumoso vio a Ala de Alondra alejarse y agacharse junto a Nariz de Bigotes.

«*No me gusta cómo se ve eso* —pensó Corvino Plumoso—. *No debemos tratar mal a los aprendices del Bosque Oscuro, ya no*». Aquello le recordó incómodamente el momento en que había regresado al Clan del Viento después de irse con Hojarasca Acuática. A menudo recibía frías miradas como esa; habían pasado muchas lunas antes de que todos sus compañeros de Clan lo aceptaran de nuevo. «*Si es que alguna vez lo hicieron. Tal vez tomará el mismo tiempo para que los aprendices del Bosque Oscuro sean considerados verdaderos compañeros de Clan*».

Pero la reunión estaba a punto de comenzar, y Corvino Plumoso no tuvo tiempo de pensar más en lo que había visto.

La mirada de Estrella de Bigotes recorrió el campamento, comprobando que todos se habían reunido.

—Vuelo de Azor visitó la Laguna Lunar anoche, para la reunión de la media luna —comenzó eventualmente—. Tuvo una visión allí, una visión que tanto él como yo encontramos inquietante. Vuelo de Azor, por favor, dile al Clan lo que me dijiste.

Corvino Plumoso sintió una gran expectación cuando el joven curandero se levantó para dirigirse a la multitud.

—Cascarón vino a verme anoche en el Clan Estelar —anunció—, y me dio una visión de los túneles que se encuentran entre nuestro territorio y el del Clan del Trueno.

Corvino Plumoso se puso inmediatamente alerta, sintiendo que las almohadillas le picaban con temor. ¡Esto no podía ser una coincidencia! Tenía que tener algo que ver con lo que Zarpa Ululante y él habían visto el día anterior. «*O tal vez tiene que ver con mi sueño*».

—Cascarón me mostró las entradas de los túneles —continuó Vuelo de Azor—, y mientras observaba, vi cómo de ellas brotaban aguas oscuras en enormes torrentes, un diluvio que podría arrastrar gatos y ahogar completamente un campamento.

Mientras hablaba, murmullos de ansiedad se elevaron de los gatos que lo rodeaban. Corvino Plumoso vio a muchos de ellos intercambiar miradas temerosas. Sonaba como si un terrible destino estuviera acechando al Clan del Viento, como si estuvieran siendo perseguidos por un gran depredador. Corvino Plumoso estaba agradecido de que Cascarón, el excurandero del Clan del Viento, estuviera cuidando de ellos. «*Al menos el Clan Estelar nos está dando una advertencia*».

—Al principio —Vuelo de Azor prosiguió—, un viento salvaje se levantó e hizo retroceder el agua. Pero con el tiempo el viento cayó, y el agua siguió corriendo y brotando en una segunda ola enorme hasta que se lo tragó todo. —El gato gris moteado se estremeció ante el recuerdo—. El sonido fue insoportablemente fuerte.

Corvino Plumoso reprimió un escalofrío al recordar el momento horrible de su sueño en que se había quedado solo en el oscuro túnel con agua hasta los hombros.

—Pero, ¿qué significa? —Rescoldo llamó desde donde estaba sentado al lado de Cañamera.

Vuelo de Azor vaciló un momento antes de responder.

—Creo que significa que algo peligroso está al acecho en los túneles —maulló eventualmente—. La forma en que el viento controlaba el agua sugiere que el Clan del Viento puede ganar este conflicto. Pero el viento también cayó repentinamente. Quizás eso signifique que será una dura batalla.

Por un momento, los gatos del Clan del Viento se miraron en silencio. Entonces se escuchó un súbito clamor, gatos expresaban ideas de lo que podría significar la visión y luego discutían las sugerencias de los demás. Estrella de Bigotes maulló por silencio, pero nadie lo escuchaba.

—Los túneles se han inundado antes. —La voz de Turón se elevó por encima del resto—. Tal vez va a pasar de nuevo.

Ahora el Clan estaba en silencio, meditando sus palabras. Después de un momento, Lebrón maulló:

—Podrías tener razón. Pero yo, y el resto de la patrulla que estaba conmigo ayer, olimos algo raro en las entradas del túnel. Y Zarpa Ululante vio…

—¡Gatos fantasma! —interrumpió Zarpa Ululante, poniéndose de pie de un salto, con el pelaje de los hombros erizado—. ¡Vi gatos fantasma!

El aprendiz se mantuvo erguido, con el pecho inflado. Corvino Plumoso adivinó que, aunque estaba asustado, Zarpa Ululante estaba disfrutando de la atención y la sensación de importancia que su anuncio le había dado. Nube Negra le estaba echando una mirada molesta, como si a ella no le agradara ver a su aprendiz presumiendo en una reunión de Clan. «*No soy curandero, pero puedo ver a Zarpa Ululante quitando garrapatas en el futuro*», pensó Corvino Plumoso con un resoplido irónico de diversión.

Aullidos de incredulidad y confusión recibieron las palabras de Zarpa Ululante, mientras Estrella de Bigotes agitaba la cola con irritación.

—Bien —espetó—. Zarpa Ululante, dile al Clan lo que crees que viste.

—¡Un gato fantasma! —contestó Zarpa Ululante, sus ojos se volvieron con asombro—. Era todo blanco y brillante, y me miró como si quisiera darme un mensaje.

—¿Un mensaje para ti? —Nariz de Bigotes resopló desdén—. ¿Por qué le daría un mensaje a un aprendiz?

—¿Y cuál era el mensaje? —preguntó Genista.

Zarpa Ululante le dio al pelo de su pecho una lamida avergonzada.

—No lo dijo. Simplemente desapareció nuevamente en el túnel.

Cola Brecina dejó escapar un ronroneo de diversión.

—¿O tal vez le salieron alas y se fue volando?

—¡Claro que no! —exclamó Zarpa Ululante indignado—. Sé lo que vi. Y Corvino Plumoso también lo vio.

Corvino Plumoso se tensó para no retroceder mientras todos los gatos volteaban las miradas hacia él.

—Vi *algo* —admitió—. Pero no era un gato fantasma. No hay tal cosa como gatos fantasma.

Para su consternación, muchos de sus compañeros de Clan parecían asustados, como si creyeran lo que Zarpa Ululante les había dicho. No parecían compartir su negación de los fantasmas. En cambio, intercambiaban miradas nerviosas, con los ojos abiertos de consternación mientras se murmuraban entre sí.

«*¿Todos tienen abejas en el cerebro?*», Corvino Plumoso se preguntó.

—¿Creen que podrían ser los gatos del Bosque Oscuro? —Patas Acechantes preguntó con la voz temblorosa—. ¿Podrían haber vuelto para vengarse?

—Por supuesto que no —afirmó Nariz de Bigotes con un desdeñoso movimiento de la cola—. Los gatos del Bosque Oscuro no volverían *blancos*, ¿o sí? El *blanco* es algo del Clan Estelar. ¡Estos deben ser los gatos que lucharon de nuestro lado! Vuelo de Azor, no todos los gatos que murieron en la Gran Batalla han sido vistos en el Clan Estelar aún, ¿verdad?

Aunque Vuelo de Azor se veía definitivamente incómodo con todas estas sugerencias, negó con la cabeza.

—No, no han sido vistos —respondió.

—¡Así que tal vez haya una manera de traerlos de vuelta! —Ala de Alondra sugirió con entusiasmo.

La molestia le hizo picar el manto a Corvino Plumoso como si un Clan de hormigas completo se arrastrara a través de él.

—Los gatos muertos no vuelven —espetó—. Excepto los líderes que aún tienen vidas. Gran Clan Estelar, Ala de Alondra, ¿no entiendes la muerte?

La atigrada marrón claro retrajo los labios y le siseó, pero luego miró hacia otro lado, sin decir nada más. Corvino Plumoso al instante se sintió culpable; la joven gata obviamente estaba teniendo un momento difícil en el Clan, y él no tenía la intención de empeorar las cosas. «*Gran Clan Estelar, era tan solo una aprendiza durante la Gran Batalla. ¡Apenas sabía cómo acicalarse sola!*».

—En cualquier caso —maulló Estrella de Bigotes, levantando la cola para atraer la atención de su Clan hacia él—, ¡no era un gato fantasma! Pero *hay* animales que podrían haber ido a vivir en los túneles y podrían ser una amenaza para nosotros. Las

presas han escaseado por un tiempo en esa parte del territorio, y eso sugiere que estamos tratando con algo real.

—Buen punto —murmuró Patas Acechantes, un poco más feliz.

—Así que he decidido enviar una patrulla para explorar los túneles y ver qué encuentran —Estrella de Bigotes continuó—. Mientras tanto, todos tenemos que ser cuidadosos. Si hay criaturas hostiles viviendo allí, debemos estar listos para luchar.

—¡Por supuesto que lo estamos! —exclamó Cola Brecina—. ¡Somos guerreros!

Estrella de Bigotes asintió.

—Lebrón liderará la patrulla —anunció—. ¿Hay voluntarios para ir con él?

Por un momento nadie respondió; solo murmuraron entre sí e intercambiaron miradas de duda.

—Si es posible que nos encontremos luchando contra los fantasmas del Bosque Oscuro —murmuró Patas Acechantes—, entonces deberíamos enviar a Ventolero.

Corvino Plumoso miró a su hijo y vio que su rostro tenía la mirada herida y enojada que le resultaba tan familiar. Claramente las palabras de Patas Acechantes lo habían lastimado.

Pero Corvino Plumoso también sabía que este era un desafío que Ventolero no querría enfrentar. Cuando era más joven, había quedado atrapado en una inundación que se había desatado en los túneles, y desde entonces se había sentido aterrorizado por ellos. Corvino Plumoso sintió una punzada de simpatía por él y estaba a punto de abrir las mandíbulas para defender a su hijo cuando, para su sorpresa, Ventolero dio un paso adelante, con el pecho inflado con orgullo.

—Sí —maulló—. Iré.

Estrella de Bigotes pareció impresionado, inclinando la cabeza hacia Ventolero.

—Ahí habla un verdadero guerrero del Clan del Viento —anunció a los demás.

«*¿Qué tal?*». Corvino Plumoso se sorprendió (e impresionó un poco) al ver que Ventolero se ofrecía como voluntario para una tarea tan peligrosa. Pero de otras partes alrededor de la Roca Alta provinieron murmullos de desaprobación; claramente no todos los gatos estuvieron de acuerdo con los elogios de su líder.

Los murmullos fueron silenciados cuando Nube Negra dio un paso adelante junto a su hijo.

—Yo también iré —declaró.

Corvino Plumoso notó una mirada intercambiada entre su expareja y su hijo: la de ella protectora y maternal, la de él, agradecida. Respiró hondo, tratando de ignorar el dolor como una espina penetrante al ver el amor y la confianza entre ellos. «*Ninguno de los dos alguna vez se sintió así por mí*».

Cuando Ventolero era un cachorro, Nube Negra había sido muy sobreprotectora. Tal vez porque él había sido el único de su camada en sobrevivir. Pero Corvino Plumoso no pudo hacer nada bien. Era demasiado rudo cuando intentaba jugar con él, o demasiado estricto. «*¡Y ahora mira cómo ha salido Ventolero!* —Corvino Plumoso pensó con tristeza—. *Irritable, defensivo, enojado…*».

Corvino Plumoso se dio cuenta repentinamente de que Estrella de Bigotes le estaba hablando.

—¿Te parece bien, Corvino Plumoso?

«*Cagarrutas de ratón. ¿De qué me perdí ahora?*».

—¿Perdón? —maulló, tratando de parecer atento.

—Dije que quiero que te unas a la patrulla —Estrella de Bigotes respondió—. Después de todo, también viste a este extraño animal. Manto Espinoso y Cola Brecina también irán.

Ahogando un gruñido, Corvino Plumoso asintió. Tenía sentido que lo eligieran para unirse a la patrulla, ya que era el único gato además de Zarpa Ululante que había visto algo. Pero por la mirada que Estrella de Bigotes le estaba dando, sintió que había más que eso. «*Ese cerebro de ratón quiere obligarme a pasar más tiempo con Ventolero*».

Mirando a Nube Negra y Ventolero, Corvino Plumoso pudo ver que ninguno de ellos parecía impresionado ante la idea de que él se les uniera. El recuerdo de su horrible sueño con Perlada volvió a surgir en su mente, y admitió para sí mismo que tampoco estaba exactamente emocionado de volver a los túneles. «*Esto va a ser simplemente genial*».

Cuando terminó la reunión, Lebrón envió la patrulla del alba y las habituales patrullas de caza, aunque dejó fuera a los seis gatos que habían sido elegidos para ir a los túneles. Al mediodía se reunieron con sus compañeros de Clan alrededor del montón de carne fresca para comer antes de partir. Corvino Plumoso se agachó para engullir un ratón y se alejó de su hijo y de su expareja.

—Creo que puede haber ratas en los túneles —Genista maulló entre bocados de campañol—. Y tal vez lo que vio Zarpa Ululante fue un gato blanco, un minino casero, que entró tras ellos.

—¿Entonces no crees que el gato fuera un fantasma? —preguntó Hojoso.

La cola gris y blanca de Genista se enroscó en diversión.

—Bueno, si no era un fantasma entonces, ¡puede ser uno ahora! Solo un minino casero sería lo suficientemente cerebro de ratón como para intentar luchar contra toda una colonia de ratas sin ayuda.

—¿Pero no es algo así lo que vamos a hacer? —preguntó Zarpa Leve; Corvino Plumoso notó cuán confiado parecía el joven gato entre un grupo de guerreros—. Solo vamos a enviar seis gatos, y quién sabe cuántos… lo que sean… hay ahí abajo.

—Vamos a enviar a seis de nuestros *mejores* gatos —el líder del Clan señaló—. ¡Confío en los guerreros del Clan del Viento para derrotar cualquier cosa que pueda haber en los túneles!

Zarpa Leve asintió, aceptando lo que Estrella de Bigotes le había dicho, aunque Corvino Plumoso vio a algunos de los otros intercambiando miradas dudosas.

«*Probablemente sospechan de Ventolero*», pensó. Tenía que admitir que no estaba seguro de cómo reaccionaría su hijo cuando tuviera que bajar profundamente en los túneles. Si la oscuridad agitaba los viejos temores de Ventolero, Corvino Plumoso esperaba no ceder ante el pánico. «*Eso nos avergonzaría a los dos*».

—Espero que veamos gatos fantasmas —maulló Cola Brecina con nostalgia—. Me gustaría ver a los gatos que perdimos en la batalla, generalmente solo los curanderos hablan con los guerreros del Clan Estelar.

—Pero no se trataba de gatos fantasmas —Estrella de Bigotes le recordó amablemente.

—Eso es cierto —agregó Vuelo de Azor—. ¿No crees que si así fuera, los curanderos lo sabrían?

—Pero supongamos que nuestros compañeros de Clan regresaron como fantasmas —Ala de Alondra murmuró—. ¿Qué les diríamos?

—Yo les diría que lo sentimos —contestó Cola Blanca—. Sentimos que nunca hayan podido vivir sus vidas como miembros de su Clan.

—Yo les diría que los amamos —agregó Hojoso en voz baja.

Los ojos de los otros gatos estaban llenos de dolor, y sus cabezas y colas estaban caídas. Corvino Plumoso se dio cuenta de una gran marea de dolor y pérdida que surgió de sus compañeros de Clan. Sus propias perdidas volvieron a su mente, con un dolor más penetrante que las garras de un tejón. «*Perlada… y Plumosa… y Hojarasca Acuática. Ella no está muerta, pero es una perdida para mí, como si lo estuviera*».

—Suficiente —dijo Estrella de Bigotes mientras continuaban los murmullos de arrepentimiento—. No debemos mirar hacia atrás, o podríamos ahogarnos en nuestro dolor. Quizás de *eso* se trata la visión de Vuelo de Azor.

—¿Pero cómo evitamos el dolor? —preguntó Cola Blanca—. Nuestra pérdida está a todo nuestro alrededor.

—Miremos hacia adelante —respondió Estrella de Bigotes con la voz llena de determinación. Mirando a Corvino Plumoso, agregó—: Primero averiguaremos qué hay realmente en los túneles.

Corvino Plumoso miró a su líder de Clan y le hizo un gesto con la cabeza. A pesar de que ambos compartían dudas sobre las afirmaciones de Zarpa Ululante de ver gatos fantasmas, Corvino Plumoso sabía que Estrella de Bigotes estaba feliz de tener una tarea clara. Una patrulla para establecer la seguridad de sus fronteras después de la Gran Batalla podría ser justo lo que restablecería la calma en el Clan del Viento.

CAPÍTULO 3

—Me parece que deberíamos permanecer juntos en los túneles —anunció Ventolero mientras la patrulla se dirigía colina abajo—. Quién sabe lo que podría estar acechando allí.

«*¡Qué estúpido!*». El pelaje del cuello de Corvino Plumoso se alzó con molestia.

—¿Tienes abejas en el cerebro? —preguntó ásperamente—. ¿Cómo podemos esperar registrar todo el sistema de túneles si nos mantenemos juntos? No, tendremos que dividirnos en grupos más pequeños.

Ventolero lo fulminó con la mirada, pareciendo estar a punto de defenderse, luego se dio la vuelta bruscamente y echó a correr cuesta abajo, dejando atrás al resto de la patrulla. Demasiado tarde, Corvino Plumoso sintió una punzada de remordimiento, al darse cuenta de que su hijo probablemente había sugerido que debían permanecer juntos porque tenía miedo. «*Pero aun así fue una idea de cerebro de ratón*».

—¿Tuviste que ser tan cruel? —Nube Negra le preguntó, dando voz a sus pensamientos mientras se acercaba para caminar junto a Corvino Plumoso.

—Oh, ¿esa quién es? ¿Ahora sí me estás hablando, eh, Nube Negra? —Corvino Plumoso replicó, sin saber si estaba contento o molesto—. No me di cuenta. Apenas me has dicho una palabra desde la Gran Batalla.

Nube Negra dejó escapar un suspiro de irritación.

—Antes no tenía nada que decir. Ahora sí.

Corvino Plumoso puso los ojos en blanco.

—Bueno, esto debería ser bueno. Vamos, entonces. Te escucho.

—Seguramente has visto cómo se comportan los otros guerreros con Ventolero —Nube Negra continuó, disminuyendo su ritmo para que quedaran detrás del resto de la patrulla—. Necesitas poner el ejemplo para los demás y comenzar a ser más amable con él. ¿Cómo va a aceptarlo el resto del Clan si hasta su propio padre lo trata como a una presa podrida?

—Es un poco difícil acercarse a un gato que solo piensa en sí mismo —le dijo Corvino Plumoso a Nube Negra, reprimiendo un suspiro—. Uno que piensa tan rápido que todos están en su contra. Uno que es tan terco que ni siquiera puede *fingir* sentirse mal por los errores que ha cometido.

—¿En serio? —murmuró Nube Negra—. Eso suena terriblemente como otro gato que conozco.

«*Eso es un montón de excremento de tejón*». El manto de Corvino Plumoso se erizó de resentimiento ante la comparación, aunque sabía que así como un gato podía heredar el color de ojos o pelaje de sus padres, también era probable que heredaran partes de su personalidad y carácter. Aun así, ni Corvino Plumoso ni Nube Negra eran iracundos y antipáticos. Entonces, ¿cómo es que su hijo había resultado así, todo el tiempo enojado y siempre listo para pelear? ¿De dónde venía el odio de Ventolero?

Un escalofrío recorrió a Corvino Plumoso desde las orejas hasta la punta de la cola. «*¿Y si Ventolero es simplemente un gato malvado?*».

—¿No ves con cuánta desesperación Ventolero quiere la aprobación de sus compañeros de Clan? —Nube Negra continuó en voz baja y furiosa—. Eso debe ser porque se siente muy distante de su propio padre, ¡un gato que se supone debe amarlo!

Corvino Plumoso desvió la mirada, temiendo que Nube Negra pudiera ver revelado en su rostro el pensamiento que pasaba por su mente. «*No estoy seguro de* poder *amar a Ventolero como a un hijo. No estoy seguro si alguna vez lo hice*».

—Entiendo por qué lo nuestro no fue bueno —Nube Negra siguió—. Nunca me amaste, y no pude unirnos como familia. —Su voz se contuvo, y miró hacia otro lado por un momento. Entonces se volvió hacia él—. Pero eso no es importante ahora. Ventolero es lo que importa, y si su propio padre lo desprecia y se lanza tan rápido a discutir con él, bueno, podría dar al resto de nuestros compañeros la impresión de que no se puede confiar en él. Y si eso sucede, y sigue sin ser aceptado de nuevo apropiadamente, podría alejarse otra vez. —Su voz se hizo aún más baja, su furia se desvaneció en ansiedad—. No podría soportarlo. ¿*Tú* podrías?

Corvino Plumoso no supo cómo responder. Nube Negra tenía razón: Corvino Plumoso odiaba pensar que su hijo podría abandonar al Clan, o, peor aún, cometer algún acto de traición que haría que lo expulsaran. Pero no pudo encontrar las palabras adecuadas para responder a su expareja.

Nube Negra esperó un par de latidos, luego exhaló un suspiro de exasperación y aceleró el paso hasta que alcanzó a los demás. Corvino Plumoso caminó por la parte trasera de la patrulla, preguntándose si alguien lo dejaría perdonar a Ventolero en sus propios términos, y a su propio tiempo. «*Si es que alguna vez puedo perdonarlo*».

Al pie de la colina, Ventolero esperaba junto a la entrada del túnel más cercano. Lebrón llevó al resto de la patrulla a unirse a él, y se detuvo a una cola de distancia del agujero oscuro.

—Nos mantendremos unidos hasta que alcancemos la cueva donde desembocan varios pasajes —anunció Lebrón—. Después de eso, nos separaremos. Corvino

Plumoso, irás con Cola Brecina. Nube Negra con Ventolero. Y Manto Espinoso, irás conmigo.

—¿Luego qué? —preguntó Corvino Plumoso.

—Eso depende de lo que encontremos —el lugarteniente del Clan contestó—. Pero nos encontraremos de nuevo aquí en la entrada en… oh, en aproximadamente el tiempo que lleva hacer una patrulla del alba. Y que el Clan Estelar cuide de todos nosotros.

Se giró y abrió el camino con Manto Espinoso hacia los túneles. Nube Negra y Ventolero siguieron, dejando a Corvino Plumoso y Cola Brecina en la retaguardia.

Corvino Plumoso avanzaba cautelosamente en la penumbra. El túnel se extendía frente a ellos, ancho, recto e iluminado por finos haces de luz que penetraban a través de grietas en el techo del túnel. Sus patas rápidamente comenzaron a pegarse al suelo húmedo y arenoso, y se estremeció cuando el crudo frío se le clavó en el manto.

Abriendo las mandíbulas para saborear el aire, Corvino Plumoso no pudo captar ningún olor, excepto el suyo, el de sus compañeros, el del húmedo musgo y el ocasional grupo de helechos que crecía en las grietas en la roca. Todo lo que podía escuchar era el sonido de sus propios pasos y su suave aliento. Pero a pesar de que no parecía haber peligro, no pudo evitar que el pelaje de sus hombro se levantara. Incómodamente, recordó su vistazo de algo blanco y su sueño de Perlada. «*Parece tranquilo y seguro, pero sé que hay algo aquí abajo…*».

La patrulla no tardó en llegar a la cueva que Lebrón había mencionado, su techo era una malla de raíces de árboles entrelazados. Desde aquí, varios pasajes conducían a la oscuridad. Corvino Plumoso sabía que cada uno de los túneles se inclinaba abruptamente hacia abajo, más hacia el suelo, y sofocó un escalofrío ante la idea del peso de toda esa tierra y roca sobre su cabeza.

—Aquí es donde nos separamos —Lebrón anunció—. Todos ustedes, tengan cuidado.

La espalda de Ventolero estaba arqueada y sus ojos muy abiertos cuando Nube Negra comenzó a caminar por uno de los pasajes, pero mantuvo la cabeza erguida y avanzó a propósito detrás de ella. Corvino Plumoso pensó que estaba manejando bien su miedo.

Cola Brecina le hizo señas a Corvino Plumoso con un movimiento brusco de la cabeza.

—Vamos por este camino.

«*¿Quién murió y te hizo Estrella Brecina?*». Corvino Plumoso casi se opuso a ser mangoneado por una guerrera más joven que una vez había sido su aprendiza, pero decidió que no valía la pena. Siguió a la gata atigrada sin hacer comentarios.

Casi de inmediato, la luz se apagó detrás de ellos y avanzaron en completa oscuridad. Corvino Plumoso aguzó las orejas, esforzándose por escuchar el más leve sonido del pasaje que había delante, y mantuvo las mandíbulas abiertas, saboreando el aire en busca del extraño olor que habían captado el día anterior. Pero al principio no había nada.

Un flujo de aire más frío le dijo a Corvino Plumoso que estaban pasando por un túnel lateral, y desde aquella dirección captó un débil sonido de agua.

—¿Eso que escuchamos es el río subterráneo? —le preguntó a Cola Brecina, tratando de no sonar tan nervioso como se sentía.

—Oh, no, no estamos lo suficientemente profundo para eso. —La voz de Cola Brecina era alegre y confiada—. El agua a menudo se acumula allí. No es nada de qué preocuparse.

—Conoces muy bien estos túneles —Corvino Plumoso comentó, impresionado.

—Bueno… —Hubo un rastro de culpa en la voz de Cola Brecina cuando respondió—. Solía explorar aquí abajo con frecuencia cuando era una aprendiza.

—¡Nunca supe eso!

El pelaje de Corvino Plumoso se erizó con indignación. En ese entonces, había sentido que Cola Brecina era una aprendiza modelo, y ahora estaba admitiendo que había hecho algo que le habría causado encargarse de las garrapatas de los veteranos por toda una luna si él lo hubiera descubierto.

Cola Brecina soltó un ronroneo de risa.

—¡No se suponía que lo supieras! Me habrías arrancado las orejas.

—Tienes razón. Lo habría hecho. Ahora sigamos.

Corvino Plumoso avanzó en la negrura de los túneles, su ansiedad aumentaba con cada paso. «*Ninguna estrella brillará nunca aquí. ¿Eso significa que estamos escondidos de los ojos del Clan Estelar?*». Una vez más recordó su sueño de Perlada, y cómo ella no resplandecía con el brillo helado de un guerrero del Clan Estelar. «*¿Por qué no ha ido al Clan Estelar, donde pertenece?*».

Descendieron más y más, hasta que Corvino Plumoso comenzó a captar un nuevo aroma que flotaba en el aire húmedo.

—¿Qué es *eso*? —murmuró.

Se dio cuenta de que Cola Brecina se había detenido cuando tropezó con ella y sintió que su cola se deslizaba por su rostro.

—Huele horrible… Como carroña —maulló ella.

—*Es* carroña —Corvino Plumoso decidió después de otra olisqueada—. Algo debe estar trayendo presas a los túneles para dejarlas pudrirse.

—¡Eso es de cerebro de ratón! —exclamó Cola Brecina—. ¿Quién hace eso?

—Gatos fantasma no, eso seguro —murmuró Corvino Plumoso. Deseaba poder tomar la delantera, pero el pasaje era demasiado estrecho para que pudiera pasar más allá de Cola Brecina, por lo que agregó—: Sigue. Pero ten *mucho* cuidado.

Unos cuantos zorros de distancia más adelante, Corvino Plumoso pudo notar, por el eco de sus pasos, que habían salido del túnel a un espacio más grande. El hedor de la carroña había crecido y crecido hasta que era casi abrumador.

—¡Puaj! —La voz de Cola Brecina sonaba como si estuviera enferma—. Acabo de pisar algo. Es todo viscoso y horrible.

—Algo ha estado almacenando presas aquí —Corvino Plumoso remarcó—. Así que al menos sabemos que hay animales en estos túneles. Y sean lo que sean, obviamente no planean irse pronto. Hay cantidades de presas.

—¿Y se las van a *comer*? —Incluso en la oscuridad, Corvino Plumoso se pudo imaginar el disgusto en la cara de Cola Brecina—. ¿Qué clase de criatura come presas podridas? —preguntó nuevamente.

—No lo sé, y no estoy seguro de querer saberlo —Corvino Plumoso respondió con gravedad—. Volvamos e informemos.

Pero antes de que pudieran hacer algo más que girar hacia el túnel por el que habían entrado, Corvino Plumoso oyó un feroz gruñido y una oleada de pasos. Los sonidos fueron seguidos por una presión en su manto. Algo se clavó en él; sus patas se deslizaron sobre la superficie resbaladiza de la roca y aterrizó de costado con un golpe que expulsó el aliento de su cuerpo. Sintió que el peso de su atacante lo sujetaba antes de que pudiera levantarse, y luego un estallido de dolor en su hombro, donde unos dientes afilados se hundieron en su piel.

Dejando escapar un chillido, Corvino Plumoso atacó desesperadamente con las patas traseras. Una de sus patas golpeó algo sólido y le pasó las garras, sintiéndolas cortar un cuerpo peludo. Escuchó un chillido agudo de la criatura que lo estaba atacando, y soltó el agarre en su hombro.

Un gruñido sonó junto a la oreja de Corvino Plumoso y se dio cuenta de que era Cola Brecina, lanzándose a la batalla.

—¡Lo tengo! —jadeó ella—. Es… —se interrumpió con un grito de dolor.

Corvino Plumoso se lanzó en dirección a los sonidos. Sus patas extendidas se sujetaron a un cuerpo largo y delgado, clavándolo en el suelo. Se retorció bajo sus garras, pero por un momento logró sujetarlo.

—Cola Brecina, ¿estás bien? —preguntó.

—Bien. —La respuesta provino de la oscuridad—. ¡El manto de sarna come-excremento de zorro me mordió la cola!

Mientras Cola Brecina hablaba, la criatura bajo las patas de Corvino Plumoso dio un fuerte empujón, arrojándolo. Por un momento se tambaleó, sus patas se deslizaron sobre algo pegajoso y con olor fétido.

—¡Corvino Plumoso, por aquí! —La voz de Cola Brecina era urgente—. Tenemos que salir de aquí.

—Estoy contigo.

Corvino Plumoso tropezó tras el sonido de sus pasos y se dio cuenta de que habían vuelto a entrar al túnel. Por unos pocos latidos de corazón, escuchó el crujir de garras en el suelo del túnel mientras el animal los seguía, y luego el sonido se apagó detrás de él.

—¡Gracias al Clan Estelar! —jadeó.

También estaba agradecido por el conocimiento de Cola Brecina de los túneles; nunca habría encontrado la salida si hubiera estado solo. Más temprano de lo que hubiera creído posible, vio una débil luz que se filtraba por el pasaje, y corrió después de Cola Brecina hacia la primera cueva. Unos latidos más tarde emergieron al aire libre, para ver el sol proyectando largas sombras a través del páramo, y Lebrón y Manto Espinoso esperándolos.

—¿Qué les pasó? —preguntó Manto Espinoso, sus ojos se abrieron de par en par con asombro cuando Corvino Plumoso y Cola Brecina se le acercaron. Arrugó la nariz—. ¡Gran Clan Estelar, apestan!

—Gracias por la observación —Corvino Plumoso maulló secamente—. También apestarías si hubieras estado donde estuvimos nosotros.

—Había una cueva llena de carroña —explicó Cola Brecina, y pasó a describir el montón de presas en descomposición y la criatura viciosa que habían encontrado en los túneles.

—¿Qué era? —preguntó Lebrón.

—Tu suposición es tan buena como la mía —Corvino Plumoso contestó con amargura—. No pudimos verla, y no pudimos oler nada más que ese repugnante montón de presas. Pero puedo decirles una cosa: no era un gato fantasma. No a menos que los fantasmas tengan dientes y garras.

—Ambos están heridos —maulló Lebrón, olfateando el mordisco en el hombro de Corvino Plumoso—. Vuelo de Azor debería echarle un vistazo a eso. Puede que necesites un poco de raíz de bardana.

—Lo veré tan pronto como regresemos al campamento —concordó Corvino Plumoso—. ¿Ustedes encontraron algo? —le preguntó a Lebrón.

El lugarteniente del Clan se veía algo avergonzado.

—Nos perdimos en los túneles —admitió—. Nos tomó mucho tiempo encontrar nuestro camino de regreso a la entrada, y a decir verdad, una vez que lo hicimos, no estábamos muy interesados en volver a entrar. Pero no nos encontramos con ningún animal, ni siquiera un gato fantasma.

—Me pregunto qué encontraron Nube Negra y Ventolero —Manto Espinoso maulló—. Deberían volver pronto.

Los gatos esperaron mientras el sol se ponía y el crepúsculo caía sobre el páramo. Estaban demasiado alertas para dormir, pero permanecieron en un silencio vigilante mientras el viento barría los árboles y las estrellas ardían contra el cielo oscurecido. Pasó mucho tiempo antes de que Lebrón se moviera, inquieto.

—Ya deberían estar de vuelta. Tal vez se perdieron igual que nosotros.

La ansiedad pinchó a Corvino Plumoso como una espina cuando recordó el miedo de Ventolero a los túneles. «*Espero que no haya entrado en pánico y hecho algo estúpido*».

Finalmente fue Cola Brecina quien habló, con sus ojos azules preocupados.

—¿Y si les pasó algo? ¿Y si se encuentran con la misma criatura que nosotros?

—Ambos son guerreros experimentados. —Lebrón estaba tratando de tranquilizarla, aunque era obvio que se sentía igual de incómodo—. Deben ser capaces de hacerle frente.

—Pero podrían… —Cola Brecina comenzó, luego se detuvo, flexionando las garras y rasgando el pasto de páramo.

Cada momento parecía alargarse una luna. Cuando levantó la mirada, Corvino Plumoso vio que todos los ojos estaban sobre él. No podía saber, sin embargo, si sus compañeros de Clan estaban esperando que sugiriera que deberían ir tras su hijo y su expareja, o si esperaban que entrara él solo.

—Tal vez… —sugirió Corvino Plumoso por fin—, tal vez deberíamos ir a buscarlos. Cola Brecina, podrías guiarnos…

Un fuerte y aterrorizado aullido lo interrumpió. Todos se giraron para mirar fijamente la entrada del túnel. Un latido más tarde, el aullido volvió a sonar, y Ventolero corrió hacia la intemperie desde otra entrada a unas cuantas colas a lo largo

de la orilla. Sus ojos estaban muy abiertos por el miedo, y cada pelo de su manto estaba erizado.

Detrás de él, Corvino Plumoso vio lo que parecía una especie de nube blanca surgiendo de la entrada del túnel. Pero en el siguiente latido de corazón se dio cuenta de que la nube era en realidad una manada de animales furiosos, que gruñían y siseaban mientras perseguían a Ventolero. Sus ojos brillaron con malicia cuando salieron del túnel y subieron la pendiente detrás de él. No eran fantasmas o caprichosos mininos domésticos. Nunca antes había visto unos blancos, pero no había ninguna duda respecto a qué eran las criaturas que estaban a punto de superar a su hijo.

—¡Armiños! —Corvino Plumoso jadeó. «*¡Armiños blancos!*».

Capítulo 4

Brevemente, Corvino Plumoso se quedó paralizado por la confusión. Nunca antes había visto un armiño blanco. Pero un momento después tuvo que dejar a un lado su asombro. La multitud de armiños se dividió en dos, como un río que se rompía por una roca en medio de la corriente. Algunos de ellos aún corrían tras Ventolero, mientras que el resto se lanzó contra Corvino Plumoso y sus compañeros de Clan, quienes permanecieron inmóviles, estupefactos por lo que estaban viendo.

—¡Manténganse juntos! —El aullido de Lebrón enfocó la mente de Corvino Plumoso, y tensó el cuerpo, listo para luchar.

Los armiños eran más pequeños que los gatos, pero eran rápidos y ágiles, sus cuerpos delgados y alargados esquivaban fácilmente los golpes que los gatos les apuntaban. Corvino Plumoso se encontró luchando junto a Lebrón, tratando de llevar a las bestias de vuelta a los túneles. Pero eran demasiados; cuando Corvino Plumoso lanzó a un armiño, dos o tres más se lanzaron hacia él, tratando de subirse a su espalda o de golpearlo. Sabía que si perdía el equilibrio y caía, no volvería a levantarse nunca más. Se estremeció por dentro ante la idea de que esos dientes agudos se juntaran en su garganta. «*¡Ahora sé qué fue contra lo que luchamos Cola Brecina y yo en el túnel!*».

Después de unos momentos, Corvino Plumoso perdió de vista a Lebrón, y no tenía idea de dónde estaban el resto de sus compañeros de Clan. De vez en cuando, un chillido se alzaba sobre los gruñidos y siseos de los armiños, pero no podía notar si eran gritos de dolor o de desafío. La sangre le goteaba de un rasguño en la frente, por lo que apenas podía ver.

Por fin escuchó la voz de Lebrón elevada por encima de los gritos.

—¡Retirada! ¡Retirada!

Al principio, Corvino Plumoso pensó que no sería capaz de obedecer. Habían demasiados armiños a su alrededor, el aire estaba ahora tan lleno de su olor que lo hacía hacer arcadas. Golpeó con las patas delanteras a los cuerpos blancos que

brillaban extrañamente en la creciente oscuridad, tratando de abrirse camino cuesta arriba. «*¿Y si no podemos escapar de ellos?*».

Aturdido por el dolor y el agotamiento, Corvino Plumoso pensó que sería mejor ir a la lucha que mostrar a estos feroces enemigos el camino hacia el campamento del Clan del Viento. Luego escuchó la voz de Cola Brecina, llamándolo desde muy cerca:

—¡Corvino Plumoso! ¡Por aquí!

Parpadeando para quitarse la sangre de los ojos, Corvino Plumoso giró la cabeza para ver a Cola Brecina asomándose desde el fondo de un matorral de aulagas. Se acercó a ella, abriéndose paso entre las espinas, apretando las mandíbulas ante el dolor de las puntas afiladas que le rasgaban la piel. Al principio, pensó que los armiños lo seguirían hasta la espesura. El alivio se apoderó de él cuando se dio cuenta de que estaban retrocediendo. Se agachó entre las espinas, escuchando las pisadas y los viciosos gruñidos de los armiños fuera de la espesura, hasta que gradualmente los sonidos se apagaron.

Siguiendo a Cola Brecina, Corvino Plumoso se abrió paso a través de los arbustos hasta que emergieron en el otro lado. Se sintió aún más aliviado al ver que sus compañeros de Clan también se habían abierto paso a través de las espinas. Todos se veían lastimados, les faltaban pedazos de pelo y les goteaba sangre de los arañazos a lo largo de sus costados, pero estaban vivos y de pie.

—Bueno —Cola Brecina maulló—, supongo que ahora sabemos lo que hay en los túneles. ¡Armiños! Me alegra que hayas traído suficiente para todos, Ventolero.

—¡Fue horrible! —Ventolero todavía se veía terriblemente agitado, apenas capaz de mantenerse de pie—. Nube Negra y yo estábamos rodeados por esas cosas repugnantes. Estaba seguro de que iríamos al Clan Estelar. Y luego encontramos una salida, y simplemente corrimos…

Un murmullo de aprensión recibió sus palabras, pero Corvino Plumoso se quedó en silencio, la alarma lo golpeó como un rayo en un cielo despejado. Miró a su alrededor.

—Espera —maulló—. ¿Dónde *está* Nube Negra?

—¿Qué pasó, exactamente? —preguntó Estrella de Bigotes.

De vuelta en el territorio del Clan del Viento, los heridos sobrevivientes de la patrulla se encontraban en medio del campamento, rodeados por una multitud de sus compañeros de Clan. Corvino Plumoso no podía soportar encontrar sus ansiosas miradas o ver la urgencia en la cara de Estrella de Bigotes mientras repetía su pregunta.

La noche ya había caído, y un viento helado barría el páramo, arrastrando nubes irregulares por en frente de la luna y penetrando en el pelaje de los gatos. Pero nadie pensó en regresar a su guarida o acostarse en su lecho. Todos estaban demasiado preocupados por el descubrimiento de los armiños blancos en los túneles y la desaparición de Nube Negra.

Ventolero estaba de pie con la cabeza baja, mirándose las patas, e incapaz de mirar a su líder del Clan, y mucho menos responder a su pregunta. Corvino Plumoso

supuso que tenía miedo de tener que explicar el desastre a un Clan que ya no confiaba en él.

—¿Ventolero? —Estrella de Bigotes lo instó—. Tienes que decirnos lo que pasó. ¿Dónde está Nube Negra?

—¡No lo sé! —Ventolero se volvió hacia él, con desesperación en su voz—. Fue más… más complicado de lo que esperábamos. Una vez que bajamos por el túnel, había un aroma fresco, era muy fuerte y diferente de cualquier cosa que hubiera olido antes. Entonces esas… esas criaturas nos atacaron. Estaba demasiado oscuro para ver qué eran, o incluso cuántas estaban allí.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Genista, con sus ojos azules fijos en Ventolero.

—¿Qué *podíamos* hacer? —Ventolero replicó—. Peleamos. Una de las criaturas hirió a Nube Negra, y traté de ayudarla y sacarla. Finalmente conseguimos escapar, pero las criaturas nos siguieron.

—*Armiños* —agregó Corvino Plumoso—. Ahora sabemos que son armiños.

Ventolero asintió, con un aspecto completamente miserable.

—Nube Negra me dijo que corriera —continuó—, así que eso hice. Creí que estaba justo detrás de mí. Pero cuando finalmente salí, ya no estaba. Buscamos, pero no pudimos encontrarla.

—Y no pudimos volver a entrar en los túneles para buscarla —agregó Lebrón—, porque los armiños estaban vigilando las entradas.

Ventolero volvió a bajar la cabeza, con las garras extendidas, clavadas en el suelo.

—¡Oh, Clan Estelar! —escupió con tristeza—. Por favor, no dejes que esas cosas la hayan matado. Eran tan viciosos… y ella tan valiente…

Al ver a Ventolero luchar con su dolor, Corvino Plumoso sintió una cálida simpatía fluyendo sobre él, como luz del sol cayendo a través de una brecha en las nubes oscuras. No se había sentido así hacia su hijo en mucho tiempo. Punzadas de compasión y ansiedad se apoderaron de él como un par de garras. Un oscuro pozo pareció abrirse frente a Corvino Plumoso mientras un pensamiento escalofriante pasaba por su mente. «*Nube Negra es una guerrera dura. Si creía que los armiños eran una amenaza para Ventolero, habría luchado para defenderlo, hasta su último aliento si tuviera que hacerlo. Y tal vez así lo hizo*».

El pecho de Corvino Plumoso se sentía como si se hubiera tragado un tallo de rosa espinoso. Tenía sentido que Nube Negra hubiera elegido dar su vida para salvar la de su hijo, pero la idea de que podría haber muerto sola en la oscuridad le hizo sentir dolor y pena.

—No me gusta decir esto —Hojoso comenzó, rompiendo el silencio que había seguido a las últimas palabras de Ventolero—, pero, Ventolero, ¿por qué no te aseguraste de que Nube Negra estuviera contigo cuando huías de los armiños?

Ventolero no se encontró con la mirada del gato atigrado.

—Ya se los dije… creí que *estaba* conmigo.

Hojoso dejó escapar un resoplido desdeñoso.

—«Creíste». Ya veo…

El resto del Clan intercambió miradas incómodas cuando la voz de Hojoso se apagó. Corvino Plumoso se dio cuenta de que todos se preguntaban si Ventolero no

había luchado por su madre tan valientemente como debería haberlo hecho. Sintió el pelaje de sus hombros erizarse en inesperada defensa de su hijo. «*Ventolero y Nube Negra siempre han tenido un vínculo muy fuerte. Sé que Ventolero nunca habría dejado que ningún otro animal la lastimara*». Pero un gusano de duda se retorció dentro del estómago de Corvino Plumoso. «*¿O sí…?*».

La mirada de Ventolero se deslizó lentamente sobre sus compañeros de Clan expectantes. Finalmente miró a Hojoso.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó—. ¿Qué abandonaría a mi madre así?

Nadie respondió.

Ventolero clavó las garras en la tierra.

—¡Estaba *convencido* de que Nube Negra estaba detrás de mí cuando salimos de los túneles! —protestó, claramente desesperado porque le creyeran—. No había nada que pudiera haber hecho.

Hojoso movió los bigotes con duda, pero no dijo nada más.

Corvino Plumoso estaba abriendo las mandíbulas para hablar en defensa de Ventolero cuando Estrella de Bigotes se le adelantó.

—No necesitas defenderte, Ventolero —maulló el líder del Clan—. Te creo, porque eres un guerrero honorable del Clan del Viento. —Su mirada recorrió a los gatos reunidos—. Y espero que cada uno de ustedes también le crea. Debemos unirnos, porque estamos en grave peligro. Hay una plaga de armiños en los túneles, lo que significa que están más cerca del campamento de lo que me haría sentir cómodo.

Murmullos de ansiedad estallaron entre el Clan mientras su líder hablaba. Su atención se desvió momentáneamente de Ventolero, quien permaneció en silencio entre ellos, con la cabeza y cola inclinadas. No parecía que la fe de Estrella de Bigotes en su lealtad lo hubiera alentado en lo más mínimo.

—Estrella de Bigotes, ¿crees que deberíamos advertir al Clan del Trueno? —Lebrón preguntó—. Después de todo, comparten los túneles. Los armiños podrían causar problemas en su territorio también.

—No —contestó Estrella de Bigotes, todas las miradas se giraron hacia él ante la brusquedad de su tono—. Por ahora, vamos a guardarnos esto. El Clan del Viento puede resolver este problema sin involucrar al Clan del Trueno, o a su nuevo líder sin experiencia.

Lebrón bajó la cabeza para mostrar su acuerdo, aunque Corvino Plumoso pensó que aún parecía dudoso. Corvino Plumoso entendió sus dudas, pero también entendió la vacilación de Estrella de Bigotes. Siempre se había enfurecido ante los intentos de Estrella de Fuego de involucrarse en los asuntos de los otros Clanes. Tal vez esperaba una nueva relación con el Clan del Trueno, ahora que Estrella Zarzosa era el líder.

—Es posible que Nube Negra esté atrapada o que sea prisionera de los armiños —continuó Estrella de Bigotes—. Si es así, tenemos que concentrarnos en rescatarla.

—¡Sí! —De repente, la esperanza se levantó en Corvino Plumoso, como un inesperado amanecer.

«*Estamos actuando como si Nube Negra estuviera muerta, pero todavía podría estar viva. Si solo pudiéramos volver allí a tiempo…*».

—Tenemos que enviar una patrulla mañana, y esta vez yo la dirigiré.

«*Incluso si solo es para asegurarnos de que no esté sola ahí, presa de los carroñeros* —pensó, pero no lo dijo en voz alta—. *O tirada sobre ese montón de carroña*». La idea casi lo hizo vomitar, y luchó por el controlarse.

—Bien —Estrella de Bigotes respondió con un gesto de aprobación para Corvino Plumoso.

Después de un momento de vacilación, Corvino Plumoso sugirió:

—Tal vez Cola Brecina también debería venir.

Estrella de Bigotes inclinó la cabeza, como preguntándose por qué Corvino Plumoso estaba pidiendo específicamente a Cola Brecina. Corvino Plumoso se preguntó cómo se lo explicaría sin revelar la historia de Cola Brecina con los túneles, pero su líder simplemente se encogió de hombros.

—Por supuesto. Y también necesitaré dos o tres gatos más que se ofrezcan.

Corvino Plumoso vio alivio en la cara de Cola Brecina, mientras Patas Acechantes hablaba.

—Me gustaría ir —maulló, con determinación en su rostro.

—Y a mí —Ala de Alondra agregó con entusiasmo.

Corvino Plumoso supuso que estaba tratando de deshacerse de su reputación de gata del Bosque Oscuro.

Muchos más gatos alzaron sus voces y se ofrecieron para ayudar a rescatar a su compañera de Clan. Corvino Plumoso vio que el pecho de Estrella de Bigotes se hinchaba de orgullo ante el valor de sus guerreros; luego sacudió la cabeza mientras pedía rápidamente silencio.

—Debemos mantener el grupo de búsqueda pequeño —maulló—. Un pequeño grupo tendrá una mejor oportunidad de pasar desapercibido por los armiños. Y si nuestros enemigos de alguna manera dejan los túneles y encuentran su camino hacia nuestro campamento, el Clan del Viento estará mejor defendido si tenemos combatientes fuertes aquí, listos para enfrentar un ataque.

—Si algún armiño intenta invadir el territorio del Clan del Viento —aulló Rescoldo—, será lo último que haga.

Cuando los gatos reunidos expresaron su acuerdo, una calidez comenzó a extenderse dentro de Corvino Plumoso por la forma en que el Clan se estaba uniendo. Después de la terrible batalla contra el Bosque Oscuro, supo que todos los gatos del Clan se sentían protectores de sus compañeros y de su territorio, listos para defenderlos de toda amenaza. «*¡Especialmente si esa amenaza no es un gato!*».

Ventolero levantó la cabeza, con una luz de valor en sus ojos.

—Yo también iré —dijo, con una mirada a Corvino Plumoso como desafiándolo a decirle que no podía.

Pero fue Patas Acechantes quien se opuso.

—No tienes que hacerlo.

—Voy a *ir*. —Ventolero escupió cada palabra—. Nube Negra es *mi* madre.

—Por supuesto que puedes ir —acordó Estrella de Bigotes antes de que Corvino Plumoso pudiera responder—. Estás más familiarizado con el olor de estas criaturas que el resto de nosotros.

Corvino Plumoso asintió a su hijo, y fue recompensado al ver un destello de sorpresa en los ojos de Ventolero, como si hubiera esperado una negativa de su padre.

—Nos iremos al amanecer —maulló.

Esa noche, a Corvino Plumoso le resultó difícil dormir. El musgo y helecho en su lecho se sentían como si estuvieran llenos de espinas y púas, las puntas afiladas le recordaban con toda claridad a las garras de los armiños con los que habían luchado. Si cerraba los ojos, podía ver sus sinuosos cuerpos blancos brillando en el crepúsculo y sus ojos fríos y malévolos, y escuchar sus gritos agudos. Una o dos veces estuvo a punto de correr, convencido de que las malvadas criaturas estaban invadiendo el campamento, solo para darse cuenta de que el ataque estaba en su mente.

Al mismo tiempo, Corvino Plumoso no podía dejar de preocuparse por Nube Negra. Hacerla su pareja había sido un gran error, y las cosas estaban tan mal entre ellos ahora que difícilmente podían salir en la misma patrulla sin pelearse, pero eso no significaba que ya no le importara. Sintió la pesadez como una piedra en su vientre al pensar que nunca podría volver a verla, dándose cuenta de que, a pesar de todo, la extrañaría. Y él no era el único. ¡El Clan del Viento la necesitaba! Corvino Plumoso podría no haberla amado como debería, pero él sabía que ella era una gata increíble: valiente, inteligente y leal.

«*¿Y qué hay de Ventolero?* —se añadió a sí mismo—. *Él necesita a Nube Negra… ahora más que nunca, cuando hay tantas dudas sobre su lealtad. Y si ella muriera en los túneles, ¿esas preguntas alguna vez desaparecerían?*».

También había muchas otras preocupaciones. «*Si su madre ya no está en el Clan, ¿quién va a alentar a Ventolero y defenderlo ante los demás?*». Tan pronto como Corvino Plumoso se hizo la pregunta, la respuesta llegó, en el afilado tono de la gata negra: «¿Quién crees, cerebro de pulga? ¡Tú eres su padre, tú lo harás!».

Corvino Plumoso estaba tan avergonzado por la reprimenda que imaginó que le daría, que apartó la cara como si la estuviera evitando. Porque aquel pensamiento provocó una pregunta: sí, él era el padre de Ventolero, pero… ¿cuánto tiempo le tomaría realmente *sentirse* como si eso fuera verdad?

Luego dejó escapar un largo suspiro, y esperó impacientemente el amanecer.

«*Espero que sea pronto…*».

CAPÍTULO 5

Corvino Plumoso detuvo a su patrulla frente a la entrada del túnel, donde habían aparecido los armiños el día anterior. Habían viajado a través de las colinas en un amanecer gris y renuente, con el pasto del páramo espinoso por la escarcha bajo sus almohadillas. Un viento frío soplaba desde la cresta, pero el hielo que Corvino Plumoso podía sentir en su interior, extendiéndose desde sus orejas hasta la punta de sus garras, no tenía nada que ver con el amargo tiempo de la estación sin hojas.

—Escuchen, todos ustedes —maulló, girándose hacia sus compañeros de Clan —. Esto no va a ser fácil. Vamos a enfrentarnos a los armiños en su propio territorio, y…

—¿Qué quieres decir? —Ala de Alondra lo interrumpió—. ¡Los túneles son *nuestro* territorio!

Patas Acechantes dejó escapar un resoplido.

—El Clan del Trueno podría no estar de acuerdo contigo en eso.

—Bueno, es nuestro territorio hasta el río subterráneo —replicó Ala de Alondra —. Y una cosa es segura: ¡no pertenece a estos armiños come-carroña!

—Suficiente —espetó Corvino Plumoso, levantando la cola para poner fin a la disputa. Sabía que sus compañeros solo estaban discutiendo porque no querían pensar en el peligro que pronto enfrentarían. Creando una furia que los distraería del temor que sentían—. El punto es que los *armiños* piensan que es su territorio. Recuerden que no nos siguieron muy lejos cuando sacaron a Ventolero de los túneles la noche anterior. Pero dentro de los túneles, estarán mucho más seguros.

—Anímanos, ¿por qué no? —murmuró Patas Acechantes.

Corvino Plumoso ignoró el comentario.

—Todos necesitan ser muy cuidadosos —continuó—. Tenemos que mantenernos unidos, evitar a los armiños si podemos, y hacer lo que sea necesario para encontrar a Nube Negra.

«*Pero ¿dónde* está *Nube Negra?* —se preguntó—. *¿Atrapada en la guarida de un armiño? ¿O tirada en uno de esos montones de carroña en descomposición?*». Se estremeció. Entonces se le ocurrió otra idea, aterradora a su manera. «*¿Qué haremos si no podemos encontrarla?*».

El túnel se abrió frente a ellos, viéndose más oscuro y más extraño que nunca. Mirando a Ventolero, Corvino Plumoso pudo ver el miedo en los ojos ámbar de su hijo, pero en lugar de preocuparse por su pánico, sintió una renovada sensación de compasión por él. «*Sería un gato raro si* no *estuviera enervado*», pensó. No pudo evitar admirar a Ventolero por su determinación de ser parte de la patrulla, incluso después de su primer encuentro con los armiños. Impulsivamente, se volvió hacia su hijo, con la intención de decírselo, pero Cola Brecina, quien había caminado hasta la entrada y había metido la cabeza dentro, interrumpió antes de que pudiera hablar.

—¡Creo que puedo oler a Nube Negra! —exclamó.

Corvino Plumoso se apresuró a unirse a ella, olfateando cuidadosamente el aire dentro del túnel. El hedor de los armiños era abrumador, y podía distinguir el olor de Ventolero, apestando a miedo cuando huía. Pero también había un ligero rastro de Nube Negra.

Girándose hacia el resto de la patrulla, Corvino Plumoso iba a discutir con ellos cuál sería el mejor camino, cuando se dio cuenta de que Cola Brecina simplemente estaba caminando hacia el túnel. Vislumbró su cola desapareciendo en la oscuridad.

—¡Espéranos! —gritó, dando un exasperado azote con la cola.

Solo porque la atigrada conociera bien los túneles no significaba que simplemente debería pasearse por allí sin protección. «*¿Qué pasó con lo de "mantenernos unidos" y "ser cuidadosos"?* —se preguntó a sí mismo—. *¿Se cree que es una cachorra explorando su propio campamento?*».

—Vamos —agregó a los demás. Sus músculos se tensaron con urgencia cuando se imaginó a Cola Brecina derribada por una multitud de armiños sedientos de sangre.

Justo cuando la patrulla estaba a punto de entrar al túnel, Corvino Plumoso escuchó un sonido extraño y se detuvo para escuchar. «*Eso no suena como los pasos de un gato*». Una leve ráfaga de aire flotó fuera del túnel, haciendo que su nariz y bigotes se agitaran. Era el olor de los armiños, y era fresco.

—¡Cola Brecina! —Ventolero exclamó con voz ronca—. ¡Está en peligro! —Saltó hacia adelante, pero Corvino Plumoso fue más rápido, abriéndose camino hacia el pasaje. Ventolero se apretó detrás de él, con Patas Acechantes y Ala de Alondra pisándole los talones.

Pronto lo último de la luz se apagó, y los gatos avanzaron hacia la oscuridad. Corvino Plumoso mantuvo las orejas erguidas, esforzándose por escuchar lo que estaba por delante. Todavía podía saborear el olor a armiño en el aire, mezclado con el de Cola Brecina. Todos sus instintos le decían que la llamara, pero guardó silencio, en caso de que su voz atrajera más armiños. «*Ahora tenemos dos gatas perdidas* —pensó—. *Y no tenemos idea de dónde podrían estar cualquiera de ellas*».

El corazón de Corvino Plumoso latía con más fuerza con cada paso. Apenas podía soportar pensar lo que Ventolero debía estar sintiendo. Pero Corvino Plumoso no pudo detectar signos de su hijo entrando en pánico; Podía escuchar los pasos de

Ventolero siguiéndolo constantemente. Si tenía algún impulso de huir, estaba haciendo un buen trabajo resistiéndolo.

Entonces, un débil resplandor de algún lugar más arriba mostró a Corvino Plumoso que el túnel se estaba ensanchando hasta volverse una caverna. Al levantar la mirada, vio un delgado rayo de luz cayendo desde un agujero en el techo. Volvieron a escucharse garras, raspando el suelo de piedra del túnel. En el mismo momento, Corvino Plumoso oyó un grito agudo y vio un destello blanco en la oscuridad. Se detuvo brevemente.

«*Nos están tentando, tratan de llevarnos más lejos* —pensó—. *Entonces irán por nosotros a su gusto*».

—Esto es estúpido —maulló Patas Acechantes, y se colocó junto a Corvino Plumoso—. Podríamos estar yendo directo hacia una emboscada.

—Pero *tenemos* que continuar —Ventolero protestó—. Tenemos que hacer lo que podamos para salvar a Nube Negra y Cola Brecina.

Corvino Plumoso le dio a su hijo un gesto de aprobación, complacido de cómo estaba superando su miedo.

—Ventolero tiene razón —declaró, notando que su hijo giraba bruscamente la cabeza hacia él, con sorpresa en los ojos—. ¿Qué opción tenemos? ¿Regresar al campamento con otra gata perdida cuando ninguno de nosotros ha visto un armiño todavía? —Pero una voz interior le advirtió: «*Algunos pueden resultar heridos, o incluso asesinados, tratando de salvar a sus compañeras de Clan… Oh, Clan Estelar, ayúdanos… ¡Ayúdanos a todos a regresar al campamento hoy!*».

Corvino Plumoso se estremeció. Se preguntó cómo el Clan Estelar podría darles alguna ayuda, allí bajo tierra donde ninguna estrella brillaba.

—Sigamos —maulló él.

Con determinación, cruzó la caverna con sus compañeros de Clan detrás, consciente de las formas blancas parpadeantes delante de ellos y a ambos lados. Sus gritos agudos venían de todas direcciones, como si las criaturas se estuvieran llamando entre sí. «*O provocándonos*», pensó Corvino Plumoso.

Entonces uno de los armiños salió disparado a menos de un zorro de distancia frente a Corvino Plumoso, apareciendo tan rápido que no tuvo tiempo de advertir a los demás. Fue casi un alivio, después de la larga tensión de la espera, el ataque que habían estado esperando finalmente estaba a punto de comenzar.

Instintivamente, Corvino Plumoso retrocedió, solo para chocar con Ventolero, sintiendo el cuerpo de su hijo rígido por la tensión y la ira. Por un momento ninguno de los dos pudo moverse, y en esa breve vacilación, la pequeña criatura de cuerpo largo saltó hacia adelante y apretó los dientes en el costado de Corvino Plumoso. «*¡Sarnoso come-carroña!*». Corvino Plumoso dejó escapar un grito de dolor y golpeó ferozmente a la criatura con la pata. El armiño cayó hacia atrás, arrancándole un mechón de pelo.

«*¿Por qué tienen que ser un dolor en la cola?*». Normalmente, Corvino Plumoso sabía que sería fácil para el Clan del Viento lidiar con una invasión de armiños. ¡Pero estos armiños eran muy destructivos! Mirando a través de la débil luz, Corvino Plumoso vio que era blanco puro, excepto por una punta negra en la cola, exactamente como los armiños que habían salido a cántaros de los túneles la noche

anterior. Un escalofrío de miedo lo atravesó al verlo. «*Son tan inquietantes… Preferiría enfrentar a un zorro o un tejón*».

El armiño saltó de nuevo hacia Corvino Plumoso, y Patas Acechantes y Ala de Alondra se abrieron paso hacia adelante, arrastrándolo mientras hundía las garras en los hombros de Corvino Plumoso. Patas Acechantes le atravesó el costado con las y el armiño huyó, gimiendo, hacia la oscuridad. Pero a medida que se desvanecía, más y más de las formas blancas se deslizaban en la caverna, convergiendo en el grupo de gatos. Los ojos malignos de los armiños brillaban en la pálida luz, y sus labios retrocedían para revelar sus afilados colmillos. «*Así que por fin se están mostrando* —Corvino Plumoso pensó sombríamente—. *¡El primero fue solo para ponernos de humor para una batalla!*».

Ventolero cargó hacia adelante con un estridente chillido, obviamente listo para pelear con todos y cada uno de ellos. El vientre de Corvino Plumoso se sacudió de miedo, y saltó hacia adelante para poner su propio cuerpo entre su hijo y sus enemigos. Ala de Alondra lo ayudó a arrastrar a Ventolero por el pasillo, con Patas Acechantes en la parte trasera, lanzando arañazos para hacer retroceder a los armiños hasta que todos salieron a la luz.

—Pero ¿qué hay de Cola Brecina? —jadeó Ala de Alondra—. No la vi allí dentro.

—¡La encontraré! —Ventolero aulló.

Antes de que Corvino Plumoso pudiera detenerlo, se dio la vuelta y se lanzó al túnel, chocó contra los armiños y los hizo a un lado para abrirse paso a través de ellos.

—¡Ventolero, no! —Corvino Plumoso chilló tras él.

Pero su hijo no le prestó atención. Los ágiles y blancos armiños se cerraron a su alrededor mientras se abría camino y desaparecía en la oscuridad. Pronto, el sonido de garras escurridizas y pasos bruscos se apagó.

Durante un instante, Corvino Plumoso se quedó paralizado, aturdido por la velocidad del ataque de Ventolero. Luego, con un esfuerzo masivo, se recompuso.

—Tenemos que ir tras él —maulló.

Ala de Alondra y Patas Acechantes intercambiaron una mirada ansiosa, luego asintieron y se irguieron un poco más, como si, al fingir, pudieran sentirse más seguros de lo que realmente estaban.

—Estamos contigo —Patas Acechantes contestó.

Corvino Plumoso se preparó para sumergirse de nuevo en el túnel, en la multitud mortal de armiños, pero antes de que pudiera moverse, Ala de Alondra aulló:

—¡Espera!

Volviéndose hacia ella, Corvino Plumoso vio que estaba apuntando con la cola. Mirando en esa dirección, Corvino Plumoso divisó a una atigrada marrón claro que se tambaleaba saliendo de otro túnel que se abría a lo largo de la orilla, con un gato negro tras ella.

«*Cola Brecina y Ventolero… ¡están vivos!*». Tan pronto como salieron, Ventolero se dio la vuelta y se agachó, mostrando los dientes y sacando las garras.

—¡Salgan si se atreven, armiños asquerosos! —rugió.

Corvino Plumoso corrió a lo largo de la orilla; podía escuchar los pasos de Patas Acechantes y Ala de Alondra mientras avanzaban detrás de él.

Unos cuantos armiños se empujaban unos a otros en la entrada, gruñendo en respuesta al desafío de Ventolero, pero antes de que cualquiera pudiera atacar, se arrastraron hacia atrás y desaparecieron en la oscuridad.

Cuando Corvino Plumoso y los demás lo alcanzaron, Ventolero se puso de pie y parpadeó sorprendido. Corvino Plumoso sabía que Ventolero casi se había ahogado una vez en estos túneles. Supuso que su hijo nunca se había visto tan valiente como para correr dentro de ellos de esa manera, en busca de Cola Brecina. «*Realmente debe haber querido demostrar su valor*».

Estando brevemente fuera de peligro, Corvino Plumoso se giró para enfrentar a Cola Brecina.

—¡¿Acaso eres una completa cerebro de ratón?! —exigió—. Si no te importa tu propia seguridad, ¿qué hay de la de tus compañeros de Clan? ¡Podríamos haberte perdido a ti *y* a Ventolero porque fuiste una estúpida bola de pelo!

Tuvo la impresión de que Cola Brecina apenas estaba escuchando. Ella estaba mirando más allá de él, y se dio cuenta de que su mirada azul estaba fija en su hijo.

—Gracias, Ventolero —murmuró ella—. Fuiste muy valiente.

«*Oh, por amor al Clan Estelar*». Ventolero tenía una admiradora. «*Supongo que hay una gata para cada gato* —reflexionó Corvino Plumoso—. *Sin importar qué tan cerebro de pelusa sea*».

Ventolero le dio al suelo un par de rasguños incómodos con una pata delantera.

—No fue nada —murmuró él.

«*Ventolero no hizo eso solo para demostrar su valor* —Corvino Plumoso se dio cuenta con un cosquilleo de sorpresa en los bigotes—. *Realmente le debe importar. Y puede que no sea unilateral…*».

Sabía que Ventolero había estado detrás de Cola Brecina desde que ambos eran aprendices. Pero en ese entonces, parecía más interesada en Leonado, el gato del Clan del Trueno. Corvino Plumoso se había sentido enormemente aliviado cuando esa amistad se esfumó.

«*Nada bueno puede salir de las relaciones fuera de tu propio Clan*». Reprimió un suspiro. «*Nadie lo sabe mejor que yo*».

Ahora Corvino Plumoso parpadeó a su hijo, aprobando la elección que había hecho. A pesar de que acababa de arañar a Cola Brecina con la lengua, no podía pensar en ninguna gata que preferiría ver como la pareja de su hijo. Con su ira desvaneciéndose, se volvió hacia Cola Brecina.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien —respondió Cola Brecina—. Y lo siento por haberme ido así. Pensé que estarían justo detrás de mí.

«*Un "Lo siento" no atrapa ninguna presa*», pensó Corvino Plumoso, reconociendo su disculpa con un breve asentimiento.

—Mientras estés bien.

Ala de Alondra estaba olfateando cuidadosamente las patas traseras de Cola Brecina.

—No, no está bien —maulló—. ¡Esos sarnosos malditos por el Clan Estelar le arrancaron todo el pelaje!

Corvino Plumoso se acercó para echar un vistazo. Habían arrancado enormes mechones del pelo de Cola Brecina, y le goteaba sangre de tantas heridas que no podía contarlas. También podía ver dos garras faltantes en una de sus patas traseras, y recordó cómo había estado tropezando mientras salía del túnel. Ninguna de sus heridas parecía mortal, pero tan solo la pérdida de sangre la debilitaría gravemente.

Corvino Plumoso se dio cuenta de que el impacto, o el alivio por haber sido rescatada, debían haber mantenido a Cola Brecina de pie. Pero muy pronto la adrenalina desaparecería y lo peor del dolor la golpearía, y entonces necesitaría semillas de adormidera para ayudarla a dormir. Echando otra mirada a las heridas de la atigrada, se sorprendió de que todavía estuviera de pie. «*¡Cola Brecina es una gata dura!*».

—Realmente debería volver al campamento y ver a Vuelo de Azor —Ala de Alondra señaló—. Deberíamos ir todos, y volver otro día con más guerreros, suficientes de nosotros para lidiar con esos armiños.

—¿Estamos seguros de que eran armiños? —preguntó Patas Acechantes—. ¡Eran todos blancos!

—Nunca antes había visto armiños blancos —agregó Ala de Alondra—. ¿Creen que sean fantasmas después de todo?

Corvino Plumoso puso los ojos en blanco.

—Gran Clan Estelar, ¿acaso todos tienen el cerebro de una abeja? —preguntó —. Si fueran fantasmas (que no lo son), ¿cómo podrían tocarnos?

Ala de Alondra y Patas Acechantes se miraron el uno al otro; no discutieron, pero Corvino Plumoso no creía que hubiera logrado convencerlos. Pero al menos Patas Acechantes estaba tratando a Ala de Alondra como a cualquiera de sus otros compañeros de Clan, como si ella nunca hubiera puesto una pata en el Bosque Oscuro.

—*Hmf*. —Corvino Plumoso dejó escapar un gruñido molesto.

«*Supongo que no sabemos qué pueden hacer los fantasmas, pero como nuestros enemigos* no *son fantasmas, no tiene sentido preocuparse por eso*».

—Creo que sé por qué son blancos —Cola Brecina maulló—. Es porque estamos en la estación sin hojas, y una vez que haya nieve en el suelo, los armiños serán prácticamente invisibles. Su pelaje blanco les facilitará acechar a sus presas. Sin embargo, no sé por qué tienen una cola oscura —agregó como una idea de último momento.

Corvino Plumoso parpadeó, sorprendido por lo inteligente de su explicación.

—Creo que probablemente tienes razón —contestó—. Gracias al Clan Estelar, alguien tiene un poco de sentido común. El resto de ustedes vuelvan al campamento con Cola Brecina —agregó a los demás—. Informen a Estrella de Bigotes. Pero no puedo ir con ustedes. No hasta que haya encontrado a Nube Negra.

«*Viva o muerta*», agregó en silencio para sí mismo.

Con una punzada de culpa, recordó su discusión sobre la forma en que trataba a Ventolero, en el camino a los túneles del día anterior. Justo después de eso, Nube Negra había desaparecido. No pudo evitar preguntarse si su discusión la había llevado

a las patas de estos extraños armiños. «*Podría haber estado tan enojada, o molesta, que no pensaba con claridad…*». Sus pensamientos fueron interrumpidos por Ventolero.

—Yo también me quedaré —maulló.

Cola Brecina le dirigió una mirada preocupada, y Corvino Plumoso pensó que estaba a punto de protestar. Entonces sacudió rápidamente el pelaje.

—Solo tengan cuidado cuando entren allí —les advirtió—. Olí agua por delante, lo que significa que algunos de los túneles estarán inundados.

Su mirada se posó en Ventolero, profundamente seria ahora, y Corvino Plumoso se preguntó si ella estaba pensando lo mismo que él. «*¿Ventolero entrará en pánico si nos adentramos en los túneles?*».

Corvino Plumoso se quedó quieto, mirando cómo Cola Brecina se alejaba cojeando, con Patas Acechantes y Ala de Alondra a cada lado, dándole una pata de apoyo cuando se le dificultaba.

—¿Estás listo para volver? —Le preguntó a Ventolero, cuando los otros hubieron desaparecido sobre la cresta.

Ventolero lo miró, sus ojos ámbar se abrieron con nerviosa anticipación. Por un momento vaciló; luego asintió.

—Vamos —murmuró.

Corvino Plumoso se volvió hacia los agujeros oscuros que se abrían en la orilla.

—Iremos por aquí —decidió, dirigiéndose a la entrada en el otro extremo, el que la patrulla había usado el día anterior—. Al menos no estaremos caminando directamente hacia las patas de los armiños.

En la primera parte del túnel, más ancha que la mayoría e iluminada desde arriba, solo había un ligero aroma a armiño, e incluso eso estaba rancio. Corvino Plumoso también pudo captar el aroma de la primera patrulla, incluido el de Nube Negra, aunque eso no iba a ayudarlos a encontrarla ahora.

—¿Qué túnel tomaron Nube Negra y tú ayer? –le preguntó Corvino Plumoso a Ventolero cuando llegaron a la cueva donde se ramificaban los túneles.

—Ese —Ventolero respondió, señalando con la cola.

—Guía, entonces —maulló Corvino Plumoso.

Ventolero dio un respingo de sorpresa ante la orden de su padre y luego entró cautelosamente en el túnel que le había indicado. Corvino Plumoso lo observó por un momento, para asegurarse de que su coraje se mantuviera, de que sus nervios no le vencerían. Cuando estuvo seguro de que Ventolero no iba a huir del túnel, Corvino Plumoso lo siguió. Podía sentir el miedo en el olor de su hijo, pero también la determinación, y sus pasos eran constantes.

En unos momentos se vieron sumidos en la oscuridad total, y Corvino Plumoso pudo detectar un aire húmedo que se elevaba desde algún lugar delante de ellos.

—No olvides que Cola Brecina nos advirtió sobre las inundaciones —le recordó a Ventolero.

Podía sentir a su hijo temblar, y recordó una vez más cuando Ventolero casi se ahogó en los túneles cuando era aprendiz.

—Es mejor no pensar en el pasado —le aconsejó al gato negro. De alguna manera, era más fácil hablar con él en la densa oscuridad que cuando podían

enfrentarse a la luz del día—. Pero si tienes que pensar en él, recuerda cómo sobreviviste. El recuerdo de lo terrible que sucedió aquí debería recordarte lo fuerte y valiente que eres.

Su hijo estuvo en silencio por varios latidos, simplemente avanzando constantemente por el túnel. Habían pasado lunas desde que Corvino Plumoso le había hecho un cumplido a Ventolero, y no estaba seguro de cómo lo tomaría. «*Tal vez debería haber mantenido la boca cerrada*».

—Ya no tengo miedo —respondió Ventolero por fin—. Me parezco a mi madre, y ella es la gata más valiente que he conocido. Así es como sé que Nube Negra sigue viva.

Corvino Plumoso había conocido muchos gatos valientes que habían tenido un final terrible, pero no estaba dispuesto a decírselo a Ventolero. Sin embargo, se preguntó si debería aconsejar a su hijo que no se ilusionara demasiado. «*¿Y si Nube Negra se ahogó? O tal vez los armiños la mataron. ¿Y si estamos buscando su cuerpo?*».

Corvino Plumoso hizo todo lo posible por alejar esos pensamientos mientras él y Ventolero avanzaban por los túneles, por los pasajes que los llevaban cada vez más abajo. De vez en cuando, Corvino Plumoso captaba el olor del agua, pero pudieron evitar los túneles inundados de los que Cola Brecina les había advertido. A estas alturas, los últimos rastros del olor de Nube Negra se habían desvanecido: lavados por el agua, supuso Corvino Plumoso, por la humedad en el aire y en el suelo de piedra pulida.

Finalmente, Corvino Plumoso se dio cuenta de una débil luz que se filtraba desde abajo. El olor a agua se hizo aún más fuerte, hasta que los gatos emergieron en una enorme caverna iluminada por un agujero irregular en el techo, muy por encima de sus cabezas. El suelo era de piedra ondulada y, a través del centro, un río fluía, apareciendo desde un agujero oscuro a un lado de la cueva y desapareciendo nuevamente en otro agujero opuesto. Corvino Plumoso aspiró aire fresco del otro lado del río, y con él, otro aroma familiar. Intercambió una mirada con Ventolero. «*Oh, excremento de zorro*».

—¡Clan del Trueno!

«*No queremos acercarnos más a ellos* —pensó Corvino Plumoso—. *Después de la Gran Batalla, no va a tomar mucho crear una nueva tensión entre los Clanes*».

—Tal vez deberíamos regresar —le dijo a su hijo.

Ventolero lo fulminó con la mirada.

—¿Sin haber encontrado a Nube Negra?

Corvino Plumoso flexionó las garras con incomodidad sobre la piedra húmeda del suelo de la caverna.

—No hemos captado su olor desde que entramos en los túneles. No hay evidencia de que haya venido por aquí.

—¡Pero tenemos que intentarlo! —protestó Ventolero—. Si está herida en algún lugar, su tiempo podría estar agotándose. Podría desangrarse hasta morir… o podría encontrarse indefensa contra más armiños.

Corvino Plumoso hizo una mueca, sin saber qué hacer. Lo último que quería era poner a su hijo en peligro sin ninguna razón. Pero ¿y si Ventolero tenía razón?

Mantenerse en buenos términos con el Clan del Trueno era importante, pero ¿podría perdonarse a sí mismo si se daba por vencido ahora y más tarde descubriera que podría haber salvado a Nube Negra si hubieran seguido buscando un poco más?

Asintió lentamente.

—Está bien, vamos a seguir.

A lo largo del río, Corvino Plumoso llegó a un lugar más estrecho donde el agua rugía en un barranco más profundo.

—Podemos cruzar aquí —murmuró.

Retrocediendo algunos zorros de distancia, corrió hacia la orilla y dio un salto masivo. Cuando saltó, sintió que sus patas se deslizaban sobre la roca húmeda y, por un momento, temió que no llegara a la orilla opuesta. Luego sintió que sus patas golpeaban la roca, pero tan cerca del borde que tropezó y apenas logró evitar caer en la corriente. Recuperando el equilibrio, se volvió a tiempo para ver a Ventolero dar el salto y aterrizar pulcramente a su lado con una tensa contracción de los bigotes.

—Sígueme —murmuró Corvino Plumoso, ignorando la mirada triunfante de su hijo—. Y pisa silenciosamente. Puede que haya gatos del Clan del Trueno merodeando por aquí.

Eligió un túnel que conducía hacia arriba desde el lado más alejado de la cueva. La luz desapareció detrás de ellos, y el túnel se hizo más estrecho rápidamente, hasta que pudo sentir su pelo rozando las paredes a cada lado. De vez en cuando pasaban por túneles que conducían a un lado, pero el aire de allí abajo olía a humedad, y nunca hubo ninguna duda sobre qué túnel salía al aire libre.

Corvino Plumoso siguió saboreando el aire, pero todavía no había señales de Nube Negra. Sin embargo, el olor del Clan del Trueno se hizo más y más fuerte: no solo olor de Clan que se aferraba a cualquier territorio, sino que fresco y complejo: el aroma mezclado de varios gatos.

«*Hay tres o cuatro gatos distintos ahí arriba* —pensó—. *Deben ser una patrulla. Espero que solo estén de paso y que no quieran explorar los túneles*».

—No hagas ni un ruido —advirtió a Ventolero en un murmullo bajo.

Una luz verde crecía delante de ellos, y pronto Corvino Plumoso pudo ver el final del túnel, cubierto por un sobresaliente de helechos. Podía distinguir las formas de los gatos moviéndose afuera alrededor. Corvino Plumoso se detuvo, agachándose hasta el suelo del túnel. Mirando a Ventolero, levantó la cola para recordarle que guardara silencio.

—Estoy hablando de la seguridad de *todos* los Clanes. —Una voz bajó por el túnel hasta donde Corvino Plumoso estaba agachado, el tono sonoro y discutidor.

Corvino Plumoso reconoció la voz. «*Es ese desperdicio de carne fresca, Bayo*».

—Deberíamos asegurarnos de que los otros Clanes hayan estado probando a los gatos que lucharon en nombre del Bosque Oscuro —continuó Bayo—. Mientras haya dudas sobre la lealtad de esos gatos, el bosque nunca podrá estar en paz.

—Pero… —Otra voz, que Corvino Plumoso no pudo identificar, trató de interrumpir.

—Sí, hemos hecho preguntas severas a nuestros guerreros. —Bayo ignoró la interrupción—. Pero, ¿cómo sabemos que los guerreros del Bosque Oscuro en los otros Clanes realmente pueden ser de fiar? Si no lo son, deben ser expulsados.

Corvino Plumoso podía sentir la furia hirviente que desprendía Ventolero, tan fuerte como un hedor a zorro. Mirando hacia atrás, vio que sus hombros se erizaban y sus ojos ámbar brillaban con furia. Estaba seguro de que, en un par de latidos, Ventolero se lanzaría fuera del túnel y arremetería contra Bayo.

«*Y no solo Ventolero*», se dijo a sí mismo, pensando en el lugarteniente del Clan, Lebrón; Nariz de Bigotes, a quien se le debería permitir retirarse con honor a la guarida de los veteranos; y Manto Espinoso y Ala de Alondra, ambas luchaban tan duro como podían para ser vistas como gatas leales al Clan del Viento. «*¿Qué derecho tiene ese cerebro de pulga de Bayo para hablar acerca de expulsar a alguien?*».

Corvino Plumoso comenzó a retroceder cuidadosamente por el túnel, indicando a Ventolero que hiciera lo mismo.

—Volvamos a buscar a Nube Negra —murmuró tras poner varios zorros de distancia entre ellos y los gatos del Clan del Trueno—. Nada bueno saldrá de ti escuchando algo más de lo que esa estúpida bola de pelo tiene que decir.

—Me gustaría arrancarle la piel —gruñó Ventolero.

Pero para alivio de Corvino Plumoso, no trató de discutir. Simplemente se puso de pie y comenzó a retroceder por donde habían venido.

Pero antes de que él y Ventolero hubieran avanzado más que unos pocos zorros de distancia, escucharon el sonido que habían llegado a temer: el roce de innumerables garras en el suelo de piedra del túnel.

—¡Corre! —Corvino Plumoso aulló.

La palabra apenas había dejado sus mandíbulas antes de que los veloces ruidos los rodearan, y unos ojos brillantes y malévolos reflejaran la tenue luz del túnel. Se ahogó con el hedor que ya se había vuelto horriblemente familiar. Chirriantes llamados estallaron por todos lados, y antes de que pudieran huir, fueron envueltos en una marea creciente de armiños blancos.

CAPÍTULO 6

Empujando a los armiños a un lado, Corvino Plumoso corrió por el pasaje, echando un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que Ventolero lo estaba siguiendo. Lanzó un golpe con las garras delanteras y los armiños retrocedieron, por lo que pudo correr. Con Ventolero justo detrás de él, corrió por el pasaje hacia la caverna donde fluía el río, al tiempo que escuchaba el escarbar de las patas de los armiños al perseguirlos. «*¿Y qué si nos encontramos con más de ellos en el camino?*».

Cuando el pensamiento pasó por su mente, un armiño saltó desde la oscuridad hacia Corvino Plumoso, apretándole el hombro con los dientes. Dejando escapar un grito de dolor, Corvino Plumoso se lo sacudió y se desvió por un pasaje lateral. Demasiado tarde se dio cuenta de lo rancio que estaba el aire y de cómo el suelo del túnel se volvió irregular de repente, lleno de piedras sueltas y tierra. El pasaje se estrechó rápidamente hasta que las paredes lo presionaron a ambos lados, casi aplastándole las costillas, y sus orejas rozaron el techo. «*¡Este es un túnel sin salida!*».

Corvino Plumoso se detuvo y sintió que Ventolero chocaba contra él por detrás, empujándolo aún más lejos hacia el pequeño espacio. Podía saborear tierra, y el aire estaba cargado de olor a armiño; apenas podía respirar.

—¡Vuelve! —escupió con dificultad.

—¡No puedo: armiños! —Ventolero jadeó en respuesta.

Corvino Plumoso podía sentir el peso de Ventolero en sus patas traseras mientras se tensaba contra las paredes estrechas, y podía escuchar el chirrido de los armiños mientras se acercaban, pero estaba demasiado apretado para liberarse y ayudar a su hijo. Se preparó, clavó las garras en el suelo y sintió con un estremecimiento de horror un ligero goteo de tierra que caía del techo sobre su manto como una lluvia seca. «*¡Oh, Clan Estelar, sácanos de esta!*».

De repente, la presión del cuerpo de Ventolero sobre sus patas traseras se aflojó y Corvino Plumoso pudo comenzar a retroceder. Al mismo tiempo, los chillidos desafiantes de los armiños se convirtieron en sonidos de alarma, y el rascar de sus garras se extinguió. «*¿Qué pasó?*», Corvino Plumoso se preguntó, aturdido.

El olor a armiño también comenzó a desvanecerse, y otro olor más fuerte se alzó para tomar su lugar. Una voz familiar habló desde algún lugar detrás de él.

—Ya pueden salir. Los armiños se han ido.

«*Esa es la voz del cerebro de ratón de Bayo* —comprendió Corvino Plumoso—. *¡Tanto para no alertar al Clan del Trueno y aquí estamos!*».

Paso a paso Corvino Plumoso retrocedió fuera del estrecho túnel hasta que alcanzó de nuevo el pasaje principal. Ventolero lo estaba esperando, junto con cuatro guerreros del Clan del Trueno.

Cada pelo del manto de Corvino Plumoso se calentó de vergüenza ante la idea de ser rescatado por otro Clan. «*¿Podríamos haber sido más indignos, sacando primero las colas y patas traseras?*». Estaba agradecido de que estaba demasiado oscuro para distinguir a los gatos del Clan del Trueno; estaba lo suficientemente avergonzado sin tener que ver la mirada satisfecha en sus ojos.

—Gracias —maulló, decirlo necesitó de un esfuerzo masivo.

Bayo habló de nuevo, con un tono brusco.

—Síganos por el túnel.

Corvino Plumoso y Ventolero no tuvieron más opción que obedecer; Bayo tomó la delantera con otro gato del Clan del Trueno detrás de él, y los otros dos guerreros detrás. Corvino Plumoso casi sintió como si lo hubieran tomado prisionero, y luchó por evitar que un gruñido escapara de su garganta. Lo último que él y Ventolero necesitaban era comenzar una pelea cuando no solo se encontraban en el territorio de otro Clan, sino que también eran superados en número.

Cuando pasaron rozando las frondas colgantes, Corvino Plumoso reconoció a Zancudo siguiendo a Bayo; Pétalo de Rosa y Carbonera conformaban el resto de la patrulla. «*No hay problema. Nada de qué preocuparse aquí*». Corvino Plumoso se sacudió el pelaje, levantando la cabeza y la cola, y trató de parecer un guerrero experimentado y competente mientras se enfrentaba a los gatos del Clan del Trueno. Pero cuando vio a Ventolero, con el pelaje desgarrado y lleno de tierra, con los ojos desorbitados por el recuerdo del terror, se dio cuenta de que probablemente él mismo no se veía mucho mejor.

—Están en territorio del Clan del Trueno —Bayo espetó—. ¿Qué están haciendo al final de nuestros túneles?

—Eso no es de su… —Ventolero comenzó a la defensiva, pero Bayo no le prestó atención.

—¿No saben cómo se ven, gatos del Clan del Viento merodeando por aquí? —exigió—. No hemos olvidado la última vez que intentaron lanzar un ataque desde los túneles.

—No estamos aquí para luchar —maulló Corvino Plumoso, tratando de sonar pacífico.

—Aun así, deberían ser más sensatos —Zancudo señaló, la punta de su cola se movía de un lado a otro—. Supongamos que hubiéramos sido un grupo de gatos más exaltados. Podría haber habido problemas.

«*¿Quién eres tú para sermonearme, cerebro de abeja?*». Pero antes de que Corvino Plumoso pudiera responder, Ventolero soltó un siseo furioso.

—Parece que el Clan del Trueno está planeando tener problemas, tratando de decirle a los otros Clanes qué hacer con sus guerreros del Bosque Oscuro. Diciendo que deben ser expulsados. ¡No somos nosotros los que están causando problemas!

Corvino Plumoso se estremeció cuando un tenso silencio siguió las palabras de su hijo. «*Ventolero, yo también estoy enojado, pero esa fue una muy mala idea*». Las dos gatas del Clan del Trueno intercambiaron una mirada alarmada, mientras que Zancudo azotó la cola con furia, y Bayo sacó las garras y bajó las orejas.

—¿Estaban escuchando a escondidas? —desafió a Ventolero—. ¿Es eso lo que estaban haciendo? ¿El Clan del Viento nos está *espiando*?

Corvino Plumoso pudo ver los músculos de Ventolero flexionándose debajo de su piel, y dio un paso adelante rápidamente antes de que su hijo pudiera saltar sobre Bayo. Corvino Plumoso se dio cuenta de que estaba en la extraña posición de tratar de reprimir el enojo de otro gato. Por lo general, *él* era el gato enojado. Pero por mucho que le hubiera gustado arrancarle el pelaje a Bayo y usarlo para forrar su lecho… eran superados en número. Y a Estrella de Bigotes probablemente no le gustaría que comenzaran una guerra con el Clan del Trueno por accidente.

—Ventolero no estaba tramando nada —les aseguró Corvino Plumoso—. Solo estábamos en los túneles…

Se detuvo, preguntándose si debería decirles lo de Nube Negra. «*Si se enteran que los armiños posiblemente mataron a una de nuestros guerreros, podrían intentar interferir, porque eso es lo que hace el Clan del Trueno…*».

—No estábamos espiando, ni tratando de causar problemas —continuó rápidamente, antes de que los guerreros del Clan del Trueno pudieran enojarse por su vacilación—. Los armiños nos tomaron por sorpresa y no nos dimos cuenta de que estábamos cerca del Clan del Trueno hasta que era demasiado tarde.

La mirada de Zancudo pasó de Corvino Plumoso a Ventolero y viceversa.

—Supongo que podrían haber tenido sus razones —admitió a regañadientes—. Pero dado todo lo que sucedió, deberíamos llevarlos con Estrella Zarzosa.

—Sí, solo para asegurarnos de que sepa *exactamente* lo que está pasando —Bayo coincidió.

—Pueden intentar —gruñó Ventolero.

Corvino Plumoso le lanzó una mirada fulminante. Simpatizaba con la ira de su hijo, pero si comenzaba una pelea con los gatos del Clan del Trueno, no había ninguna garantía de que alguno de ellos saliera con vida. Le instó a que guardara silencio.

—Espera, Zancudo —maulló Carbonera—. ¿No estarán exagerando? No es como si hubiésemos atrapado a Corvino Plumoso y Ventolero robando presas. ¿No sería mejor simplemente escoltarlos fuera de nuestro territorio?

«*Finalmente* —pensó Corvino Plumoso— *una gata del Clan del Trueno habla con sensatez*».

—Y podemos informar de esto a Estrella Zarzosa sin ellos —Pétalo de Rosa agregó.

—Puedes apostar que lo haremos —murmuró Bayo.

«*Cerebro de pulga*».

Él y Zancudo intercambiaron una mirada; Entonces Bayo se encogió de hombros.

—Supongo que podrían tener razón.

Con un gesto de la cabeza de Zancudo, Corvino Plumoso se alejó de la entrada del túnel y se dirigió al arroyo que formaba la frontera con el Clan del Trueno. Ventolero lo siguió, con los gatos del Clan del Trueno siguiéndolos en un semicírculo irregular.

Al principio, Corvino Plumoso se sintió aliviado de que la tensión había pasado y que él y Ventolero no iban a ser arrastrados a la pelea que temía. Pero luego recordó por qué habían entrado en los túneles, y su alivio fue reemplazado por una punzada de amargura, una sensación de malestar en su garganta, como si hubiera comido carroña. «*Eso salió tan mal como pudo* —pensó—. *Y aún no hemos encontrado a Nube Negra*».

—No vuelvan —gruñó Bayo mientras Corvino Plumoso y Ventolero avanzaban a través de los pasaderos hacia el lado del arroyo del Clan del Viento—. Y manténganse fuera de los túneles. La próxima vez que estén en peligro, puede que el Clan del Trueno no esté cerca para salvar sus colas.

Ventolero abrió las mandíbulas para replicar, pero las cerró de nuevo cuando Corvino Plumoso le golpeó el hombro con la cola. Ambos gatos del Clan del Viento observaron en silencio mientras los guerreros del Clan del Trueno giraban y desaparecían en la maleza.

El pelaje de Corvino Plumoso se estremecía de ira, en parte por la arrogancia de los gatos del Clan del Trueno, pero sobre todo por su propio hijo.

—Si tan solo hubieras mantenido las mandíbulas cerradas, no habríamos tenido esa pelea. Cualquiera que sea la tensión que queda entre el Clan del Trueno y el Clan del Viento después de la Gran Batalla, simplemente la has empeorado.

—Pero estaban hablando de expulsar gatos —Ventolero respondió. Corvino Plumoso pudo ver su propia ira reflejada en los ojos de su hijo—. Podría comenzar con los gatos que lucharon por el Bosque Oscuro, pero ¿quién dice que se detendrá ahí? ¿Qué pasaría si deciden qué harán que todo su Clan esté más seguro si simplemente echan a todo el Clan del Viento?

—¡Oh, cállate! —espetó Corvino Plumoso—. Eso es ridículo.

Sin embargo, internamente, reconoció que Ventolero podría tener un punto. Estrella Zarzosa no había sido líder del Clan del Trueno por mucho tiempo. ¿Cómo *reaccionaría* si sintiera que el Clan del Viento era una amenaza? «*Podría ser más propenso a iniciar problemas que Estrella de Fuego*».

Corvino Plumoso había perdido la noción del tiempo mientras él y Ventolero habían estado buscando en los túneles. Ahora vio que el sol se ponía, el corto día de la estación sin hojas se acercaba a su fin.

—Podemos preocuparnos por el Clan del Trueno más tarde —le dijo a Ventolero—. En este momento, nuestro principal problema es que no hemos encontrado a Nube Negra, y no podemos seguir buscándola en la oscuridad. Tendremos que intentarlo de nuevo por la mañana. Y voy a tener que hablar con Estrella de Bigotes para ver el lado de los túneles del Clan del Trueno. Creo que esos son los únicos túneles que aún no hemos revisado.

La única respuesta de Ventolero fue un gruñido. La tristeza se alzaba en Corvino Plumoso como lluvia llenando un estanque. Lo que no estaba diciendo, lo que temía decir, era que si Nube Negra estaba viva, tenía que haber una razón por la que no volvía a casa sola. Y si estaba herida o confundida, sería más fácil que ella se perdiera en el territorio del Clan del Trueno a que no pudiera encontrar su camino desde los túneles del Clan del Viento.

Miró a Ventolero, que se quedó mirando el suelo mientras caminaban. Ahí abajo en los túneles, él y su hijo se habían vuelto brevemente cercanos, pero ahora eso parecía haber terminado. Por un momento trató de encontrar algo que decir, algo que podría ayudar a curar la brecha, pero las palabras lo eludieron como una presa astuta.

«*Y ahora no es el momento de preocuparse por eso* —se dijo a sí mismo—. *No con Nube Negra desaparecida. Ha pasado más de un día desde el ataque de los armiños. ¿Aún tenemos tiempo para ayudarla, si está herida? ¿O ahora estamos buscando un cadáver?*».

CAPÍTULO 7

—Vamos a necesitar una patrulla —le dijo Corvino Plumoso a Estrella de Bigotes con confianza a la mañana siguiente—, pero esta vez deberíamos limitar nuestra búsqueda al lado de los túneles del Clan del Trueno. Si Nube Negra logró salir, debe estar allí. Hemos revisado todas las entradas en el lado del Clan del Viento; Sabemos que no está aquí.

Estrella de Bigotes, que estaba descansando fuera de su guarida, dejó escapar un sonido que aterrizó en algún lugar entre un gruñido y un ronroneo. No parecía contento con la idea.

—¿Y crees que el Clan del Trueno cooperará con esta búsqueda? —preguntó.

«*Si le preguntamos al gato correcto*», pensó Corvino Plumoso. No había olvidado el gruñido de Bayo cuando los había dejado en la frontera del territorio del Clan del Viento. Y se había acercado deliberadamente a Estrella de Bigotes sin Ventolero, para que la conversación no se desviara a la confrontación con los guerreros del Clan del Trueno.

—Creo que Estrella Zarzosa lo haría —contestó.

Estrella de Bigotes agitó los bigotes.

—¿Eso crees? —preguntó él. Su expresión era curiosa, y no del todo complacida.

Corvino Plumoso dudó antes de responder. Recordó su compañerismo con Estrella Zarzosa en el viaje al lugar donde se ahoga el sol. El joven líder había trabajado duro para deshacerse de la oscura sombra que Estrella de Tigre había echado sobre todos sus parientes. Mucho antes de convertirse en líder, había demostrado ser un guerrero valiente y leal. «*Siento que puedo confiar en él* —pensó Corvino Plumoso—, *sin importar lo que Estrella de Bigotes crea de él*».

—No he pasado mucho tiempo con Estrella Zarzosa últimamente —dijo con sinceridad—, pero lo que he visto me hace pensar que es un gato honorable.

Estrella de Bigotes resopló y se puso de pie.

—Gato honorable o no, no lo quiero involucrado en los asuntos del Clan del Viento. —Evitó los ojos de Corvino Plumoso y dirigió su mirada al campamento donde Zarpa de Avena estaba limpiando el lecho de Nariz de Bigotes.

«*¿Pero es un asunto solo del Clan del Viento?* —se preguntó Corvino Plumoso, recordando la visión de Vuelo de Azor—. *Lo que sea que venga por nosotros, el viento no fue suficiente para hacerlo retroceder*».

—Estrella de Bigotes —dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras. «*No digas "de cerebro de pulga"; no digas "de cerebro de pulga"*»—. Sería… tonto… renunciar a encontrar a Nube Negra solo porque no queremos involucrar al Clan del Trueno.

—¿Quién dijo que renunciaríamos? —Estrella de Bigotes replicó, volviéndose con una expresión irritada—. No, no quiero buscar en el territorio del Clan del Trueno. Pero si quieres buscar en *otro lado*…

—Pero, ¿y si está *en* territorio del Clan del Trueno? —preguntó Corvino Plumoso, luchando por ocultar su frustración. «*Si haces enojar a Estrella de Bigotes, seguramente rechazará la idea de la patrulla*»—. No se trata de a dónde queremos ir. Es cuestión de dónde está ella. Sabemos que algo anda mal. Nube Negra debe estar herida, o confundida. Si hubiera subido por el lado del Clan del Viento de los túneles, ya estaría en casa.

—No ha pasado tanto tiempo —maulló Estrella de Bigotes con calma—. No renuncies tan fácilmente a ella. Nube Negra es una guerrera fuerte. Si está viva, encontrará el camino a casa.

—Yo no voy a *renunciar* a ella —Corvino Plumoso replicó, apretando los dientes. «*¿Por qué nadie escucha a la razón en este Clan de cerebros de abeja?*»—. Molestarte para encontrarla es lo opuesto a renunciar.

Estrella de Bigotes se dio la vuelta, en dirección al montón de carne fresca.

—No —dijo brevemente—. Te escuché, pero no involucraré al Clan del Trueno. Solo sé paciente, Corvino Plumoso. Ella vendrá a casa… si está viva.

Mientras el líder se alejaba, Corvino Plumoso sintió que la frustración se apoderaba de su corazón como un conejo en una trampa. «*¿Y si está viva y no puede venir a nosotros?* —pensó miserablemente—. *¿Y cómo le voy a explicar esto a Ventolero?*».

Más tarde esa mañana, Ventolero regresó de la patrulla del alba y se dirigió inmediatamente a Corvino Plumoso.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó.

—¿Irnos? —preguntó Corvino Plumoso, desprevenido.

Estaba terminando un campañol y preparándose para llevar a Zarpa Ululante y Zarpa de Pluma a cazar. Con Nube Negra desaparecida, Zarpa Ululante era temporalmente su segundo aprendiz. Los dos aprendices estaban revolcándose en el pasto, riéndose y burlándose el uno del otro. Le recordó a Corvino Plumoso lo cerca que estaban de seguir siendo cachorros. «*Y qué poco sentido tienen*».

—Para encontrar a Nube Negra —explicó Ventolero. El tono de irritación en su voz pareció añadir «obviamente»—. Estaba pensando en ella cuando pasamos por las piedras memoriales esta mañana. El Clan del Viento perdió tantos guerreros en la Gran Batalla… Nube Negra debe saber que la necesitamos más que nunca. Si ella pudiera regresar sola, sé que estaría aquí. —Miró a Corvino Plumoso con urgencia.

—Ah. —Corvino Plumoso tragó lo último de su campañol y respiró hondo—. Bueno… Hablé con Estrella de Bigotes esta mañana.

—¿Y? —Ventolero preguntó.

«*Y demostró ser una estúpida bola de pelo* —pensó Corvino Plumoso—. *Pero no debería pensar eso de nuestro líder*».

—Él… se niega a involucrar al Clan del Trueno.

Ventolero parecía confundido.

—Bien. ¿Y?

—Como dije, ya hemos visto todas las entradas en el Clan del Viento —Corvino Plumoso explicó—. Y de verdad, Nube Negra podría encontrar su camino a casa en cualquiera de ellas, incluso si estuviera herida. Creo que, si sobrevivió, debe haber salido al territorio del Clan del Trueno.

Ventolero se quedó en blanco por un momento, pero luego sus ojos se iluminaron con comprensión.

—¿Crees que el Clan del Trueno la tiene?

«*¡No, no, no!*». Corvino Plumoso negó con la cabeza. «*Lo último que necesitamos es que Ventolero se lance al Clan del Trueno, exigiendo a su madre…*»

—No, pero creo que puede haber salido a su territorio y evadido sus patrullas. O bien, salió a su territorio y fue a otro lado, fuera del territorio de cualquier Clan.

Ventolero asintió.

—Eso tiene sentido. Entonces, ¿qué quiere hacer Estrella de Bigotes? ¿Hablar con Estrella Zarzosa? ¿Entrar en su territorio?

Corvino Plumoso miró hacia otro lado. No estaba seguro de cómo decirle a Ventolero la verdad: que Estrella de Bigotes parecía no querer hacer nada.

—¿Corvino Plumoso? —Preguntó Ventolero.

Los ojos de Corvino Plumoso se encendieron en Zarpa Ululante y Zarpa de Pluma, cuyo juego rudo se había vuelto más intenso.

—¡Ustedes dos, paren! ¡Ya no son cachorros con cerebro de pulga! —gritó.

Los dos aprendices se separaron, mirando a Corvino Plumoso con una mezcla de vergüenza y diversión.

—Lo siento, Corvino Plumoso —dijo Zarpa de Pluma—. ¿Nos iremos pronto?

—Muy pronto —contestó Corvino Plumoso—. Estén listos.

—¿A dónde irán? —Ventolero preguntó. Cuando Corvino Plumoso se volvió hacia su hijo, pudo leer la decepción en sus ojos. Y luego su expresión se volvió dura —. No vamos a patrullar, ¿verdad?

Corvino Plumoso agitó la oreja torpemente.

—Hoy no…

—¿Cuándo, entonces? —preguntó Ventolero, dando un paso hacia Corvino Plumoso, con una expresión desafiante—. ¿Cuándo exactamente encontraremos a mi madre? ¿Qué decidieron tú y *Estrella de Bigotes*?

La voz del gato se estaba elevando, atrayendo la atención de los otros guerreros que estaban reunidos alrededor del montón de carne fresca, charlando y relajándose mientras comían su comida de la mañana. Corvino Plumoso vio a Lebrón mirarlos con temor en los ojos. Incluso Rescoldo, que había defendido a Ventolero en el pasado, parecía preocupado por la ira en su voz. «*Nos están mirando fijamente*». A Corvino Plumoso le picaba debajo de la piel por la vergüenza. Y, como a menudo ocurría, sintió que la vergüenza se convertía en molestia con Ventolero.

—No podemos simplemente pasearnos por el territorio del Clan del Trueno —soltó con desdén—. Ya lo sabes, Ventolero. —Bajó la voz—. ¡Especialmente no cuando prácticamente inicias una pelea con los guerreros del Clan del Trueno en el momento en que los ves! ¿No crees que tu disputa con Bayo y los demás aparecerá en el momento en que pidamos ayuda al Clan del Trueno?

—¡¿Crees que esto es *mi* culpa?! —Ventolero exclamó con incredulidad, e *intensidad*—. ¡Confié en ti! ¡Confié en que hablaras con Estrella de Bigotes sin mí, y lo arruinaste todo! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

—Lo sé —Corvino Plumoso siseó, con la garganta caliente—. Pero tenemos…

«Tenemos que ser cuidadosos», había querido decir. O «Tenemos que pensar en una forma de convencer a Estrella de Bigotes». Pero no importaba, porque Ventolero se giró y se marchó antes de la primera palabra. Al verlo irse, Corvino Plumoso sintió que su vergüenza y su ira se desvanecían en decepción. Vio a los otros guerreros mirando a Ventolero también, con desaprobación en los ojos. «*Pero no se equivoca* —pensó Corvino Plumoso, volviéndose para recoger a los aprendices—. *Tenemos que encontrar una manera de encontrar a Nube Negra, antes de que sea demasiado tarde*».

La luz del sol era pura y cegadora, pero el aire era frío y las patas de Corvino Plumoso, Zarpa de Pluma y Zarpa Ululante crujían contra la nieve endurecida que se adhería a algunas partes del páramo. El cielo era azul puro, salpicado de nubes gris plateadas.

—No puedo esperar a la estación de la hoja nueva —maulló Zarpa Ululante mientras él y Zarpa de Pluma seguían a Corvino Plumoso—. La estación sin hojas es la temporada más dura.

«Esta *estación sin hojas ciertamente lo es* —pensó Corvino Plumoso—. *Y no tiene nada que ver con el frío o la falta de presas*».

—Dura o no, un gato debe saber cómo sobrevivir en todas las estaciones —respondió Corvino Plumoso—. Así que hoy nos centraremos en trabajar juntos para atrapar presas.

Explicó cómo los cambios en el terreno presentaban nuevos desafíos en la estación sin hojas. La nieve que crujía debajo de sus patas podría servir como un sistema de alerta para las presas que perseguían, o los gatos podrían usarla a su favor.

—Probemos una nueva técnica —Corvino Plumoso continuó—. Zarpa Ululante, quiero que esperes detrás de este arbusto, donde se acumula la nieve. Cuando la presa se acerque al arbusto, mueve las patas para hacer crujir la nieve, eso asustará a la presa y correrá hacia nosotros. Luego, Zarpa de Pluma: es tu trabajo sorprenderla y dar el golpe mortal.

Los aprendices aceptaron con entusiasmo, y Zarpa Ululante se acomodó, escondido detrás del arbusto en la nieve endurecida. Corvino Plumoso se arrastró a una pequeña hendidura en el suelo para ver. Los tres gatos se callaron.

Pareció pasar mucho tiempo antes de que un diminuto ratón marrón, con el pelo inflado en el frío, saliera disparado hacia el arbusto desde un agujero cercano. Corvino Plumoso observó, sin emitir ningún sonido, cuando los ojos de Zarpa Ululante se ensancharon y luego se apresuró a levantarse, arrastrando las patas por el suelo para hacer un crujido satisfactorio. Desafortunadamente, Zarpa Ululante estaba tan emocionado, o tan frío, que se paró torpemente y se deslizó sobre la nieve. Cuando sus patas salieron de debajo de él, Zarpa Ululante cayó de espaldas en la nieve, haciendo el crujido esperado, pero no de la forma prevista.

Aun así el ratón se había sobresaltado y comenzó a ir de nuevo al agujero. Corvino Plumoso se volvió expectante a Zarpa de Pluma, solo para encontrarla torcida de diversión, sus ojos bailaban mientras miraba a Zarpa Ululante. Cuando el ratón pasó cerca de ella, hizo un intento poco entusiasta de agarrarlo, pero su atención claramente aún estaba en Zarpa Ululante.

—¡Presta atención! —espetó Corvino Plumoso.

El ratón se deslizó fácilmente de nuevo hacia su agujero. Cuando se hubo ido, tanto Zarpa de Pluma como Zarpa Ululante se disolvieron en risas.

—¡Lo siento! —maulló Zarpa de Pluma—. Es solo que… ¡Zarpa Ululante se veía tan ridículo!

Zarpa Ululante, que todavía estaba acostado de espaldas, negó con la cabeza.

—¡Fue un accidente! La nieve estaba tan resbaladiza…

Corvino Plumoso se puso de pie y caminó hacia ellos, con el cuello erizado por la molestia.

—¿Creen que esto es un *juego*? —preguntó.

Ambos aprendices de repente dejaron de reírse, mirándolo con pesar.

—No… —Zarpa Ululante maulló—. Es solo…

Corvino Plumoso dirigió su atención a Zarpa de Pluma.

—¿Crees que los estómagos de tus compañeros de Clan se llenarán con tu diversión? ¿Crees que un buen guerrero abandona una cacería para entretener a sus amigos?

Ahora Zarpa de Pluma realmente parecía avergonzada.

—No, Corvino Plumoso. —Puso los ojos en el suelo.

Corvino Plumoso se detuvo justo delante de ella.

—Por lo general, eres una buena aprendiza —murmuró. Cuando sintió que Zarpa Ululante se movía incómodamente desde donde estaba, se volvió hacia él y agregó—: Por lo general, tú también lo eres, Zarpa Ululante. Al menos, tengo todas las razones para creer eso de Nube Negra.

El aprendiz tragó saliva y asintió, con los ojos en el suelo.

Corvino Plumoso dejó escapar un suspiro. «*¿Estoy siendo demasiado duro con ellos? Zarpa Ululante también perdió a Nube Negra*».

Asintió.

—Bien, entonces. Intentemos eso de nuevo. Tal vez todos estamos un poco apagados hoy.

«*O tal vez va a ser difícil manejar a dos aprendices a la vez*», pensó Corvino Plumoso mientras caminaba de regreso a la hendidura en el suelo, acomodándose y centrando su atención en el arbusto que escondía a Zarpa Ululante detrás.

«*Solo una razón más por la que necesitamos que Nube Negra regrese lo antes posible…*».

Capítulo 8

Corvino Plumoso atravesó los túneles, perdido en la oscuridad sin la menor idea de hacia dónde iba. No recordaba haber peleado contra los armiños, pero una de sus patas sangraba por un mordisco y varias de sus garras habían sido arrancadas. Se sentía tan agotado que apenas podía obligarse a poner una pata frente a la otra. «*Pero tengo que seguir adelante. Tengo que encontrar a Nube Negra*».

Entonces Corvino Plumoso vio algo moviéndose adelante, pero el cómo podría haber visto algo en aquella densa oscuridad era un misterio para él. Al principio, pensó que debían ser más armiños, pero al cabo de un momento se dio cuenta de que era la cola de un gato, avanzando lentamente por las curvas del túnel, siempre delante de él. «*¡Nube Negra!*».

Pero luego se dio cuenta de que la cola de este gato era gris, no negra. «*¿Entonces quién…?*». Al fin, Corvino Plumoso se dio cuenta de quién era la gata.

—¡Perlada! —gritó, el calor se extendió por su manto esperando ver a su madre de nuevo—. ¡Perlada!

Convocando toda su fuerza, Corvino Plumoso aceleró y dobló la siguiente esquina. «*¡Ahí está!*». Perlada estaba sentada junto a la pared del túnel donde el pasaje se ensanchaba hacia una pequeña cueva. Su pelaje gris brillaba con una luz pálida, y sus ojos brillaban mientras miraba a Corvino Plumoso.

—Oh, Perlada —susurró él. Aquí, en los túneles, bajo la suave mirada de su madre, no tenía por qué ser el guerrero feroz e inaccesible que su Clan conocía—. Te extraño tanto… Pero ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no estás en el Clan Estelar?

—No puedo dejarte todavía —su madre contestó—. Hay cosas que debes hacer. Podrías perderlo todo.

Corvino Plumoso frunció el ceño.

—¿Te refieres a Ventolero? —preguntó con un suspiro—. ¿Solo eres otra más diciendo que tengo que resolver las cosas con él?

Perlada sacudió la cabeza con tristeza e hizo un gesto con la cola hacia el otro lado de la cueva. Corvino Plumoso se volvió y vio un charco de sangre que se extendía en el suelo de la cueva desde un montón de pelo negro al lado de la pared. Miró a Perlada, confundido, pero su madre no dijo nada. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la figura negra, bordeando con cuidado la charca oscura y pegajosa. Su corazón se estrelló contra su garganta cuando se dio cuenta de que estaba mirando a una gata muerta.

—*¡Nube Negra!*

Corvino Plumoso se despertó con un jadeo. Estaba acostado en su propio lecho bajo las estrellas, su respiración era rápida y superficial y su corazón latía con tanta fuerza que pensó que estallaría en su pecho.

«*Fue un sueño…* —se dijo a sí mismo—. *Solo un sueño… No significa que Nube Negra realmente esté muerta. No es así*».

Se quedó quieto hasta que su respiración se tranquilizó y sus latidos se calmaron, pero no pensó que pudiera dormir más esa noche. Se sentía demasiado tenso: estaba preocupado por Nube Negra, temiendo que ella estuviera muerta, nunca tendrían la oportunidad de resolver su asunto pendiente. Se preguntó si la visión de Vuelo de Azor de la inundación podría estar relacionada con la desaparición de Nube Negra. El encuentro con los guerreros del Clan del Trueno también volvió a su mente, y se imaginó a todo el Clan saliendo de los túneles, tal como Ventolero había sugerido, listos para atacar al Clan del Viento.

Al otro lado de la guarida, podía oír a un gato moviéndose y sacudiéndose. Ventolero. Su hijo no había dormido en paz desde que habían perdido a Nube Negra.

Lentamente, Corvino Plumoso se levantó y se sacudió el pelaje. La verdad era que no podía ignorar el sueño que acababa de tener. No era un curandero, pero sabía que significaba algo. También sabía que probablemente Estrella de Bigotes no aprobaría otra patrulla para lo que ya sentía era una causa perdida, y ciertamente no en el territorio del Clan del Trueno, que era a donde Corvino Plumoso tenía la intención de ir. Si alguien lo viera irse, probablemente lo detendrían y le dirían lo mismo. Aun así, no podía simplemente quedarse acostado hasta la mañana, preocupándose. Tenía que hacer algo. «*Tengo que ir a buscar a Nube Negra*». Y si se iba ahora, podría buscar en el territorio del Clan del Trueno antes de que llegara la patrulla del alba.

Corvino Plumoso caminó hacia Ventolero, evitando los cuerpos dormidos de sus compañeros de Clan, manteniendo la cabeza alejada del vacío lecho de musgo y helecho donde Nube Negra solía dormir. Su hijo quería encontrar a Nube Negra incluso más que él. Querría ir. Pero cuando Corvino Plumoso llegó al lecho de su hijo, Ventolero se había calmado un poco y Corvino Plumoso cambió de opinión. «*Sería desagradable despertarlo ahora. Además, tendré menos posibilidades de que me atrapen si voy solo*».

Vacilante, estiró una pata y la sostuvo justo por encima del hombro de su hijo, sin tocarlo del todo. Casi la retiró, pero la colocó sobre el pelaje de Ventolero, murmurando:

—Todo estará bien.

Fue recompensado al ver a Ventolero hundirse en un sueño más profundo, aunque sus orejas se movían de vez en cuando, y soltaba débiles gemidos. Corvino Plumoso lo dejó y se escabulló hacia el borde del campamento, esperando que la primera luz del amanecer tocara el páramo.

Tan pronto como pudo distinguir la línea de la colina sobre el campamento y el montón de piedras memoriales, Corvino Plumoso se levantó y se deslizó silenciosamente fuera del campamento, caminando tan suavemente como si estuviera acechando un ratón. Tan pronto como estuvo despejado, donde no era probable que nadie lo escuchara, aceleró el ritmo y corrió colina abajo hacia los túneles.

Un fuerte impulso para encontrar a Nube Negra le dio fuerza y energía a las extremidades de Corvino Plumoso. Alejó cualquier pensamiento de los riesgos que estaba tomando, excepto el sentirse contento de no haber llevado a Ventolero con él. No quería exponer a su hijo a ningún peligro más. Él ya había pasado por suficiente.

«*¿Me preocupo por encontrar a Nube Negra porque quiero proteger a Ventolero?* —se preguntó a sí mismo—. *Nube Negra y yo no estábamos en los mejores términos cuando desapareció, pero la vida de él seguramente será más fácil si la traigo de vuelta… Por lo menos, no tendrá que castigarse por haberla perdido*».

Consideró la pregunta durante mucho rato, pero no estaba seguro de sus propias intenciones. Sabía que también tenía una gran deuda con Nube Negra… «*Tal vez necesito pagarle por la forma en que las cosas terminaron entre nosotros*». De cualquier manera, no podía dejarla ahí fuera. Tenía que encontrarla, viva o muerta. Al menos entonces sabrían lo que le pasó.

Corvino Plumoso no entró a los túneles en el lado del Clan del Viento. En lugar de eso, esquivó la empinada orilla y los oscuros y enormes agujeros mientras seguía su propio rastro de olor hasta el arroyo fronterizo. Mantuvo las orejas erguidas en cada paso y las mandíbulas abiertas para captar el más leve sonido o aroma de los armiños blancos, pero nada perturbó el silencio de la noche.

Cada pelo de su manto se erizó con aprensión cuando saltó a través de los pasaderos y se adentró en el territorio del Clan del Trueno. «*Si los gatos del Clan del Trueno me encuentran aquí, después de lo que ocurrió ayer* —pensó—, *entonces realmente estaré en problemas*». Aun así, valdría la pena, si podía llevar a Nube Negra a casa.

Era demasiado temprano para la patrulla del alba, pero Corvino Plumoso se mantuvo alerta en caso de que hubiera un gato o dos fuera para una caza nocturna. Se deslizó furtivamente a través de la maleza, temblando cuando el pasto helado le raspó la piel. Llegó a la entrada del túnel donde él y Ventolero se habían encontrado con los gatos del Clan del Trueno, pero no podía encontrar ni el más leve rastro de Nube Negra allí.

Su vientre se revolvió cuando fue hacia donde creía que podía encontrar otra entrada. No conocía bien este territorio, y en cada latido que pasaba temía que una patrulla inesperada del Clan del Trueno lo encontraría.

Los primeros pájaros empezaron a gorjear cuando Corvino Plumoso se acercó a la siguiente entrada del túnel, entre dos rocas que sobresalían del suelo del bosque. Allí se detuvo, temblando. A una cola de distancia de la roca más cercana, percibió un olor: descolorido y rancio, pero innegablemente el de Nube Negra. «*Estuvo aquí*».

La esperanza surgió dentro de Corvino Plumoso al encontrar pruebas de que Nube Negra había dejado los túneles viva, de que los armiños no la habían matado. «*Ventolero tenía razón.* Sí *que es una guerrera feroz…*».

Entonces vio una mancha de sangre en la roca. «*¡No! Entonces sí fue herida… ¿pero qué tan grave? Si escapó de los túneles, ¿por qué no volvió a casa?*». Por un momento, Corvino Plumoso se preguntó si tenía algo que ver con la forma en que él y Nube Negra habían discutido, y luego negó fuertemente con la cabeza. «*¡No siempre se trata de ti, cerebro de ratón!* —se reprendió a sí mismo—. *Nube Negra es demasiado leal para dejar a su Clan por una discusión contigo, ni siquiera le agradas*».

Olvidando todo sobre las posibles patrullas del Clan del Trueno, Corvino Plumoso pegó la nariz al suelo y comenzó a seguir el olor de Nube Negra. Se desvió en dirección a la frontera del Clan del Viento, pero desde allí tenía un largo camino por recorrer. Con cada paso, Corvino Plumoso temía encontrar su cadáver, pero aunque vio más rastros de sangre, el rastro de olor no desapareció.

Entonces llegó a una profunda inmersión en el suelo, con un charco de agua en el fondo rodeado de helechos. El olor de Nube Negra bajaba hacia el agua; los tallos de pasto aplastados y rotos sugerían que se había caído o deslizado hacia abajo. Él se abrió paso a través de los helechos, suponiendo que ella debía estar desesperada por un trago de agua. ¡Tal vez todavía estaba allí, esperando que su Clan la encontrara!

Pero cuando Corvino Plumoso llegó al borde del agua, su esperanza restante se desvaneció. Un lugar aplanado entre las plantas que sobresalían de la laguna le dijo dónde se había echado Nube Negra. La sangre había empapado el suelo y estaba coagulada en las frondas de los helechos. Y el olor de Nube Negra casi era ahogado por los olores mezclados alrededor del charco: un débil y rancio aroma a perro y Dos Patas, y el apestoso *hedor* a zorro. Corvino Plumoso se estremeció. «*¿El zorro la atrapó? Eso es más probable. Ya habría estado herida, quizás demasiado agotada para luchar*». Imaginó a la gata negra, débil y herida, con su pelaje lustroso cubierto de sangre, siseando al zorro con los dientes descubiertos y las garras al aire, utilizando la última de sus fuerzas en un intento desesperado por escapar de sus crueles colmillos. «*Ella era muy valiente… No sería una presa fácil*».

Corvino Plumoso agachó la cabeza hacia el lugar aplanado de plantas y respiró el aroma de Nube Negra. Sintió un dolor agudo en el pecho, como si cada espina en el bosque estuviera clavándose en él. «*Era una guerrera leal al Clan del Viento. No estamos demasiado profundo dentro del territorio del Clan del Trueno… Habría sabido dónde estaba. Si estuviera viva, habría hecho lo que fuera necesario para regresar al campamento. Oh, Nube Negra…*».

Se dio cuenta de que, si bien él y Nube Negra nunca se habían amado como se suponía que debían hacerlo, se preocupaba por ella más de lo que nunca había admitido. Él admiraba su fuerza y su lealtad, y la forma en que ella siempre había

protegido a Ventolero. Corvino Plumoso sabía ahora que nunca había apreciado la buena madre que había sido.

«*Desearía haberle dicho eso… pero ahora es demasiado tarde. Se ha ido*».

CAPÍTULO 9

Corvino Plumoso se sentó en el borde de la guarida de los guerreros, obligándose a tragar un campañol. Los recuerdos de su terrible descubrimiento esa mañana, el lecho empapado de sangre en los helechos y el hedor a zorro que manchaba el aire alrededor de la laguna, le quitaron los últimos rastros de apetito. Pero se obligó a comer porque sabía que necesitaría toda su fuerza para lo que tenía que hacer ahora. «*Nube Negra seguramente está muerta… ¿Cómo voy a decírselo a Ventolero?*».

En su camino de regreso al campamento, Corvino Plumoso, todavía aturdido por su descubrimiento, casi había olvidado que estaba invadiendo el territorio de un Clan rival. Dirigiéndose al arroyo fronterizo, se había abierto camino a través de un banco de helechos y salido a la luz para ver una patrulla del Clan del Trueno atravesando la maleza a un par de zorros de distancia de él. «*¡Excremento de zorro!*».

Rápidamente se había retirado a los helechos y se agachó allí, mirando hacia fuera, convencido de que en cualquier momento su aroma lo delataría, y que esa vez lo llevarían seguro ante Estrella Zarzosa. «*Y Estrella de Bigotes tendrá mi cabeza*». Entonces, para su alivio, notó que los cuatro gatos estaban cargados de presas. Sin atreverse a respirar, le rogó al Clan Estelar que el olor de la carne fresca enmascarara el suyo, lo suficiente como para que la patrulla pasara de largo sin darse cuenta de que estaba allí.

Tuvo suerte: caminaron lo suficientemente cerca como para agitar las frondas de helecho donde se escondía, pero no lo vieron, ni lo olieron. Corvino Plumoso se había quedado allí durante muchos latidos, temblando desde las orejas hasta la punta de la cola, hasta que se sintió en condiciones de continuar.

Cuando Corvino Plumoso regresó al campamento, casi se había sentido aliviado de que Ventolero no estuviera en ninguna parte. Por unos momentos, al menos, podría retrasar lo inevitable. «*¿Cómo le voy a decir que su madre está muerta?*». Entonces Corvino Plumoso lo vio entrando de nuevo en el campamento con un

conejo colgando de las mandíbulas. Cola Brecina y Lebrón estaban con él, también cargados de presas.

La mirada de Corvino Plumoso siguió a Ventolero mientras cruzaba el campamento y dejaba su presa en el montón de carne fresca. Su vientre se revolvió mientras trataba de decidir lo que le diría a su hijo. «*No puedo posponerlo más…*».

Cuando Ventolero hubo dejado su presa, se volvió inmediatamente hacía Cola Brecina. Corvino Plumoso estaba lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación.

—Tienes que ayudarme —maulló Ventolero con urgencia—. No te estoy pidiendo que vuelvas a los túneles, solo muéstrame cómo conocer los caminos. ¡Voy a bajar de nuevo para encontrar a Nube Negra, y nadie me va a detener!

—Pero, Ventolero… —comenzó Cola Brecina.

Mientras Ventolero estaba hablando, Corvino Plumoso se acercó y unió a los dos gatos más jóvenes, e interrumpió lo que Cola Brecina había estado a punto de decir.

—Eso no será necesario —maulló suavemente en respuesta a Ventolero.

El dolor lo desgarró como la garra de un tejón al ver que la esperanza se encendía en los ojos de su hijo.

—¿Quieres decir que fuiste? ¿La encontraste? —preguntó Ventolero.

Corvino Plumoso buscó las palabras adecuadas, pero por un momento todo lo que pudo hacer fue dejar caer la cabeza, sacudiéndola con tristeza.

—No podía dormir anoche —comenzó por fin—. así que salí y busqué a Nube Negra nuevamente en el final de los túneles del Clan del Trueno. Pero no la encontré. Capté su aroma y lo seguí hasta un claro con una charca. Su sangre estaba en el suelo, y había un terrible olor a zorro. Creo que… Ventolero, creo que un zorro puede habérsela llevado.

Corvino Plumoso había esperado una furiosa negación, o tal vez un lamento de desesperación de su hijo. En cambio, mientras la esperanza moría en los ojos de Ventolero, el gato negro parecía encogerse. El corazón de Corvino Plumoso fue arrancado por el cambio en él.

—No quiero que te culpes a ti mismo —maulló—. No fue tu culpa.

Varios latidos pasaron antes de que Ventolero respondiera.

—No, no me culpo a mí mismo. Es culpa de *ellos*. —Su voz era mortalmente tranquila—. *Ellos* la mataron.

—¿Quiénes? —preguntó Corvino Plumoso, desconcertado, sin saber de qué hablaba Ventolero. «*¿El Clan del Trueno? ¿Estrella de Bigotes?*».

—Los armiños. Esos malditos mantos sarnosos en los túneles. —Había una feroz mirada en los ojos de Ventolero, y tensó los músculos como si pudiera ver a su enemigo delante de él—. Nube Negra era una gran guerrera, y muy valiente. Los armiños deben haberla lastimado gravemente, sino ella podría haber luchado contra el zorro, o huido.

—Ventolero, lo siento tanto —Cola Brecina maulló, pasando la punta de su cola por su costado.

Ventolero casi pareció no darse cuenta.

—No podemos postergarlo más —le dijo a Corvino Plumoso—. *Tenemos* que matar hasta el último armiño. ¡Después de lo que le hicieron a Nube Negra, tienen que pagar! No me importa lo que cueste.

—Cálmate —le dijo Corvino Plumoso con severidad—. Sí, es terrible lo que han hecho los armiños, pero son estúpidas criaturas come-carroña, apenas asesinos a sangre fría. Nos encargaremos de los armiños y evitaremos esa horrible escena de la visión de Vuelo de Azor, pero no debes hacer nada precipitado.

Su hijo le dirigió una mirada tan fría como el viento que barría el páramo descubierto.

—No me importa la visión de Vuelo de Azor —dijo entre dientes—, y no me importa cómo los llames. Solo quiero a los armiños muertos. Nube Negra fue la única que realmente se preocupó por mí, y la asesinaron. Voy a hacer que se arrepientan de haber puesto sus sucias patas sobre mi madre.

Por un momento, Corvino Plumoso quedó congelado en silencio, aturdido por la fuerza de la ira de Ventolero. Sabía que debía tranquilizarlo, decirle que también tenía un padre que se preocupaba por él, pero por alguna razón las palabras se le atascaron en la garganta.

Ventolero lo estaba *asustando* un poco. «*¿Es así como lo ve el resto del Clan? ¿Furioso e impredecible?*».

Antes de que pudiera encontrar lo que necesitaba decirle a su hijo, Hojoso se acercó a ellos, con una mirada sospechosa en sus ojos ámbar.

—¿Acabas de decir que no te importa la visión de Vuelo de Azor? —preguntó.

«*Oh, Clan Estelar*». Corvino Plumoso quería decirle a Hojoso que dejara a Ventolero solo, porque acababa de enterarse de la muerte de su madre. Pero antes de que pudiera hablar, Ventolero se giró hacia el atigrado con un gruñido de ira.

—¡No me importa! Necesito matar a los animales en los túneles. Eso es lo único que importa. —Con un azote de la cola, se dirigió a la guarida de los guerreros.

Para entonces se estaban reuniendo más gatos, escuchando el intercambio en un silencio curioso.

—Eso lo prueba, entonces —Hojoso anunció, su mirada recorría a la multitud—. Si Ventolero fuera verdaderamente leal al Clan del Viento, respetaría a su curandero. ¡Todos saben lo importante que es la visión de Vuelo de Azor! ¿Cómo podemos prevenir la inundación si no trabajamos juntos?

Un murmullo de acuerdo surgió de algunos de los otros guerreros, mientras que el resto intercambió miradas dudosas.

Irritado, Corvino Plumoso dejó que su voz se elevara por encima del ruido.

—No seas un zarpa limpia santurrón. Claro que Ventolero se preocupa por la visión —gruñó—. Pero se acaba de enterar de que Nube Negra está muerta, por eso está enojado. ¿Cómo se sentiría alguno de ustedes, cerebros de pulga, si esos animales hubieran matado a *su* madre? ¿Se creen mucho mejor que él? ¡Por favor! Denle tiempo para lidiar con su dolor.

Por un momento, los gatos a su alrededor se quedaron en silencio, intercambiando miradas de asombro e incredulidad.

—Espera, ¿Nube Negra está muerta? ¿Cómo lo sabes? —Hojoso desafió a Corvino Plumoso.

—Encontré señales de que resultó gravemente herida en los túneles, y luego fue atacada por un zorro —Corvino Plumoso contestó—. Si hubiera estado bien, el zorro no habría sido rival para Nube Negra, pero con sus heridas… Debe haber estado demasiado débil. Acabo de decirle a Ventolero, y no se lo está tomando muy bien. Todos deberían entender eso.

Patas Acechantes torció los bigotes en una mueca de desprecio.

—Tal vez Ventolero lo está tomando tan mal porque sabe que podría haber hecho más para salvar a su madre. Después de todo, él era el único que estaba con ella en los túneles.

Una vez más, Corvino Plumoso pudo ver que muchos de sus compañeros de Clan estaban de acuerdo con Patas Acechantes, mientras miraban hacia donde Ventolero había desaparecido con ojos antipáticos. Pero los hombros de Cola Brecina se erizaron de indignación cuando los enfrentó.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! —escupió a Patas Acechantes—. Ventolero es tan leal al Clan del Viento como cualquiera de ustedes, tal vez más. Como dijiste, él estaba con ella en los túneles, arriesgando su vida por todos nosotros, ¿y *tú* dónde estabas?

—¡Estaba en la segunda patrulla! —Patas Acechantes comenzó indignado, pero Cola Brecina lo ignoró.

Dándose la vuelta, ella se dirigió hacia Ventolero, solo para detenerse cuando Corvino Plumoso se interpuso en su camino. Sintió un cálido sentimiento de aprecio por la forma en que ella había defendido a su hijo, pero conocía a Ventolero lo suficientemente bien como para ver que no recibiría a nadie en este momento, ni siquiera a Cola Brecina.

—Dale un poco de espacio —le aconsejó—. Ahora está enojado. No le des la oportunidad de decir cosas que no quiere decir.

—Sí, no te molestes —Hojoso agregó—. Todos lamentamos la muerte de Nube Negra, pero no se puede confiar en Ventolero. Hay algo oscuro dentro de él. Luchó del lado del Bosque Oscuro, después de todo. Tal vez se merece todas estas cosas malas que le están sucediendo.

Los ojos de Cola Brecina se ensancharon con furia e incredulidad.

—Tú… ¡manto de pulga sin corazón! —gruñó ella—. ¡¿Cómo pudiste decir eso?! ¡Acaba de perder a su madre! —Dio un azote con la cola, luego se volvió y corrió por un lado de la hondonada y salió del campamento.

El resto de los gatos la vieron irse, luego se giraron para mirar a Corvino Plumoso. Claramente, estaban esperando a ver qué haría él.

Corvino Plumoso quería unirse a Cola Brecina en defender a su hijo, pero el odio de sus compañeros de Clan por los gatos del Bosque Oscuro flotaba en el aire como el hedor a zorro junto a la charca donde murió Nube Negra. Sintió un ardor en las profundidades de su vientre y un nudo en la garganta que le impidió hablar. «*Pelear del lado del Bosque Oscuro estuvo mal, pero Ventolero sigue siendo mi hijo, incluso si nunca hemos sido cercanos. ¿Cuánto tiempo esperan que siga pagando por sus errores pasados?*».

Se quedó mirándose las patas, luego sacudió la cabeza sin poder hacer nada. Sabía que Ventolero había sido leal al Clan del Viento desde la Gran Batalla, pero no

le había servido de nada. Sus compañeros de Clan siempre lo miraban con sospecha. «*Tal vez esté condenado a ser siempre un extraño*».

Preocuparse por Ventolero amenazó con abrumar a Corvino Plumoso. Su hijo había sufrido más de lo que se podía esperar que cualquier gato aguantara: la pérdida de su reputación, el ataque de los armiños y ahora la muerte de su madre. «*No quiero que se vuelva aun más irritado y herido de lo que ya está*».

Pero Corvino Plumoso no tenía idea de cómo podría llegar a Ventolero o consolarlo. Se dio cuenta de que lo que quería era ir a discutir sobre su hijo con Nube Negra. Ella podría consolar a Ventolero. «*Pero se ha ido. Ventolero solo me tiene a mí… su padre*».

Un enorme peso pareció caer sobre los hombros de Corvino Plumoso cuando admitió que no tenía respuestas para ofrecer a Ventolero, solo más preguntas y dudas. Y tampoco tenía respuestas para dar a sus compañeros de Clan. Estaban decididos a desconfiar de Ventolero, y él tampoco estaba seguro de que confiaran en él. Nada de lo que pudiera decir cambiaría eso.

Lentamente se dio la vuelta y se alejó en dirección opuesta a Ventolero. Era hora de hablar con Estrella de Bigotes y decirle que Nube Negra estaba muerta.

Capítulo 10

—Esta noche, nos sentaremos a velar a Nube Negra —anunció Estrella de Bigotes—. La honraremos como una guerrera valiente y un miembro valioso de nuestro Clan.

Tan pronto como el sol salió el día después de que Corvino Plumoso descubriera el lugar donde murió Nube Negra, Estrella de Bigotes convocó una reunión del Clan. No había estado feliz al saber que Corvino Plumoso se había infiltrado en el territorio del Clan del Trueno, pero su ira se había suavizado cuando se enteró de la muerte de Nube Negra. Era una amada guerrera del Clan del Viento, y el líder estaba claramente triste por haberla perdido. La pérdida se sintió aun peor al estar tan cerca de tantas muertes en la Gran Batalla.

Todos estaban apagados cuando se reunieron, y las patas de Corvino Plumoso picaban de inquietud. «*Quiero estar ahí afuera haciendo algo, no estar parado aquí escuchando a nuestro líder de Clan*».

Tan triste como estaba por la muerte de Nube Negra, saber que los armiños todavía estaban en los túneles estaba preocupando a Corvino Plumoso. No podía olvidar la visión de Vuelo de Azor de la tormenta, sugiriendo que el Clan del Viento casi podría ser destruido si no podían enfrentar la amenaza. Y no podía dejar de pensar en cómo el viento no había sido suficiente para detener la inundación. «*¿Eso significa que tendremos que involucrar a otros Clanes? ¿Estrella de Bigotes está haciendo esto todo mal?*».

Al amanecer de esa mañana, Ventolero había intentado abandonar el campamento, con la intención de vengarse entrando solo en los túneles y matar a cada armiño que encontrara allí. Hicieron falta cinco gatos para detenerlo, y finalmente Cola Brecina lo convenció de esperar. Ella le había dicho que se harían cargo de los armiños, pero para eso lo necesitaban con toda su fuerza. Necesitaba descansar. Discutió un rato, pero finalmente se rindió, y ahora Cola Brecina lo vigilaba mientras dormía.

«*¿Pero qué pasará cuando se despierte?* —Corvino Plumoso se preguntó con tristeza—. *¿Cómo lo ayudo a lidiar con su pena, sin caer tontamente en una emboscada de armiños?*». No tenía idea. Ni siquiera había hablado con Ventolero desde que anunció que Nube Negra estaba muerta, y dudaba que su hijo quisiera su apoyo.

—Ahora tengo una tarea más que hacer —Estrella de Bigotes continuó—. Zarpa Ululante, Nube Negra fue una buena mentora para ti, pero se ha ido, y necesitarás a alguien más que te guíe a través del resto de tu aprendizaje. Genista, eres una gata leal e inteligente. Sé que transmitirás estas cualidades a Zarpa Ululante.

Una mirada de sorpresa complacida se extendió por la cara de Genista.

—Lo haré lo mejor que pueda, Estrella de Bigotes —respondió ella.

Corvino Plumoso parpadeó ante la gata gris y blanca, sin estar seguro de cómo se sentía al respecto. Por un lado, se sintió aliviado de volver a tener una sola aprendiza: ahora sería más fácil entrenar a Zarpa de Pluma. Pero, por otro lado, Corvino Plumoso no podía olvidar que Genista se había burlado abiertamente de Ventolero y dijo que no se podía confiar en él. En cierto modo, parecía incorrecto que ella se hiciera cargo del aprendiz de Nube Negra.

Zarpa Ululante estaba de pie en el círculo de gatos, con la cabeza y la cola hundidas en abatimiento. Corvino Plumoso sabía que estaba sufriendo por su mentora perdida. Pero cuando Estrella de Bigotes mencionó su nombre, levantó la mirada y se sacudió el pelaje. Cuando se acercó a Genista y entrechocó narices con ella, estaba claramente decidido a dar lo mejor de él.

A pesar de que entrenar a dos aprendices había sido un desafío, a Corvino Plumoso le agradaba el joven aprendiz robusto y entusiasta. «*Genista no es mi gata favorita, pero estoy seguro de que intentará ser una buena mentora para Zarpa Ululante. Y yo también lo vigilaré, es lo menos que puedo hacer por Nube Negra*».

—Lebrón, es hora de enviar las patrullas de caza —maulló Estrella de Bigotes, inclinando las orejas hacia su lugarteniente—. Pero nadie debe cazar cerca de los túneles por el momento.

Un murmullo de desaprobación recibió al anuncio del líder del Clan.

Patas Acechantes exclamó:

—¿Acaso vamos a dejarle esa parte de nuestro territorio a los armiños?

—Por supuesto que no —Estrella de Bigotes respondió con un movimiento irritado de la cola—. Pero hemos perdido a Nube Negra, y algunos de nuestros guerreros todavía están sufriendo heridas de la última pelea. Tengo la intención de esperar hasta que todos estén sanos y fuertes nuevamente, y entonces habremos tenido tiempo de decidir qué hacer a continuación. Mientras tanto, no quiero que las criaturas sean provocadas. Si piensan que los gatos no volverán a pelear con ellos, podrían volverse perezosos y descuidados, lo que significa que será más fácil para nosotros tratar con ellos.

Patas Acechantes se encogió de hombros y murmuró algo inaudible, pero no volvió a protestar.

Estrella de Bigotes declaró que la reunión había terminado y Lebrón comenzó a organizar las patrullas de caza.

—Por favor, Lebrón, ¿Zarpa Ululante y yo podemos cazar juntos? —preguntó Zarpa de Pluma mientras el lugarteniente se acercaba a ella y a Corvino Plumoso, quien le dirigió a su aprendiza una mirada severa.

—Eso no es algo que tú debas decidir —la regañó.

Zarpa de Pluma no pareció molestarse por su reproche; ella mantuvo una mirada esperanzada en Lebrón.

—No veo por qué no —Lebrón maulló amablemente—. Iré y le diré a Genista, y encontraré alguien más que vaya con ustedes.

Corvino Plumoso estaba a punto de decirle a Zarpa de Pluma que el trabajo de una aprendiza era hacer lo que le decían y mantener la boca cerrada, pero escuchó un murmullo detrás de él.

—Todavía creo que es realmente sospechoso, cómo Nube Negra desapareció en los túneles. Quiero decir, nadie estaba allí para ver lo que pasó… Bueno, nadie más que Ventolero.

Corvino Plumoso sintió que sus músculos se tensaban y todos los pelos de su pelaje comenzaron a levantarse. Había reconocido la voz de Turón, y agitó una oreja para escuchar más claramente.

—Sí, todos esos aullidos y lamentos esta mañana. —Esa era la voz de Hojoso—. Se sentía como si solo estuviera fingiendo. ¡Eso es sospechoso!

Moviéndose ligeramente, Corvino Plumoso logró echar un vistazo a los dos gatos sin dejar que vieran que podía escucharlos. Turón y Hojoso estaban de pie con las cabezas juntas, rodeados por algunos de sus compañeros de Clan, que esperaban ser asignados a una patrulla.

—¿Por qué Ventolero está tan seguro de que Nube Negra está muerta? —continuó Turón—. Después de todo, solo tenemos su palabra, y él fue uno de los que lucharon por el Bosque Oscuro. Tal vez esté seguro de eso porque él la mató, y se siente culpable. ¿Cuánto podemos confiar en él, o en cualquiera de los gatos del Bosque Oscuro?

«*¿Habla en serio? ¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¡Ventolero nunca le haría daño a Nube Negra!*». Todo lo que Corvino Plumoso pudo hacer fue no saltar sobre Turón y confrontarlo, obligándose a quedarse quieto y escuchar lo que el gato naranja podría decir.

—Oh, por favor —protestó Rescoldo en voz alta ante la acusación de Turón.

—Es ridículo —Cañamera asintió—. ¿Acaso Ventolero no ha sido castigado lo suficiente al haber perdido a su madre? ¿Debes hacer estas tontas acusaciones ahora?

Cuando los otros gatos los ignoraron, los dos se dieron la vuelta y se marcharon. Hojoso los vio irse, luego asintió, estando de acuerdo con Turón.

—No sé por qué Estrella de Bigotes no solo expulsa a los gatos que entrenaron en el Bosque Oscuro. ¿No sería eso lo más inteligente? Mejor prevenir que curar.

Corvino Plumoso deslizó las garras, clavándolas en el suelo. «*¿Por qué estos gatos se están volviendo contra Ventolero? ¡Acaba de perder a su madre! Y deben saber que él nunca la habría lastimado. Independientemente de los problemas que Ventolero haya tenido con sus compañeros de Clan, siempre ha amado a Nube Negra*».

La culpa se apoderó profundamente de Corvino Plumoso cuando pensó en su reciente desconfianza hacia su hijo. Parecía tan cerebro de ratón ahora como estas teorías de que Ventolero había lastimado a Nube Negra. También previó que si más gatos se volvían contra Ventolero podría significar problemas para todo el Clan. Si Estrella de Bigotes lo defendía, como Corvino Plumoso esperaba, los gatos terminarían tomando partido, lo que significaba que pronto habría una división en el Clan que sería casi imposible de reparar.

—Estoy de acuerdo. Estrella de Bigotes debería simplemente exiliar a los gatos del Bosque Oscuro. Quiero decir, sé que hicieron un juramento de lealtad, pero han roto juramentos antes. ¿Por qué arriesgarse y mantenerlos cerca?

Corvino Plumoso se quedó atónito ante el sonido de la voz de Zarpa de Pluma justo detrás de él. No se había dado cuenta de que ella había estado lo suficientemente cerca como para escuchar lo que Turón y Hojoso habían estado diciendo. Se sorprendió de que los rumores también se difundieran entre los impresionables aprendices; ya era bastante malo que los guerreros estuvieran diciendo tales cosas.

Antes de que Corvino Plumoso pudiera hablar, la respuesta vino de Genista, quien se acercó con Zarpa Ululante a su lado.

—Porque somos un solo Clan —gruñó—, y perdonamos a nuestros compañeros, incluso cuando han cometido errores terribles. Ahora llevemos a cabo esta caza. Ala de Alondra también se unirá a nosotros.

Corvino Plumoso lanzó una mirada de agradecimiento a Genista cuando juntos separaron a los aprendices de Turón y Hojoso y subieron la cuesta hasta el borde del campamento, donde Ala de Alondra estaba esperando. Se alegró de ver que Genista la había elegido; parecía que la gata gris y blanca había cambiado de opinión sobre los gatos del Bosque Oscuro, o sobre la mayoría de ellos, al menos. Tal vez la responsabilidad de ser una mentora nuevamente le haría bien.

Zarpa Ululante y Zarpa de Pluma iban lado a lado. Corvino Plumoso pudo ver su pelaje erizado de emoción ante la idea de cazar, y se alegró de que Zarpa Ululante tuviera algo que lo distrajera de extrañar a su mentora. «*Pero no durará mucho para ninguno de nosotros*», pensó tristemente. Esta noche se sentarían a velar a Nube Negra, y no habría nada más que hacer que enfrentar su dolor.

El sol se había puesto, aunque algunos rayos de la luz del día todavía manchaban el cielo. Sobre el páramo empezaron a aparecer los primeros guerreros del Clan Estelar. Corvino Plumoso levantó la cabeza y los miró. «*¿Nos estás mirando desde allá arriba, Nube Negra? ¿O todavía estás buscando el camino que lleva al Clan Estelar?*».

Gatos pasaron junto a donde él estaba, al borde de la guarida de los guerreros, dirigiéndose hacia el centro del campamento. Estrella de Bigotes ya estaba allí, esperando para comenzar la vigilia de Nube Negra.

Corvino Plumoso miró hacia la oscura forma de Ventolero acurrucada en su lecho. Para alivio de Corvino Plumoso, no había hecho otro intento de dirigirse a los

túneles para atacar a los armiños. Sintió que debía tratar de hablar con él, pero no sabía cómo. Vacilante, se deslizó entre los lechos vacíos de los otros guerreros hasta que llegó al lado de Ventolero. Su hijo estaba despierto, pero no se levantó cuando Corvino Plumoso se acercó, solo lo miró con ojos sombríos e inciertos.

—¿Quieres caminar conmigo a la vigilia? —preguntó Corvino Plumoso, casi esperando que Ventolero se enojara con él y le dijera que no necesitaba una escolta como si fuera un aprendiz.

Pero la respuesta real de Ventolero sorprendió aun más a su padre.

—No. No necesito una escolta, porque no voy a ir.

—¿Por qué no?

Las garras de Ventolero se extendieron brevemente, y gruñó con los dientes apretados.

—Ninguno de estos gatos confía en mí. —Su voz era amarga—. Los he oído susurrar sobre lo que podría haberle hecho a Nube Negra.

«*Así que los rumores llegaron a Ventolero*», pensó Corvino Plumoso, tragándose su furia como si fuera un duro pedazo de carne fresca.

—No todos —maulló él, recordando que varios de sus compañeros de Clan habían protestado ante las acusaciones de Turón—. Cola Brecina te defendió.

Una expresión complacida y agradecida cruzó el rostro de Ventolero.

—¿Sí? ¿En serio?

—En serio. Y sé que es difícil escuchar a tus compañeros de Clan propagar rumores, Ventolero, pero lo mejor que puedes hacer es mantener la cabeza alta. Tú y yo sabemos que no has hecho nada malo.

Ventolero parpadeó, como si estuviera sorprendido por la simpatía y el apoyo de su padre. Por un momento, Corvino Plumoso pensó que podría levantarse y acompañarlo a la vigilia.

Entonces Ventolero dejó escapar un largo suspiro.

—Aun así no voy a ir. No… no puedo.

—Bueno. Lo entiendo —contestó Corvino Plumoso, aunque no estaba seguro de hacerlo.

Y a una pequeña parte de él le preocupaba que la ausencia de Ventolero fuera más combustible para los chismes. Los gatos como Turón asumirían lo peor: que Ventolero no iría a la vigilia de Nube Negra debido a la culpa por su muerte.

«*Bueno, que así sea. Esos mantos llenos de pulgas pueden pensar lo que quieran. No obligaré a Ventolero si no se siente preparado para enfrentar al Clan y la vigilia. El Clan simplemente tendrá que superarlo*».

—Voy a hablar por ti —continuó a Ventolero—. Le diré a todos cuánto la amabas y la buena madre fue para ti.

—Gracias —Ventolero maulló. Cerró los ojos, apoyó la cabeza en sus patas y se cubrió la nariz con la cola como si estuviera tratando de cerrar el mundo.

Corvino Plumoso llevó brevemente su nariz a la frente de Ventolero, luego giró y se dirigió hacia el centro del campamento, donde sus compañeros ya estaban reunidos en un círculo irregular alrededor de Estrella de Bigotes. El espacio vacío junto al líder del Clan, donde debería estar tendido el cuerpo de Nube Negra, era como una enorme brecha en el corazón del Clan

Estrella de Bigotes bajó la cabeza solemnemente a Corvino Plumoso mientras ocupaba su lugar, reconociendo su llegada. Corvino Plumoso captó algunas miradas furtivas de los otros gatos, y pudo escucharlos susurrar entre ellos. Algunos parecían enojados, mientras que otros simplemente parecían desconfiados, como si les resultara difícil encontrar su mirada. Se dio cuenta de que habían estado esperando que él llegara antes de que pudieran comenzar. «*Bueno. Revisar a Ventolero fue importante*».

Por un momento, Estrella de Bigotes dudo, tal vez esperando que Ventolero llegara. Lanzó una mirada inquisitiva a Corvino Plumoso, como si preguntara si debían esperar. Corvino Plumoso negó con la cabeza, tratando de no mostrar su frustración y decepción.

Estrella de Bigotes tomó aliento y comenzó a hablar.

—Nube Negra era una guerrera fuerte, y una parte importante del Clan del Viento —maulló—. Será verdaderamente extrañada por todos.

«*Eso es verdad*», pensó Corvino Plumoso. Sabía que extrañaba a Nube Negra como la madre de su hijo, y le preocupaba cómo su muerte estaba afectando a Ventolero. Pero ahora se daba cuenta de que sentía más que eso. También extrañaría a Nube Negra como amiga. Sabía que no la había tratado bien cuando estaba viva, pero siempre había pensado que tendría la oportunidad de resolverlo más tarde. «*Supongo que es demasiado tarde para eso ahora*».

Corvino Plumoso escuchó en silencio mientras otros gatos hablaban de Nube Negra y lo mucho que significaba para todos ellos.

—Es una de las gatas más valientes del Clan.

—Y una gran cazadora. ¡Ningún conejo puede…! Quiero decir, ¡podía superarla!

Corvino Plumoso notó que a algunos de ellos les resultaba difícil referirse a ella como si realmente se hubiera ido. «*Les está costando rendir tributo a su heroica muerte cuando nadie sabe exactamente cómo murió*».

—Ella mostró su coraje cuando entró en los túneles para atacar a los armiños —Patas Acechantes declaró—. Y cuando fue abandonada allí…

«*¿Abandonada?*».

—Espera. Detente —Corvino Plumoso interrumpió.

¿Algunos de sus compañeros de Clan realmente estaban a punto de usar la vigilia para atacar a Ventolero? No los dejaría. No había planeado desafiar a nadie en la vigilia de Nube Negra, pero ahora que Patas Acechantes lo había mencionado, no podía simplemente guardar silencio. Eso lo haría parecer como si estuviera de acuerdo. «*Es hora de sacar esto a la luz, especialmente ahora, mientras Ventolero no está aquí*».

—¿Estás acusando a Ventolero de algo? —exigió.

—Si lo estamos haciendo, tenemos una buena razón —Patas Acechantes contestó—. ¿Por qué Ventolero dejaría el túnel sin su madre? ¿Cómo pudo haberla dejado atrás?

—Sí, ningún guerrero haría eso —agregó Hojoso—. A menos que Ventolero tenga algo que ver con su desaparición.

—¡Suficiente! —La voz de Estrella de Bigotes sonó dominante y sus ojos brillaban de enojo—. Les he dicho a todos ustedes, muchas veces, que confío en Ventolero, pero ¿eligen cuestionar mi decisión, y en una vigilia, de todos los lugares?

Murmullos de desacuerdo surgieron de algunos de los guerreros. Corvino Plumoso sintió una punzada de inquietud debajo de la piel. Apreció que su líder apoyara a Ventolero, pero ¿la confianza de Estrella de Bigotes terminaría dividiendo al Clan?

Recordó, una vez más, que el viento en la visión del curandero no había sido suficiente para hacer retroceder la inundación. «*Tal vez la visión de Vuelo de Azor era una señal de una amenaza dentro del Clan*».

Pero Corvino Plumoso no tenía tiempo de pensar en eso ahora.

—¡Todos ustedes, cerebros de pulga, están equivocados! —maulló, girándose hacia sus compañeros de Clan—. Ventolero puede ser irritable, y también he tenido mis problemas con él, pero nunca he cuestionado su amor por su madre. Cuando ella y yo discutíamos, Ventolero siempre se ponía de su lado. La apoyó en todo lo que pudo. Los dos siempre se cuidaban el uno al otro. Él nunca le haría daño a Nube Negra —afirmó.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que Estrella de Bigotes lo estaba mirando con una mezcla de sorpresa y aprobación. «*Bien* —pensó—. *Me dijiste que apoyara a Ventolero y ahora tienes lo que querías*».

—Entonces, ¿por qué Ventolero no está aquí? —Turón lo desafió.

—¡Porque está de duelo, cerebro de ratón! —espetó Corvino Plumoso—. Piénsalo. Él cree que no tiene el apoyo de los gatos de este Clan, y tiene razón: todos lo acusan de cosas que nunca haría.

—¡No todos nosotros! —exclamó Cola Brecina—. Estoy de acuerdo en que Ventolero nunca lastimaría a su madre ni a ningún gato del Clan del Viento. Él es un protector, me salvó cuando los armiños me atacaron en los túneles. He visto lo dolido que está por lo que le pasó a Nube Negra. ¡Todos deberían avergonzarse por difundir estas ideas de cerebro de conejo!

Ella fulminó con la mirada a Patas Acechantes mientras hablaba, y el gato naranja soltó un gruñido en respuesta, con el pelaje de los hombros erizado.

—¡Solo dices eso porque te gusta! —gritó—. Y Corvino Plumoso es su padre. Claro que no quieren verlo como un gato malo, ¡pero eso no significa que no sea malo! —Varios otros gatos dejan escapar un aullido de acuerdo.

Estrella de Bigotes levantó la cola para hacer silencio.

—*¡Suficiente!* Necesitamos recordar —comenzó—, que sin importar lo que haya sucedido en el pasado, ahora todos somos gatos del Clan del Viento. Nuestra unidad es más importante que cualquier otra cosa. He perdonado a Ventolero por su participación en la Gran Batalla, y no quiero escuchar otra palabra de acusación contra él. Esto es una vigilia, y estamos aquí para honrar a una de los nuestros. No es momento para discutir.

Todos, incluso Turón y Hojoso, parecieron castigados por las palabras de su líder. Siguió un incómodo silencio, la mayoría miraban al suelo o a sus propias patas. Gradualmente, los signos externos de hostilidad se desvanecieron, pero Corvino Plumoso pudo ver que debajo de la superficie la tensión seguía allí.

De repente, se alegró de que Ventolero no hubiera asistido a la vigilia. Incluso si no lo hubieran acusado en su propia cara, él habría sentido su desconfianza y mala voluntad en cada uno de sus pelos. «*Tiene razón en sentir que no pertenece* —pensó Corvino Plumoso—. *No sé qué haría falta para demostrar su lealtad a algunos de estos gatos. Tal vez ni siquiera es posible*».

A medida que se acercaba su momento de hablar, Corvino Plumoso luchó por encontrar las palabras adecuadas. «*¿Cómo honro a Nube Negra? Tal vez estos gatos también sospechan de mis motivos* —pensó—. *Todos me están mirando para ver si lloraré la muerte de una pareja a la que nunca amé de verdad, o si defenderé a un hijo que apenas conozco*».

Pero cuando llegó el turno de Corvino Plumoso, las palabras estaban allí.

—Extrañaremos a Nube Negra —dijo simplemente—, y Ventolero siempre la amará.

Capítulo 11

Transcurrieron algunos días después de la vigilia de Nube Negra y a Corvino Plumoso le dolía cada uno de los músculos por la tensión mientras atravesaba el árbol —puente hacia la isla de la Asamblea. Juraba escuchar voces hostiles en el suave chapoteo de las oscuras aguas, a una cola de distancia bajo sus patas, y el brillo plateado de la luz de la luna sobre el lago parecía burlarse de la oscuridad en su corazón. «*Esto es mucho peor que asistir a la vigilia de Nube Negra*».

Deseaba que Estrella de Bigotes no lo hubiera elegido para que asistiera a la Asamblea, y más aun que no hubiera elegido a Ventolero para acompañarlo. «*No está listo*». Aunque Ventolero había dejado de usar cada aliento de vigilia para declararle la guerra a los armiños, claramente seguía afligido. Su apetito había disminuido significativamente y parecía melancólico, incapaz de entablar conversaciones significativas con cualquier gato, incluso con Cola Brecina. Ahora, el hijo de Corvino Plumoso seguía a sus compañeros de Clan, envuelto en una nube de angustia. Cuando ellos se abrieron paso entre los arbustos hasta el claro central, él se quedó rezagado en la sombra de un arbusto de acebo, mirándose fijamente las patas con una expresión sombría en el rostro. Corvino Plumoso se preguntó si debería acercarse y colocarse a su lado, pero luego recordó que Estrella de Bigotes iba a anunciar las circunstancias de la muerte de Nube Negra en la Asamblea. «*No debería atraer más atención a Ventolero en este momento. Solo espero que entienda por qué. No quiero que se sienta más rechazado*». Además, Corvino Plumoso aún reflexionaba sobre su sueño de la noche anterior, en el que se había encontrado nuevamente con Perlada y luego había seguido su forma gris claro a través de los túneles, hasta alcanzarla en las orillas del oscuro río subterráneo.

—¿Eres… un fantasma? —el le había preguntado

—Nunca pensé que fueras un gato estúpido, Corvino Plumoso —maulló su madre, descartando su pregunta con un irritado movimiento de la cola—. Soy lo que

ves frente a ti y no puedo seguir hacia el Clan Estelar hasta que te haya dado un mensaje.

El corazón de Corvino Plumoso se aceleró con anticipación.

«*¿Realmente puede decirme algo que solucione por completo este lío? ¿Puede decirnos qué hacer respecto a los armiños, o cómo resolver nuestras diferencias con el Clan del Trueno?*». Entonces recordó lo que realmente quería. Más que la paz dentro del Clan, más que la paz con los armiños, más que cualquier cosa. «*¿Puede decirme cómo ayudar a Ventolero?*».

—¿Qué mensaje? —preguntó con urgencia. Pero la respuesta de su madre fue solo una sola palabra.

—Ama.

—¿Amar qué? —escupió Corvino Plumoso, enormemente decepcionado.

«*¿La muerte la ha vuelto una cerebro de ratón? ¿Cómo puede pensar que el amor puede ayudarme?*».

—El amor no es amigo mío. Te amé a ti; amé a Plumosa; amé a Hojarasca Acuática. ¿Ves un patrón aquí? Cada gata a quien he amado, la he perdido.

Perlada le parpadeó, impávida. Había ternura y comprensión en su mirada.

—Eso no debería haberte hecho cerrar tu corazón —murmuró—. Ojalá te hubiera dicho más mientras vivía, pero ésta es mi última oportunidad… Ama.

—¿Amar a quien? —Corvino Plumoso maulló desesperado, pero el sueño ya se estaba desvaneciendo, la forma de Perlada se volvió borrosa hasta que todo lo que pudo ver fue su mirada fija en él, brillante de afecto—. Nube Negra está muerta, y Ventolero…

La luz brillante de una soleada mañana de la estación sin hojas había sacado a Corvino Plumoso de su sueño, y una vez despierto se preguntó qué había querido decir en su sueño. «*¿Ventolero está más allá de mi amor? ¿Ventolero no será beneficiado por mi amor*?».

Cerró los ojos de nuevo y trató de concentrarse, de aferrarse a los últimos recuerdos de su sueño, pero se le escaparon como neblina entre las garras. Su manto estaba erizado de frustración cuando finalmente se rindió y se levantó de su lecho.

Ahora, sentado con sus compañeros de Clan bajo las ramas del Gran Roble, Corvino Plumoso sintió que su pelaje ardía de vergüenza al recordar su sueño. «*Me alegra que nadie pueda ver mis pensamientos. Pensarían que me estoy ablandando. No soy un curandero: eso significa que mis sueños no son más que pelusas y tonterías, como los de cualquiera*». Pero al mismo tiempo, Corvino Plumoso no podía descartar por completo lo que su madre le había dicho en el sueño. Tenía que ser significativo que siguiera soñando con ella, cuando no había sido avistada en el Clan Estelar… «*¿Podría ser una visión? ¿Podría significar algo?*».

Mientras Estrella de Bigotes se dirigía hacia el Gran Roble para ocupar su lugar con el resto de los líderes de los Clanes, Corvino Plumoso miró a los otros Clanes. El Clan del Río y el Clan de la Sombra todavía parecían cautelosos después de las tensiones que habían seguido a la Gran Batalla, mientras que los gatos del Clan del Trueno estaban rígidos y erizados, mirando a través del claro a los guerreros del Clan del Viento. Eso hizo que Corvino Plumoso se alegrara de la tregua de la Asamblea: el Clan Estelar había prohibido luchar bajo la luna llena.

Cuando los cuatro líderes de Clan ocuparon sus lugares en las ramas del Gran Roble, la voz de Estrella Vaharina resonó en todo el claro:

—¡Gatos de todos los Clanes, bienvenidos a la Asamblea! —Mientras las voces de los chismorreos se desvanecían hacia el silencio, añadió a los líderes—: ¿Quién de ustedes hablará primero?

Estrella Negra se movió en su rama y luego anunció:

—Antes de comenzar, recordemos a los caídos.

Corvino Plumoso captó la mirada de Ala de Alondra y pudo ver que la gata atigrada de color marrón claro estaba pensando lo mismo que él. ¿Había algún guerrero dispuesto a pensar en la terrible batalla con los gatos del Bosque Oscuro?

Pero mientras el líder del Clan de la Sombra decía los nombres:

—Del Clan de la Sombra: Pelaje de Manzana, Cedro, Sapero…

Corvino Plumoso no podía negar que sintió una extraña sensación de calma invadir la Asamblea. De repente se sintió bien que todos los compañeros de Clan caídos fueran recordados y que se honrara su sacrificio compartido.

A Estrella Negra le tomó muchísimo tiempo decir todos los nombres, pero cuando terminó, Estrella de Bigotes se puso de pie.

—Gracias, Estrella Negra. Me temo que debo continuar esta Asamblea compartiendo una noticia triste con los Clanes. —Hizo una pausa antes de continuar, encontrándose con la mirada de Corvino Plumoso por un instante y lanzando una mirada comprensiva hacia Ventolero—. Nube Negra está muerta.

Maullidos de sorpresa surgieron de la multitud de gatos en el claro. Otra punzada de dolor por su expareja atravesó a Corvino Plumoso; luego su tensión se alivió ligeramente al darse cuenta de que los otros Clanes también sentían pena por ella. La naturaleza irritable de Nube Negra significaba que nunca había sido precisamente popular, pero todos eran conscientes de su valor y lealtad.

—¿Cómo sucedió? —Estrella Vaharina preguntó suavemente, con preocupación en sus ojos azules.

—Luchó con valentía en la Gran Batalla —Estrella Negra habló antes de que Estrella de Bigotes pudiera contestar—. Es difícil aceptar su pérdida ahora… después de que sobrevivió a eso.

—Han llegado armiños a vivir en los túneles entre el Clan del Viento y el Clan del Trueno —explicó Estrella de Bigotes, inclinando la cabeza en reconocimiento a las palabras del líder del Clan de la Sombra—. Nube Negra…

—Y claro que nunca se te ocurrió advertir al Clan del Trueno sobre los armiños —Estrella Zarzosa interrumpió, con un tono sarcástico.

«*Cerebro de ratón* —Corvino Plumoso pensó—. *Sabes de los armiños al menos desde que la patrulla de Bayo nos sorprendió a mí y a Ventolero en los túneles. ¿Estás tratando de causar problemas?*».

—Tengo entendido que el Clan del Trueno ya estaba al tanto de ellos —Estrella de Bigotes respondió con una breve inclinación de cabeza—: Confío en que han sido capaces de manejar eso, ¿no?

—Lo estamos manejando bien —respondió Estrella Zarzosa con el pelaje de los hombros empezando a erizarse—. Hemos duplicado las patrullas en esa zona, y…

—Estrella Zarzosa, este no es el momento —Estrella Vaharina señaló, moviendo su cola plumosa—. Estrella de Bigotes estaba hablando.

Corvino Plumoso vio con satisfacción que el líder del Clan del Trueno parecía desconcertado mientras se calmaba, clavando las garras en su rama. «*Es un reto ser un líder, ¿no es así, Estrella Zarzosa?*».

—Como dije —continuó Estrella de Bigotes—, hay armiños viviendo en los túneles, y Nube Negra era parte de una patrulla que intentó sacarlos. Pero nunca volvió a casa.

«*Muy inteligente*», Corvino Plumoso pensó. Estrella de Bigotes había dicho la verdad exacta, y sin embargo se las había arreglado para no mencionar cualquier posible participación de Ventolero. Eso era algo que el Clan del Viento se guardaría para sí mismo. Al menos eso es lo que habría sucedido si Turón no se hubiera puesto de pie y maullado ruidosamente:

—¡Sí, pregúntale a Ventolero por qué no volvió!

El vientre de Corvino Plumoso se contrajo por la tensión renovada. «*¿Debemos hacer esto en la Asamblea?*». Murmullos de confusión surgieron de los otros Clanes. Lebrón, sentado en las raíces del Gran Roble con los otros lugartenientes, gritó:

—¡Turón, mantén la boca cerrada!

—¿Por qué debería? —Turón le desafió—. Todos sabemos que Ventolero estaba con Nube Negra en los túneles cuando los armiños atacaron. ¿Por qué *él* fue el único que salió con vida?

Arriba, en las ramas del Gran Roble, Estrella de Bigotes parecía furioso. Corvino Plumoso sabía lo descontento que estaría su líder mientras el asunto del Clan del Viento se trataba como una presa delante de todos los demás Clanes. ¡Estaban en una Asamblea! Los guerreros del Clan del Viento necesitaban demostrar que su Clan estaba unido, no empezar a escupir acusaciones unos a otros.

«*¡Turón, no quisiera ser tú cuando volvamos al campamento!*». Pero ya era demasiado tarde para que Estrella de Bigotes pudiera hacer algo. Los gatos de todos los demás Clanes giraban la cabeza para lanzar miradas acusadoras a Ventolero. Bayo le dirigió una mirada particularmente intensa, y Leonado lo miraba con sospecha. Zancudo se inclinó para hablar con Látigo Gris, que estaba sentado a su lado, y Corvino Plumoso estaba lo suficientemente cerca como para escuchar su susurro.

—Así que la dejaron atrás mientras su hijo corría hacia un lugar seguro. Así le recompensan la lealtad…

Látigo Gris le dio a Zancudo un empujón irritado.

—Shh, suficiente. No queremos causar más problemas.

«*Muy tarde*». Corvino Plumoso estiró el cuello para encontrar a su hijo, esperando que Ventolero no hubiera oído eso ni nada parecido desde donde estaba sentado al fondo de la multitud. Pero cuando vio que Ventolero había levantado la cabeza y miraba con desprecio a los gatos sentados cerca de él, Corvino Plumoso sintió como si lo hubieran empapado con agua helada. «*Por supuesto que los oyó…*». Deseaba que Ventolero no estuviera aquí. Sabía que ya debía ser bastante duro para él soportar el desprecio de sus propios compañeros de Clan mientras lloraba la muerte de su madre. ¿Cómo sería sufrir el desprecio de los cuatro Clanes?

Zancudo intercambió una mirada con Bayo antes de levantarse. Corvino Plumoso se dio cuenta de que le habían aparecido motas grises alrededor del hocico, haciéndolo parecer un veterano malhumorado, aunque todavía era un gato relativamente joven. Él alzó la voz para ir más allá de su primer susurro burlón:

—Nuestras heridas de la Gran Batalla aún se están curando —empezó—, y no todas esas heridas están en nuestra carne. No es de extrañar que los gatos se pregunten por los que resultaron traidores. Se han hecho algunas restauraciones, pero… —Se encogió de hombros.

«*Si yo fuera el líder de Zancudo, lo haría callarse*», Corvino Plumoso pensó. Los guerreros comunes no tenían derecho a pronunciar discursos en una Asamblea sin permiso. ¿Acaso la Gran Batalla había cambiado tanto las cosas que incluso las Asambleas eran caóticas estos días? Pero si Estrella Zarzosa era demasiado inexperto para saber qué hacer, o si quería escuchar lo que Zancudo tenía que decir, no interrumpió, solo escuchaba desde su rama del Gran Roble con una expresión indefinida en su rostro.

—Después de todo —Zancudo continuó—, creo que la mayoría estarían de acuerdo en que antes de la batalla no habrían creído que nadie pudiera traicionar a los Clanes como lo hicieron. Pero sucedió. ¿Quién puede decir que no volverá a suceder?

—Es cierto —dijo Bayo—. Después de sufrir tanta traición de parte de los gatos del Bosque Oscuro, *absolutamente nada* me sorprendería.

Mientras Bayo hablaba, Corvino Plumoso vio a Ala de Alondra sentada sola entre la multitud con la mirada firmemente fija en sus patas delanteras. Sintió otra punzada de compasión por ella; debía de estar resultándole difícil a ella también escuchar a estos guerreros que se negaban a confiar en los gatos que habían entrenado en el Bosque Oscuro. Entonces Corvino Plumoso se dio cuenta de un movimiento detrás de él, que lo distrajo de Ala de Alondra, y miró por encima de su hombro para ver a Ventolero ponerse de pie. Otros gatos giraban la cabeza para mirarlo mientras saltaba hacia adelante dirigiéndose directamente hacia Zancudo. Algunos de los gatos instintivamente se apartaron, y los que se quedaron en el camino de Ventolero fueron empujados a un lado con poderosos golpes de sus zarpas. Corvino Plumoso se levantó para interceptarlo, aterrorizado de que fuera a atacar a Zancudo y romper la tregua de la Asamblea. Pero en lugar de eso, Ventolero se detuvo en medio de la multitud, a una cola de distancia del gato negro del Clan del Trueno. Los gatos cercanos se giraron para mirarlo, sacudiendo sus pelajes erizados.

—Si tantos gatos tienen un problema conmigo —gruñó Ventolero—, deberían decírmelo directamente, ¡no merodear por ahí como corazoncitos de ratón!

Estrella de Bigotes lo miró desde el Gran Roble, dando azotes frustrados y rabiosos con la cola.

—¡Ventolero, detente ahora! —ordenó.

Pero Corvino Plumoso pudo ver que su hijo no estaba mirando a su líder, ya sea inconsciente de que había hablado o decidido a ignorarlo.

—Sé muy bien lo que pueden pensar de mí —continuó Ventolero—. Pero en *mi* opinión, algunos guerreros en otros Clanes solo buscan una razón para pelear. ¿No los convierte eso en una amenaza tan grande para nuestra vida diaria como los gatos que una vez entrenaron con o incluso lucharon por el Bosque Oscuro?

—Oh, ¿te gusta mandarle la culpa a otros? —Bayo se burló. Hizo una pausa para lamerse una pata color crema y pasársela por la oreja—. La diferencia, Ventolero, es que incluso después de que tú descubrieras lo que tramaba el Bosque Oscuro, te quedaste con ellos. Estabas dispuesto a matar a Leonado, dispuesto a matar a tu propia familia. ¿Cómo podríamos aceptar tu palabra si nos dices que nunca le harías daño a Nube Negra?

—¡Porque Nube Negra fue la única que alguna vez se preocupó por mí! —Ventolero le escupió en respuesta.

Corvino Plumoso sabía que la respuesta de su hijo era demasiado honesta y llegó demasiado rápido para ser una mentira. Podía ver el dolor en sus ojos y su arrepentimiento instantáneo por revelar una parte tan vulnerable de sí mismo a gatos hostiles sin querer. Ante el dolor de Ventolero, Corvino Plumoso sintió una punzada en su propio corazón. «*Debería haberme importado* —pensó con impotencia—. *Debería haber intentado entender las cosas antes. En vez de eso dejé que Nube Negra se encargará de todo…*».

—De ninguna manera querría que mi madre sufriera daño alguno —continuó Ventolero—. Yo estuve allí, tú no, y *sé* lo que realmente pasó. No fue mi culpa que Nube Negra desapareciera. ¡Fue culpa de los armiños malditos por el Clan Estelar que se han apoderado de los túneles! ¿Por qué nadie hace nada al respecto? ¿Porque es más fácil sentarse aquí y acusarme? ¡Bueno, excremento de zorro a eso!

Comenzó a retroceder, luego giró y se dirigió hacia los arbustos que rodeaban el claro.

—¡Ventolero! ¿A dónde vas? —preguntó Corvino Plumoso.

Ventolero se detuvo y miró por encima del hombro, lanzando a su padre una mirada severa.

—De vuelta a los túneles para matar a esos armiños —espetó—. ¡Ya que nadie más lo hace!

Zancudo movió los bigotes

—¿Eso harás? ¿O vas a espiar un poco más al Clan del Trueno? —maulló.

Ventolero se giró para enfrentarse al guerrero del Clan del Trueno, con los músculos tensos y las garras extendidas.

—¿Cómo te atreves, sarnoso…?

El vientre de Corvino Plumoso se sacudió cuando vio que una vez más la tregua de la Asamblea estaba a punto de romperse. Rápidamente se interpuso entre los dos guerreros hostiles, rompiendo su furiosa mirada.

—Cálmense —comenzó—. Esto no es…

Bayo le interrumpió, su voz sonó con claridad:

—No, es una buena idea. ¿Por qué no dejar que Ventolero vaya a los túneles y se enfrente a los armiños él solo? Si lo logra, nos habrá ayudado a todos y habrá demostrado su lealtad. Y si no tiene éxito, los armiños le harán pagar por su traición. Tal vez el Clan Estelar nos esté llevando en ese sentido.

Corvino Plumoso recordó haber oído al gato de color crema sugerir que todos los que entrenaron en el Bosque Oscuro deberían ser puestos a prueba, para demostrar que su lealtad estaba con los Clanes. «*Solía pensar que podría tener*

razón… Pero, ¿podría ser eso realmente lo que el Clan Estelar quiere? ¿Que los gatos del Bosque Oscuro arriesguen sus vidas para demostrar lealtad?».

—¿Sigues maullando sobre poner a prueba a los gatos del Bosque Oscuro? —gruñó, poco dispuesto a estar de acuerdo, aunque solo fuera en cierta parte, con Bayo en público.

Bayo se quedó frente a él, sin inmutarse por su tono agresivo.

—Esa podría ser la única forma de asegurarnos de su lealtad —respondió—. No he cambiado de opinión desde el día que los atrapamos a ustedes, gatos del Clan del Viento, espiando.

—¡Gran Clan Estelar!

Corvino Plumoso deseó que no estuvieran teniendo esta confrontación en una Asamblea. «*Si estuviéramos en otro lugar, ¡podría arañarle esa cara de engreído! Pero empezaría una guerra si lo hiciera aquí*».

—¡Estúpida bola de pelos! ¿Cuántas veces más tengo que repetirlo? —maulló, moviendo los bigotes con irritación—. ¡No estábamos *espiando* al Clan del Trueno! Estábamos buscando a Nube Negra.

Bayo se encogió de hombros, la incredulidad era evidente en cada pelo de su manto.

—Las promesas del Clan del Viento no significan mucho para mí.

Murmullos de sospecha provenían de muchos de los otros gatos que estaban alrededor, mientras que otros permanecían en silencio, simplemente mirando desconcertados. Glayo, el curandero ciego del Clan del Trueno, era uno de los que parecían poco convencidos de la afirmación de Corvino Plumoso. Corvino Plumoso se preguntaba si él realmente creía que habían estado espiando, o si todo formaba parte de su habitual hostilidad hacia su padre y su medio hermano de otro Clan. Tal como lo entendía Corvino Plumoso, Glayo podía ser hostil incluso con los gatos que le agradaban, así que era difícil descifrar lo que realmente sentía. «*¿De dónde saca eso?*».

Ahora Glayo habló.

—Espiando o no, ¿por qué Nube Negra y Ventolero fueron a los túneles en primer lugar?

—Yo puedo responder eso —Estrella de Bigotes contestó, para alivio de Corvino Plumoso.

Mirando a través del claro, pudo ver a Hojarasca Acuática de pie junto a Glayo, y por un momento la mirada de Corvino Plumoso se fijó en la de ella. Estaba claro, por su mirada, que ella también estaba preocupada por la creciente tensión entre sus dos Clanes. «*Aunque han pasado lunas y lunas desde que estuvimos juntos, aún puedo saber lo que piensa Hojarasca Acuática*».

—Fue por los armiños —continuó Estrella de Bigotes—. Y porque Vuelo de Azor tuvo una visión. Vuelo de Azor, cuéntales.

Las miradas de todos los gatos se volvieron hacia el joven curandero del Clan del Viento. Vuelo de Azor se puso de pie, parecía ligeramente nervioso ante la perspectiva de dirigirse a toda la Asamblea.

—Vi... —empezó. Su voz se quebró como si tuviera un trozo de carne fresca en la garganta, y se aclaró antes de continuar—. Vi una gran ola de agua —maulló—.

Salió de los túneles y ahogó el territorio del Clan del Viento. Claramente fue una advertencia.

Por un momento se hizo un silencio incómodo en todos los Clanes, los gatos intercambiaron miradas consternadas. Por la sorpresa aparente en sus ojos, Corvino Plumoso podía notar que Vuelo de Azor ni siquiera había compartido su visión con los otros curanderos. «*Tal vez eso sea bueno* —pensó—. *Estrella de Bigotes desconfía mucho de los otros Clanes y de sus motivos en este momento*».

Entonces Estrella Zarzosa se puso de pie y caminó por su rama hasta que todos los gatos del claro pudieron verle. Su mirada ámbar se clavó en Estrella de Bigotes.

—¿Acaso el Clan del Viento pretende compartir *alguna* información con el Clan del Trueno? —preguntó—. Esta visión no era solo una advertencia para ustedes. También afecta al Clan del Trueno, porque algunos de los túneles conducen a nuestro territorio. ¿Por qué no se me habló de esto?

Estrella de Bigotes juntó los labios en el comienzo de un gruñido.

—Fue una visión del Clan del Viento para advertir al Clan del Viento —espetó —. ¿Es que el Clan del Trueno tiene que meter las narices en todos lados?

—No estoy tratando de entrometerme —contestó Estrella Zarzosa, obviamente luchando duro para mantener la paciencia—. Pero necesitamos trabajar juntos para encargarnos de la amenaza antes de que más gatos resulten heridos. Me parece que la visión se refería a los armiños que mataron a Nube Negra —añadió—. ¿No es eso lo que creen?

Estrella de Bigotes no respondió más que con un molesto azote de la cola, pero Vuelo de Azor tomó la palabra, con una respetuosa inclinación de cabeza hacia el líder del Clan del Trueno.

—Sí, eso es lo que pensamos.

—Y no necesitas preocuparte, Estrella Zarzosa —Estrella de Bigotes, maulló, con desprecio en la voz—. El Clan del Viento está preparando un plan para expulsar a los armiños.

—Sí me preocupa —replicó Estrella Zarzosa—. Habíamos notado que las presas habían estado escaseando alrededor de las entradas de los túneles, pero no sabíamos nada de los armiños hasta que la patrulla de Bayo rescató a *tus* gatos de ellos. Compartir información habría sido amistoso, ¿no crees? —Cuando Estrella de Bigotes no respondió a su provocación, continuó—: Pienso que el Clan del Trueno y el Clan del Viento deberían trabajar juntos. Dos Clanes son más fuertes que uno.

Corvino Plumoso recordó sus pensamientos sobre la visión… cómo él también se había preguntado si implicaba que los Clanes debían trabajar juntos. Le resultaba extraño estar de acuerdo con el líder del Clan del Trueno, pero no podía evitarlo. Vio que Hojarasca Acuática asentía con la cabeza, pero un momento después Leonado se levantó.

—¿Cómo podemos trabajar con el Clan del Viento cuando casi me mata un gato del Clan del Viento del Bosque Oscuro? —preguntó.

Estrella de Bigotes miró al guerrero de pelo dorado.

—El Clan del Viento ha recibido de nuevo a Ventolero como un guerrero leal —le dijo a Leonado—. Entiendo que te cueste aceptarlo.

—Solo es leal al *Clan del Viento* —Leonado resopló, volviéndose para fulminar con la mirada a Ventolero—. Eso no significa que siga el resto del código guerrero. Si trabajamos juntos, ¿qué le impedirá atacarme de nuevo, o a cualquier otro gato de Clan que se meta bajo su pelaje? ¡Es una amenaza!

Corvino Plumoso tuvo que admitir que no hacía mucho tiempo habría estado de acuerdo con Leonado. Pero ahora empezaba a ver las cosas desde el punto de vista de Ventolero. Sentía como si unas garras en su interior intentaran abrirse paso a través del pelaje de su vientre. La pena le pesaba en el corazón al ver a sus hijos enfrentarse con miradas hostiles, y se sorprendió a sí mismo sintiendo un sentimiento de protección hacia Leonado, el hijo que nunca vio crecer.

Siempre se había dicho a sí mismo que Leonado y Glayo (y su hermana, Carrasca, que había muerto en la Gran Batalla) no eran sus hijos, porque nunca los crió. Pero ahora… sabía que no quería ver a Ventolero y Leonado en un conflicto como este. Cada pelo del manto de Corvino Plumoso se erizaba, diciéndole que eso estaba *mal*. Aunque los dos gatos no eran compañeros de Clan, reflexionó Corvino Plumoso, eran parientes. «*Sin embargo, el destino los ha convertido en enemigos*».

Los ojos de Ventolero se entrecerraron con furia mientras miraba a Leonado.

—Tienes razón, pero ya no soy el gato que era entonces —respondió a la acusación de su medio hermano. Girándose para dirigirse al resto de los Clanes, continuó—: Todos pueden creer lo que quieran. No necesito la ayuda de nadie. En cuanto tenga la oportunidad, volveré a los túneles para matar a todos los armiños y vengar a mi madre, aunque tenga que hacerlo solo.

Dio media vuelta, regresó al borde del claro y se escabulló entre los arbustos. Corvino Plumoso lo llamó, pero Ventolero lo ignoró. Dejó tras de sí un silencio incómodo.

Estrella Vaharina fue la primera en hablar, dando las noticias del Clan del Río en un intento de continuar la Asamblea de la forma habitual, como si no hubiera estado a punto de estallar una escaramuza.

—Unos Dos Patas vinieron a nuestro territorio con un perro —informó a los guerreros reunidos—. Juncal y Ajenjo los rastrearon, y se fueron sin causar problemas.

Pero nadie le prestaba mucha atención, con las cabezas juntas mientras chismorreaban ansiosamente sobre la declaración de Ventolero, y tras los rápidos informes de Estrella Negra y Estrella Zarzosa, la Asamblea se disolvió. El aire seguía vibrando de tensión mientras cada Clan cruzaba el árbol puente y se adentraba por separado en la oscuridad.

Corvino Plumoso caminaba por la orilla del lago con Estrella de Bigotes y el resto de sus compañeros de Clan. Cada vez que pensaba en Ventolero y Nube Negra, su ansiedad aumentaba. Sabía que si Nube Negra hubiera estado allí, habría podido calmar a Ventolero. «*Pero ahora depende de mí, y no tengo ni idea de qué hacer*». Sentía el pecho tan apretado que apenas podía respirar. «*¿Se irá alguna vez esta sensación?*».

De vuelta en el campamento del Clan del Viento, Corvino Plumoso se dirigía a la guarida de los guerreros cuando vio a Cola Brecina hablando con Ventolero, claramente tratando de consolarlo. Las garras de su hijo estaban rasgando el suelo en un arrebato de ira, como si los esfuerzos de Cola Brecina no tuvieran mucho efecto. Corvino Plumoso se desvió para hablar con ellos, cuando oyó a Estrella de Bigotes llamando a Ventolero desde fuera de su guarida.

—Necesito hablar contigo —maulló el líder del Clan, haciendo señas a Ventolero con la cola—. Ven aquí un momento.

Ventolero dudó, obviamente reacio. «*Vamos* —le instó Corvino Plumoso en silencio—. *No empeores las cosas*». Para su alivio, Ventolero se dirigió hacia Estrella de Bigotes después de un par de latidos, y Cola Brecina caminó tras él. Corvino Plumoso también lo siguió, pero no se les unió, sino que se detuvo a un par de colas de distancia para poder oír su conversación cuando se agruparon afuera de la guarida del líder.

—No creo que ir solo a los túneles sea una buena idea, Ventolero —comenzó Estrella de Bigotes—. Ya lo dije, prepararemos un ataque adecuado una vez que todos los guerreros estén recuperados de la última escaramuza.

Ventolero, que parecía amotinado, estaba a punto de replicar, pero Cola Brecina se adelantó antes de que pudiera hablar.

—No estará solo. Yo estaré con él.

Ventolero giró la cabeza y miró a la gata atigrada marrón con una mezcla de sorpresa y gratitud.

—Pero tus heridas de la última vez aún no están curadas —protestó.

—Ya están lo suficientemente curadas —le dijo Cola Brecina—. Y si no puedo convencerte de que no vayas, entonces no irás sin mí.

—Pero necesito hacer esto solo —Ventolero se quejó—. Si vas conmigo y te pasa algo… Nunca me lo perdonaré. Y tampoco lo hará el Clan. Quiero que estés a salvo.

Al oír sus palabras, Corvino Plumoso sintió un cosquilleo en las patas, mezcla de lástima y afecto. Era una emoción desconocida, y le hizo sentir que quería volver a los túneles y luchar en defensa de Ventolero.

—Ninguno de los dos irá a menos que yo lo diga —señaló Estrella de Bigotes. Su voz era aguda, pero su mirada era comprensiva cuando miró a Ventolero—. No puedo aprobar que uno, o incluso dos de mis guerreros se adentren solos en esos túneles oscuros. No voy a enviarlos allí a luchar, pero…

—¡Tengo que hacer esto! —Ventolero interrumpió.

—*Escucha*. —Estrella de Bigotes dio una sacudida a la punta de su cola—. No los enviaré a luchar, pero ir a ver a los armiños y averiguar dónde viven, y cuáles podrían ser sus debilidades, no sería una mala idea. Ayudaría tanto al Clan del Viento como al Clan del Trueno.

—Yo sería buena en eso —maulló Cola Brecina con entusiasmo.

Pero Estrella de Bigotes no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado Cola Brecina bajo tierra.

—No, no me refiero a que entren en los túneles —le dijo—. Eso solo provocaría a los armiños, y aún no estamos preparados para eso. Vigilen desde fuera, a ver qué pueden aprender.

La punta de la cola de Cola Brecina se crispó, pero no protestó en voz alta.

—Podrían ir cuando oscurezca —Estrella de Bigotes continuó—. Esta noche, de hecho, si tienen energía.

Corvino Plumoso miró a su hijo, preguntándose si Ventolero aceptaría la sugerencia de Estrella de Bigotes, cuando en la Asamblea había estado tan ansioso por matar armiños. No estaba seguro de que el gato negro fuera capaz de controlar sus emociones. «*¿Y cómo reaccionará Estrella de Bigotes si no puede?*».

Ventolero y Cola Brecina intercambiaron una mirada y luego asintieron.

—Podemos hacerlo —respondió Ventolero.

—Los armiños deberían estar cazando —Estrella de Bigotes siguió—. Pero si queda alguno cerca de las entradas de los túneles, *no* deben atacarlos por su cuenta. Es demasiado peligroso.

Corvino Plumoso volvió a preguntarse si Ventolero se opondría, pero ahora su hijo solo parecía aliviado de tener algo activo que pudiera hacer.

—De acuerdo, no lo haremos —prometió él.

Estrella de Bigotes asintió con aprobación.

—Aunque no estoy seguro de que deban ir solos —reflexionó—. Tal vez necesiten a alguien más… ¡Hey, Turón!

El gato naranja, que se dirigía a la guarida de los guerreros, se detuvo y se volvió hacia el líder de su Clan. Una vez más, Estrella de Bigotes le hizo señas con la cola. Turón se acercó e inclinó la cabeza respetuosamente hacia su líder de Clan.

—¿Está todo bien, Estrella de Bigotes? —preguntó, con una mirada poco amistosa a Ventolero.

—Ventolero y Cola Brecina irán a vigilar afuera de los túneles para averiguar lo que puedan sobre los armiños —respondió Estrella de Bigotes. Había un brillo en sus ojos mientras le hablaba a Turón, y Corvino Plumoso se dio cuenta de que se estaba divirtiendo—. Puedes ir con ellos.

Turón se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¿Ir con *él*?

—¿Tienes algún problema con obedecer a tu líder de Clan? —preguntó Estrella de Bigotes, con los ojos entrecerrados.

—No, pero…

—Quizá esto te haga cambiar de opinión sobre hacer comentarios poco amables durante una vigilia —Estrella de Bigotes interrumpió—. Por no hablar de soltar información en una Asamblea que debería haberse mantenido dentro de este Clan. Había pensado en darte una luna de patrullas del alba, pero esto será mejor. Y para cuando regreses al campamento, espero que hayas aprendido que hay momentos en que debes mantener la boca cerrada.

Turón agachó la cabeza, con la cola caída.

—Sí, Estrella de Bigotes —murmuró.

—Y ya que pareces tener un problema con Ventolero —continuó Estrella de Bigotes—, tal vez te ayude pasar tiempo con él, y trabajar juntos en una tarea del Clan del Viento. De hecho, Turón, *más te vale*.

Turón asintió, completamente abatido.

—No te preocupes, Turón —Cola Brecina maulló alegremente—. No dejaremos que los desagradables armiños te atrapen.

—No son los *armiños* lo que me preocupa —replicó Turón en un siseo bajo.

Afortunadamente para él, no llegó a oídos de Estrella de Bigotes, ya que el líder del Clan se dio la vuelta y entró en su guarida. Ventolero no parecía particularmente complacido de tener a Turón como compañero, pero Corvino Plumoso se alegró de ver que tenía el sentido común de no decir nada. «*Él también tiene que aprender que hay momentos en que un gato debe morderse la lengua*».

Corvino Plumoso vio cómo los tres gatos se daban la vuelta y salían del campamento. Podía sentir nerviosos aleteos en su vientre, como si un nido de mirlos estuviera intentando desplegar sus alas dentro de él. Le picaban las patas por las ansias de unirse a sus compañeros de Clan, pero entonces reflexionó que no podía cuidar de Ventolero todo el tiempo. Había acusado a Nube Negra de ser sobreprotectora, y ahora era importante que Ventolero se responsabilizara de sí mismo.

«*Sea lo que sea que encuentren en los túneles* —pensó—, *solo espero que le traiga a Ventolero un poco de paz*».

CAPÍTULO 12

Los aullidos y chillidos de la batalla se elevaron alrededor de Corvino Plumoso. El aire estaba espeso con el hedor de la sangre. Hasta donde podía ver en todas direcciones, el suelo estaba cubierto de gatos peleándose, y al lado de Corvino Plumoso yacía el cuerpo de su hija, Carrasca, con el pelaje negro empapado en su propia sangre. Sintió cosquillas en las almohadillas por el reconocimiento. «*¡Esta es la Gran Batalla!* —pensó, dándose cuenta de que estaba soñando—. *Es exactamente como la recuerdo*».

El recuerdo se hizo más nítido, incluso más doloroso, cuando vio a Ventolero saltar sobre Leonado, agarrándolo por sorpresa y llevándolo al suelo, arrastrándole las garras a lo largo de la mejilla.

—No eres tan fuerte como esperaba —Ventolero se burló.

Corvino Plumoso corrió rápidamente hacia adelante, oyendo a Charca de Hiedra suplicándole a Ventolero que no destruyera a los Clanes.

—Leonado nunca debería haber nacido —le dijo Ventolero—. Ninguno de ellos debería. —Entonces su cola se movió de manera victoriosa y maliciosa hacia el cuerpo de Carrasca—. Ella está muerta; ahora es tu turno, Leonado. —Y luego mordió el cuello de Leonado.

Finalmente llegando con sus hijos, Corvino Plumoso sujetó los hombros de Ventolero con las garras.

—¡Esto tiene que parar! —aulló mientras lo arrastraba fuera de su otro hijo.

Pero entonces el sueño cambió. A medida que Corvino Plumoso liberaba a Ventolero, y Leonado se sumergía de nuevo en la batalla, Ventolero dio un paso adelante, entonces se volvió hacia Corvino Plumoso, cuyo pelaje del cuello se erizó ante la mirada de su hijo. Antes de que pudiera reaccionar, Ventolero levantó una zarpa y lanzó las garras hacia adelante, hacia la cara de Corvino Plumoso.

Una luz resplandeciente, y un dolor inimaginable, explotaron dentro de la cabeza de Corvino Plumoso y se desvanecieron, dejándolo en plena oscuridad. «*¡Estoy ciego! Ventolero me dejó ciego… ¿Tanto me odia, acaso?*».

Por un momento Corvino Plumoso estaba demasiado aturdido para hacer algo más que agacharse cerca del suelo, sintiendo un manto pegajoso con sangre contra su costado. «*Ese debe ser el cuerpo de Carrasca*», pensó. Él sabía que esto no era lo que había sucedido en la realidad.

—¡Ahora tienes lo que mereces! —Ventolero se burló de él. Su voz sonaba increíblemente fuerte, como si fuera un eco dentro de la mente de Corvino Plumoso —. Por nunca amar a tu pareja del Clan del Viento, y por elegir a tus hijos del Clan del Trueno antes que a mí. ¿Por qué hiciste eso, Corvino Plumoso?

Sintiendo la sangre gotear de sus ojos, Corvino Plumoso no podía responder al desafío de su hijo. «*Apenas conozco a Leonado y a Glayo… pero no podía dejar que Ventolero matara a mi otro hijo. ¿No? No habría habido vuelta atrás para Ventolero si hubiera asesinado a Leonado. Pero si Ventolero no puede ver eso, ¿puede haber alguna ayuda para él?*».

El mareo se apoderó de Corvino Plumoso, y sintió el cambio de escena a su alrededor. Los gritos de batalla se desvanecieron, aunque podía sentir que alguien seguía cerca. «*Tal vez más de un gato*», pensó, mirando a su alrededor inútilmente a través de la negra niebla de su ceguera.

Entonces, poco a poco, la oscuridad que las garras de Ventolero habían dejado comenzó a levantarse. El bosque apareció en la visión de Corvino Plumoso, iluminado por un débil amanecer gris. Frente a él había un musculoso gato atigrado oscuro. Incluso antes de que su vista se aclarara por completo, Corvino Plumoso lo reconoció por su forma poderosa y su pelaje marrón atigrado, y finalmente por sus penetrantes ojos azul hielo. «*¡Alcotán!*». Este era el gato traicionero del Clan del Río, el que había apoyado a Enlodado cuando había intentado expulsar a Estrella de Bigotes del liderazgo de su Clan. El gato que había herido de muerte a Carrasca. La rabia surgió a través de Corvino Plumoso, expulsando el dolor de sus ojos. «*¡Es por tu culpa, pedazo de excremento de zorro, que nunca conoceré a mi hija!*». Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Corvino Plumoso se lanzó sobre Alcotán, pero el elegante gato atigrado simplemente se hizo a un lado, su hocico cicatrizado se curvó con desprecio. Corvino Plumoso se lanzó de nuevo, y otra vez Alcotán se apartó ágilmente.

—Soy demasiado rápido para ti, cazaconejos —se burló—. Ríndete, antes de que me me hagas enojar.

Corvino Plumoso sabía que su visión era todavía demasiado borrosa para luchar con eficacia. «*Es un sueño* —se dijo a sí mismo—. *Realmente no puedo vengar la muerte de Carrasca*». Pero su dolor y furia lo impulsaron a atacar a Alcotán una vez más. Alcotán se deslizó a un lado con un movimiento desdeñoso de la punta de su cola. Cuando Corvino Plumoso aterrizó de su salto, sintió que su cuerpo chocaba contra otro gato. Perdió el equilibrio y cayó, sacudiendo las patas, y levantó la mirada para encontrarse con la cara de su hijo Ventolero. Ventolero estaba de pie sobre él, fulminándolo con una mirada ámbar, inmovilizándolo con sus patas delanteras.

—¿Por qué peleas por tu familia del Clan del Trueno? —siseó—. ¿Qué hay de tu hijo del Clan del Viento?

Corvino Plumoso trató de responder, pero ningún sonido salió de su boca. Ventolero retrocedió, levantando una pata como si estuviera a punto de atacar de nuevo.

Corvino Plumoso se despertó de un tirón. La oscuridad lo rodeaba; la luna se había puesto, aunque podía ver la cima del páramo y el montón de piedras memoriales contra un cielo que mostraba los primeros rastros del alba. A su alrededor pudo distinguir los cuerpos acurrucados de sus compañeros de Clan y oír sus débiles ronquidos y resoplidos.

Después de su terrible sueño, la mente de Corvino Plumoso se sentía pesada y sin embargo inquieta. Estaba seguro de que no volvería a dormir de nuevo, y no pudo soportar seguir en su lecho. Todo su cuerpo exigía movimiento, pero si se paseaba por el campamento, despertaría a sus compañeros de Clan. En lugar de eso, salió sigilosamente de la guarida de los guerreros y subió la ladera del campamento, con una inclinación de cabeza a Ala de Alondra, que estaba de guardia. Fuera del campamento, caminando de un lado a otro sobre el pasto helado, Corvino Plumoso podía por fin estar a solas con sus inquietantes pensamientos. Extrañaba a Nube Negra más de lo que jamás pensó que podría. Y no podía averiguar lo que sentía por Ventolero. «*A veces me irrita hasta debajo del pelo, pero otras veces es como si… casi como si estuviera empezando a amarlo*».

Corvino Plumoso recordó también la curiosa tristeza que había sentido en la Asamblea cuando había visto la hostilidad entre Leonado y Ventolero. «*Ambos son mis hijos, aunque ninguno de ellos probablemente me quiere como padre. Y ni siquiera sé lo que piensa Glayo*».

Envió sus pensamientos a través del páramo hacia los túneles, donde Ventolero, Cola Brecina, y Turón estarían todavía investigando a los armiños. «*Espero que todos estén bien, incluyendo a Turón*». Corvino Plumoso quería creer que Ventolero realmente quería demostrar su lealtad, aunque no podía desterrar el persistente temor de que su hijo no era el leal gato del Clan del Viento que pretendía ser. Que un día sus emociones sacaran algo mejor que él y lo llevaran a un comportamiento imprudente… o peor, a un camino oscuro del cual no habría retorno.

«*Y de eso se trataba mi sueño* —Corvino Plumoso se dio cuenta—. *En lo más profundo, no confío en mi propio hijo. No confío en que no caerá presa de algún gato con lengua de serpiente que pueda animarle a ceder a sus malos instintos. Si eso sucede, ¿qué dificultades podría causar para el Clan del Viento, o incluso para todos los Clanes?*». El pensamiento hizo que los músculos de Corvino Plumoso se tensaran y le hizo clavar las garras profundamente en la tierra. «*¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? Por el bien del Clan Estelar, luchamos contra los gatos del Bosque Oscuro. Entonces, ¿por qué los desacuerdos dentro del Clan parecen importar tanto?*». Corvino Plumoso estaba empezando a darse cuenta de que las amenazas externas como el Bosque Oscuro podían destruir a un Clan, pero eran las emociones

las que destruirían a un guerrero desde dentro. «*Quiero que las cosas sean más simples* —pensó—. *Todo este desorden emocional a uno simplemente lo debilita. Prefiero vivir mi vida sin él*».

Un paso detrás de él lo distrajo de sus pensamientos. Se giró, con las garras preparadas, luego se relajó al ver que el recién llegado era solo Vuelo de Azor.

—¿Estás bien? —preguntó el curandero.

—Sí —Corvino Plumoso respondió, retrayendo las garras—. Me asustaste, eso es todo. Lo siento si te desperté.

—No, no fue tu culpa —dijo Vuelo de Azor—. Estoy despierto hace rato, y parece que tú también.

Corvino Plumoso asintió.

—Tuve un sueño… —empezó. Se sentía reacio a revelar los detalles, pero un latido después se encontró a sí mismo vertiendo la historia de cómo se había encontrado de nuevo en la Gran Batalla, de cómo Ventolero lo había cegado, y cómo había intentado en vano luchar con Alcotán—. Estoy bastante seguro de que no era una profecía —concluyó—. Pero no puedo evitar sentir que significa algo. Tal vez mi mente está pensando en gatos como Alcotán, y esa horrorosa Arce Sombrío, porque me está… ¿advirtiendo?

—¿Advirtiéndote sobre qué? —Vuelo de Azor preguntó.

Corvino Plumoso no quería contestar. Sabía que muchos de sus compañeros de Clan no confiaban en Ventolero, y si él (el propio padre de Ventolero) expresaba sus dudas, podría empeorar todo. «*Pero si no puedo confiar en nuestro propio curandero, ¿en quién puedo confiar?*».

—Sobre Ventolero —Corvino Plumoso confesó por fin—. Me he estado sintiendo mejor respecto a él últimamente, y en la Asamblea se comprometió a deshacerse de los armiños, pero todavía no puedo deshacerme de la preocupación de que no sea de fiar.

Vuelo de Azor soltó un ronroneo divertido.

—Yo soy el curandero —señaló—. Normalmente soy yo quien tiene las visiones.

Sus palabras le recordaron a su última visión: agua saliendo de los túneles, el viento haciéndola retroceder, luego desvaneciéndose, permitiendo que la oleada de agua engullera todo.

—Cuando tuviste tu visión en la reunión con los otros curanderos —maulló él, pensativo—, el Clan Estelar debía de haber estado advirtiéndonos sobre los armiños en los túneles, pero… seguramente la visión parece más complicada que eso, ¿no? ¿Crees que podría haber algo más? ¿Que los armiños son solo el primer problema que vamos a enfrentar?

Vuelo de Azor dejó escapar un suspiro cansado.

—Me he estado preguntando lo mismo desde que sucedió —respondió—. Los armiños podrían haberse infiltrado en nuestro territorio en cualquier momento mientras nos recuperábamos de la Gran Batalla, pero aun así, son el tipo de enemigo que el Clan debería haber sido capaz de enfrentar con facilidad.

Corvino Plumoso asintió.

—Así es. Esa batalla no debería haber ido tan mal. Nunca deberíamos haber perdido a Nube Negra.

—Eso es lo que me hace preguntarme qué significa la visión del agua —Vuelo de Azor continuó—. Al principio creí que la forma en que el viento hizo retroceder el agua significaba que el Clan del Viento obtendría una victoria, pero hubo una segunda oleada, y no había viento que la derrotara. ¿Significa eso que el Clan del Viento… será derrotado? ¿Y qué significará para los otros Clanes? ¿Tendremos que enfrentar los dientes y garras de otro enemigo, ya sean los armiños o alguna otra fuerza hostil al acecho en la oscuridad?

—Me he preguntado lo mismo —admitió Corvino Plumoso—. Bueno, lo que significa el segundo oleaje, y si quiere decir que deberíamos trabajar con los otros Clanes.

Un escalofrío recorrió a Corvino Plumoso desde las orejas hasta la punta de la cola mientras consideraba las palabras del curandero. Se preguntó si esta fuerza hostil en la oscuridad podría ser la rabia y la amargura de Ventolero, acechando dentro de él. Pero el viento en el sueño de Vuelo de Azor *tuvo* un efecto sobre la primera inundación que amenazó con ahogar su campamento. Tal vez eso significaba que había una posibilidad de victoria. «*Y una ventolera es un tipo de viento…*». La esperanza y la emoción lucharon con la incredulidad dentro de Corvino Plumoso, hinchándose justo cuando la luz del amanecer crecía en el cielo sobre el páramo. «*¿Y si el viento en la visión de Vuelo de Azor no se refería a todo el Clan del Viento, sino que solo se refería a Ventolero? Una ventolera es un viento de poca duración, pero… ¿y si Ventolero juega un papel en salvarnos? ¿Podría haber una redención aun mejor?*».

Capítulo 13

—Levántate sobre tus patas traseras —ordenó Corvino Plumoso, demostrando el movimiento mientras hablaba—. Entonces puedes darle dos golpes a tu enemigo, uno con cada pata delantera, antes de aterrizar y alejarte.

—¡Eso es genial! —exclamó Zarpa Ululante.

El sol estaba saliendo sobre el páramo, aunque el pasto aún estaba blanco por la escarcha y el aire fresco y frío. A Corvino Plumoso se le pasó la pesadez de la noche anterior mientras se concentraba en la sesión de entrenamiento. Había aceptado llevar a Zarpa Ululante junto con su propia aprendiza, Zarpa de Pluma, ya que la mentora de Zarpa Ululante, Genista, se encontraba dirigiendo la patrulla que subía diariamente al páramo a visitar el montón de piedras memoriales. Hasta el momento, la sesión iba mucho mejor que la última vez que Corvino Plumoso había intentado entrenar a los aprendices juntos.

—Inténtenlo los dos —maulló Corvino Plumoso después de haber demostrado el movimiento por segunda vez—. Por ahora, solo imaginen a su oponente.

Mientras observaba a los dos aprendices intentando copiar lo que les había enseñado, Corvino Plumoso reflexionó que no podía faltar mucho para un gran ataque contra los armiños. Ventolero y Cola Brecina seguían revisando los túneles. «*Espero que estén bien*». Pero Corvino Plumoso sabía que el resto del Clan debía estar preparado para el siguiente paso. Los aprendices no serían elegidos para el primer ataque, pero nadie sabía lo que podría pasar después. «*Quiero que estén preparados*».

—Muy bien, Zarpa Ululante —maulló Corvino Plumoso, gratamente sorprendido por la rapidez con que el joven gato había aprendido el nuevo movimiento. Se balanceaba bien sobre sus patas traseras, y había verdadera fuerza detrás de sus golpes—. ¡Sigue así y dejarás a los armiños pelados del susto!

Zarpa Ululante agachó la cabeza avergonzado.

—Tuve una gran mentora —le recordó a Corvino Plumoso—. Nube Negra era inteligente y fuerte, y me enseñó mucho sobre estrategia.

Corvino Plumoso no había esperado oír tales elogios de su expareja, aunque por supuesto Zarpa Ululante, como su aprendiz, habría sido más cercano a ella que casi cualquier otro gato, excepto Ventolero. Corvino Plumoso siempre había sabido que Nube Negra era una guerrera capaz, pero se preguntaba si alguna vez le había dado la importancia que merecía. «*Probablemente había muchas cosas sobre ella que nunca supe*». Ahogó un suspiro. «*Y que ahora nunca sabré*».

—Tú también lo estás haciendo bien, Zarpa de Pluma —Corvino Plumoso continuó a su propia aprendiza—. Solo recuerda…

Se interrumpió al oír un aullido de angustia en las afueras del campamento, y reconoció la voz de Cola Brecina. Volviéndose rápidamente, vio a Cola Brecina y Turón en lo alto de la ladera, llevando entre los dos el cuerpo inerte y de pelaje negro de un gato. «*¡Ventolero! ¡No!*». ¿Por qué no se movía Ventolero? El vientre de Corvino Plumoso se estremeció de terror. «*¿Por qué estaría herido? Estrella de Bigotes dejó claro que no debían enfrentarse a los armiños…*». Pero al ver la forma inerte de Ventolero, Corvino Plumoso supo que habría mucho tiempo para explicaciones más tarde. «*Gran Clan Estelar* —rogó—, *por favor díganme que no está muerto… No creo que pueda soportarlo*». Su mente volvió a ver el cuerpo manchado de sangre de Carrasca en su sueño. «*¿Es por eso que tuve el sueño? ¿Algo intentaba prepararme para esto?*».

Corvino Plumoso corrió ladera arriba hacia los guerreros que regresaban, y al hacerlo vio que las patas blancas de Turón estaban manchadas de sangre roja. La conmoción recorrió el cuerpo de Corvino Plumoso desde las orejas hasta las garras. «*¿De dónde salió eso? ¿Acaso Turón mató a mi hijo?*».

Corvino Plumoso se detuvo frente al grupo de gatos, con el pelaje erizado a lo largo de todo el lomo. Ventolero colgaba inmóvil entre ellos, apoyado en sus hombros, con una herida abierta a lo largo de todo el costado.

—¿Qué pasó? —exigió Corvino Plumoso. Volviéndose hacia Turón, añadió—: ¿Tú le hiciste esto?

Por primera vez, Corvino Plumoso se dio cuenta de que Turón llevaba algo flácido y ensangrentado en las mandíbulas. Cuando lo dejó caer, Corvino Plumoso pudo ver que se trataba del cuerpo de un armiño, con el pelaje blanco completamente cubierto de sangre seca.

—¡Claro que no! —espetó Turón, con los ojos entrecerrados por la furia—. No creo que pudiera causar tanto daño aunque lo intentara.

—Por favor, Corvino Plumoso —Cola Brecina maulló—, deja en paz a Turón y ayúdanos a llevar a Ventolero a la guarida de Vuelo de Azor.

«*¡No está muerto!*». El alivio inundó tan fuertemente a Corvino Plumoso que no tuvo nada más que decir. Se apresuró a sostener los cuartos traseros de Ventolero, y él y los otros lucharon por atravesar el campamento hasta la guarida del curandero.

—Estábamos haciendo lo que dijo Estrella de Bigotes y vigilando los túneles desde fuera —explicó Turón por el camino—, pero cuando vimos a tantos de ellos salir a cazar, pensamos que sería una buena oportunidad para explorar. Encontramos las guaridas de los armiños y sus presas, y las entradas y salidas que utilizan. Todo

estaba tranquilo allí dentro, y ya nos íbamos antes de que captáramos el olor de unos armiños. Descubrimos que estaban en una madriguera fuera del túnel principal.

—Queríamos escabullirnos, evitando el peligro como nos dijo Estrella de Bigotes —continuó Cola Brecina—. Pero Ventolero… —Su voz se entrecortó.

—Pero Ventolero se zambulló ahí y los *atacó* —Turón maulló, retomando la historia—. Mató a uno con facilidad. —Sacudió la cabeza hacia el borde del campamento, donde había dejado el cuerpo del armiño—. Pero el otro era más feroz y se defendió. Le dio un tajo en el costado a Ventolero. Habría seguido luchando, pero Cola Brecina y yo lo obligamos a retroceder. Estaba perdiendo sangre, y finalmente perdió el conocimiento. Así que lo arrastramos fuera y volvimos al campamento.

Corvino Plumoso miró a Cola Brecina, que asintió confirmando lo que Turón le había dicho.

—Los dos intentamos detener a Ventolero —maulló ella—. Pero estaba demasiado empeñado en matar a los armiños.

Mientras hablaba, Corvino Plumoso pudo ver la preocupación en sus ojos. Escalofríos pasaban por su pelaje, y no dejaba de girar la cabeza para lamer el costado herido de Ventolero. «*Debe de importarle mucho*».

Cuando Corvino Plumoso y los demás se acercaron a la guarida de Vuelo de Azor, más gatos se reunieron a su alrededor. El asombro se mezclaba con destellos de interés en sus rostros. Corvino Plumoso podía oír murmullos entre ellos, aunque no podía distinguir las palabras. «*Imagino que la mayoría espera que Ventolero esté muerto. ¡Eso resolvería muchos de sus problemas! Pero no va a suceder aún, mantos pulgosos*».

Zarpa de Pluma había corrido a la guarida del curandero para alertar a Vuelo de Azor, y ahora el gato gris moteado salía de la hendidura de la roca y caminaba a su encuentro.

—¡Gran Clan Estelar! —exhaló al ver la herida de Ventolero.

El pelaje de Corvino Plumoso se erizó de aprensión. «*¡Tiene que ser malo cuando un curandero reacciona así!*». De inmediato, Vuelo de Azor se recompuso y agregó con más brío:

—Rápido, llévenlo adentro.

Corvino Plumoso ayudó a los otros a llevar a Ventolero a la guarida y lo acostó en un lecho de musgo elástico. Mientras observaba a Vuelo de Azor examinar a su hijo, Corvino Plumoso sintió que un nuevo sentimiento fluía a través de él, calentándolo desde las orejas hasta la punta de la cola. Al principio no pudo identificarlo, hasta que por fin se dio cuenta de que era orgullo. «*Ventolero debía de tener abejas en el cerebro para meterse en esa madriguera de armiños* —pensó—. *Pero aun así, fue muy valiente*». Ventolero había tenido miedo de los túneles desde que era un aprendiz, y la muerte de Nube Negra no podía haber ayudado. Habría hecho falta mucho valor para enfrentarse a sus miedos y atacar a los armiños.

Vuelo de Azor se levantó de donde había estado agachado junto a Ventolero, limpiándole la herida a lengüetazos, y se volvió hacia Corvino Plumoso.

—Sus heridas son graves —informó—, pero eso ya lo puedes ver. Habrá que vigilarlo de cerca.

El vientre de Corvino Plumoso se revolvió ante las palabras del curandero. «*Seguro no voy a perder a mi hijo justo cuando estoy empezando a entenderlo, ¿verdad?*».

—Puedo quedarme con él —ofreció Cola Brecina de inmediato.

Corvino Plumoso negó con la cabeza.

—Gracias, Cola Brecina —maulló—, pero quiero cuidar de mi hijo, al menos por ahora. ¿Puedes ir a contarle a Estrella de Bigotes lo que pasó y llevarte el armiño para mostrárselo?

Cola Brecina vaciló, lanzando una mirada insegura a Ventolero. Corvino Plumoso se dio cuenta de que quería quedarse con él.

—Te llamaré cuando despierte —le prometió a la joven gata—. Pero por ahora es importante que Estrella de Bigotes sepa a qué nos enfrentamos.

—Entiendo. —Sacudiéndose el pelaje, Cola Brecina salió de la guarida.

Mientras Vuelo de Azor se dirigía a su almacén de hierbas en la parte trasera de la guarida, Corvino Plumoso se encontró de pie junto a Turón. El gato naranja tenía la cabeza gacha y una expresión difícil de leer. El pelaje de Corvino Plumoso se erizó por la incomodidad del momento, recordando lo que había dicho cuando Turón apareció por primera vez.

—Siento haberte acusado de atacar a Ventolero —murmuró al cabo de un momento.

—Está bien —contestó Turón, su falta de ira sorprendió a Corvino Plumoso—. Tenías tus razones, después de todo lo que dije sobre tu hijo. Pero cuando vi lo valiente que era, yendo tras esos armiños, supe que era imposible que tuviera algo que ver con la muerte de Nube Negra. Siento haber dicho eso.

Corvino Plumoso se sintió aún más incómodo, dándose un lametón avergonzado en el hombro.

—Deberías disculparte con Ventolero cuando despierte —maulló.

Turón asintió.

—Eso haré. Todavía no estoy del todo seguro de que Estrella de Bigotes debiera haber dejado que Ventolero volviera al Clan después de la Gran Batalla, pero, por esto, puedo darle el beneficio de la duda. Hoy sí que luchó por nosotros.

Corvino Plumoso se sintió decepcionado al oír que Turón seguía sin confiar del todo en su hijo. «*Pero al menos está dispuesto a darle una oportunidad* —pensó—. *Es un comienzo*».

—Gracias por traerlo a casa —maulló.

—Era lo menos que podía hacer —respondió Turón, y luego se dirigió hacia la guarida de los guerreros con una inclinación de cabeza a modo de despedida.

Corvino Plumoso retrocedió mientras Vuelo de Azor masticaba cola de caballo para hacer una cataplasma y la aplicaba sobre la herida de Ventolero, sujetándola con un grueso fajo de telarañas.

—Eso debería ayudar —maulló, mirando pensativo a Ventolero—. Al menos la hemorragia parece haberse detenido. ¿Puedes cuidarlo un rato? Tengo que informar a Estrella de Bigotes.

Cuando Vuelo de Azor se fue, Corvino Plumoso se acomodó junto a Ventolero, escuchando su respiración agitada. Podía oler el sabor de la sangre seca aún enredada

en el pelaje de su hijo. Por unos instantes sintió como si estuviera de nuevo junto al lugar donde se ahoga el sol y una enorme ola se abalanzara sobre él, abrumándolo con su poder. Pero no era una ola lo que le estaba haciendo esto a Corvino Plumoso. Era ver a Ventolero herido, y saber que Nube Negra ya estaba muerta. Corvino Plumoso se inclinó hacia él, pero antes de que pudiera acercarse lo suficiente como para susurrarle al oído, los párpados de Ventolero se abrieron lentamente. Corvino Plumoso sintió una oleada de alivio de que hubiera recuperado la conciencia, pero cuando miró a los ojos de su hijo, solo pudo ver dolor. Ventolero parpadeó un par de veces, y luego centró su mirada en Corvino Plumoso.

—Maté al armiño, y Nube Negra sigue muerta —susurró miserablemente. El corazón de Corvino Plumoso casi se rompió de tristeza cuando su hijo añadió—: Nunca debí dejarla en los túneles en primer lugar.

—No hables ahora —le dijo Corvino Plumoso con suavidad—. Necesitas descansar. Siento por lo que has pasado, pero vengaremos a tu madre, te lo prometo.

Cuando Ventolero pareció poco convencido, añadió:

—Si hay una batalla por delante, el Clan del Viento necesitará a un guerrero tan audaz y fuerte como tú.

Los ojos de Ventolero se abrieron de par en par, y miró a Corvino Plumoso con una incrédula mirada ámbar. Permaneció en silencio, pero esa mirada parecía estar preguntando: «¿Es realmente mi padre, Corvino Plumoso, quien me está diciendo esto?».

Corvino Plumoso se aclaró la garganta, avergonzado.

—Te traeré una presa para que recuperes tus fuerzas —maulló—. Enseguida vuelvo.

Afuera de la guarida de curandería, Corvino Plumoso encontró a Cola Brecina con Zarpa de Pluma y Zarpa Ululante.

—¿Cómo está Ventolero? —Cola Brecina preguntó con ansiedad.

—Está despierto —Corvino Plumoso respondió, viendo los ojos azules de Cola Plumoso brillar de alivio—. Pero necesita descansar. Mientras tanto, todo el Clan debe prepararse.

—¿Prepararse para qué? —preguntó Zarpa Ululante, levantando la cola en el aire.

—Para luchar —Corvino Plumoso maulló.

Capítulo 14

—Por supuesto que no —maulló Lebrón, con una mirada severa a los cuatro aprendices—. Estrella de Bigotes ordenó que ningún aprendiz esté en la batalla contra los armiños.

—¡Pero el Clan del Viento necesita a todos los gatos! —protestó Zarpa Ululante, mirando al lugarteniente del Clan con ojos suplicantes.

—El Clan del Viento necesita a todos los *guerreros* —Lebrón lo corrigió.

—No es justo —murmuró Zarpa Leve.

Corvino Plumoso movió los bigotes con irritación. Ya estaban perdiendo un valioso tiempo de práctica mientras los aprendices discutían sobre si se les debía permitir participar en la batalla.

—Podríamos dejar que participaran en el entrenamiento —le sugirió a Lebrón. «*Tal vez así se callen*»—. Después de todo, es posible que los armiños ataquen el campamento. Los aprendices deberían ser capaces de defenderse a sí mismos y a los veteranos, y a cualquier gato que pudiera estar en la guarida de los curanderos.

Zarpa de Pluma rebotó suavemente sobre sus patas con un brillo de emoción en los ojos.

—¡Oh, sí, *por favor*, Lebrón!

El lugarteniente del Clan dudó por un momento, luego asintió.

—Supongo que no hará ningún daño —decidió—. Puedes hacerte responsable de ellos, Corvino Plumoso.

«*Muchas gracias*». Pero Corvino Plumoso tuvo que admitirse a sí mismo que no le importaba trabajar con los aprendices. Todos se estaban convirtiendo en buenos guerreros. «*Especialmente Zarpa Ululante* —pensó mientras los emparejaba para practicar el movimiento de batalla que había enseñado a Zarpa Ululante y Zarpa de Pluma unos días antes—. *Nube Negra le enseñó bien* —dijo Corvino Plumoso en su mente, con una nueva punzada ante lo mucho que la extrañaba—, *y ahora Genista*

también está haciendo un buen trabajo. Lo tendrá más fácil porque Nube Negra empezó muy bien el entrenamiento de Zarpa Ululante».

Pensar en Zarpa Ululante hizo que Corvino Plumoso prestara más atención a su propia aprendiza. Zarpa de Pluma había aprendido bien el movimiento; tenía buen equilibrio mientras se paraba sobre sus patas traseras y atacaba a su oponente con las delanteras. Pero dudaba un poco, como si temiera herir a su compañero de Clan, mientras el resto de aprendices se amontonaban con entusiasmo.

—¡Sé valiente! —Corvino Plumoso le aconsejó—. Y ataca más rápido. En una batalla real, tu enemigo no te esperará.

Zarpa de Pluma asintió enérgicamente, y luego volvió a su práctica con Zarpa de Avena. Corvino Plumoso observó con aprobación cómo ella ponía más velocidad y fuerza a sus golpes, tirando a Zarpa de Avena al suelo y luego saltando sobre él con un aullido de triunfo.

—¡Bien hecho! —Corvino Plumoso la elogió.

Casi todo el Clan del Viento se había reunido en una llana extensión de páramo cerca del campamento, en una sesión de entrenamiento para preparar la batalla. Con la información que habían traído Ventolero, Cola Brecina y Turón, Estrella de Bigotes y Lebrón habían trazado un plan: Algunos gatos se adentrarían en los túneles y conducirían a los armiños hacia las entradas, mientras que otros esperarían para emboscar a los armiños cuando aparecieran. Se dejarían presas cerca de las entradas para atraer a los armiños a campo abierto. «*Debería funcionar* —pensó Corvino Plumoso—. *Y tal vez podamos deshacernos de estas criaturas malditas por el Clan Estelar para siempre*».

—Muy bien —Corvino Plumoso maulló a los aprendices cuando todos hubieron practicado el movimiento durante algún tiempo—, han dado un par de buenos golpes, se han escabullido fuera del alcance, así que ¿qué van a hacer ahora? ¿Sentarse a oler las flores?

—¡Atacar de nuevo! —aulló Zarpa Ululante, mientras Zarpa de Pluma enroscaba la cola, divertida.

—Exacto —contestó Corvino Plumoso—. Pero su enemigo tampoco estará oliendo las flores. Irán a por ustedes, así que tienen que hacer algo inesperado. ¿Alguna idea?

—¡Arrancarle la garganta! —Zarpa Leve gruñó, levantando una pata delantera con las garras extendidas.

—Podrías intentarlo —asintió Corvino Plumoso, reflexionando en privado que no así de fácil—. ¿Algo más?

—¿Atacar por detrás? —Zarpa de Pluma sugirió.

—Buena idea —Corvino Plumoso respondió, complacido por la inteligencia de su aprendiza—. Intentémoslo. Practiquen el primer movimiento, luego continúen atacando los cuartos traseros de su oponente. Y recuerda, Zarpa de Pluma, ¡sé audaz!

—Pero recuerda también lo peligroso que es tu enemigo. —La voz de Ventolero llegó justo desde detrás de Corvino Plumoso—. Tienes que tener cuidado.

Corvino Plumoso se dio cuenta de que Ventolero se había acercado a él. En los pocos días transcurridos desde su expedición a los túneles, se había recuperado en su mayor parte de sus heridas, pero Corvino Plumoso sentía que el fuego de su interior

se había apagado. «*Por fin se dio cuenta de que su madre se ha ido para siempre*». Al ver la tristeza en los ojos de su hijo, Corvino Plumoso reprimió con firmeza su fastidio de que Ventolero hubiera interrumpido su sesión de entrenamiento. Estaba decidido a no empezar más discusiones con él.

—Así es —coincidió—. En una batalla de verdad, nada de riesgos *innecesarios*.

Corvino Plumoso se dio cuenta de que Ventolero estaba a su lado mientras los aprendices volvían a practicar. No se había unido a la sesión de entrenamiento, sino que había cojeado por el borde de la zona de prácticas, con paso lento y cuidadoso, arrastrando la cola por el suelo. Ahora estaban tan cerca que parecían sentirse cómodos el uno con el otro, aunque Corvino Plumoso sabía que no era cierto. Apenas se atrevía a mirar a su hijo y ver sus ojos apagados y sin vida. Corvino Plumoso creía que la mayoría del Clan sentía lástima por Ventolero, como él. Hasta que vio a Hojoso y a Genista con las cabezas juntas a un par de colas de distancia. Los ojos de Hojoso brillaron con burla.

—Se supone que es un temible guerrero del Bosque Oscuro —le susurró a Genista. Claramente, había estado escuchando los consejos de Ventolero a los aprendices para que tuvieran cuidado—. A mí me parece más bien un gato con corazón de ratón.

Corvino Plumoso vio a Ventolero congelarse al oír el comentario sarcástico. Sus ojos se encendieron con furia, como si le hubiera gustado luchar contra ambos gatos al mismo tiempo.

—Es estupendo que tengas tiempo para chismorrear —siseó Corvino Plumoso, fulminando con la mirada a Hojoso—. Y que no te preocupen esos armiños que se predijo que destruirían a todo el Clan. Ahora cállate y vuelve al trabajo.

Hojoso abrió las fauces como si fuera a replicar groseramente, pero Genista le dio un empujón y ambos gatos se alejaron corriendo. Corvino Plumoso no les quitó ojo de encima hasta que vio que empezaban a practicar el movimiento de batalla de saltar y rodar.

—No hagas caso a lo que dicen —le maulló suavemente a Ventolero—. No tienen ni idea de por lo que has pasado. Ellos no saben el gran guerrero que puedes ser.

Ventolero tenía una mirada sombría y decidida.

—Bueno, van a averiguarlo —maulló—. Voy a demostrarlo en la batalla de hoy.

Corvino Plumoso se sobresaltó.

—¡Aún no estás en forma para la batalla! —soltó.

—Excremento de zorro a eso —gruñó Ventolero.

Corvino Plumoso quiso convencer a Ventolero de que no se uniera al ataque a los túneles, pero la expresión de Ventolero y el intenso tono de su voz le dijeron que no tenía sentido intentarlo. «*Al menos esta vez voy a estar allí para cubrirle la espalda* —pensó Corvino Plumoso—. *Y esta vez no pienso defraudarlo*».

Todavía faltaba para que llegara el mediodía cuando los gatos del Clan del Viento partieron hacia los túneles. Lebrón iba en cabeza, con Corvino Plumoso y

Turón, mientras el resto de los guerreros cruzaban el páramo detrás de ellos. Ventolero iba rezagado, aún cojeando por sus heridas, pero se las arreglaba para seguirles el paso. Corvino Plumoso había intentado vigilarlo, hasta que Ventolero se había dado cuenta y lo miró con una mirada irritada.

—¿Estás seguro de esto? —Corvino Plumoso oyó que Cola Brecina le preguntaba a Ventolero, caminando a su lado.

—Sí, ya sabes lo duros que son los armiños —añadió Rescoldo.

—Estoy bastante seguro —Ventolero replicó entre dientes apretados.

Antes de partir, Cola Brecina había hablado con los aprendices sobre lo ocurrido en los túneles, dejando claro que la batalla que se avecinaba estaba por encima de sus habilidades. Corvino Plumoso sospechaba que Ventolero se lo había pedido. Después de su charla, los aprendices parecían haber adquirido un nuevo respeto por el enemigo al que su Clan estaba a punto de enfrentarse.

—¿Cómo de grandes creen que son? —había preguntado Zarpa Ululante a sus compañeros de guarida, esponjando el pelaje para aumentar su propio tamaño—. ¿Así de grandes?

—¡Mucho más grandes! —Zarpa Leve había respondido, con los ojos muy abiertos.

—Y apuesto a que tienen garras y dientes muy largos —había añadido Zarpa de Pluma—. Ventolero fue muy valiente al luchar contra ellos él solo.

Corvino Plumoso, que escuchaba divertido sus especulaciones, había asentido con la cabeza. «*¡Por fin!*».

Ahora, mientras el Clan comenzaba a alcanzar a ver la empinada orilla donde se abrían las entradas de los túneles, Lebrón se detuvo y reunió a sus compañeros de Clan a su alrededor.

—Les recordaré lo que vamos a hacer —empezó—. Yo entraré en los túneles con Cola Brecina y Turón.

Corvino Plumoso movió las patas con impaciencia. Se había ofrecido voluntario para unirse al grupo que iría bajo tierra, pero Lebrón le había asignado liderar la emboscada afuera en su lugar. «*Al menos no eligió a Ventolero para que volviera ahí dentro*». Había ira en los ojos de Ventolero cuando supo que no estaría al frente de la batalla, pero permaneció junto a Corvino Plumoso sin quejarse.

—Ala de Alondra y Genista pondrán los conejos en su lugar —continuó Lebrón —. Esperemos que el olor de las presas atraiga a los armiños para que podamos luchar contra ellos en nuestro propio terreno.

«*Sí, ya sabemos todo esto*», Corvino Plumoso pensó. Sus garras rasgaron el pasto en su impaciencia por clavarlas en los armiños, enrojeciendo su blanco pelaje. «*Deja de maullar y pongámonos patas a la obra*».

—Los demás, escóndanse en los arbustos. —Lebrón agitó la cola hacia la espesura de aulagas, a unos cuantos zorros de distancia de las entradas de los túneles —. ¿Alguna pregunta? ¿No? Entonces, ¡vamos!

Lebrón se adentró en los túneles con Cola Brecina y Turón caminando cautelosamente tras él. Corvino Plumoso observó mientras Ala de Alondra y Genista colocaban dos conejos en posición fuera de las entradas, arrastrándolos sobre el pasto

para esparcir su olor. Luego las dos gatas se dirigieron a la espesura donde se ocultaba el resto del Clan. Ahora solo quedaba esperar.

Parecieron pasar lunas antes de que Lebrón saliera disparado del túnel más cercano, con sus dos compañeros pegados a sus patas. Corrieron por el terreno abierto y se unieron a sus compañeros de Clan entre los arbustos.

—Ya vienen —maulló Lebrón, tenso.

Varios latidos después, unos cuantos armiños asomaron la cabeza por el túnel, olfateando el aire y lanzando miradas a su alrededor como si esperaran problemas. «*Vamos*», les instó Corvino Plumoso en silencio. Le dolían las piernas por el esfuerzo de contenerse cuando todo su instinto era saltar y luchar. «*¿No quieren un poco de ese jugoso conejo?*».

Entonces una voz habló detrás de él:

—¿*Esos* son los peligrosos enemigos de los túneles de los que todos nos han advertido?

«*¡Zarpa Leve!*». Corvino Plumoso giró, rasgándose el pelaje con las espinas de aulaga.

—¡¿Qué están haciendo aquí?! —exigió.

Los cuatro aprendices estaban agachados frente a él, con caras de satisfacción. La ira y el miedo se le atragantaron en la garganta y durante unos latidos no pudo hablar.

—Nos dijeron que fuéramos audaces —Zarpa de Pluma maulló—, así que hemos venido a ayudar a luchar.

—Sí, Lebrón no nos va a mantener alejados de toda la emoción —declaró Zarpa Ululante, deslizando las garras y raspándolas por el suelo.

—Ni siquiera parece que vaya a ser tan difícil —añadió Zarpa de Avena mientras miraba a los armiños—. Son un tanto… ¡adorables!

—¡No puedo creer que tuviéramos tanto miedo! —Zarpa Ululante exclamó—. ¡Vamos a por ellos!

—¡No! —Corvino Plumoso aulló—. ¡Vuelvan al campamento!

Para entonces los armiños ya habían salido de los túneles y olfateaban las presas. Locos de entusiasmo, los aprendices ignoraron a Corvino Plumoso. Con Zarpa Ululante a la cabeza, salieron de entre los arbustos y se lanzaron contra sus enemigos. Los armiños se dieron la vuelta para enfrentarse a los cuatro jóvenes gatos que cargaban contra ellos. Mientras Corvino Plumoso corría para alcanzarlos, ellos soltaron sus extraños gritos chirriantes y se lanzaron al ataque.

—¡Vuelvan! —volvió a aullar Corvino Plumoso. El miedo lo sacudió como una hoja al viento al darse cuenta de que había llegado demasiado tarde.

Capítulo 15

Los armiños salían de los túneles en un torrente interminable. «*¡Son demasiados!*», se dio cuenta Corvino Plumoso, con el pecho apretado del miedo. Pronto los cuatro aprendices se vieron rodeados. Los armiños eran más pequeños que tejones, pero rápidos y astutos, y Corvino Plumoso sabía por la escaramuza anterior que sus dientes eran más afilados que las garras de un águila. Y bajo la brillante luz del sol, sus mantos blancos y puros eran inquietantes. «*Es como ser atacado por una ventisca*».

Antes de que pudiera moverse, los armiños tenían atrapados a los aprendices. Zarpa de Avena atacó nerviosamente con uno de sus movimientos de batalla, pero los armiños eran muy rápidos y feroces, y eran demasiados. Corvino Plumoso corrió hacia los aprendices, seguido de Ventolero y Genista. Cuando estaba a unas colas de distancia, Corvino Plumoso echó una mirada por encima del hombro para asegurarse de que el resto de sus compañeros de Clan lo seguían, y así era. Luego se lanzó a la refriega. «*Desobedecieron, y no hay forma de sacarlos ilesos* —pensó desesperadamente—. *¡Espero que estén preparados para luchar!*».

—¡Recuerden su entrenamiento! —aulló—. ¡Sean valientes y ataquen!

En un esfuerzo por obedecerle, Zarpa de Pluma se abalanzó sobre un armiño en la boca del túnel más cercano. Corvino Plumoso apartó a un armiño y tenía a otro inmovilizado en el suelo, clavándole las garras en los hombros, pero divisó a su aprendiza cuando se levantó sobre las patas traseras y le dio a su oponente dos fuertes golpes alrededor de las orejas. El armiño chilló de dolor y huyó. Zarpa de Pluma lanzó un chillido de triunfo, pero en el mismo momento aparecieron más armiños en el túnel detrás de ella y saltaron sobre ella, desgarrándole el manto. Zarpa de Pluma desapareció bajo la marea de cuerpos blancos.

—¡No! —aulló Corvino Plumoso. «*¡He perdido a demasiados gatos últimamente!*». El corazón le dio un vuelco al pensar en la aprendiza que le importaba muriendo bajo las garras de esos asquerosos invasores.

Arrojando su armiño a un lado, se zambulló en la entrada del túnel tras Zarpa de Pluma, arremetiendo con ambas patas delanteras para apartar a las criaturas de ella. La joven gata estaba agachada en el suelo del túnel, lanzando gritos quejumbrosos. Ya le salía sangre de las heridas y su pelaje gris atigrado se había enmarañado. Corvino Plumoso gruñó con furia mientras empujaba a los armiños de vuelta al túnel. Hizo una pausa, escuchando, queriendo asegurarse de que tenía tiempo suficiente para poner a salvo a la aprendiza. Cuando sus gritos se desvanecieron, levantó a Zarpa de Pluma suavemente por el pescuezo y la arrastró hacia el exterior. Su cuerpo estaba cubierto de arañazos, y había una herida particularmente profunda en su espalda. Una de sus patas traseras colgaba torpemente.

Por un momento, la mente de Corvino Plumoso regresó a la muerte de Plumosa, al crujido nauseabundo cuando su cuerpo cayó al suelo de la cueva. «*No pude salvarla a ella, pero salvaré a Zarpa de Pluma*», pensó sombríamente.

La batalla se desató a su alrededor mientras sus compañeros guerreros del Clan del Viento se enfrentaban a los armiños. Podía ver varios de los cuerpos blancos tendidos en el suelo, pero sus compañeros de Clan seguían sobre sus patas. Mirando a su alrededor, Corvino Plumoso vio a Ventolero y Cola Brecina luchando hombro a hombro, con Zarpa Ululante cerca de ellos. Para su alivio, ninguno de ellos parecía estar gravemente herido.

—¡Por aquí! —los llamó—. ¡Zarpa de Pluma está herida, tenemos que protegerla!

Ventolero y Cola Brecina corrieron hacia él, mientras Zarpa Ululante corría tras ellos, los tres jadeando de horror al ver la sangre que brotaba de las heridas de su joven compañera de Clan. Juntos, los cuatro gatos formaron una barrera alrededor de Zarpa de Pluma, que intentaba levantarse débilmente.

—No te muevas —ordenó Corvino Plumoso—. Los armiños no han terminado. Déjanos encargarnos de esto.

Pero el tumulto de la batalla se estaba apagando. Corvino Plumoso podía oír el correteo de patas a través del duro pasto del páramo. La ferocidad del ataque de los armiños se había desvanecido y empezaban a retirarse hacia los túneles. Los otros guerreros del Clan del Viento los hicieron retroceder: Genista y Patas Acechantes iban en cabeza, arañando las colas negras de los armiños hasta que la última de las criaturas blancas desapareció en la oscuridad.

—¡Sí! ¡Ganamos! —aulló Zarpa de Avena. El atigrado marrón claro saltaba de emoción. Sus únicas heridas, agradeció ver Corvino Plumoso, eran un par de arañazos en un hombro.

—Se acabó por *ahora* —le maulló enojado al aprendiz—. Pero los armiños se estarán reagrupando ahí abajo, y puede que haya muchos más. Tenemos que retirarnos y llevar a Zarpa de Pluma a la guarida de curandería.

—Estoy bien —murmuró Zarpa de Pluma—. Puedo quedarme y luchar. Lo hice bien, ¿no? —añadió, mirando a Corvino Plumoso—. Golpeé rápido, como dijiste. — Su voz se apagó y sus párpados se cerraron mientras perdía la conciencia.

—Tienes menos sentido común que un conejo recién nacido —le dijo Corvino Plumoso, aunque no estaba seguro de que ella pudiera oírlo—. Pero fuiste tan valiente… y tan imprudente.

Ventolero se unió a él para ayudar a levantar a Zarpa de Pluma. La culpa inundó a Corvino Plumoso como una marea de sangre cuando vio el cuerpo de la joven gata colgando sin fuerzas entre ellos; solo su respiración superficial mostraba que aún estaba viva.

—Tiene una herida muy fea en el lomo, y si no le curan la pata enseguida, no sanará bien —maulló miserablemente. «*Nunca me lo perdonaré si no se recupera*».

Ventolero guardó silencio cuando empezaron a llevar a Zarpa de Pluma por el páramo; Corvino Plumoso se dio cuenta de que su hijo lo miraba fijamente, una mirada que no podía interpretar. Pero no dijo nada, y Corvino Plumoso tenía demasiadas cosas en la cabeza como para molestarse en desafiarlo.

El campamento del Clan del Viento estaba a la vista antes de que Ventolero hablara.

—No tienes que preocuparte por la pata de Zarpa de Pluma —maulló bruscamente—. Mientras Vuelo de Azor la envuelva con un buen montón de hojas de consuelda y telaraña, debería estar bien.

Corvino Plumoso miró a su hijo con curiosidad.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó—. Nunca entrenaste como curandero.

—No —Ventolero respondió—. Pero tuve la misma lesión cuando era aprendiz, y así me trató Cascarón. Estaba de pie y caminando de nuevo en tan solo unos días.

Corvino Plumoso estaba a punto de decir que no recordaba que Ventolero hubiera estado herido entonces, pero se detuvo. Cuando lo pensó, sí recordaba la herida, o más exactamente, recordaba la preocupación de Nube Negra por ella. Ocupado con sus deberes como mentor de Cola Brecina, había asumido que Nube Negra estaba siendo sobreprotectora como de costumbre. Ahora Corvino Plumoso comprendía la extraña mirada de Ventolero. Sentía envidia de que su padre hubiera elogiado a Zarpa de Pluma y se preocupara por sus heridas. «*No fueron solo mis hijos del Clan del Trueno los que sufrieron mi ausencia* —se dio cuenta, el impacto lo golpeó como un rayo—. *Le presté tan poca atención a mi hijo del Clan del Viento que apenas recordaba que había sufrido una herida grave. ¿Realmente me he preocupado más por mis aprendices que por mi propio hijo?*».

Corvino Plumoso tenía el horrible presentimiento de que sabía la respuesta… o la que habría sido la respuesta, hasta hacía poco. Pero esperaba que, por muy deficiente que hubiera sido como padre, ahora podría compensarlo. De hecho, tenía que hacerlo, ahora que Nube Negra se había ido. Tenía que aceptar que él había sido un gato diferente en ese entonces, así como Ventolero ya no era el gato cuya lealtad estaba en otra parte. Ahora Corvino Plumoso se había convertido en el tipo de guerrero que podía transmitir su experiencia a los gatos más jóvenes. Reprimió un suspiro de nostalgia. «*Si tan solo mis cachorros hubieran nacido más tarde… Ahora podría ser un mejor padre, pero ¿es demasiado tarde para Ventolero?*».

Mientras él y Ventolero entraban con dificultad en la guarida de Vuelo de Azor con Zarpa de Pluma, Corvino Plumoso vio que los ojos del joven curandero se abrían de par en par, alarmados. Pero un momento después recuperó su aire de eficiencia.

—Tráiganla aquí —maulló, señalando con la cola un lecho de musgo blando—. Tengo todas las hierbas listas para tratar las heridas de la batalla.

«*Pero nadie esperaba que la peor herida fuera una de las más jóvenes*», pensó Corvino Plumoso. Pudo leer la misma idea en los ojos de Vuelo de Azor. «*No parece justo*». El joven curandero era demasiado bondadoso para regañar a Corvino Plumoso por no cuidar mejor de su aprendiza. En cualquier caso, no podía culpar a Corvino Plumoso más de lo que él se culpaba a sí mismo.

Corvino Plumoso y Ventolero acostaron a Zarpa de Pluma, acomodándola en el lecho, y Vuelo de Azor se agachó junto a ella, lamiendo la sangre de la herida de su espalda para limpiarla.

—¿Qué pasó ahí fuera? —preguntó entre lametones.

—Cuando nos fuimos, los armiños habían vuelto a los túneles —contestó Corvino Plumoso, con un gusano de inquietud revolviéndose en su vientre—. Solo me pregunto por qué ninguno de los otros guerreros ha logrado regresar. —Encontró la respuesta a su pregunta unos momentos después, cuando Cola Brecina asomó la cabeza por la entrada de la guarida de Vuelo de Azor.

¿Qué pasa? —Ventolero preguntó con urgencia—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —Cola Brecina respondió. A Vuelo de Azor le añadió—: Llevamos a los armiños a los túneles y pensamos que todo había terminado. Pero entonces salieron más y tuvimos que retirarnos. Matamos a algunos, pero aún nos superan altamente en número.

«*¿Y ahora qué hacemos?*», se preguntó Corvino Plumoso, mientras una oscura nube de decepción descendía sobre él ante la noticia de que no habían obtenido ni siquiera una pequeña victoria. Ya habían asegurado al Clan del Trueno que tenían el problema de los armiños bajo control. Pero eso no era cierto. «*¿Qué va a pasar si no podemos manejar esto nosotros mismos?*». Luego alejó el pensamiento. Había cosas más importantes de las que ocuparse.

—Cola Brecina, ¿puedes traer a los padres de Zarpa de Pluma?

Cola Brecina asintió rápidamente.

—Puede que Rescoldo aún no haya vuelto, pero acabo de ver a Cañamera. Iré a buscarla. —Desapareció, y sus pasos apresurados se desvanecieron.

Vuelo de Azor estaba masticando hojas de caléndula para hacer una cataplasma cuando llegaron Rescoldo y Cañamera, con los ojos llenos de ansiedad. Corvino Plumoso podía sentir su olor a miedo.

—¿Cómo se lastimó Zarpa de Pluma? —Rescoldo exigió, mientras Cañamera se agachaba junto a su hija inconsciente y empezaba a lamerle las orejas—. ¡No se suponía que ella estuviese en la batalla!

—Ella y los otros aprendices nos siguieron y se unieron sin permiso —explicó Corvino Plumoso.

Rescoldo y Cañamera intercambiaron una mirada sorprendida.

—¡Deben haber sido esos otros, animándola! —maulló Cañamera—. Zarpa de Pluma nunca habría hecho algo así por su cuenta.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Rescoldo.

—Zarpa de Pluma fue emboscada por un grupo de armiños —respondió Corvino Plumoso—, y así fue como resultó herida.

—Perdió mucha sangre, y tiene la pata rota —Vuelo de Azor añadió.

—¿Pero estará bien? —preguntó Cañamera, mirándolo con ojos suplicantes.

Vuelo de Azor dudó.

—No puedo estar seguro —admitió al fin—. Le acomodaré la pata y le curaré la herida del lomo, pero tendremos que esperar a que se despierte para saber con seguridad si se recuperará.

Rescoldo y Cañamera intercambiaron una mirada de dolor y furia mezclados. Agachada junto a su hija, Cañamera empezó a lamer la sangre coagulada del pelaje de Zarpa de Pluma, mientras Rescoldo le acariciaba el hombro con la punta de la cola.

—Eres su mentor, Corvino Plumoso —ladró él—. ¡Deberías haberte asegurado de que no acabara en una misión tan peligrosa!

—A los aprendices se les ordenó no tomar parte en la batalla —insistió Corvino Plumoso, viendo que Ventolero lo miraba inseguro—. Pero sí le dije que fuera audaz —admitió, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta por la culpa—. Supongo que se lo tomó a mal. Es tan valiente… ya tiene todas las cualidades de una guerrera. Cuando dije que fuera audaz, nunca quise decir que se uniera a batallas demasiado peligrosas para una aprendiza.

—¿Así que fuiste *tú* quien le dio la idea de hacer esto? —El pelaje de los hombros de Rescoldo comenzó a erizarse, y su voz era un gruñido profundo y amenazador—. ¿Por qué? ¡Solo es una aprendiza!

—Quería inspirarla —contestó Corvino Plumoso—, pero…

—¿Qué *rayos* te pasa últimamente? —Cañamera interrumpió—. ¡Desde la Gran Batalla, es como si apenas estuvieras aquí! Sé que has sufrido algunas pérdidas, pero aun así… si no fuera por ti, Zarpa de Pluma no estaría aquí echada ahora, ¡y ni siquiera sabemos si sobrevivirá!

Corvino Plumoso quería decirles a los angustiados gatos que el trabajo de un mentor era inspirar a su aprendiz, y que Zarpa de Pluma seguiría estando bien si hubiera hecho lo que Lebrón le había dicho y se hubiera quedado en el campamento. Pero él sabía cuál sería su reacción, y no sería una efusión de comprensión. Incluso Zarpa Ululante, que se había infiltrado dentro y estaba sentado junto a Zarpa de Pluma, no pudo encontrarse con la mirada de Corvino Plumoso. «*¿También me culpa a mí?* —se preguntó Corvino Plumoso, el calor le subía bajo el pelaje—. *Si lo hace, tiene razón. Todos la tienen. Estrella de Bigotes también, cuando me dijo por qué no me eligió como lugarteniente. Apenas he estado aquí últimamente. Y le ha costado mucho al Clan del Viento*».

—Lo siento mucho —maulló a Cañamera y Rescoldo—. Me siento terrible por esto. Sé que no he sido el mejor de los mentores.

«*Al igual que no he sido el mejor de los padres*».

—Desearía poder discrepar —Rescoldo maulló fríamente—. Solía confiar en ti completamente, Corvino Plumoso. Me alegré cuando Estrella de Bigotes te eligió como mentor de Zarpa de Pluma. Pero ahora… ahora me pregunto si tu descuido contribuyó a la insensatez de Ventolero. Pensaba que algunos gatos exageraban sus problemas, pero ahora te veo de otra manera. No estoy seguro de que ninguno de los dos vuelva a confiar en ti. Podrías haber hecho que mataran a Zarpa de Pluma.

Corvino Plumoso se encontró con la mirada de Ventolero, inseguro de lo que esperaba encontrar allí. ¿Apoyo? ¿Tal vez simpatía? «*¿O está de acuerdo con los demás? Nunca ha sido tímido para hacerme saber lo frustrado que está conmigo*». Pero Ventolero no mostró nada de lo que estaba pensando, bajó la cabeza para mirar al suelo mientras raspaba con las patas delanteras el piso de tierra de la guarida.

—Mi guarida no es el lugar adecuado para esta discusión —declaró Vuelo de Azor. Mientras los demás hablaban, él había puesto cataplasma en la herida del lomo de Zarpa de Pluma y le había pegado telarañas para mantener las hierbas en su lugar —. Quiero que se vayan todos y le den a Zarpa de Pluma un poco de paz y tranquilidad.

—¡No, quiero quedarme con ella! —objetó Cañamera.

—Pero necesita descansar —Vuelo de Azor señaló—. Si te quedas, solo intentará levantarse y demostrar lo valiente guerrera que es.

—Tiene razón —maulló Rescoldo, acercándose a Cañamera e instándola a pararse—. Vamos. Vuelo de Azor nos avisará en cuanto Zarpa de Pluma despierte.

—Claro que lo haré —el curandero prometió.

A regañadientes, Cañamera dejó que su pareja la sacara de la guarida. Ventolero y Zarpa Ululante la siguieron. Corvino Plumoso se puso a la retaguardia tras una última mirada a la forma inerte de Zarpa de Pluma. Fuera de la guarida, Lebrón había vuelto con el resto de los guerreros. Estaba reuniendo a los heridos, escogiendo a los que tenían las peores heridas para que Vuelo de Azor los viera primero.

—¿Cómo está Zarpa de Pluma? —preguntó Genista.

Corvino Plumoso negó con la cabeza.

—No muy bien —admitió

—¿Y por qué siquiera estaba allí? —añadió Patas Acechantes—. Creía que los aprendices tenían prohibido participar en la batalla.

—Así era. Desobedecieron —Corvino Plumoso respondió—. Pero le dije a Zarpa de Pluma que se mostrara firme —añadió de mala gana.

Exclamaciones de asombro surgieron de la multitud de guerreros; la voz de Hojoso se elevó por encima del resto.

—¡No puedo creer que le dijeras eso a una aprendiza justo antes de una batalla! No podrías haberlos animado más si tú mismo les hubieras afilado las garras.

Corvino Plumoso sintió las miradas acusadoras de sus compañeros de Clan como si toda una zarza llena de espinas se clavara en su pelaje. «*Tienen razón. Tomé decisiones equivocadas en casi todo momento. Pero hay algo en lo que no me equivoqué. La amenaza en los túneles no puede ser ignorada*».

—Hay algo que quiero decir —anunció, alzando la voz para que se le oyera por encima de los murmullos y maullidos llenos de dolor de la multitud de gatos.

Lebrón se volvió hacia él.

—Vamos, dilo —le ordenó secamente.

—Tal vez lo expresé mal —Corvino Plumoso maulló—. Pero no me equivoqué al decir que los aprendices, y todos nosotros, necesitamos ser valientes y firmes. ¿Han olvidado la visión de Vuelo de Azor? ¿El agua oscura que emergía de los túneles, azotada por el viento, lo suficientemente feroz como para anegar al Clan del Viento y al Clan del Trueno, tal vez también al Clan de la Sombra y al Clan del Río?

¿Y si no logramos resolver el problema de los armiños y algo más les sigue? ¿Y si los Clanes están tan cansados y heridos de luchar con los armiños que no tenemos la fuerza para manejar otra amenaza?

El pelaje de Zarpa Ululante se erizó mientras se paraba frente a Corvino Plumoso con alarma en los ojos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, pareciendo olvidar que era un aprendiz hablando con un guerrero veterano—. ¿Que va a haber otra batalla? ¿Que los gatos del Bosque Oscuro volverán?

—No, no estoy diciendo eso —contestó Corvino Plumoso, tratando de tranquilizar a Zarpa Ululante—. Porque no lo sé con seguridad. Pero debe haber una razón por la que Vuelo de Azor tuvo ese sueño. Y lo que me preocupa es que un nuevo conflicto (tal vez una amenaza del exterior, tal vez problemas dentro del Clan) vaya a caer sobre nosotros como las sombras en los túneles, y tal vez nos arrastre como una gran inundación.

Algún gato de la multitud murmuró:

—Solo tiene abejas en el cerebro. —Pero Corvino Plumoso ignoró el insulto.

La idea que necesitaba estaba en su mente como una presa escurridiza. Tan cerca, pero siempre fuera de su alcance por lo *justo*…

—Sé que hay una respuesta ahí —maulló—. Puedo sentirla,

Los gatos reunidos alrededor de Corvino Plumoso intercambiaban miradas dudosas, como si ninguno de ellos creyera lo que intentaba decirles. Para sorpresa de Corvino Plumoso, Ventolero fue el primero en hablar.

—Creo que podrías tener razón —empezó. A Corvino Plumoso le sorprendió aún más que Ventolero, de entre todos los gatos, estuviera de su lado—. Después de todo, había dos olas en la visión. El viento derrotó a la primera, pero la segunda arrasó con todo. Entonces, ¿crees que deshacerse de los armiños evitará esta amenaza mayor? —Su tono era pensativo, como si se tomara en serio las preocupaciones de su padre—. ¿Cómo crees que podremos hacerlo? Había muchos de ellos en la batalla, y debe haber más acechando en los túneles. Nos superarán en número, y ellos conocen los túneles mucho mejor que nosotros. No es fácil atraerlos a campo abierto.

Corvino Plumoso asintió.

—Es cierto.

Se detuvo un momento, inseguro de cómo responder a su hijo, aunque la idea que necesitaba captar seguía rondando en el fondo de su mente. «*Tal vez debería tratarla como a una presa astuta* —pensó—. *Fingir que la ignoro y engañarla para que se confíe…*». Entonces, como un armiño asomándose entre las sombras, el pensamiento emergió a la luz. «*Y como los armiños, lo que tengo que decir no será bienvenido*». Respiró hondo.

—Si queremos acabar con los armiños y despejar los túneles —maulló—, necesitaremos ayuda. Vamos a necesitar al Clan del Trueno.

Murmullos de consternación surgieron de los gatos agrupados a su alrededor. Una voz sonó por encima de ellos, desde algún lugar detrás de Corvino Plumoso.

—¡De ninguna manera! —Volviéndose, Corvino Plumoso vio que Estrella de Bigotes se había acercado a sus guerreros y lo miraba con fría desaprobación—. Corvino Plumoso, no puedo creer que sugieras que acudamos al Clan del Trueno —

gruñó—. El Clan del Viento puede arreglárselas solo. Lo que pasa aquí no es asunto del Clan del Trueno. De ninguna manera voy a permitir que los otros Clanes se enteren de que somos vulnerables en este momento. Estrella de Fuego siempre se metía en nuestros asuntos —añadió—. No quiero tener esa misma relación con Estrella Zarzosa, o pronto el Clan del Trueno meterá las narices en todos nuestros problemas.

—Y en especial si ni siquiera podemos confiar en todos los gatos de nuestro propio Clan —maulló Hojoso, con una mirada desagradable a Ventolero.

Incluso antes de que Hojoso terminara de hablar, Cola Brecina se dio la vuelta para fulminar con la mirada a su compañero de Clan.

—¡Cómo te *atreves* a decir eso! —siseó—. Ventolero fue el primero en matar a uno de los armiños. Deberías estar agradecido.

La única respuesta de Hojoso fue un movimiento desdeñoso de la cola.

—No necesito que me defiendas —informó Ventolero a Cola Brecina, con el pelaje erizándose a lo largo de todo su lomo—. De hecho —añadió, mientras su fría mirada recorría a sus compañeros de Clan—, no necesito a ninguno de ustedes.

Cola Brecina abrió bien grande los ojos, sorprendida y dolida por la respuesta de Ventolero. Corvino Plumoso también se sorprendió cuando Cola Brecina no había hecho más que defender a su hijo. Sabía que Ventolero solo estaba reaccionando con rabia y frustración, pero supuso que cuando se calmara, se arrepentiría de haberle gritado a Cola Brecina. Era una de las únicas amigas de verdad que tenía en el Clan.

—¡Traidor! —Patas Acechantes aulló mientras el clamor continuaba.

Más aullidos surgieron de los gatos reunidos, la mayoría acusando a Ventolero, aunque unos pocos intentaron hacerse oír en su defensa. Con los mantos erizados y las garras desenvainadas, los gatos estaban a punto de atacarse unos a otros. Turón empujó a Corvino Plumoso cuando pasó a su lado, casi haciéndole caer de sus patas, mientras se acercaba a Hojoso, con los labios contraídos en un gruñido. Corvino Plumoso no pudo hacer otra cosa que quedarse de pie, consternado, mientras veía cómo su amado Clan se desmoronaba ante sus ojos.

—¡Ya basta! —El gruñido de Estrella de Bigotes se elevó por encima del clamor —. ¡Envainen las garras! —Cuando los guerreros se volvieron hacia él, añadió—: ¿No creen que los armiños disfrutarían viéndonos pelear entre nosotros?

Corvino Plumoso se escabulló hacia la guarida del curandero. Los sonidos de la disputa se desvanecieron cuando Estrella de Bigotes tomó el control de su Clan y, con la ayuda de Lebrón, envió a los guerreros ilesos a cazar. Corvino Plumoso no quería que lo eligieran. «*Estoy seguro de que todos preferirían masticarse la cola antes que patrullar conmigo*».

—¿Te importa si me quedo aquí un rato? —le preguntó a Vuelo de Azor—. Podría ayudarte a vigilar a Zarpa de Pluma.

Para sorpresa de Corvino Plumoso, Vuelo de Azor le dirigió una mirada comprensiva. «*Debe ser el único que no piensa que soy un desperdicio de espacio*».

—Sería de gran ayuda —contestó el curandero—. He estado ordenando las hierbas que necesito para tratar las otras heridas, pero no quiero dejar sola a Zarpa de Pluma. ¿Puedes quedarte con ella hasta que regrese?

—Claro.

Vuelo de Azor salió de la guarida con un envoltorio de hierbas en las fauces. Al quedarse solo con Zarpa de Pluma, Corvino Plumoso se acomodó junto a su lecho y bajó la cabeza para olfatearla. Aunque seguía inconsciente, el aroma limpio de la consuelda y la caléndula era más fuerte que el de la sangre, y su respiración parecía más profunda y tranquila que antes. Corvino Plumoso quiso hablarle, pero la culpa hizo que las palabras se le atascaran en la garganta. «*Le fallé, igual que le fallé a Ventolero*».

—Zarpa de Pluma, siento mucho haberte animado a correr peligro —maulló al fin—. Debería haber tenido más cuidado con lo que te decía, y en cuanto te vi por los túneles, debería haberte enviado directamente de vuelta al campamento. Pero nunca pensé que todo saldría tan mal, tan rápido.

Su mente volvió a su sensación de que una amenaza mayor se cernía sobre los Clanes, y que la única forma de hacer frente a los armiños era involucrar al Clan del Trueno. «*Pero Estrella de Bigotes no quiere oír hablar de eso*», pensó con resentimiento. Esperaba que, después de la Gran Batalla, los Clanes se dieran cuenta de que se necesitaban más que nunca. En cambio, parecía que estaban aún más divididos.

«*¿Y qué hay del Clan del Viento?* —se preguntó—. *No solo hay peleas entre los Clanes… también hay peleas internas*». ¿El Clan del Viento estaba condenado a destrozarse con discusiones? ¿Podrían trabajar juntos cuando tan pocos gatos confiaban en Ventolero?

—Y luego está el propio Ventolero —murmuró en voz alta—. ¿Qué va a pasar con él?

Se preguntó si Ventolero podría superar alguna vez su ira y su dolor por los acontecimientos de la Gran Batalla. «*¿La Gran Batalla nos perseguirá siempre?*». Agazapado en la tranquilidad de la guarida del curandero, Corvino Plumoso sintió que el sueño lo acechaba. El estrés de la batalla, las heridas de Zarpa de Pluma y las disputas entre el Clan habían minado sus fuerzas. Sus propias heridas, aunque eran menores comparadas con las de Zarpa de Pluma, le picaban como si un enjambre entero de abejas lo estuviera atacando. Corvino Plumoso luchó contra el sueño durante un rato, luego se acurrucó aún más cerca de Zarpa de Pluma para que si ella se movía lo despertara, y se dejó caer en la oscuridad.

Al instante, Corvino Plumoso se encontró corriendo por los túneles, con más rapidez y confianza de las que nunca tendría en el mundo de la vigilia. Una luz gris pálida justo delante de él le dijo que Perlada estaba allí, aunque al principio no pudo verla.

—¡Espérame! —le gritó—. ¿Por qué sigues haciendo esto?

Entonces una luz aún más brillante centelleó frente a Corvino Plumoso. Salió al exterior y vio que había llegado a un claro del bosque. Había luna llena, que arrojaba una luz plateada sobre los árboles y arbustos, y las estrellas brillaban a través de los huecos entre las ramas. Un pequeño estanque en el centro del claro parecía hecho de luz estelar líquida. El miedo y el asombro recorrieron a Corvino Plumoso hasta que sintió que la sangre se le helaba. «*¿Dónde estoy?*», se preguntó. Solo la luna llena le decía que éste no era el mundo en el que vivía cuando estaba despierto. Sin embargo,

sabía que solo a los curanderos se les permitía entrar en el Clan Estelar antes de morir.

—¿Corvino Plumoso? —La voz de su madre lo sacó de sus pensamientos—. ¿Por qué estás ahí boquiabierto como si esperaras que una presa venga y vuele hacia tus fauces?

Ahora Corvino Plumoso vio a Perlada sentada a la sombra de un grupo de helechos arqueados. Se acercó a ella a grandes zancadas, apenas sintiendo sus patas como propias.

—¿Qué es este lugar? —preguntó con voz ronca.

Perlada movió los bigotes con impaciencia.

—Es tu sueño, cerebro de ratón —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

—Sigo intentando hacerte entrar en razón —le dijo Perlada—. Y como no me escuchas, he traído a una amiga.

Un susurro provino de los arbustos detrás de Corvino Plumoso. Se dio la vuelta, con el pelaje erizado de aprensión. Se quedó mirando mientras la maleza se abría y una gata atigrada plateada salía al descubierto. Su cola plumosa estaba en alto y sus ojos azules brillaban de amor por él.

—Saludos Corvino Plumoso —maulló ella.

—¡Plumosa! —exhaló Corvino Plumoso. El asombro y la incredulidad se apoderaron de él como garras gigantes, y el dolor de la pérdida despertó de nuevo en su corazón—. ¿De verdad eres tú?

La última vez que había visto a la hermosa gata del Clan del Río había sido en las montañas, en la cueva donde vivía la Tribu. Allí había saltado al techo de la cueva y había agarrado una piedra puntiaguda hasta que había cedido y había caído en picado para clavarse en el corazón de Colmillo Afilado, el feroz gato-león. Pero Plumosa había caído con ella; su valiente acción le había costado la vida. «*Salvó a la Tribu, y me salvó a mí. Oh, Plumosa… ¡Te amaba tanto!*».

Corvino Plumoso se quedó inmóvil, aturdido por la sorpresa, mientras Plumosa se acercaba, entrelazaba la cola con la de él y lo acariciaba cariñosamente. Podía sentir el calor de su pelaje y saborear su dulce aroma mientras lo envolvía. Apenas podía creer que solo fuera un sueño.

—Te he extrañado —largó con dificultad.

—Yo también te he extrañado. —Plumosa retrocedió un paso y miró profundamente a los ojos de Corvino Plumoso—. Pero ya no eres el mismo gato que conocí entonces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Corvino Plumoso.

—Recuerdas que estoy tanto en el Clan Estelar como en la Tribu de la Caza Interminable —Plumosa maulló—. La Tribu me ha dado permiso para venir a hablar contigo. Te he estado observando y me preocupa lo que he visto.

—¿A qué te refieres? —Corvino Plumoso cuestionó.

—He visto cómo eres con Ventolero —contestó Plumosa—. El Corvino Plumoso que yo conocía tenía mucho amor para dar. ¿Por qué le has estado negando amor a tu propio hijo?

Corvino Plumoso giró bruscamente la cabeza para mirar a Perlada.

—¿Ahora se están uniendo contra mí?

Perlada se encogió de hombros.

—Tenía que hacértelo ver… y sabía que era la única gata a la que siempre escucharías.

Con un largo suspiro, Corvino Plumoso se volvió hacia Plumosa.

—Lo que dices es cierto —admitió—. He intentado arreglar las cosas con Ventolero, pero me preocupa que sea demasiado tarde. Todo salió mal entre nosotros por lo que hice, o no hice, cuando Ventolero era solo un aprendiz, y no puedo retroceder en el tiempo, por mucho que quiera. Ahora Ventolero todavía tiene problemas. ¿Qué más puedo hacer?

Plumosa le parpadeó afectuosamente.

—Puedes aceptar a Ventolero por lo que es.

—Lo intentaré —prometió Corvino Plumoso—. Pero ahora mismo, mantener al Clan a salvo es la tarea más importante para todos. Sé que necesitamos la ayuda del Clan del Trueno para sacar a los armiños de los túneles, pero Estrella de Bigotes simplemente no lo ve.

Los ojos azules de Plumosa brillaron con simpatía.

—Entonces solo hay una cosa que puedes hacer —maulló—. Sé fiel a ti mismo.

Los bigotes de Corvino Plumoso se movieron con sorpresa.

—Si fuera fiel a mí mismo… Supongo que me iría con Hojarasca Acuática —él murmuró. Pero, ¿realmente Plumosa sugeriría ir a la única gata que había amado después de ella, y desobedecer a su líder de Clan para hacerlo?—. ¿Debería ir a espaldas de Estrella de Bigotes? —preguntó.

Plumosa lo miró intensamente.

—Corvino Plumoso… —empezó, pero su voz se entrecortó.

—Hojarasca Acuática podría persuadir a Estrella Zarzosa de que ayudarme es por el bien del Clan del Trueno —continuó Corvino Plumoso mientras las piezas encajaban en su mente—. Y una vez que me deshaga de la amenaza, a Estrella de Bigotes no le importará cómo lo hice.

Perlada se inclinó hacia delante.

—Corvino Plumoso… el Clan es lo que importa. Debes poner el bien del Clan por encima de todo.

Su voz se desvaneció con las últimas palabras, y la brillante luz de la luna en el claro comenzó a desvanecerse también. Antes de que cayera la oscuridad, lo último que vio Corvino Plumoso fueron los ojos de Plumosa, tan cálidos y azules como el cielo en la estación de la hoja verde.

Corvino Plumoso se despertó en la tenue luz de la guarida del curandero. Zarpa de Pluma seguía inconsciente a su lado, y Plumosa y Perlada se habían ido, pero sus palabras seguían frescas en sus pensamientos. Se incorporó y arqueó la espalda para estirarse. «*Cañamera tenía razón* —pensó—. *No he estado realmente presente desde la Gran Batalla, no para mi Clan. Aunque no soy lugarteniente, parece que soy el único que puede entrar en razón. Es hora de que ponga a mi Clan en primer lugar*».

Ahora Corvino Plumoso sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 16

Corvino Plumoso se deslizó entre la maleza en la zona boscosa en la frontera del territorio del Clan del Viento. No le gustaba la sensación húmeda de la tierra mojada bajo las almohadillas, ni la sensación de estar encerrado por las ramas sobre su cabeza. Añoraba la sensación elástica del pasto del páramo, y la sensación del viento frío en los bigotes mientras corría por la ladera. «*No me extraña que los gatos del Clan del Trueno sean tan raros, ¡si viven siempre en el bosque!*».

Al salir del campamento, Corvino Plumoso había considerado la posibilidad de atajar por los túneles para llegar al territorio del Clan del Trueno, y le picaban las patas y el pelaje de ganas de matar unos cuantos armiños por el camino. Pero si intentaba eso, podría no salir nunca por el otro lado, se dio cuenta. Mientras se dirigía al arroyo fronterizo, a Corvino Plumoso le pareció oír la voz de Vuelo de Azor. «Un viento salvaje se levantó y devolvió el agua. Pero con el tiempo el viento cayó, y el agua siguió corriendo y brotando… hasta que se tragó todo». La imagen de la que había hablado el curandero era tan vívida que Corvino Plumoso sintió que podía ver las inquietas olas por sí mismo, casi como si la visión hubiera sido suya, un mensaje especial enviado a él desde el Clan Estelar.

Después de todo lo que había pasado desde entonces, en particular cómo Nube Negra y Ventolero habían sufrido tanto a causa de los armiños en los túneles de donde provenía el agua de la inundación, Corvino Plumoso no podía librarse de la sensación de que, de alguna manera, la responsabilidad de arreglar este problema recaía sobre *sus* hombros. «*O, si fracaso, tal vez mis parientes sientan que* ellos *tienen que hacerlo. No puedo poner esa carga sobre ellos*».

A Corvino Plumoso le resultaba extraño pensar que tal vez no ser lugarteniente fuera algo bueno. Si lo hubiera sido, nunca se habría atrevido a actuar así a espaldas de Estrella de Bigotes; como guerrero, tenía menos que perder. Esa convicción fue lo único que lo mantuvo en marcha, una vez que pudo oír el gorgoteo del arroyo que formaba la frontera del Clan del Viento con el Clan del Trueno. No pudo evitar

recordar con qué fuerza Estrella de Bigotes se había negado a pedir ayuda al Clan rival. «*Y ahora aquí estoy, yendo a hacer justamente eso. Hay gatos que han sido desterrados de sus Clanes por menos*».

Acercándose al arroyo, Corvino Plumoso saboreó el aire, captando el hedor de las marcas olorosas del Clan del Trueno y, más allá de ellas, el fresco aroma de los gatos del Clan del Trueno. Unos latidos más tarde, Bayo y Espinardo salieron de detrás de un grupo de arbustos de saúco que crecían en la orilla del arroyo.

«*¡Oh, Clan Estelar! ¡No Bayo otra vez!*». Corvino Plumoso les hizo una señal con la cola. Los dos guerreros se pusieron rígidos al verlo, y Corvino Plumoso los vio sacar las garras. No se acercó más a la frontera, esperando mientras los gatos del Clan del Trueno olfateaban con recelo y dejaban que sus miradas recorrieran la orilla a ambos lados de él. Después de un momento, los dos gatos se relajaron, retrayendo las garras; claramente, no habían captado ningún otro olor del Clan del Viento. Aun así, Corvino Plumoso se quedó donde estaba, sin avanzar hasta la orilla del arroyo.

—¿Qué quieres? —preguntó Bayo.

—Necesito hablar con Hojarasca Acuática —Corvino Plumoso respondió con una respetuosa inclinación de cabeza. «*¡Como si alguna vez fuera a respetar a Bayo! Pero por ahora, necesito que coopere*»—. Tengo algo muy importante que discutir con ella, y no puede esperar.

Bayo y Espinardo intercambiaron una mirada dudosa con un toque de hostilidad.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Espinardo—. ¿Asuntos de Clan? ¿Asuntos de curanderos?

—Asuntos *privados* —Corvino Plumoso contestó.

Bayo soltó un bufido de diversión, aunque Espinardo permaneció serio mientras miraba a Corvino Plumoso con los ojos entrecerrados.

—Creo que ya has compartido suficientes asuntos *privados* con Hojarasca Acuática —gruñó.

«*¡Por el amor del Clan Estelar!*». Corvino Plumoso se obligó a mantener el cuello erguido.

—No es nada de eso —maulló a la defensiva.

Los dos gatos dudaron un momento. Entonces Bayo hizo un gesto brusco a Corvino Plumoso.

—Tendrás que quedarte allí, en tu propio lado del arroyo —respondió—. No creo que sea buena idea escoltarte al campamento ahora.

«*No, no después de todos los problemas en la Asamblea* —pensó Corvino Plumoso, tratando de no sentirse insultado—. *Parece que todos se sienten muy protectores estos días*».

—Está bien, gracias —contestó—. Esperaré aquí.

Los dos gatos del Clan del Trueno desaparecieron entre la maleza, en dirección a su campamento. Mientras esperaba, Corvino Plumoso se encontró mirando el arroyo que fluía perezosamente sobre el lecho pedregoso. Hubo momentos en que lo había visto correr más rápido, y el pensamiento lo llevó una vez más a la visión de Vuelo de Azor. «*No creo que el río subterráneo crezca lo suficiente como para desbordarse en una inundación como la que vio Vuelo de Azor. El agua debe significar otra cosa, pero ¿qué?*». Corvino Plumoso perseguía la respuesta como si acechara a una presa

astuta, al acecho de su aparición, pero a pesar de todos sus esfuerzos no estaba más cerca.

—Será mejor que me rinda —gruñó en voz alta, aunque nadie lo escuchaba. Meneó la cola, molesto, mientras se preguntaba si realmente tenía que asumir la responsabilidad de la supervivencia de su Clan.

Corvino Plumoso no había esperado mucho antes de que la maleza se abriera y reaparecieran Bayo y Espinardo. Corvino Plumoso sintió un cosquilleo de emoción en las almohadillas ante la idea de volver a ver a Hojarasca Acuática. Aunque sus sentimientos por ella habían cambiado con el tiempo, sabía que podía contar con ella para comprender la urgencia de lo que había venido a decirle. Entonces los helechos volvieron a separarse. Ahogó un siseo de irritación al ver que el gato que aparecía no era Hojarasca Acuática. Era Glayo.

—Dije que quería ver a Hojarasca Acuática —maulló, mirando a los gatos del Clan del Trueno con confusión.

—No estábamos muy seguros de tus asuntos *privados* —explicó Espinardo—. Además, Hojarasca Acuática estaba ocupada, así que pensamos que Glayo estaría bien.

Una réplica furiosa surgió de los labios de Corvino Plumoso, pero se la mordió. Ya había tenido suficientes encuentros incómodos con un hijo; no estaba preparado para otro. Los dos guerreros se retiraron, mientras Glayo se acercaba a la orilla del arroyo y saltaba con tanta confianza como si pudiera ver el borde. Corvino Plumoso quedó impresionado al ver lo capaz que era su hijo ciego. Un extraño tipo de afecto se hinchó dentro de él, pero sabía que había jugado poco papel en la vida de Glayo. «*No es gracias a mí que haya salido tan bien*».

Glayo tenía las orejas aguzadas y el pelo de sus hombros empezaba a erizarse. No parecía más feliz de lo que Corvino Plumoso se sentía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un tono de sorpresa en la voz—. Sea lo que sea, más vale que sea bueno. Interrumpí mis obligaciones para venir a verte. No me gusta que me citen como si fuera un aprendiz vago.

Corvino Plumoso luchó contra un impulso de dar media vuelta e irse a casa. Glayo era difícil y brusco en los mejores momentos. Con todo lo que había pasado, no sería fácil pedirle ayuda. «*Pero yo también soy así* —admitió para sí mismo—. *Tal vez* sí *heredó algo de mí*». Corvino Plumoso recordó su sueño y el buen consejo que le había dado Plumosa. Sabía que no tenía más remedio que intentarlo.

—Quiero hablar contigo de los armiños —empezó—. El Clan del Viento no ha sido capaz de lidiar con ellos en nuestro extremo de los túneles. De hecho, son un problema mucho mayor de lo que pensábamos al principio. —Vaciló, raspando el suelo con una pata delantera—. La verdad es, Glayo… El Clan del Viento necesita la ayuda del Clan del Trueno.

Tal como había esperado, Glayo dio un furioso azote con la cola.

—¿Entonces por qué Estrella de Bigotes insistió en manejarlo él mismo? ¿Y por qué no vino contigo y pidió hablar con Estrella Zarzosa? —Sus orejas se aguzaron de repente en un gesto de asombro—. ¿Estrella de Bigotes siquiera sabe que estás aquí?

—Bueno… no —confesó Corvino Plumoso, esperando que Glayo se negara a decir nada más.

En cambio, para sorpresa de Corvino Plumoso, Glayo parecía casi impresionado, un gruñido de diversión salió de su garganta.

—Tienes valor, lo reconozco —maulló—. Así que Estrella de Bigotes sigue insistiendo en hacer frente a esto solo… ¿No se da cuenta de que si los armiños se vuelven más audaces y fuertes alrededor de los túneles, será una amenaza para el Clan del Trueno también?

—Por supuesto, pero… —Corvino Plumoso se calló cuando Glayo lo interrumpió.

—Hemos extendido nuestras patrullas, y no hemos visto mucho de los armiños en nuestro lado últimamente. Supuse que se habían ido para siempre, pero obviamente no lo han hecho.

—No, y el problema en nuestro lado es bastante grave —Corvino Plumoso admitió, con una renovada punzada de pesar al pensar en la muerte de Nube Negra—. Pensamos que podríamos manejarlo por nuestra cuenta, pero subestimamos a los armiños, y eso fue un error. Además, tengo la sensación de que son algo más que una plaga.

—¿Y eso por qué? —Glayo preguntó.

—Tú estuviste en la Asamblea —contestó Corvino Plumoso—. ¿Oíste lo que dijo Vuelo de Azor, sobre la visión de agua emergiendo de los túneles, agua que podría inundar los territorios de los Clanes? Empiezo a pensar que los armiños son parte de eso.

Glayo no dijo nada, pero Corvino Plumoso pudo ver por la inclinación de su cabeza que estaba escuchando atentamente.

—¿Y si los armiños son un problema pequeño —continuó, sintiéndose ligeramente animado—, pero que dejaría a los Clanes vulnerables ante un desafío mayor?

Glayo puso en blanco sus ojos azules.

—Después de todo lo que pasó con el Bosque Oscuro —maulló—, ¿crees que el Clan Estelar va a intentar asustarnos usando *armiños*? Deberías dejar las profecías a los curanderos. —Se dio media vuelta, como si estuviera a punto de marcharse.

Corvino Plumoso hizo todo lo posible por ignorar la burla.

—Es la Gran Batalla lo que me preocupa —respondió, desesperado por hacer que Glayo lo escuchara—. Eso me demostró que todas nuestras disputas territoriales hasta entonces habían sido menores. Nunca esperé que los Clanes se vieran arrastrados a un conflicto que cobrara tantas vidas. Si pasó una vez, podría volver a pasar.

Glayo soltó un bufido; claramente, seguía sin estar convencido.

—¿Y un montón de armiños van a empezar la próxima Gran Batalla?

—Podrían —insistió Corvino Plumoso—. No es tan descerebrado. Los armiños ya mataron una gata e hirieron gravemente a otra. Y cada día son más audaces, tal vez porque aún estamos reuniendo fuerzas. Son rápidos y rencorosos, y eso los hace mortales, y hay muchos de ellos. Incluso si todos los guerreros del Clan del Viento se enfrentaran a ellos a la vez, nos seguirían superando en número. El Clan del Viento y el Clan del Trueno necesitan trabajar juntos, por el bien de ambos Clanes, y tal vez por el bien del Clan de la Sombra y el Clan del Río también.

—¿Pero Estrella de Bigotes no ha cambiado de opinión?

—No —Corvino Plumoso admitió—. Estrella de Bigotes sigue sin querer cooperar. La idea tendrá que venir de… alguien más.

Los bigotes de Glayo se arquearon con sorpresa.

—Sí que estás metiendo la nariz en un nido de abejas, ¿no? —Dudó un momento y luego soltó un suspiro—. Está bien. Lo hablaré con Estrella Zarzosa. Es razonable; probablemente se lo tomará en serio. —Su tono confiado y su evidente respeto por Estrella Zarzosa le recordaron a Corvino Plumoso lo cercano que era Glayo al líder de su Clan: En un tiempo, se habían creído padre e hijo.

«*Y Estrella Zarzosa fue un gran padre para él… tal vez mejor de lo que yo podría haber sido*».

—Si quieres mi consejo —Glayo prosiguió—, el Clan del Viento necesita organizarse. Si hubieran planteado esto desde el principio, tal vez Nube Negra todavía estaría aquí.

Corvino Plumoso se estremeció ante la crítica de su hijo, pero no dijo nada. «*No se equivoca*».

—Como mínimo —continuó Glayo—, la Gran Batalla debería haber enseñado a todos los Clanes la importancia de trabajar *juntos*.

—Tienes razón, por supuesto —Corvino Plumoso reconoció.

Glayo movió las orejas irritado.

—Siempre la tengo —maulló.

Corvino Plumoso bajó la cabeza, y luego sintió que su pelaje se erizaba de vergüenza: Glayo no podía ver su gesto. Así que le dio las gracias a su hijo sinceramente, y vio como Glayo saltaba limpiamente a través del arroyo, de vuelta al lado del Clan del Trueno. «*Es increíble cómo un gato ciego puede cruzar un arroyo sin detenerse a tantear el camino con las patas delanteras*».

Mientras Glayo desaparecía entre los arbustos, Corvino Plumoso lo observaba, sintiendo como si una espina le hubiera atravesado el corazón. Glayo era malhumorado, cierto… pero también era un gato inteligente y especial. «*El malhumor lo heredó de mí* —reflexionó Corvino Plumoso—. *De eso estoy bastante seguro. ¿Pero qué hay del resto?*». No pudo evitar preguntarse cómo habría resultado Glayo si lo hubiera criado él en lugar de Estrella Zarzosa. «*¿Se habría convertido en el curandero que es ahora? ¿O sus patas lo habrían llevado por un camino diferente?*». Pensó en Ventolero… inseguro, enojado y luchando. «*¿Cuánto de eso fue por mi culpa? ¿Ventolero sería diferente ahora, si hubiera sido criado por alguien más?*».

De camino al campamento del Clan del Viento, Corvino Plumoso sintió que un peso se apoderaba de él, como si su pelaje estuviera empapado de agua embarrada. Intentó quitárselo de encima, diciéndose a sí mismo que era demasiado tarde para tener esos pensamientos sobre Glayo. Glayo ya era adulto, un curandero, una parte vital de otro Clan. «*Pero Ventolero…*». Corvino Plumoso se sacudió, pensando que ahora no tenía tiempo para pensar en los problemas que él mismo había creado. Había asuntos más importantes de los que ocuparse.

Cuando llegó al campamento del Clan del Viento, inmediatamente vio a Estrella de Bigotes sentado afuera de su guarida. El líder del Clan se levantó, mirando a Corvino Plumoso mientras bajaba por la pendiente y cruzaba la hondonada para reunirse con él.

—¿Dónde has estado todo el día? —exigió Estrella de Bigotes.

Corvino Plumoso tomó aliento. Sabía que Estrella de Bigotes querría una explicación y había decidido decir la verdad.

—Hablé con Glayo —respondió—. Le conté lo que ha estado sucediendo en nuestro extremo de los túneles. El Clan del Trueno necesita saberlo por su propia seguridad, y la nuestra. Les he pedido ayuda.

Estrella de Bigotes ladeó la cabeza y abrió mucho los ojos. Contrajo los labios en un gruñido, mientras el pelaje se le erizaba de furia.

—¡¿Cómo te atreves?! —escupió—. ¡¿Cómo pudiste ir así a mis espaldas y compartir nuestros asuntos privados con el Clan del Trueno?! ¡¿Eres un guerrero leal al Clan del Viento o no?! —Dando azotes con la cola, dejó escapar un gruñido de lo profundo de su garganta, luego continuó sin darle a Corvino Plumoso la oportunidad de defenderse—. No puedo entender lo que te pasa últimamente. Es este tipo de comportamiento imprudente el que me impidió nombrarte lugarteniente. Pensé que ponías a tu Clan primero, pero tal vez me equivoqué.

Un enojo se hinchó dentro de Corvino Plumoso, pero se obligó a mantener la calma.

—Es *porque* soy guerrero leal al Clan del Viento que fui a pedir ayuda al Clan del Trueno —contestó—. Sé que trabajar con el Clan del Trueno no es lo ideal, pero siento que es la única forma de asegurarnos de que todos sobrevivamos. No me quedaré de patas cruzadas para dejar que lo que le pasó a Ventolero y Zarpa de Pluma (y a Nube Negra) le pase a cualquier otro gato del campamento porque fuimos demasiado tercos para pedir la ayuda que necesitamos. ¡No pondré a Zarpa Ululante o Cola Brecina en peligro solo para proteger el orgullo del Clan del Viento!

Estrella de Bigotes volvió a dar un azote con la cola, su ira claramente iba en aumento.

—¿Quién eres tú para hablar del orgullo del Clan del Viento? —exigió—. Es *tu propio* orgullo lo que te importa, Corvino Plumoso. Un guerrero leal habría pedido permiso a su líder antes de ir a pedir ayuda a otro Clan. ¡Y un guerrero desleal no tiene cabida en el Clan del Viento!

Corvino Plumoso guardó silencio, con la mirada clavada en la de Estrella de Bigotes. «*¿Es una amenaza? Pero no habrías dado tu permiso, ¿verdad?*».

El líder del Clan fue el primero en apartar la mirada.

—Lo hecho, hecho está —espetó—. Ahora tendré que decidir qué le diré a Estrella Zarzosa. —Se levantó y se volvió para entrar en su guarida, luego se detuvo y miró a Corvino Plumoso por encima del hombro—. No creas que esto ha terminado —gruñó—. Me encargaré de ti más tarde.

El sol empezaba a ponerse cuando Corvino Plumoso regresó al campamento, con un pequeño campañol colgando de las fauces. Lo dejó caer sobre el montón de carne fresca y miró al cielo, juzgando que había tiempo para salir de nuevo antes de que oscureciera. «*Pero antes me tomaré unos momentos para descansar*», pensó, y se acercó a la guarida de los guerreros. Le dolían las almohadillas por el duro suelo. «*No veo la hora de que se acabe la estación sin hojas*».

Mientras Corvino Plumoso se acomodaba en su lecho, vio que Cola Brecina y Ventolero volvían al campamento, conversando profundamente, y tan juntos que sus mantos se rozaban. Incluso cuando vio a Hojoso y Genista acurrucados cerca, mirando a la pareja con desconfianza, sintió que una emoción desconocida se le hinchaba en el pecho: felicidad de que su hijo tuviera alguien que se preocupara por él, pero también optimismo de que un día, tal vez pronto, Ventolero sería aceptado como un gato del Clan una vez más. Después de todo, si Ventolero se convertía en la pareja de Cola Brecina, que era una guerrera tan respetada, y tenía cachorros con ella, criando a toda una camada de nuevos guerreros del Clan del Viento, ¿a quién se le ocurriría dudar de dónde estaba su lealtad? Cuando Cola Brecina se fue al montón de carne fresca, Corvino Plumoso se levantó y se acercó a Ventolero.

—¿Cómo está tu herida? —preguntó.

—Oh, está bien —respondió Ventolero con un movimiento desdeñoso de la cola —. Duele un poco, pero puedo lidiar con eso.

—Sabes, Cola Brecina no está escuchando —maulló Corvino Plumoso, burlándose suavemente—. No tienes que hacerte el duro.

Algo brilló en los ojos de Ventolero, y por un momento Corvino Plumoso pensó que era irritación. Sintió que el pánico latía dentro de él como un pájaro atrapado, preocupado de que Ventolero no tomara su comentario de la manera en que lo quería decir. Entonces vio un leve brillo de diversión en los ojos de su hijo.

—¿Estás tratando de decirme que nunca has hecho lo mismo? —Ventolero replicó.

—Bueno… No puedo recordar un momento específico —contestó Corvino Plumoso, su pelaje comenzaba a calentarse por la vergüenza—. Pero estoy seguro de que debo haberme hecho el duro para impresionar a una gata en *algún* momento.

Una vez más, tan pronto como las palabras salieron de su boca, Corvino Plumoso se arrepintió de ellas. «*Ventolero debe estar pensando en cuántas gatas he amado*». Pero no había hostilidad en la expresión de Ventolero.

—Me siento culpable, pensando solo en Cola Brecina y en mis sentimientos por ella —maulló, sorprendiendo a Corvino Plumoso con su sinceridad—. Están pasando tantas cosas en el Clan, y hemos perdido a Nube Negra…

—Tal vez eso signifique que realmente amas a Cola Brecina —sugirió Corvino Plumoso, sintiéndose atrevido, como si estuviera a punto de luchar contra un zorro—. Eso no tiene nada de malo.

Ventolero no dijo nada, solo se dio un par de lametones avergonzados en el pelo del pecho.

«*No me extraña que se sienta avergonzado* —Corvino Plumoso pensó—. *Es joven, y es difícil hablar de gatas con tu padre, sobre todo cuando no lo conoces muy*

bien. Ahora que lo pienso, mi padre, Rengo, siempre estaba ocupado, ya que era lugarteniente del Clan. Me habría muerto si hubiera tenido que hablarle de gatas».

—Estarás bien —maulló, arriesgándose a bromear para tranquilizar a su hijo—, siempre que lo estropees menos que yo. —Se preparó para una réplica mordaz, preguntándose una vez más si había dicho algo equivocado.

Pero Ventolero se limitó a soltar un bufido de diversión.

—¡No sería difícil!

Los dos gatos se acomodaron juntos, mirando a través del campamento, en el primer silencio cómodo que Corvino Plumoso podía recordar entre ellos. A pesar de que eran malos tiempos para el Clan, a pesar de que él y Ventolero seguían llorando la muerte de Nube Negra, Corvino Plumoso sintió que un agradable calor se extendía bajo su pelaje. Solo por un momento, empezaban a sentirse como padre e hijo. «*Puedo ser un mejor padre* —pensó con confianza—. *Y si nada más va bien… al menos estoy progresando con esto*».

Capítulo 17

El olor de los gatos del Clan del Trueno llegó a la nariz de Corvino Plumoso, que dormitaba en su lecho en la guarida de los guerreros justo después del amanecer del día siguiente. Despertándose de repente, vio a Genista; a su aprendiz, Zarpa Ululante; y a Manto Espinoso, quienes habían salido en la patrulla del alba, guiando a Estrella Zarzosa, Glayo y Leonado hacia el campamento. El pelaje de los gatos del Clan del Viento se erizó mientras llevaban a los visitantes a la guarida de Estrella de Bigotes.

Corvino Plumoso se levantó y saltó hacia la guarida mientras Lebrón y algunos de los otros gatos del Clan del Viento empezaban a reunirse alrededor, mirando a los recién llegados con los ojos entrecerrados, mientras el pelaje de sus hombros empezando a erizarse. Leonado vio a Corvino Plumoso cuando se detuvo frente a la guarida del líder, y rápidamente apartó la mirada. Corvino Plumoso sintió un cosquilleo de aprensión en las almohadillas. Sus noticias habían traído a los gatos del Clan del Trueno a esta reunión, pero no tenía ni idea de cómo los trataría Estrella de Bigotes. No había hablado con el líder de su Clan desde su furioso rechazo el día anterior. Solo podía esperar que Estrella de Bigotes hubiera entrado en razón y aceptara la ayuda del Clan del Trueno.

—Estrella Zarzosa quiere hablar con Estrella de Bigotes sobre la visión de Vuelo de Azor —explicó Manto Espinoso a Lebrón.

—¿Qué pasa con la visión de Vuelo de Azor? —La voz de Estrella de Bigotes llegó desde su guarida bajo la Roca Alta, y un latido después el líder del Clan apareció.

Corvino Plumoso sintió que se le hundía el estómago. Pudo ver que Estrella de Bigotes no sentía ninguna simpatía por los gatos del Clan del Trueno. El líder del Clan del Viento miraba a Estrella Zarzosa con una expresión tan gélida como el viento de la estación sin hojas que barría el páramo. «*No me arrepiento de haberle dicho la verdad a Glayo… pero no creo que Estrella de Bigotes lo vea como yo. No se lo pondrá fácil a Estrella Zarzosa. Y Estrella Zarzosa no ha sido líder por mucho*

tiempo. Puede que no sepa cómo manejar esto». Corvino Plumoso miró fijamente al líder del Clan del Trueno. Se enfrentaba a Estrella de Bigotes con una confianza tranquila que seguramente impresionó al gato mayor.

Corvino Plumoso se acercó un paso o dos a la Roca Alta mientras Estrella de Bigotes inclinaba la cabeza lo menos posible hacia Estrella Zarzosa.

—Saludos —maulló fríamente.

El líder del Clan del Trueno bajó la cabeza respetuosamente.

—Saludos, Estrella de Bigotes —empezó—. He venido a discutir lo que Glayo me dijo sobre la visión. Entiendo que no han manejado a los armiños en su extremo de los túneles, como dijeron que lo harían, y podrían necesitar algo de ayuda.

Estrella de Bigotes movió los bigotes con irritación e intercambió una mirada con Lebrón.

—No sé de dónde sacaste esa idea —respondió—. El Clan del Viento lo está haciendo bien. Estamos haciendo frente a la amenaza nosotros mismos.

Estrella Zarzosa parpadeó sorprendido y lanzó una mirada confusa a Corvino Plumoso.

—Eso no es lo que me dijeron.

Corvino Plumoso sintió como si lo hubieran sumergido en agua helada mientras miraba de Estrella Zarzosa a su propio líder. Deseó poder decirle a Estrella Zarzosa que compartía su sorpresa. Sabía que Estrella de Bigotes no estaba precisamente entusiasmado por aceptar la ayuda del Clan del Trueno, pero no había pensado que negaría rotundamente que hubiera un problema. «*Eso significa que los Clanes no trabajarán juntos… lo que a su vez significa que los armiños podrían no ser derrotados nunca*». Y eso dejaría al Clan del Viento vulnerable a lo que sea que la visión de Vuelo de Azor predecía. El pelaje del cuello de Corvino Plumoso se erizó de frustración. «*¿Acaso Estrella de Bigotes tiene abejas en el cerebro?*». Peor aún, sus compañeros de Clan estaban a punto de descubrir que había ido a espaldas de su líder. «*Si algo podía hacerme más impopular, sería eso*».

—Uno de tus propios guerreros solicitó una reunión con Glayo, para decirle… —empezó Estrella Zarzosa, solo para que Estrella de Bigotes lo interrumpiera.

—Por supuesto, Estrella Zarzosa, aún no lo entiendes —Estrella de Bigotes maulló, echándole a Estrella Zarzosa el tipo de mirada altiva que podría haberle echado a un aprendiz que se hubiera portado mal—, porque eres un líder muy novato. Pero tienes que aprender que los guerreros normales no lo saben todo. Para saber la verdad —continuó mirando a Corvino Plumoso—, uno debe preguntarle al líder del Clan, y yo te estoy diciendo muy claramente que no necesitamos ayuda. Estrella de Fuego lo habría entendido, pero por desgracia… se ha ido.

Corvino Plumoso se estremeció ante la mención al anterior líder del Clan del Trueno. «*Eso no es justo para Estrella Zarzosa. ¿Qué gato podría compararse a Estrella de Fuego?*».

Los ojos ámbar de Estrella Zarzosa se encendieron de ira, pero su voz fue uniforme cuando respondió.

—Si todavía hay armiños en los túneles, eventualmente tratarán de establecer territorio en nuestro extremo. Hay que contener la amenaza por el bien de ambos.

Discutir sobre ello es perder el tiempo. No hay razón por la que nuestros Clanes no puedan trabajar juntos.

La boca de Estrella de Bigotes se torció en señal de burla.

—¡Eres un gato joven, pero ya eres muy duro de oído! Así que lo diré de nuevo, tan claro como pueda: el Clan del Viento se ocupa de sus propios problemas. No necesitamos la intromisión del Clan del Trueno.

—¡Intromisión! —Leonado intervino, clavando las garras en el suelo—. He oído que te complació bastante que nos *entrometiéramos* cuando Enlodado lideró su rebelión.

Estrella Zarzosa fulminó a su guerrero con la mirada.

—¡Cállate! —espetó.

De repente, Corvino Plumoso sintió que la mirada de un gato se clavaba en él. Se volvió para ver a Glayo sentado al borde del grupo de gatos, con sus ojos azules ciegos fijos en él. Cuando se encontró con esa mirada imperiosa, apenas capaz de creer que Glayo no pudiera verlo, el curandero del Clan del Trueno se levantó sobre sus patas, agitando la cola con rabia.

—Si el Clan del Viento quiere ocuparse de los problemas del Clan del Viento, está bien —siseó—. Deberíamos irnos ahora. Lo intentamos.

—Pero no es tan fácil —Estrella Zarzosa contestó pacientemente—. Si lo que hay en los túneles es una amenaza, lo es para ambos Clanes. —Volviéndose hacia Estrella de Bigotes, añadió—: Tienes derecho a tomar decisiones por tu Clan, pero no a tomar decisiones que pongan en peligro al *mío*.

—¡Eso es! —Leonado coincidió, su pelaje atigrado dorado comenzó a erizarse.

Corvino Plumoso sintió un aleteo de ansiedad en el vientre al ver a su hijo defendiendo al gato que lo crió. «*Y pienso que tienen razón* —reflexionó—. *¿Eso me convierte en un traidor al Clan del Viento?*». Cuando volvió a prestar atención a los dos líderes de Clan, Estrella Zarzosa estaba maullando:

—Insisto en que trabajes conmigo para hacer frente a esta amenaza.

Corvino Plumoso cerró brevemente los ojos, sintiendo que su pelaje se erizaba de ansiedad ante la evidente inexperiencia de Estrella Zarzosa. «*Si hubiera tenido tratos con Estrella de Bigotes antes, sabría que eso es lo peor que alguien puede intentar. Estrella de Bigotes no dejará que nadie le fuerce la zarpa*».

El tranquilo aire de superioridad de Estrella de Bigotes se desvaneció por completo ante las palabras de Estrella Zarzosa. Su pelaje atigrado se erizó hasta parecer el doble de su tamaño, y apoyó las orejas contra la cabeza.

—No puedes *insistir* en que haga *nada* —gruñó—. Me da pena el Clan del Trueno, atrapado contigo como líder, cuando todos saben la mala sangre que heredaste.

Corvino Plumoso no pudo reprimir un grito ahogado. Estrella de Bigotes debía de haber perdido realmente el control para permitirse mencionar al malvado padre de Estrella Zarzosa, Estrella de Tigre. Mirando a sus compañeros de Clan, vio que miraban a su líder con ojos muy abiertos y sorprendidos, como si ellos tampoco pudieran creer lo que acababan de oír. «*No es justo para Estrella Zarzosa* —pensó Corvino Plumoso—. *Solo vino a ofrecer su ayuda*».

—¿Y sacas el tema ahora? —preguntó Estrella Zarzosa, con un tono peligrosamente tranquilo.

Estrella de Bigotes soltó un bufido de desprecio.

—Tu padre del Bosque Oscuro mató a Estrella de Fuego. ¡Debes estar muy orgulloso de él! Si no hubiera sido por su salvajismo, tal vez nunca te habrías convertido en líder. ¿Tú y Estrella de Tigre hicieron ese plan juntos?

Corvino Plumoso se quedó sin aliento al ver que el pelaje del cuello de Estrella Zarzosa empezaba a erizarse, y temió brevemente que pudiera atacar al líder del Clan del Viento. Había mucha furia ardiendo en el fondo de sus ojos ámbar. Sus músculos ondulaban bajo su pelaje atigrado oscuro mientras se preparaba para un salto. Justo cuando Corvino Plumoso se preparaba para interponerse entre los dos gatos, Estrella Zarzosa hizo un gran esfuerzo por controlarse. Pero el aire seguía cargado de tensión mientras los dos líderes se miraban el uno al otro.

—Deberíamos irnos —repitió Glayo—. Esto no va a ninguna parte. Intentamos ayudar.

Estrella Zarzosa se relajó ligeramente.

—Muy bien. Pero escucha esto, Estrella de Bigotes —gruñó—. Has dejado claro que nuestros dos Clanes no son aliados. Recuérdalo cuando la amenaza en los túneles resulte ser demasiado para que puedas manejarla tú solo. Recuerda que te ofrecimos ayuda, y tú nos rechazaste y nos insultaste.

Estrella de Bigotes soltó un bufido burlón.

—¿Por qué iba a recordar a un Clan tan débil e inútil?

Estrella Zarzosa le ignoró, y al cabo de un momento el grupo del Clan del Trueno se dirigió fuera del campamento, con su ira y frustración evidentes en cada pelo de sus mantos. Estrella de Bigotes agitó la cola para ordenar a Genista y Manto Espinoso que los escoltaran.

Una vez que estuvieron en camino, Estrella de Bigotes se volvió hacia Corvino Plumoso, con los ojos entrecerrados en una mirada de desaprobación.

—¿Eso era necesario? —Corvino Plumoso preguntó—. El Clan del Trueno no quiere trabajar con nosotros ahora, y por si fuera poco, ahora tenemos una relación hostil con ellos. ¿Quién sabe qué pasará?

—Desafortunadamente, *era* necesario. —Estrella de Bigotes escupió cada palabra—. Porque uno de mis guerreros le dio al Clan del Trueno información a la que no tenían derecho. ¿Quién hubiera pensado que Ventolero resultaría ser más digno de confianza que su padre? En cuanto a ti, Corvino Plumoso, te estás metiendo bajo mi pelaje. ¡Te lo advierto, pon una pata más fuera de la línea, y estarás en serios problemas! —Se dio la vuelta y regresó a su guarida con un solo azote de la cola.

Corvino Plumoso se quedó mirando cómo los gatos del Clan del Trueno se hacían más pequeños a medida que cruzaban el campamento y subían la ladera más lejana, para desaparecer finalmente en el páramo. Su corazón se retorció al ver a sus hijos del Clan del Trueno alejarse de espaldas a él. «*No podríamos estar más divididos*».

Lebrón lanzó una mirada de disculpa a Corvino Plumoso.

—Todo saldrá bien —maulló.

—No estoy tan seguro de eso —replicó Corvino Plumoso—. Mira, Lebrón, eres el lugarteniente de Estrella de Bigotes. ¿No puedes *tú* hacerlo entrar en razón? ¿No puedes decirle que nunca nos libraremos de los armiños si no contamos con la ayuda del Clan del Trueno?

—¡No puedo hacer eso! —Los ojos de Lebrón se abrieron de par en par y su cola se agitó por el impacto—. Soy leal a Estrella de Bigotes. Es mi deber asegurarme que las órdenes del líder de mi Clan se cumplan.

«*¿Incluso si tu líder de Clan está siendo un cerebro de ratón?*». Corvino Plumoso sabía que no tenía sentido decir lo que pensaba en voz alta. «*Esto es lo que pasa por hacer lugarteniente a un gato del Bosque Oscuro*». Lebrón estaba tan desesperado por demostrar su lealtad que no se atrevía a poner una pata mal. En lugar de hacer que Estrella de Bigotes pensara en sus decisiones (aunque al final tuviera que aceptarlas), seguía a donde Estrella de Bigotes lo guiaba sin cuestionarlo.

—Solo piensa en lo que te dije —le suplicó Corvino Plumoso.

—No hay necesidad de pensar —Lebrón espetó—. Estrella de Bigotes se encargará de esto. Ya te lo dije, todo saldrá bien. —Se marchó, llamando a su aprendiz.

Corvino Plumoso se sintió aún más inquieto, con el pelaje erizado desde las orejas hasta la punta de la cola. Se preguntó si Lebrón solo estaba tratando de convencerse a sí mismo. También se preguntó si había entendido bien los consejos de Perlada y Plumosa. «*No soy un curandero* —se dijo—. *¿Y si eso fue solo un sueño y no un mensaje del Clan Estelar? ¿O si malinterpreté el mensaje?*». Soltó un gruñido de frustración. «*Ahora no tengo ni idea de cómo acabará todo esto*». Pero Corvino Plumoso no podía reprimir la sensación de que no acabaría bien.

Había caído la noche y Corvino Plumoso estaba acomodando su lecho cuando Lebrón entró en la guarida de los guerreros y se acercó a él.

—Estrella de Bigotes quiere que acompañes a Vuelo de Azor a la reunión de la media luna —anunció.

Una sacudida de sorpresa golpeó a Corvino Plumoso como una pata extendida.

—Estrella de Bigotes está exagerando un poco, ¿no? —preguntó—. ¿Enviar a un guerrero a escoltar a un curandero? Eso es hacer un escándalo para *demostrar* que no confía en el Clan del Trueno. De acuerdo, hay cierta tensión entre nosotros, pero ¿alguien atacaría a los curanderos?

Lebrón se encogió de hombros.

—Probablemente no, pero ¿qué se le va a hacer? Eso es lo que Estrella de Bigotes quiere.

«*Si me preguntas a mí* —pensó Corvino Plumoso—, *Estrella de Bigotes solo quiere meterse bajo el pelaje del Clan del Trueno*». Pero recordó la advertencia de Estrella de Bigotes. No podía arriesgarse a desobedecer a su líder de Clan otra vez, no después del desastre que había seguido la última vez.

—Está bien —contestó a Lebrón—. Iré a buscarlo ahora.

Una parte de Corvino Plumoso se alegró ante la perspectiva de ir a Vuelo de Azor; él y el curandero siempre se habían llevado bien. Y sería algo que lo distraería de Ventolero y los armiños. Cuando llegó a la guarida del curandero, Vuelo de Azor lo estaba esperando afuera. Corvino Plumoso lo saludó amistosamente con la cabeza cuando se acercó, y los dos gatos subieron juntos la pendiente y salieron del campamento.

—¿Cómo está Zarpa de Pluma? —preguntó Corvino Plumoso, sintiéndose un poco culpable por no haber ido a verla desde la desastrosa visita de Estrella Zarzosa.

—Muy bien —respondió alegremente Vuelo de Azor—. Todavía está durmiendo, pero su respiración es mucho más fuerte, y sus heridas están sanando bien. Dejé a Cañamera con ella mientras estoy en la Laguna Lunar, pero no espero ningún problema.

—Es bueno oír eso.

Pero las noticias tranquilizadoras sobre su aprendiza no fueron suficientes para distraer a Corvino Plumoso de la reacción hostil que probablemente recibiría del Clan del Trueno.

—Va a haber problemas detrás de esto —murmuró después de un rato—. No necesitas que un guerrero te escolte como si fueras un gatito. A los otros curanderos no les gustará.

—Quieres decir que a Glayo no le gustará —Vuelo de Azor maulló—. Yo no estaba cuando Estrella Zarzosa apareció con los otros gatos del Clan del Trueno, pero lo he oído todo. Odio decir esto sobre mi líder de Clan, pero creo que esta vez Estrella de Bigotes se equivoca.

—¿Por qué? —preguntó Corvino Plumoso, lanzándole una mirada aguda a Vuelo de Azor—. ¿Has tenido más visiones sobre los túneles?

Vuelo de Azor negó con la cabeza.

—He tenido algunos sueños perturbadores —contestó—, pero creo que son solo sueños, no visiones. Aun así, me sentiré mejor cuando los armiños sean expulsados de los túneles.

«*Y eso no ocurrirá sin el Clan del Trueno*», pensó Corvino Plumoso.

A pesar de todas sus preocupaciones, se sentía bien caminando por el páramo, vigorizado por el viento enérgico que soplaba a través de su pelaje. El pasto corto y elástico estaba plateado por la luz de la media luna, con las estrellas brillando en un cielo despejado. A Corvino Plumoso le gustaba la idea de que los guerreros del Clan Estelar estuvieran velando por ellos, cuidando de sus Clanes como lo habían hecho cuando estaban vivos, enviando sus consejos a los curanderos a través de sueños y visiones. Su pelaje se calentó al recordar a Plumosa, y el amor por él que había brillado en sus ojos. «*Seguro eso era una visión real, y no solo un sueño, ¿no?*».

—Háblame de tus sueños —maulló con curiosidad a Vuelo de Azor—. ¿Cómo sabes cuándo significan algo, en vez de ser solo tonterías?

La cola de Vuelo de Azor se enroscó con diversión.

—Supongo que es parte de ser un curandero —respondió—. Pero por lo general simplemente… lo sé. Puedo *sentirlo*.

Corvino Plumoso guardó silencio un momento, reflexionando. Luego continuó:

—No soy un curandero, así que todos los sueños que tengo son simplemente tonterías… ¿verdad?

—No necesariamente —Vuelo de Azor respondió—. Los sueños pueden decirnos cosas, sean o no un mensaje del Clan Estelar, tal vez cosas que intentamos decirnos a nosotros mismos.

Corvino Plumoso sacudió la cabeza, más confundido que nunca. Durante un rato, los dos gatos avanzaron uno al lado del otro, llegaron al arroyo y lo siguieron hasta las colinas donde se encontraba la Laguna Lunar. Para alivio de Corvino Plumoso, hasta el momento no había rastro de ninguno de los otros curanderos.

—Dime algo, Vuelo de Azor —maulló al fin—. ¿Alguna vez has visto a Perlada en el Clan Estelar?

El curandero sacudió la cabeza en señal de disculpa.

—No, todavía no —respondió—. Pero perdimos muchos gatos en la Gran Batalla. Eso no significa nada. Simplemente no los he visto a todos.

«*No la has visto porque aún no está allí* —pensó Corvino Plumoso, recordando lo que le había dicho su madre—. *Lo que significa que es verdad… se quedó a visitarme en sueños*». Tragó saliva. «*¿No implica eso que significan algo después de todo?*».

—Siento mucho lo de Nube Negra —continuó Vuelo de Azor después de unos latidos—. Debe ser terrible no saber qué le pasó.

Corvino Plumoso asintió. En realidad no quería hablar de su expareja, pero se sintió alentado por la mirada compasiva de Vuelo de Azor. Sabía que el joven curandero lo escucharía sin juzgarlo.

—No estuvo bien que fuéramos pareja —maulló vacilante—. Pero siempre supuse que tendríamos tiempo para resolver nuestros problemas y hacernos amigos. Ahora eso nunca podrá suceder.

Vuelo de Azor dejó escapar un murmullo comprensivo.

—He oído que algunos de nuestros compañeros de Clan sospechan que Ventolero tuvo algo que ver con la muerte de Nube Negra —maulló dudoso.

La furia se apoderó de Corvino Plumoso y dio un azote con la cola.

—¡De ninguna manera es cierto!

—No lo creo ni por un latido —le aseguró Vuelo de Azor—. Ventolero amaba a Nube Negra.

Corvino Plumoso asintió, y su rabia se extinguió ante la comprensión de Vuelo de Azor.

—Más que a cualquiera —contestó.

Se hizo un silencio cómodo mientras los dos gatos avanzaban juntos, adentrándose en las colinas. La pendiente era cada vez más empinada y el arroyo que seguían era más angosto, con sus aguas plateadas al saltar de roca en roca. Su suave borboteo era el único sonido, salvo el suave roce de sus almohadillas con el suelo.

—Tuve una idea —Vuelo de Azor dijo al cabo de un rato—. ¿Recuerdas que antes de la Gran Batalla, Canela del Clan de la Sombra acusó a Glayo de asesinar a su hermano Cola Roso?

—Sí, por supuesto —respondió Corvino Plumoso, preguntándose por qué Vuelo de Azor sacaba ese tema ahora.

—Glayo encontró a Cola Roso en el Clan Estelar —Vuelo de Azor maulló—, y consiguió que le dijera a los otros curanderos que él era inocente.

Comprendiendo de repente, Corvino Plumoso se detuvo y miró con los ojos muy abiertos a Vuelo de Azor.

—Sí… —exhaló.

—Así que esta noche, cuando entre al Clan Estelar en sueños, voy a buscar a Nube Negra. Si la encuentro, le pediré que le cuente a los demás lo que realmente le pasó, y que Ventolero no tuvo nada que ver.

—¿Estás seguro de que va a funcionar? —Corvino Plumoso preguntó—. Algunos gatos están tan empeñados en creer que Ventolero es culpable, que la propia Nube Negra podría aparecerse ante todos ellos para decirles la verdad, y seguirían teniendo dudas —terminó con dureza, recordando lo injustamente que algunos de sus compañeros de Clan habían tratado a Ventolero. «*Yo también lo traté injustamente*».

—Por supuesto. —Vuelo de Azor movió los bigotes—. La Gran Batalla nos ha hecho la vida difícil a todos, y cada uno se recupera a su manera. Diferentes gatos inventan diferentes historias para explicar lo que pasó. Pero Ventolero sigue entre nosotros, y quiere ser un gato leal al Clan del Viento, así que su nombre debe ser limpiado. —Sus ojos se entrecerraron—. Ningún gato del Clan del Viento me acusará de mentir, o al menos será mejor que no lo hagan.

—Gracias —Corvino Plumoso respondió, impresionado por el descubrimiento del lado más formidable del joven curandero, y empezando a sentirse esperanzado.

También era reconfortante que otro gato sintiera lo mismo que él y quisiera ayudar. «*Tal vez tenga un amigo, al menos. Y tal vez por una vez podamos llevar buenas noticias a nuestro Clan*».

Cuando Corvino Plumoso y Vuelo de Azor llegaron a la última pendiente rocosa hacia la Laguna Lunar, los otros curanderos estaban justo delante de ellos. Mientras trepaba por las rocas, Corvino Plumoso fue plenamente consciente de que el grupo lo miraba fijamente.

—¿Qué haces *tú* aquí? —preguntó Glayo, mirando a Corvino Plumoso cuando los dos gatos del Clan del Viento llegaron a la hilera de arbustos que bordeaban la hondonada de la Laguna Lunar—. Este lugar no es para guerreros.

—No soy el primer guerrero que viene aquí —Corvino Plumoso replicó, adivinando que Glayo estaba enojado con él por haberle convencido de que guiara a Estrella Zarzosa hacia el ataque injustificado de Estrella de Bigotes.

—Y los otros tenían buenas razones —espetó Glayo—. ¿Cuál es la tuya?

Corvino Plumoso se sintió incómodo mientras buscaba una respuesta. No quería admitir que Estrella de Bigotes había cometido un error de juicio.

—¿Acaso importa? —preguntó finalmente, deseando poder tener una conversación con uno de sus hijos sin entrar en una discusión.

También se preguntaba cuál era la forma correcta de ser un guerrero leal al Clan del Viento. «*¿Simplemente obedezco a Estrella de Bigotes, como él parece pensar, o hablo cuando creo que se equivoca?*».

—No, la verdad es que no —murmuró Hojarasca Acuática en respuesta a la pregunta de Corvino Plumoso, apoyando ligeramente la punta de su cola en el hombro de Glayo—. Vamos, estamos desperdiciando la luz de la luna.

—Bueno, no va a bajar a la laguna —Blima del Clan del Río intervino, dirigiendo a Corvino Plumoso una mirada hostil. Estaba sola, se dio cuenta Corvino Plumoso; por alguna razón Ala de Mariposa no había venido con ella—. Te arrancaré la piel a arañazos si lo intentas.

«*¡Ja! ¡Como si pudieras!*», pensó Corvino Plumoso.

Cirro del Clan de la Sombra negó con la cabeza.

—Somos curanderos —le dijo a Blima—. No arañamos pieles. Pero tiene razón —añadió a Corvino Plumoso—. Quédate aquí, fuera de la hondonada.

—Bien —dijo el guerrero—. No tengo ningún interés en su pequeña reunión, así que pueden relajarse. Preferiría estar en casa durmiendo, créanme.

Con un último resoplido de fastidio, Glayo se dio la vuelta y se acercó a los arbustos, deslizándose fácilmente entre las ramas. Hojarasca Acuática miró a Corvino Plumoso con simpatía mientras lo seguía, y él agachó la cabeza en respuesta, sin tratar de explicarse. «*Hojarasca Acuática siempre me entendió*».

Vuelo de Azor fue el último en abrirse paso.

—No lo olvidaré —prometió a Corvino Plumoso antes de desaparecer.

Al quedarse solo, Corvino Plumoso se acomodó al refugio de los arbustos, con las patas recogidas bajo suyo, mientras observaba el paisaje bañado por la luna. Podía ver las ondulaciones del páramo y, a lo lejos, una masa oscura que debía de ser el bosque. Detrás de él podía oír el suave chapoteo de una cascada, e imaginaba la cascada iluminada por las estrellas cayendo sin cesar en la Laguna Lunar. Al cabo de un rato, se durmió.

De nuevo estaba en los túneles, siguiendo a Perlada, que se movía por las esquinas delante de él en un remolino de luz pálida.

—¿Qué intentas decirme *ahora*? —gritó tras ella—. ¿Estás aquí de verdad o solo estoy soñando?

Pero Perlada no respondió. Esta vez le condujo fuera de la oscuridad y a través de un bosque lleno de niebla translúcida del amanecer. El pasto cargado de rocío rozaba el pelaje de Corvino Plumoso y lo empapaba mientras pisaba los pasos de su madre.

—¿A dónde me llevas? —preguntó a Perlada.

Su madre no contestó. En cambio, se detuvo en la cima de una hondonada poco profunda en el suelo, y le hizo señas a Corvino Plumoso con un movimiento de la cola. Mirando hacia la hondonada, Corvino Plumoso reconoció el charco del fondo, rodeado de helechos, donde había encontrado la sangre de Nube Negra y su olor, casi abrumado por el hedor a zorro. Horrorizado, Corvino Plumoso se volvió hacia Perlada.

—¿Por qué?

Pero su madre había desaparecido. A regañadientes, cada paso un esfuerzo, Corvino Plumoso bajó hacia el borde del estanque. Antes de alcanzarlo, las frondas de helecho se agitaron ligeramente y vio que una gata yacía entre ellas. Una gata negra, con sangre saliendo de una herida en el costado…

—Nube Negra… —susurró.

Nube Negra levantó la cabeza para mirarlo, con los ojos brillando de furia.

—¿No me ves? —siseó—. ¿Ah, no?

Corvino Plumoso se despertó de un tirón. Le temblaban las piernas y el corazón le latía como si se le fuera a salir del pecho. «*¿Qué significa?*», se preguntó. Oyó el eco de las palabras de Nube Negra en su mente y trató desesperadamente de aferrarse a su imagen que se desvanecía. La pena le apuñaló mientras se le escapaban como agua entre las patas. «*¿Me perdí de algo?*». El sonido de pasos y voces de gatos murmurantes llegaron desde detrás de la barrera de arbustos. Corvino Plumoso se levantó de un salto y se sacudió el pelaje, desesperado por no mostrar lo angustiado que estaba. «*Si tuviera que darle explicaciones a Glayo…*».

Su hijo del Clan del Trueno fue el primero en salir de los arbustos. Lanzó una mirada sin ver a Corvino Plumoso y luego lo ignoró, saltando con garra segura por la ladera rocosa. Hojarasca Acuática lo siguió, haciendo una cortés inclinación de cabeza hacia Corvino Plumoso, con Blima y Cirro tras ella. Vuelo de Azor fue el último en salir. En cuanto Corvino Plumoso lo vio, supo que algo había sucedido. El curandero estaba erizado de emoción, y sus ojos brillaban como pequeñas lunas.

—¿La encontraste? —preguntó Corvino Plumoso, acercándose a él.

Vuelo de Azor hizo una pausa, comprobando que los otros curanderos estaban de camino a casa, fuera del alcance del oído.

—¿A Perlada o a Nube Negra? —preguntó.

—A cualquiera de las dos. A las dos.

«*Pero Perlada no podía estar en el Clan Estelar* —se recordó a sí mismo—. *Recién estaba conmigo, aquí*».

—Bueno, no vi a Perlada… —Vuelo de Azor estaba sacando sus noticias, casi burlonamente—. Pero encontré a Cascarón. Y dijo que Nube Negra no estaba en ningún lugar del Clan Estelar. ¡Eso significa que debe haber esperanza para ella!

Corvino Plumoso lo miró, brevemente confundido. Se preguntó: ¿podría Nube Negra estar con Perlada, atrapada entre allí y el Clan Estelar? ¿Podría estar tratando de decirle algo ella también? Pero entonces se dio cuenta de que, si eso fuera cierto, Perlada se lo habría dicho mucho antes. Había renunciado a Nube Negra demasiado fácilmente. «*Ella me preguntó "¿No me ves?" ¿Es esto lo que quería decir?*».

El dolor de Corvino Plumoso dio paso a una gran oleada de esperanza y optimismo, como una enorme ola que lo arrastraba. «*¡Está viva!*».

Capítulo 18

El sol estaba saliendo, brillando pálidamente a través de una fina capa de nubes, cuando Corvino Plumoso regresó tambaleándose al campamento, exhausto tras su caminata por el páramo y la emoción de descubrir que Nube Negra podría estar viva.

Bostezando y nublado por la falta de sueño, el primer instinto de Corvino Plumoso fue buscar a Ventolero. «*¡Por fin tengo* buenas *noticias que darle! Y si Nube Negra está viva, tenemos que averiguar por qué no ha vuelto*».

Pero mientras se dirigía a la guarida de los guerreros, Corvino Plumoso vio a un grupo de gatos agrupados en torno a la guarida de curandería, y sus oídos se aguzaron al oír su emocionada charla. Intercambió una mirada de desconcierto con Vuelo de Azor.

—Qué raro… —murmuró el curandero. Saltó para reunirse con sus compañeros de Clan, y Corvino Plumoso lo siguió.

—¿Qué está pasando? —preguntó a Cola Blanca.

La pequeña veterana blanca se volvió hacia él con ojos brillantes.

—¡Zarpa de Pluma está despierta! —ronroneó.

Una enorme oleada de alivio recorrió a Corvino Plumoso.

—¡Qué buena noticia! —exclamó.

Vuelo de Azor ya había desaparecido en su guarida. Corvino Plumoso se abrió paso entre la multitud de gatos hasta llegar a la entrada. Al llegar a ella, el curandero reapareció en la hendidura, con expresión satisfecha y perseguida al mismo tiempo.

—No, no pueden entrar —maulló, dirigiéndose en general a todos sus compañeros de Clan—. Zarpa de Pluma va a estar bien, pero necesita descanso y tranquilidad. Vayan a cazar, o a matar algunos armiños o algo, pero no se queden por aquí.

Corvino Plumoso estaba a punto de retirarse de nuevo, pero se detuvo cuando Vuelo de Azor lo miró y le hizo una seña con la cola.

—Tú puedes entrar, Corvino Plumoso —maulló—. Quiere verte.

Corvino Plumoso fue consciente de uno o dos siseos de desaprobación mientras se deslizaba en la guarida detrás de Vuelo de Azor, pero los ignoró. Se sentía demasiado feliz como para empezar una pelea con cualquier compañero de Clan. «*Yo metí a Zarpa de Pluma en este lío, ¡y* aun así *quiere verme!*».

Cañamera y Rescoldo estaban agachados junto al lecho de la aprendiza, con alivio y emoción en los ojos. Se levantaron cuando Vuelo de Azor entró, guiando a Corvino Plumoso. Cañamera inclinó la cabeza sobre su hija y murmuró:

—Te traeremos algo de carne fresca y un buen montón de musgo húmedo. —Ella y Rescoldo pasaron junto a Corvino Plumoso; para su alivio, no lo notaron cuando se retiró a las sombras junto a la pared de la guarida.

Cuando se hubieron ido, Corvino Plumoso se acercó para ver a Zarpa de Pluma echada en su lecho de musgo y helechos; levantó la cabeza y parpadeó somnolienta a Corvino cuando éste se acercó.

—Zarpa de Pluma, siento mucho haberte puesto en peligro —maulló Corvino Plumoso, agachándose junto a ella.

Los ojos de su aprendiza se abrieron de par en par ante sus palabras.

—¡Pero no lo hiciste! —protestó ella—. No recuerdo mucho de lo que pasó, pero sé que no fue tu culpa. Zarpa Ululante, yo y los demás decidimos que queríamos participar en la batalla. *Tú* no nos obligaste a nada.

—Pero soy tu mentor. No debería haberte dicho que fueras tan agresiva. Te puse en peligro, y…

—No —interrumpió Zarpa de Pluma—. Solo fue un consejo, y fue un buen consejo. Los otros aprendices y yo tomamos la decisión de unirnos a la batalla. Estábamos enojados por habernos quedado afuera, y cuando llegamos allí, pensamos que los armiños no parecían tan amenazadores… pero estábamos equivocados. ¡Eres el mejor mentor de todos los Clanes!

«*Ojalá fuera cierto*», pensó Corvino Plumoso.

—Me alegro de que vayas a estar bien —maulló roncamente, rozando su nariz con la de ella.

Zarpa de Pluma cerró los ojos y dejó escapar un suspiro somnoliento.

—Estaré bien.

Corvino Plumoso se alejó sigilosamente; al salir de la guarida, se encontró cara a cara con Cañamera y Rescoldo que regresaban. Cañamera llevaba un ratón regordete, mientras que Rescoldo tenía un montón de musgo goteante. Sintiéndose incómodo, Corvino Plumoso dio un paso atrás, pero esta vez no había forma de evitarlos en la estrecha abertura. Se preparó para que los padres de Zarpa de Pluma volvieran a culparlo de sus heridas. Entonces se dio cuenta de que parecían igual de incómodos, claramente les costaba encontrar su mirada.

—Lo siento, Corvino Plumoso —maulló Cañamera, dejando la presa—. Fuimos demasiado duros contigo.

—Me lo merecía —Corvino Plumoso respondió bajando la cabeza—. En parte, al menos.

—Nadie podría haberse merecido lo que te dijimos —insistió Cañamera—. Es que es nuestra hija, y estábamos tan preocupados…

—Lo entiendo —la tranquilizó Corvino Plumoso—. Yo me preocupo por ella, y solo soy su mentor. Así que me imagino cómo se sintieron ustedes. —Mientras hablaba, vio la profunda preocupación y cariño en los ojos de los padres de Zarpa de Pluma, y volvió a darse cuenta de cuánto tiempo había ocultado eso a su propio hijo.

Una imagen brillante le vino a la mente, de Ventolero tambaleándose por el campamento cuando era un cachorro, cayéndose sobre sus propias patas y persiguiéndose la cola. Había sido tan adorable, tan vulnerable, y Corvino Plumoso recordaba lo intensamente que había querido protegerlo. Pero se había contenido de amarlo como debería hacerlo un padre. «*Tenía miedo de amar a quien sea*».

La voz de Rescoldo lo sacó de sus recuerdos.

—Sé que haces todo lo posible por entrenar bien a Zarpa de Pluma —maullaba el gato gris, hablando con dificultad con la boca llena de musgo húmedo—. Si tan solo pudieras… en el futuro… ¿ser un poco más cuidadoso?

Corvino Plumoso sintió una punzada de molestia. «¡Traté *de ser cuidadoso! Y los aprendices tienen que aprender*». Pero recordó a tiempo que Rescoldo era un padre que casi había perdido a su hijo. Podía entenderlo, después de su miedo por Leonado en la Gran Batalla, o por Ventolero herido por los armiños. Respondió en un tono sincero:

—No quisiera que Zarpa de Pluma sufriera más daño. A partir de ahora, haré todo lo que pueda para protegerla.

Rescoldo le hizo un gesto de aprobación y los dos gatos se dirigieron a la guarida para ver a su hija.

Al darse la vuelta, Corvino Plumoso vio a Ventolero con Turón y Ala de Alondra, que se acercaban al montón de carne fresca, con las mandíbulas cargadas de presas. «*¡Por fin!* —pensó Corvino Plumoso—. *¡No puedo esperar a ver la cara de Ventolero cuando le cuente lo de Nube Negra!*».

Esperó hasta que los otros dos guerreros se hubieran alejado antes de reunirse con Ventolero y hacerle señas para que se acercara a un rincón tranquilo detrás de la maternidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ventolero, sorprendido.

Corvino Plumoso respiró hondo, recordando lo que Vuelo de Azor le había dicho la noche anterior. Esperaba que Ventolero no se hiciera *demasiadas* ilusiones, imaginando que descubrirían a dónde había ido Nube Negra y la traerían a casa: Lo destrozaría mucho si su madre resultara estar muerta después de todo.

—¿Sabes que anoche fui con Vuelo de Azor a la Laguna Lunar? —maulló. Ventolero asintió—. Vuelo de Azor dijo que buscaría a Nube Negra en el Clan Estelar, y… no está allí. ¡Eso podría significar que está viva!

Ventolero inhaló profundo y rápido, pero por un momento no dijo nada. Corvino Plumoso no podía saber lo que estaba pensando.

—De verdad creí que se había ido —explicó, suponiendo que su hijo se enojaría de que no hubiese buscado más—. Lo siento… Todavía no estoy del todo seguro de lo que significa, pero no quería dejare sufrir innecesariamente.

Ventolero sacudió la cabeza, y Corvino Plumoso se dio cuenta de que estaba más confundido que enojado.

—No… está bien. —Se encontró con la mirada de su padre, y Corvino Plumoso vio que la esperanza empezaba a filtrarse en sus ojos—. Me alegro de que aún podamos encontrarla. No se trata de nosotros, Corvino Plumoso. Se trata de salvar a Nube Negra.

Corvino Plumoso asintió, impresionado por la reacción madura de su hijo.

—He estado pensando en ello, y si está viva —empezó—, tiene que haber alguna razón por la que no vuelva con nosotros. Es la gata más leal del Clan del Viento. Supongamos que está atrapada o en peligro. Tenemos que empezar a buscarla de nuevo, juntos.

Ventolero se lamió una pata delantera pensativamente y se la pasó por la oreja.

—Ya nos costó bastante buscarla antes. ¿Por dónde sugieres que empecemos?

—Tendremos que volver al lugar del territorio del Clan del Trueno donde encontré su sangre —contestó Corvino Plumoso.

Ventolero soltó un bufido.

—¡Eso debería complacer a Estrella Zarzosa!

—Bueno, no tengo intención de pedirle permiso a Estrella Zarzosa —maulló Corvino Plumoso secamente—. De todos modos, si logró salir de los túneles y no la hemos encontrado… debe haber estado por allí.

—Pero ha pasado media luna desde entonces. ¿No se habrá desvanecido ya su olor?

—Tal vez no. —Corvino Plumoso no había pensado en eso antes. Temeroso de que su hijo tuviera razón, luchó con la decepción, luego se armó de valor, esforzándose por sonar optimista—. No ha llovido desde entonces. De todos modos, es la mejor oportunidad que tenemos. Vamos a hablar con Estrella de Bigotes.

Corvino Plumoso cruzó el campamento en dirección a la guarida de Estrella de Bigotes y vio al líder del Clan justo afuera, conversando con Lebrón. Cuando Corvino Plumoso y Ventolero se acercaron, Lebrón asintió con la cabeza y se alejó hacia la guarida de los guerreros.

—¿Y bien? —preguntó Estrella de Bigotes, volviéndose hacia Corvino Plumoso—. ¿Qué idea de cerebro de ratón se te ha metido en la cabeza esta vez?

Corvino Plumoso era consciente de que su líder aún no le había perdonado que fuera a pedir ayuda al Clan del Trueno. Su tono fue gélido y sus ojos se entrecerraron, irritables. «*Este es el peor momento posible para pedirle un favor*», pensó Corvino Plumoso con preocupación.

El líder del Clan escuchó sin hacer comentarios mientras Corvino Plumoso repetía su historia de lo que Vuelo de Azor había descubierto en la Laguna Lunar, y su intención de ir con Ventolero a buscar a Nube Negra.

—¿Tienes abejas en el cerebro, Corvino Plumoso? —preguntó Estrella de Bigotes cuando hubo terminado—. ¿De verdad crees que es el momento adecuado para ir a invadir el territorio del Clan del Trueno?

—Sí, si es la única forma de encontrar a Nube Negra… —comenzó Ventolero desesperadamente, antes de que Corvino Plumoso pudiera responder.

Estrella de Bigotes dio con desdén un azote con la cola.

—A mí también me importa Nube Negra —maulló—. Pero lleva desaparecida mucho tiempo, y no saben muy bien dónde buscar.

—Empezaremos por el último lugar donde encontré su olor —maulló Corvino Plumoso, con expresión sombría.

Ventolero estaba a su lado, mirando a Estrella de Bigotes expectante. Al menos por ese momento, formaban un frente unido.

Estrella de Bigotes los miró a ambos y finalmente suspiró, cediendo.

—Bien, no les impediré que lo intenten, pero tendrá que esperar. Hoy tenemos asuntos más urgentes que tratar. —Fulminó a Corvino Plumoso con la mirada—. Como siempre, hay que *recordarte* que pongas las necesidades de tu Clan por encima de las tuyas.

—¿Qué asuntos urgentes? —Corvino Plumoso preguntó, ignorando la burla de Estrella de Bigotes.

Había aceptado que Estrella de Bigotes estaría enojado con él durante mucho tiempo, pero eso no significaba que los asuntos del Clan se detuvieran.

—¿Te has olvidado de los armiños? —preguntó Estrella de Bigotes, con un tono sarcástico en la voz—. ¿O la conversación de ayer con Estrella Zarzosa?

«*No, ¿cómo podría?* —reflexionó Corvino Plumoso con amargura—. *Creía que era el único que se preocupaba por ellos. Por eso fui al Clan del Trueno en primer lugar*».

—Tenemos que deshacernos de los armiños antes de que provoquen que el Clan del Trueno se entrometa aun más —continuó su líder de Clan—. Eso podría ser lo que significaba la visión de Vuelo de Azor. Después de todo, el agua oscura surgió de nuestro extremo de los túneles, lo que significaba que podría haber venido del Clan del Trueno, ¿verdad? ¿Y si la visión nos advertía que sospecháramos de nuestros vecinos más cercanos? Tal vez su nuevo líder, Estrella Zarzosa, es la mayor amenaza para nosotros. Tal vez el agua envolvente significa que el Clan del Trueno se apoderará de nuestro territorio y nos expulsará.

«*Y tal vez nuestro líder de Clan no puede ver más allá del final de sus propios bigotes* —pensó Corvino Plumoso con amargura—. *Sé que el Clan del Trueno es molesto, pero ¿de verdad nos atacarían ahora, tan pronto después de la Gran Batalla? Claro, podrían, ¡y los erizos podrían volar!*».

Una vez más, Corvino Plumoso se sintió tironeado. Como guerrero leal, ¿debía seguir a su líder incondicionalmente, o decir lo que pensaba si pensaba que el líder estaba equivocado? Consciente de que no era el gato favorito de Estrella de Bigotes en ese momento, se esforzó por escuchar en silencio mientras Estrella de Bigotes continuaba.

—Este es nuestro plan: Vamos a bloquear las entradas de los túneles con ramitas, rocas y maleza… cualquier cosa que encontremos.

Corvino Plumoso se encogió de hombros. «*Eso ni siquiera tendría sentido si los armiños fueran nuestro único problema*».

—Será un proyecto duro, y necesitaremos la ayuda de todos los guerreros —añadió Estrella de Bigotes mirando con dureza a Corvino Plumoso y Ventolero—, pero es la mejor forma de acabar con los armiños, y evitará que el Clan del Trueno use los túneles para espiarnos.

—¡Es el plan más de cerebro de ratón que he oído en mi vida! —exclamó alguien, y Corvino Plumoso se dio cuenta con horror de que había sido él. Su

disgusto por lo que acababa de oír debía de haber ahuyentado todo pensamiento de tener tacto, o de no meterse más en problemas con Estrella de Bigotes. «*Bueno, ya es demasiado tarde para retractarse*». Tomó aire y continuó—: ¿No lo has pensado en absoluto?.

—¿Pensarlo bien? —repitió Estrella de Bigotes, con la voz peligrosamente baja —. Tal vez no. Danos el beneficio de tu sabiduría, Corvino Plumoso.

Corvino Plumoso agitó la oreja, incómodo. Parecía claro que llamar «de cerebro de ratón» al plan de Estrella de Bigotes no había sido precisamente… *sensato*. Ventolero lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos por el asombro, y uno o dos gatos más se acercaban a ellos, atraídos por la repentina tensión y la forma en que a Estrella de Bigotes se le erizaba el pelo a lo largo del lomo «*Pero ahora no puedo parar. Tengo que decirle lo que pienso*».

—Bloquear las entradas probablemente no detendrá a los armiños —continuó Corvino Plumoso—. Simplemente empujarán los bloqueos desde el interior. O, si no lo hacen, se verán obligados a salir a cazar al lado del Clan del Trueno… ¿y cómo crees que reaccionará Estrella Zarzosa ante eso?

Estrella de Bigotes se pasó la lengua por las mandíbulas como si acabara de tragarse una suculenta presa.

—Esa es la *mejor* parte del plan —ronroneó—. Estoy de humor como para enviar a Estrella Zarzosa un pequeño regalo. A ver si a *él* le gusta que hayan armiños merodeando por su territorio.

—Entonces tienes más cerebro de ratón de lo que pensaba —maulló Corvino Plumoso con rudeza—. Y si nadie más está dispuesto a decírtelo, lo haré yo. Problemas con el Clan del Trueno es lo último que queremos ahora. No creo que el Clan Estelar quiera que ninguno de los Clanes se trate como enemigo.

—¿Así que de repente eres un curandero? —preguntó Estrella de Bigotes, su voz todavía engañosamente tranquila, en contraste con su pelaje erizado y sus ojos brillantes—. ¡Qué suerte tengo de tenerte para aconsejarme!

—No necesito ser un curandero para saber que estás llevando a nuestro Clan al peligro —Corvino Plumoso espetó—. Estrella Zarzosa vino a ofrecer la ayuda del Clan del Trueno, el y Clan Estelar sabe que la necesitamos, pero en lugar de eso lo rechazaste y lo insultaste, y ahora estás buscando formas de enemistarte con ellos. ¡Deberíamos estar haciendo del Clan del Trueno nuestro aliado!

Estrella de Bigotes contrajo los labios en un gruñido. Ante su furia, todo lo que Corvino Plumoso pudo hacer fue no retroceder.

—Muy bien, Corvino Plumoso —gruñó—. Te lo he advertido, una y otra vez, y no voy a advertirte de nuevo. Si tanto te agrada el Clan del Trueno, puedes ir a buscar a Nube Negra a su territorio. De hecho, ve donde quieras, pero *no aquí*. ¡No quiero verte en el Clan del Viento!

—¿Qué? —Por un momento Corvino Plumoso se sintió inestable sobre sus patas, como si alguna criatura le hubiera lanzado una piedra—. ¿Estoy…? —No pudo completar la pregunta en voz alta. «*¿Estoy siendo expulsado?*».

—¿Tengo que repetirlo? —siseó Estrella de Bigotes—. Creo que necesitas algo de tiempo a solas para pensar en lo que hace a un guerrero leal, Corvino Plumoso. Y hasta que no lo hagas, no te quiero en nuestro campamento ni en nuestro territorio.

Durante el próximo cuarto de luna… ¡no eres un gato del Clan del Viento! Tómate un tiempo y piensa en tus acciones. Cuando creas haberte dado cuenta de donde te equivocaste, puedes pedirme permiso para volver.

«*¿Así que* sí *me están expulsando?*». Corvino Plumoso tragó duro, apenas capaz de creer que esto estuviera sucediendo. «*Pero no realmente expulsado. Solo por unos días…*». Miró a su alrededor y se encontró en medio de una multitud de gatos desconcertados que lo miraban fijamente. «*Pero para volver, tendré que arrastrarme* —se dio cuenta—. *Estrella de Bigotes quiere hacerme tragar mi orgullo*».

Se dio cuenta de que Ventolero, al frente del grupo, parecía conmocionado, con los ojos muy abiertos y el manto erizado.

«*Que alguien hable por mí* —suplicó Corvino Plumoso en silencio—. *Saben que soy leal… ¡Soy del Clan del Viento hasta los huesos! ¡He dado tanto por este Clan! ¡Díganselo! ¡Díganle que no está siendo razonable!*».

Pero nadie habló. Parecía que nadie estaba dispuesto a arriesgarse al enojo de Estrella de Bigotes… no por Corvino Plumoso.

«*Ni siquiera Ventolero* —pensó con pesar—. *Y justo cuando pensaba que podríamos estar volviéndonos más cercanos. Probablemente se alegra de tener un descanso de mí*».

Cuando se le pasó el susto, el enojo se apoderó de Corvino Plumoso. «*¡Buen intento, Estrella de Bigotes! Si esto es una batalla de voluntades, estoy seguro de que la mía es más fuerte. No voy a disculparme cuando tengo razón…*».

Se preparó, encontrándose con la furiosa mirada de Estrella de Bigotes con la cabeza en alto.

—¡Permiso para volver! —espetó—. ¡Ja! Si el Clan del Viento no me necesita, entonces yo no necesito al Clan del Viento.

Se dio la vuelta, se abrió paso a través de la multitud, y se arrastró por la pendiente hacia el borde del campamento.

Nadie lo llamó.

Capítulo 19

Caminando sin pensar, Corvino Plumoso se dirigió a través del páramo hacia el arroyo fronterizo que dividía el territorio del Clan del Viento del del Clan del Trueno. El sol de la mañana había desaparecido; las nubes se amontonaban sobre las colinas, grises y pesadas, y tan bajas que casi parecían rozar la cima de la pila de piedras conmemorativas.

A medida que se acercaba al arroyo, Corvino Plumoso trató de recuperarse de su conmoción y reflexionar. «*¿A dónde debería ir?*». Se detuvo. «*¿A dónde va un gato sin Clan? Si alguna vez quise probar suerte con otro Clan, supongo que ésta sería mi oportunidad…*».

Por un momento se imaginó cruzando el territorio del Clan del Trueno, dirigiéndose a su campamento y ofreciéndose a Estrella Zarzosa como guerrero del Clan del Trueno. «*Hojarasca Acuática estará allí…*». Pero Corvino Plumoso tardó solo unos instantes en darse cuenta de lo estúpido que sería. Hojarasca Acuática no lo había amado por temporadas, y si era honesto, su amor por ella también se había desvanecido. En todo caso, extrañaba lo que había sentido cuando la amaba, lo jóvenes, tontos y esperanzados que habían sido. Además, pedirle a la curandera del Clan del Trueno que fuera su pareja sería la forma más rápida de que lo expulsaran de otro Clan más. «*A Estrella Zarzosa no le haría ninguna gracia que me apareciera, anunciara mi repentina lealtad al Clan del Trueno y me llevara a una de sus curanderos*».

Nunca funcionaría. Además, en el Clan del Trueno tendría que lidiar con Leonado y Glayo, y solo el Clan Estelar sabía cómo esa relación podía ser cualquier cosa menos un desastre.

«*Probablemente Estrella Zarzosa no me querría… y no soy un gato del Clan del Trueno*», añadió, luchando por no sentir lástima de sí mismo. Un hueco parecía abrirse en su interior. «*He sido del Clan del Viento toda mi vida. Si ya no soy un gato del Clan del Viento, ¿qué soy?*».

Corvino Plumoso llegó al arroyo fronterizo y se quedó un momento en la orilla, sin saber qué hacer. Agachó la cabeza y lamió el agua helada, retrasando unos latidos el momento en que tendría que seguir adelante. Luego se dio vuelta y se dirigió hacia arriba, lejos del lago, lejos del Clan del Trueno, hacia el páramo abierto. No pudo reprimir el recuerdo de haber partido de allí con Hojarasca Acuática, una vez, hacía mucho tiempo, cuando había creído que podrían dejar atrás a sus Clanes y hacer una nueva vida juntos. «*Era tan feliz en ese entonces*».

Pero ahora lo único que le quedaba a Corvino Plumoso era amargura. Hojarasca Acuática lo había abandonado para volver a su Clan y a su deber como curandera. Él había tomado otra pareja, una gata de su propio Clan, pero nunca había amado realmente a Nube Negra, y su relación con Ventolero era claramente un desastre. Lo único que le quedaba era su Clan, y ahora también había desaparecido. «*Renuncié a tanto por el Clan del Viento* —pensó—, *y así es como termina. Le dije la verdad a Estrella de Bigotes y me expulsó por ello*».

Corvino Plumoso sabía que tenía razón: había sido una idea estúpida bloquear los túneles y enemistarse con el Clan del Trueno. Pero nadie lo había escuchado, ni defendido. Ni siquiera Ventolero. «*¡Qué buen hijo ha resultado ser! Debo de haber tenido abejas en el cerebro para pensar que alguna vez podría significar tanto para él como lo hizo Nube Negra*».

El aroma del Clan del Viento llegó a la nariz de Corvino Plumoso, y se dio cuenta de que se acercaba a la frontera con el páramo. Más allá estaba el territorio desconocido. Se detuvo en la frontera, pero antes de que pudiera dar el último paso que lo separaría para siempre de su Clan, oyó que alguien lo llamaba por su nombre. Corvino Plumoso se volvió y vio a Cola Brecina que saltaba por el páramo hacia él, con Ventolero unos pasos por detrás. Sus músculos se tensaron y clavó las garras en el suelo mientras los esperaba.

—¿Qué quieren? —preguntó con dureza cuando los dos gatos se detuvieron y se quedaron jadeando frente a él.

—Estrella de Bigotes llevó al Clan a los túneles para empezar a bloquear las entradas —explicó Cola Brecina, con el pecho agitado mientras luchaba por respirar —. Nos escabullimos y captamos tu rastro de olor.

El amargo dolor en el corazón de Corvino Plumoso se alivió un poco, al pensar que Cola Brecina y Ventolero habían ido a buscarlo, pero le costó responder. Ventolero estaba parado uno o dos pasos detrás de Cola Brecina, con la mirada fija en sus patas, con la ya conocida expresión torpe y hosca en su rostro. Parecía como si no quisiera estar allí, y al verlo el corazón de Corvino Plumoso volvió a endurecerse.

—¿Por qué harían eso? —espetó—. ¿Les importo lo suficiente como para que me persigan, pero no lo suficiente como para que me defiendan delante de Estrella de Bigotes? Gracias, pero no. —Se dio la vuelta y continuó su camino.

—¡Espera! —Oyó que Ventolero gritaba detrás de él, un grito breve y desesperado. Cuando se detuvo y se dio la vuelta, Ventolero estaba mirando al suelo, pero Cola Brecina habló.

—Lamentamos no haberte defendido, Corvino Plumoso, pero lo pusiste muy difícil. Puede que tuvieras razón, pero un guerrero leal sigue respetando a su líder.

Corvino Plumoso soltó un bufido burlón, pero no se movió. «*Muy bien* —pensó —, *los escucharé*».

—Después de que te fueras, hablamos con Estrella de Bigotes —Cola Brecina continuó, lanzando una mirada ligeramente exasperada a Ventolero por encima del hombro—. Queríamos darle tiempo para que se calmara. Fue duro contigo, Corvino Plumoso, pero tú se lo devolviste, diciéndole que no necesitabas al Clan del Viento. ¿Lo decías en serio?

Ahora era el turno de Corvino Plumoso de mirar al suelo, arañando un bicho imaginario como si estuviera fascinado. «*En ese momento sí* —pensó—. *Pero tal vez fue una tontería*».

Cola Brecina sacudió la cabeza, pareciendo frustrada, y prosiguió.

—No siempre eres el gato con el que es más fácil hablar, Corvino Plumoso. De todos modos, creo que lamenta haber perdido el control contigo. Si volvieras mañana al campamento con alguna presa y te disculparas con él, estoy bastante segura de que te dejaría volver al Clan.

—¿En serio? —En su alivio, Corvino Plumoso miró a Ventolero, que todavía no lo miraba a los ojos. «*¿Qué, no quiere que vuelva? Tal vez pensó que se había librado de mí*»—. ¿Qué opinas, Ventolero? —desafió a su hijo—. ¿Cola Brecina tiene razón?

Ventolero hizo sonar sus patas delanteras como un aprendiz al que atrapaban portándose mal.

—Eh… supongo —murmuró.

—¿«*Supongo*»? —Confirmadas las peores sospechas de Corvino Plumoso, su furia estalló—. ¡Es obvio quién no me quiere de vuelta! —exclamó—. Apenas has dicho nada en todo este rato. Solo sigues a la gata que amas, ¡tratando de impresionarla con tu lealtad a tu tonto padre!

Ventolero lo miró, con una expresión de sorpresa en los ojos. «*Le da vergüenza que me haya dado cuenta*», Corvino Plumoso pensó.

—Y de ninguna manera me disculparé. Tenía razón. Y los dos lo saben.

—Sí, claro, tenías razón. —La voz de Cola Brecina era tranquilizante—. Como ya dije. La mayoría del Clan piensa que es una idea de cerebro de ratón bloquear los túneles. Pero aun así le faltaste el respeto a tu líder, frente al resto del Clan.

—¡Estrella de Bigotes se lo merecía! —gruñó Corvino Plumoso. Mirando a Ventolero, añadió—: Es mejor así. Puedo tener la libertad que siempre he querido, y tú puedes librarte de mí. Me voy, y el Clan del Viento no tendrá que preocuparse por mí nunca más.

Los dos gatos más jóvenes lo miraron en silencio durante un momento. Por fin Cola Brecina maulló en voz baja:

—¿Qué hay de buscar a Nube Negra?

—Ustedes pueden buscar a Nube Negra —replicó Corvino Plumoso, tratando de ignorar la culpa que se asentaba sobre él como una nube de polvo—. No querrá verme de todos modos.

«*Eso probablemente sea cierto, al menos*».

—De todas las cosas de cerebro de ratón que… —empezó Ventolero, furioso.

Cola Brecina le sacudió la cabeza y lo silenció tocándole el hombro con la punta de la cola.

—Es inútil, Ventolero —murmuró—. Ahora mismo. —Dedicándole a Corvino Plumoso una triste mirada azul, añadió—: Estoy segura de que habrá una forma de que vuelvas, Corvino Plumoso, si quieres tomarla. Espero que lo hagas.

Por un momento, la simpatía de la joven gata casi hizo que Corvino Plumoso cediera. Entonces se imaginó a sí mismo arrastrándose de vuelta al campamento y delante de Estrella de Bigotes. «*¡De ninguna manera haré eso!*».

—Será mejor que se vayan —maulló secamente—. No querrán que Estrella de Bigotes se entere de que han desaparecido. Está de muy mal humor.

—Bueno —suspiró Cola Brecina—. Vamos, Ventolero.

Durante un par de latidos, Ventolero miró a Corvino Plumoso vacilante, como si hubiera algo que quisiera decir. Corvino Plumoso supuso que una palabra lo habría animado, pero sintió como si tuviera la garganta obstruida por una dura presa, y no le salían las palabras. Finalmente Ventolero agachó la cabeza con torpeza; luego los dos jóvenes gatos dieron media vuelta y se dirigieron al otro lado del páramo, de regreso con el resto del Clan. Corvino Plumoso los vio partir.

«*Todo lo que les dije es cierto* —pensó—. *No necesito al Clan del Viento. Ni siquiera necesito a mi hijo Ventolero, que tiene corazón de ratón, y ciertamente no necesito a ese manto sarnoso de Estrella de Bigotes. ¡Ya le enseñaré! Puedo estar bien por mí mismo*». Pero el vacío, el dolor de la pérdida dentro de él, no se iría.

Las formas de Ventolero y Cola Brecina se desvanecieron y finalmente se perdieron de la vista de Corvino Plumoso. Por fin respiró hondo y cruzó la frontera, adentrándose en territorio inexplorado. «*Supongo que ahora soy un solitario*».

Mientras subía por una larga pendiente del páramo, el cielo se oscureció aun más, y le pareció ver pequeñas motas de blanco flotando frente a sus ojos. Parpadeó para aclarar su visión, pero las motas blancas no desaparecieron, y cuando una se posó en su nariz, el frío le dijo que eran los primeros copos de nieve.

—¡Cagarrutas de ratón! —refunfuñó en voz alta—. ¡Es todo lo que necesito!

Corvino Plumoso se dio cuenta de que si quería cazar, más le valía hacerlo pronto, antes de que la nieve empujara a cada presa a sus madrigueras. Consciente del hambre por primera vez desde que dejó el campamento, siguió avanzando, con las orejas aguzadas y las mandíbulas abiertas para saborear el aire.

Durante mucho rato no encontró nada. Los copos se espesaban, se arremolinaban a su alrededor y se asentaban en el suelo hasta que caminó por la nieve a la altura de un ratón. Tenía las patas tan frías que ya no las sentía. Los copos de nieve se amontonaban en su manto gris oscuro y se le pegaban a los bigotes.

Corvino Plumoso estaba pensando que era mejor darse por vencido y empezar a buscar un lugar donde refugiarse cuando una liebre se puso en marcha casi debajo de sus patas. Huyó colina arriba y Corvino Plumoso se lanzó tras ella, con los músculos agarrotados y tensos. Su mirada se fijó en las puntas negras de las orejas de la liebre, que eran lo único que podía ver con claridad; el resto de su manto blanco era casi invisible en la nieve. La liebre desapareció por la cima de la colina y Corvino Plumoso la siguió. Pero mientras corría hacia abajo, sus patas traseras patinaron y

perdió el equilibrio. Dejando escapar un aullido de asombro, rodó una y otra vez ladera abajo, agitando las patas mientras luchaba por detenerse.

Entonces sintió un dolor agudo en la cabeza cuando su cuerpo se estrelló contra algo sólido. El mundo blanco estalló en negrura y ya no supo nada más.

Corvino Plumoso se encontró agazapado en la más absoluta oscuridad. El dolor de cabeza era abrumador y durante unos instantes no pudo hacer otra cosa que quedarse quieto, apretando los dientes para contener los gemidos de dolor.

Por fin abrió los ojos, pero la oscuridad no desapareció. El pánico se apoderó de Corvino Plumoso. «*¿Me he quedado ciego?*».

No podía oler ni sentir nada, pero sintió que había varios gatos reunidos a su alrededor. «*¿Serán mis compañeros de Clan?* —se preguntó salvajemente—. *¿Vinieron a buscarme?*».

Al principio, los gatos estaban quietos, pero al cabo de un rato empezaron a moverse, moviéndose en un círculo a su alrededor, tan cerca que de vez en cuando podía sentir el roce de sus mantos.

Por fin, uno de ellos habló, con voz baja y suave, pero de algún modo ominosa.

—Saludos, Corvino Plumoso.

Ahora Corvino Plumoso estaba seguro de que no eran gatos del Clan del Viento. Luchó por ponerse de pie y enfrentarse a ellos en la oscuridad, pero sus piernas no lo sostenían, y se desplomó.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz ronca.

—Sabes quiénes somos, Corvino Plumoso —murmuró una segunda voz—. Nos has visto antes

—¡No, no los he visto! —protestó—. Déjense de juegos y díganme qué está pasando.

Mientras hablaba, una tenue luz comenzó a crecer a su alrededor, pálida y malsana como el brillo de la madera podrida. Solo era suficiente para mostrarle los contornos de los gatos, que seguían moviéndose a su alrededor, con el brillo de ojos depredadores aquí y allá.

—¿Esto es… es el Bosque Oscuro? —balbuceó.

—*Inteligente* Corvino Plumoso —ronroneó una tercera voz—. Nos alegra mucho que hayas venido a unirte a nosotros.

—¿Qué? ¡No! —Corvino Plumoso se tambaleó hacia arriba y esta vez logró ponerse de pie—. No voy a unirme a ustedes. ¡Ni siquiera estoy muerto!

—No del todo… —exhaló otra voz—. Pero pronto.

Corvino Plumoso no recordaba haberse sentido nunca tan aterrorizado, ni siquiera cuando había intentado escabullirse en la hendidura, lejos de las crueles garras de Colmillo Afilado. «*Sé que Estrella de Bigotes me expulsó* —pensó frenéticamente—. *Pero seguramente lo que hice no fue tan malo como para terminar aquí. ¡Si tengo que morir, debería estar en el Clan Estelar!*».

Se estaba mareando mientras intentaba observar a los gatos que daban vueltas y averiguar de dónde venían las voces.

—Ven con nosotros, Corvino Plumoso.

—Eres bienvenido *aquí*.

Corvino Plumoso quería atravesar el círculo de gatos y huir, pero sabía que no tenía fuerzas. Además, no tenía ni idea de a dónde podía huir. Un curandero podría conocer los caminos que lo llevarían fuera de aquel espantoso lugar y hacia el soleado territorio del Clan Estelar, pero él no era un curandero.

Los suaves mantos rozaron más firmemente sus costados a medida que el círculo de gatos se estrechaba, acercándose. Corvino Plumoso se obligó a contener un chillido de terror.

—Déjenme en paz —jadeó—. ¡No iré con ustedes!

Pero sabía que su bravuconada era inútil. No podía hacer nada.

Ahora la luz se fortalecía, pero esta vez venía de detrás de Corvino Plumoso, proyectando su sombra delante de él. Con un repentino cosquilleo de esperanza, se dio cuenta de que esta luz era diferente, clara y plateada como el resplandor de la luna llena.

Los gatos del Bosque Oscuro se congelaron, mirando con ojos muy abiertos y horrorizados algo más allá de Corvino Plumoso. Luego, soltando un coro de espeluznantes graznidos, giraron la cola y huyeron.

—¡Gran Clan Estelar, Corvino Plumoso! —Una voz familiar habló detrás de él —. ¿En qué te has metido ahora?

Corvino Plumoso se dio la vuelta.

—¡Perlada! —exclamó.

Capítulo 20

La madre de Corvino Plumoso se acercó a él con delicadeza y se sentó a su lado con la cola envuelta cuidadosamente alrededor de las patas. Con un gruñido de alivio, Corvino Plumoso se desplomó en el suelo a su lado.

—¿Qué rayos crees que estás haciendo, Corvino Plumoso? —le preguntó su madre. Su voz fue exasperada, pero sus ojos estaban cálidos—. Deberías estar ayudando a tu Clan, no vagando por el páramo en la nieve.

—Sabes que fui expulsado, ¿verdad? —Corvino Plumoso replicó—. Fui expulsado por seguir tu consejo y el de Plumosa. Me dijiste que fuera a espaldas de Estrella de Bigotes y pidiera ayuda a Estrella Zarzosa.

Perlada movió los bigotes y pareció avergonzarse por un momento.

—Lo siento. Esperaba que Estrella de Bigotes no rechazara la ayuda del Clan del Trueno, ni insultara a Estrella Zarzosa. Pero, Corvino Plumoso —añadió con más energía—, sabes que podrías haber tenido más tacto al tratar con Estrella de Bigotes. Un buen lugarteniente necesita juzgar el estado de ánimo de su líder.

—Pero yo *no soy* lugarteniente —le recordó Corvino Plumoso con amargura—. Ahora mismo ni siquiera soy un gato del Clan del Viento.

—Eso se puede arreglar —Perlada le aseguró, con un movimiento desdeñoso de la cola—. Lo más importante es que convenzas a Estrella de Bigotes de que se tome en serio la visión de Vuelo de Azor. ¿No recuerdas la segunda ola de agua, la que envolvió a todos los Clanes? ¿No entiendes lo que significa? Los armiños amenazan ahora al Clan del Viento, pero solo son el precursor de una amenaza mucho mayor.

—¡Eso es lo que yo pensaba! ¿Qué amenaza? —preguntó Corvino Plumoso, reprimiendo un escalofrío.

—No lo sé —Perlada admitió Perlada—. No estoy segura de que siquiera los guerreros del Clan Estelar puede ver tan lejos. Pero sé que cuando haya problemas, el Clan del Viento te necesitará.

Corvino Plumoso soltó un bufido de incredulidad.

—¡Ojalá le dijeras eso a Estrella de Bigotes! Ahora mismo no parece necesitarme para nada.

—Entonces tienes que hacerle entrar en razón —señaló Perlada—. Tienes que dejar de preocuparte por ti y empezar a preocuparte por tu Clan y por los gatos que te aman.

—¿«Aman»? —Corvino Plumoso trató de poner todo su desprecio en la sola palabra—. Si acaso alguien me «ama», ¿por qué no habló para defenderme?

—¡No seas una estúpida bola de pelos! —le regañó Perlada—. ¡Claro que Ventolero te ama! Y hay muchos más gatos que te respetan: Cola Brecina, por ejemplo. ¿No vinieron a por ti y trataron de persuadirte para que volvieras?

Corvino Plumoso no estaba seguro de creer a su madre, pero no iba a discutir más con ella.

—¿Pero cómo puedo arreglar las cosas? —le preguntó—. Esos… esos otros gatos… dijeron que me estaba muriendo. —Se estremeció al recordar las suaves voces que le habían tentado a irse con ellos.

—No morirás. —Perlada le tocó la oreja con la nariz—. No es tu hora de viajar al Clan Estelar.

—Entonces… ¿entonces no terminaré en el Bosque Oscuro?

La cola de Perlada se enroscó con diversión.

—Corvino Plumoso, puede que seas la bola de pelo más molesta de los cuatro Clanes, pero ni tu peor enemigo podría llamarte malvado. Esos gatos intentaban engañarte. —La luz a su alrededor comenzó a desvanecerse, y su pálida figura empezó a volverse borrosa ante los ojos de Corvino Plumoso.

—¡No te vayas! —suplicó.

—Volverás a verme —Perlada maulló, su voz parecía venir de una inmensa distancia—. Por ahora, despierta y sigue adelante.

Corvino Plumoso se esforzó por abrir los ojos; la nieve le obstruía los párpados, y un dolor agudo le atravesó la cabeza como si alguien se la estuviera golpeando con un pedazo de roca. Estaba echado de lado; sobre él, la cabeza ancha y los hombros musculosos de un gato se perfilaban contra el cielo. Con un siseo de desafío, Corvino Plumoso intentó ponerse de pie, pero la explosión de dolor que sintió en la cabeza le hizo tambalearse y volvió a caer al suelo. Sentía una suave pared de roca a su espalda.

—Quédate quieto, cerebro de pulga —gruñó el gato—. Estoy intentando arreglarte la cabeza.

Corvino Plumoso fue consciente de una especie de jugo pegajoso que goteaba en el pelaje de su cabeza, y percibió el limpio sabor de algún tipo de hierba.

—¿Eres un curandero? —preguntó, confundido.

—¿Por qué todos me siguen preguntando eso? Soy un gato que ayuda a otros.

Corvino Plumoso se sintió aún más desconcertado cuando el dolor de su cabeza se calmó y su visión se aclaró. El gato que lo atendía era un enorme gato atigrado, con el pecho y las patas blancas, y los ojos ámbar fijos de concentración mientras

exprimía los jugos curativos de un bocado de hojas. Corvino Plumoso nunca lo había visto antes.

—¿Quién eres? —preguntó—. No eres un gato de Clan.

El extraño gato escupió las hojas y empezó a masajear los jugos en el pelaje de Corvino Plumoso con una pata delantera.

—Oh, eres uno de esos lunáticos que viven en el bosque —maulló—. No, no soy uno de ellos. Me gusta ser reservado. Me llamo Tejo.

—¿Tejo? —Corvino Plumoso decidió que seguía en algún sueño raro—. ¿Tejo, como el juego de cachorros?

—No, cerebro de pulga —respondió el gato atigrado, moviendo los bigotes con exasperación—. *Tejo*, como el árbol.

—Oh, perdón —maulló Corvino Plumoso, y después de un momento añadió—: Soy Corvino Plumoso. Gracias por ayudarme.

—De nada. He aprendido algo sobre curar gatos heridos y me gusta ayudar cuando puedo. —Tejo terminó el masaje y se apartó, frotando la pata en la nieve para limpiarse los jugos—. Intenta sentarte.

Corvino Plumoso obedeció; la cabeza le daba vueltas y cada uno de sus músculos chillaba en señal de protesta, pero consiguió mantenerse erguido. Se encontró al refugio de un gran saliente rocoso, donde solo una fina capa de nieve cubría el duro pasto del páramo. Más allá del refugio, todas las colinas estaban ocultas por una gruesa capa de nieve, que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista de Corvino Plumoso. Más copos caían lentamente. Aunque las nubes ocultaban el sol, supuso que ya hacía rato del mediodía.

—¿Cómo me encontraste, en todo esto? —preguntó.

Tejo se quedó pensativo.

—Fue extraño —contestó—. Estaba cazando, allá al borde del bosque. Entonces vi una gata plateada, la más bonita que he visto nunca. Me hizo señas para que la siguiera y me trajo hasta aquí. Pero cuando llegamos, no pude encontrarla… solo a ti, medio enterrado en la nieve, parecías muerto. —Por un momento su mirada ámbar se suavizó—. Su pelaje brillaba como las estrellas.

«*¡Plumosa!*». El calor se extendió por Corvino Plumoso desde las orejas hasta la punta de la cola, como si estuviera tomando el sol de la estación de la hoja verde. «*¡Ella me salvó!*». Herido e inconsciente en la nieve, habría muerto congelado si nadie lo hubiera encontrado.

—Gracias —repitió—. Supongo que estaría muerto si no fuera por ti.

Tejo soltó otro gruñido, un poco avergonzado.

—No sé nada de eso —murmuró—. Supongo que estarás bien cuando tengas alguna presa dentro. Descansa un poco y veré qué puedo encontrar. —Se levantó y se alejó corriendo, desapareciendo por el otro lado de la roca.

Corvino Plumoso se acurrucó al refugio del saliente. Tenía miedo de dormir, recordando su terrible visión de los gatos del Bosque Oscuro. Pero estaba demasiado agotado para luchar contra la inconsciencia, y se estaba por quedar dormido cuando el cálido y delicioso aroma a conejo llegó a su nariz. Abrió los ojos y vio que Tejo dejaba caer el cuerpo inerte frente a él.

—Vamos, hay suficiente para los dos —maulló.

Corvino Plumoso no necesitó que se lo repitieran. Hambriento, desgarró la presa fresca, saboreando los jugos y el rico sabor de la carne. «*¡Es la mejor presa que he comido nunca!*», pensó.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —murmuró entre un bocado—. Y gracias a ti también, Tejo.

—El placer es mío. —Tejo engulló unos cuantos bocados de conejo y siguió—: Sabes, me encontré con otra gata con el mismo olor que el tuyo, hace más o menos media luna.

—¿En serio? —Corvino Plumoso sintió que su corazón empezaba a latir más rápido—. ¿Dónde? ¿Cómo era?

Tejo le dirigió una larga mirada con los ojos entrecerrados.

—Parece que la conoces —comentó—. Era una gata negra, una muy dura, además.

«*¡Nube Negra!*». Corvino Plumoso sintió que el pecho le iba a estallar. «*¿Podría estar viva?*».

—¿Estaba bien? —preguntó, ansioso.

—No, tenía una herida grave en un costado —le dijo Tejo—. Pero no dejó que eso la detuviera. Estaba dispuesta a arrancarme la piel a arañazos antes de que la convenciera de que no quería hacerle daño. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Es amiga tuya?

—Es de mi Clan —Corvino Plumoso respondió, sin querer entrar en explicaciones sobre su complicada relación con Nube Negra—. Temíamos que estuviera muerta. ¿Dónde te la encontraste?

—En el borde del Poblado de los Dos Patas.

Esa respuesta no tenía sentido para Corvino Plumoso. El único Poblado que conocía era el que estaba entre el Clan de la Sombra y el Clan del Río. No podía imaginar por qué Nube Negra habría ido allí.

—¿Al otro lado del lago? —preguntó.

Tejo negó con la cabeza, dirigiéndole a Corvino Plumoso el tipo de mirada que él mismo podría haberle dirigido a un aprendiz poco brillante.

—No, el que está al otro lado del bosque.

Corvino Plumoso parpadeó, desconcertado.

—No conozco ese.

—Te mostraré. —Tejo se puso de pie—. ¿Puedes escalar la roca?

Corvino Plumoso no estaba del todo seguro. La cabeza aún le daba vueltas mientras se levantaba, pero Tejo ya estaba subiendo, ágil a pesar de su corpulencia. Corvino Plumoso apretó los dientes y le siguió. Para su alivio, había un montón de grietas en la roca donde podía meter las patas, y se las arregló para llegar a la cima. Tejo agachó la cabeza y le clavó los dientes en el pescuezo para arrastrarlo por el último tramo.

—Por allí —maulló Tejo, señalando con la cola.

Corvino Plumoso contempló el paisaje cubierto de nieve. El bosque era una masa oscura a lo lejos, y más allá podía distinguir una extensión de terreno irregular, que se dio cuenta de que era el Poblado de los Dos Patas del que había hablado Tejo, la nieve cubría los techos puntiagudos de las guaridas de los Dos Patas de modo que

parecían pequeñas colinas escarpadas. Era más grande que el que conocía Corvino Plumoso, junto al lago. Un Sendero Atronador se curvaba a su alrededor como una serpiente negra, con monstruos como pequeños escarabajos brillantes moviéndose de un lado a otro a lo largo de él.

—He estado allí visitando a mi amo de casa —comenzó Tejo—. He…

—¿Eres una *mascota*? —interrumpió Corvino Plumoso. «*¿Este gato duro y competente es una* mascota*?*»—. ¡No me lo puedo creer!

Un ronroneo de diversión retumbó en el pecho de Tejo.

—Bueno, de vez en cuando aparezco por casa —respondió—. Cuando me da la gana. Es cálido y cómodo, pero bastante aburrido y la comida es asquerosa. Así que, cuando me harto, me voy a explorar. Fue entonces cuando conocí a tu amiga, a las afueras del Poblado.

Corvino Plumoso sacó las garras, raspando la superficie arenosa de la roca.

—Por favor, dime qué pasó —suplicó.

Tejo se agachó, metiendo las patas debajo suyo, y los copos de nieve mancharon su pelaje atigrado.

—Estaba en el borde del bosque, junto al Sendero Atronador —maulló—. Estaba bastante mal, herida y agotada. Pero como dije, estaba dispuesta a pelear conmigo hasta que la convencí de que no era un enemigo.

—¿Qué pasó entonces?

—Le encontré algo de caléndula para su herida —le dijo Tejo—, pero era peor de lo que puedo tratar, así que le dije que fuera al Poblado de los Dos Patas.

Corvino Plumoso miró horrorizado al gato atigrado.

—¿Qué le dijiste *qué*?

Tejo movió los bigotes, divertido.

—La mayoría de los Dos Patas son bastante amables con los gatos heridos. Alguien la acogería, e incluso podrían llevarla al veterinario. —Cuando Corvino Plumoso abrió la boca para hacer una pregunta, Tejo añadió rápidamente—: Supongo que es lo que tú llamarías un Dos Patas curandero. Le darían la ayuda que necesitaba.

—¿Y Nube Negra hizo eso? —preguntó Corvino Plumoso, fascinado por la idea de que su expareja accediera a meter una pata dentro de una guarida de Dos Patas.

Tejo se encogió de hombros.

—Creo que sí. No parecía muy contenta, pero todo el bosque apestaba a perros y zorros, así que no podía volver por allí. Se dirigió a las guaridas de los amos de casa y no volví a verla.

—¡Tengo que ir a buscarla! —Corvino Plumoso exclamó.

Las hierbas que le había dado Tejo, y la presa caliente en su vientre, le hacían sentirse lleno de fuerzas de nuevo y dispuesto a todo.

Sin embargo, sabía que sería una locura entrar solo en el Poblado de los Dos Patas. No tenía ni idea de lo que encontraría allí, pero estaba seguro de que Nube Negra debía de estar atrapada de algún modo, o habría vuelto a casa. A Corvino Plumoso le preocupaba que fuera difícil sacarla. «*Si es que quiere venir conmigo*».

Su primer impulso fue pedirle a Tejo que le acompañara. Sin embargo, Tejo ya le había dicho que había salido del Poblado de los Dos Patas cuando conoció a Nube

Negra. No querría volver allí tan pronto. Además, Corvino Plumoso ya le debía la vida. No podía exigirle nada más.

«*No* —pensó—. *Necesito a otro gato para esto*». Y sabía a qué gato quería a su lado. «*Necesito a Ventolero*».

CAPÍTULO 21

Corvino Plumoso avanzaba por el páramo hacia el campamento del Clan del Viento. La luz del día se había desvanecido, y los primeros guerreros del Clan Estelar habían aparecido a través de los irregulares huecos en las nubes, proyectando un pálido resplandor sobre la superficie de la nieve. Aún le palpitaba la cabeza y estaba agotado de abrirse paso entre ventisqueros que le llegaban casi a los hombros. Pero al menos ya no caían copos, y su determinación de encontrar a Nube Negra le hacía seguir adelante.

Se volvió más vigilante a medida que se acercaba al campamento. Era plenamente consciente de que seguía sin poder entrar, y si Estrella de Bigotes o alguno de los guerreros lo descubría, podrían echarlo antes de que tuviera la oportunidad de explicar por qué había regresado. «*Necesito encontrar una forma de hablar con Ventolero sin que nadie más lo sepa*».

Acercándose aun más, Corvino Plumoso pudo ver un gato en lo alto de la hondonada, de guardia. Al principio se agazapó al refugio de un peñasco, esperando poder pasar sin ser visto. Entonces reconoció la grácil figura que se perfilaba contra la reluciente nieve. «*¡Gracias al Clan Estelar! Es Cola Brecina*».

Corvino Plumoso salió de detrás del peñasco y se puso en la postura del cazador. Utilizando la nieve para cubrirse, avanzó sigilosamente, abriéndose paso y haciendo muecas de dolor cuando algo frío le empapaba el pelaje. Era muy consciente de que su pelaje gris oscuro resaltaría sobre la nieve, y no quería alertar a Cola Brecina en caso de que llamara para avisar al Clan antes de que él estuviera lo bastante cerca como para que ella lo reconociera. Cuando estuvo a un par de colas de distancia, se levantó y gritó en voz baja:

—¡Cola Brecina!

Cola Brecina se puso rígida mientras lo miraba, luego saltó suavemente por la nieve hasta llegar a su lado.

—¡Corvino Plumoso! ¡Después de todo volviste! —exclamó.

—Sí, pero no tengo intención de quedarme —contestó Corvino Plumoso. Se sintió un poco avergonzado por la calidez de la voz de Cola Brecina y el brillo de sus ojos azules—. Siento haberme comportado así antes, Cola Brecina. Seguro que te das cuenta… no siempre soy el gato con el que es más fácil tratar.

Los ojos de Cola Brecina bailaron divertidos.

—Bueno, a veces me gustan los retos. Tampoco es siempre fácil tratar con Ventolero.

«*De tal palo, tal astilla*», pensó Corvino Plumoso.

—Hablando de Ventolero… Tengo que hablar con él, y decirle que he descubierto dónde está Nube Negra.

Cola Brecina dio un grito de asombro.

—¿En serio? ¡Qué maravilla! ¿Cómo lo has hecho?

Rápidamente Corvino Plumoso explicó cómo había conocido a Tejo, y cómo el poderoso atigrado le había contado sobre el encuentro con Nube Negra en el borde del Poblado de los Dos Patas.

—Creo que debe estar allí atrapada —terminó—, y quiero que Ventolero venga conmigo a sacarla.

Cola Brecina asintió.

—Iré a buscarle. —Dirigiéndose de vuelta al campamento, miró por encima del hombro—. Yo también voy —maulló.

Mientras esperaba, Corvino Plumoso se acercó a un espino cercano y se deslizó bajo las ramas. Tenía el corazón acelerado por la tensión; si algún otro gato lo veía ahora, tendría muchos problemas.

Corvino Plumoso se asomó desde su escondite y creyó ver un movimiento en los límites del campamento. Respiró hondo y se pegó al suelo. Todo estaba tranquilo, y por un momento supuso que se había equivocado. «*¡Estoy tan nervioso que saldría corriendo si un ratón me saltara a las patas!*». Entonces empezó a soplar una brisa que convertía la superficie de la nieve en pequeñas ráfagas y llevaba a Corvino Plumoso un olor que reconocía demasiado bien.

—Muy bien, Zarpa Ululante —maulló—. Sé que estás ahí en alguna parte. Ya puedes salir.

Unos latidos después, el gato gris oscuro salió de detrás de una roca y se abrió paso a través de la nieve, y patinó al refugio de los arbustos junto a Corvino Plumoso. Le brillaban los ojos y la cola se le erizaba de emoción. «*Oh, Clan Estelar, ¿ahora qué hago?*».

—¿Qué haces fuera de tu guarida? —preguntó Corvino Plumoso, dirigiendo al aprendiz una mirada severa. «*Con un poco de suerte, no oyó nada*».

—Solo fui a hacer mis necesidades —Zarpa Ululante se excusó—. Pero estaba tan emocionado de ver que volviste… ¡y de que encontraste a Nube Negra! —El aprendiz dio un pequeño brinco—. ¡Eso es genial!

—¡Así que *sí* nos estabas escuchando a mí y a Cola Brecina!

Por un instante, Zarpa Ululante pareció humillado.

—No pretendía espiar —insistió—. ¡Quiero ir contigo! ¡Por favor, Corvino Plumoso!

Corvino Plumoso se sintió brevemente tentado. Sabía lo mucho que Zarpa Ululante apreciaba a su exmentora, al igual que Zarpa de Pluma, sorprendentemente, lo apreciaba a él. Y Zarpa Ululante había aprendido bien sus movimientos de batalla; podría ser una ventaja si se metían en problemas. Pero entonces Corvino Plumoso se dio cuenta de que era imposible. Y ya estaba harto de llevar aprendices al peligro.

—Por supuesto que no —contestó—. ¿Llevar al aprendiz de otra guerrera a una misión peligrosa?

«*Una misión secreta, además* —reflexionó—. *¡Un gato desterrado sacando a escondidas a un aprendiz sin la aprobación de su líder!*».

—Debes tener abejas en el cerebro —remató.

La cola de Zarpa Ululante cayó y parpadeó decepcionado.

—*Por favor*, Corvino Plumoso —repitió—. Haré todo lo que me digas.

—Te estoy diciendo que no. —Corvino Plumoso se deslizó hacia adelante, tan cerca de Zarpa Ululante que su nariz casi tocó la parte superior de la cabeza del aprendiz. «*Ser duro con él ahora es la mejor manera de protegerlo*»—. Y si le dices una palabra de esto a Estrella de Bigotes —continuó—, me aseguraré personalmente de que desees no haber salido nunca de la maternidad. ¿Entendido?

Los ojos de Zarpa Ululante estaban muy abiertos y asustados.

—Entendido, Corvino Plumoso. —Salió de debajo de los arbustos y corrió hacia el campamento.

Corvino Plumoso lo vio marcharse, sacudiendo un poco la cabeza. «*Tiene un gran espíritu* —reflexionó—. *Algún día será un buen guerrero. Y haré todo lo que pueda para asegurarme de que Nube Negra esté cerca para ayudarle a conseguirlo*».

Mientras Corvino Plumoso esperaba el regreso de sus compañeros de Clan, el cielo se despejó y la luna brilló sobre el páramo nevado. Corvino Plumoso dejó escapar un ronroneo de satisfacción; su viaje sería mucho más fácil si pudieran ver dónde ponían las patas… siempre que se alejaran sin que nadie los descubriera.

Cuando Cola Brecina reapareció con Ventolero pisándole los talones, la luz era lo bastante clara como para que Corvino Plumoso viera lo maltrechos y agotados que parecían ambos. Tenían la cola y los hombros caídos; el manto de Cola Brecina estaba cubierto de ramitas y Ventolero tenía un arañazo en una pata delantera. Se preguntó si estarían en condiciones de llevar a cabo el plan.

—¿Qué les pasó? —Corvino Plumoso preguntó, saliendo de su escondite bajo el arbusto—. ¿Ha habido problemas?

Cola Brecina negó con la cabeza.

—Nos pasamos todo el día arrastrando piedras y maleza para bloquear las entradas de los túneles —le dijo a Corvino Plumoso—. Es un trabajo agotador.

—Y después de todo eso, no nos dio tiempo a bloquearlas todas —se quejó Ventolero—. Estrella de Bigotes insistió en parar cuando se pusiera el sol. Eso significa que los armiños aún pueden salir, así que todo fue en vano. Me siento como si me hubieran raspado hasta el último trozo de piel de las almohadillas.

—Todo estará bien. —Cola Brecina dio un toque amistoso a Ventolero—. Podemos terminar mañana.

Corvino Plumoso había escuchado sus noticias con creciente ansiedad.

—¿Seguros que están en condiciones? —preguntó—. Es un largo camino hasta el Poblado de los Dos Patas.

Hubo un brillo decidido en los ojos de Ventolero mientras miraba a su padre.

—Podría hacer más que esto por Nube Negra —maulló—. *Tenemos* que encontrarla.

—Es lo menos que podemos hacer —Cola Brecina coincidió.

Un hilillo de orgullo por los dos jóvenes gatos empezó a fluir a través de Corvino Plumoso, como un arroyo helado que empezara a derretirse. La mirada decidida de Cola Brecina le llenó de confianza. Sin duda sería una gata muy útil en este viaje. «*Pero, ¿y el campamento?* —se preguntó—. *Se supone que debe estar de guardia*».

Ladeó la cabeza, pensativo, cuando el sonido de unas zarpas que se deslizaban por la nieve a sus espaldas le hizo sobresaltarse. Se dio la vuelta y vio a Zarpa Ululante y a su mentora, Genista, asomando en la oscuridad.

Corvino Plumoso sintió que se le erizaban todos los pelos del manto.

—En nombre del Clan Estelar, ¿qué están haciendo aquí? —preguntó en voz baja—. Zarpa Ululante, te dije que no se lo dijeras a nadie.

—Me dijiste que no se lo dijera a *Estrella de Bigotes* —le recordó Zarpa Ululante, tan brillante y seguro como siempre—. Pero se lo dije a Genista. Supuse que me dejarías venir si tenía el permiso de mi mentora.

—¿Y lo tienes? —Corvino Plumoso inclinó las orejas hacia Genista—. ¿Eres tan cerebro de abeja como él?

—Cerebro de abeja eres tú —replicó fríamente Genista—. Yo no soy quien está mostrando la cara aquí después de haber sido expulsado del Clan. Y sí, Zarpa Ululante tiene mi permiso, con una condición.

—¿Y cuál es? —gruñó Ventolero, dando un paso hacia la gata gris y blanca.

—Que yo también vaya con ustedes —Genista respondió.

Los ojos de Corvino Plumoso se abrieron de golpe. «*¿Genista quiere ayudar?*».

—No te sorprendas tanto —maulló la gata—. Respetaba a Nube Negra tanto como cualquiera.

Corvino Plumoso miró a su compañera de Clan sin saber qué decir. No había olvidado que Genista había dicho una vez que el Clan estaría mejor si Ventolero fuera asesinado por un tejón. Aunque últimamente su actitud parecía haberse relajado, seguía sin ser una gata que Corvino Plumoso quisiera con él en una expedición peligrosa.

Fue Cola Brecina quien rompió el silencio, dando un codazo irritado a Corvino Plumoso.

—¡Por el bien del Clan Estelar, que vengan! Si nos quedamos aquí discutiendo, alguien nos oirá y no podremos ir.

Corvino Plumoso le vio sentido.

—Bien, pueden venir —maulló.

En privado seguía sin estar seguro de que fuera buena idea llevar a tantos gatos, sobre todo cuando tenían que cruzar el territorio de un Clan rival. Y si Estrella de Bigotes se enteraba, seguramente causaría problemas. Por no hablar de que el campamento estaría sin guardia durante un rato. «*Pero* —se dijo—, *cuantas más*

narices, más posibilidades de encontrar a Nube Negra. Tenemos que correr el riesgo».

Zarpa Ululante saltó del suelo de la emoción.

—Si nos encontramos con algún armiño, ya sé qué hacer —presumió, aterrizando sobre sus patas traseras y golpeando con ambas delanteras a un armiño imaginario.

—Si nos encontramos con algún armiño, te quedarás a mi lado y harás lo que se te diga —Genista contestó, con una mirada severa a su aprendiz.

—¡Claro, Genista! —El entusiasmo de Zarpa Ululante no se apagó en lo más mínimo.

«*Esperemos no encontrarnos con ningún armiño* —pensó Corvino Plumoso mientras se alejaba del campamento—. *Pero encontraremos algo. Solo espero que ese algo sea Nube Negra*».

Sorprendiéndose a sí mismo, no pudo reprimir un pulso de emoción ante la idea de volver a verla.

CAPÍTULO 22

Corvino Plumoso encabezó la marcha por el páramo, guiando a su patrulla en un amplio semicírculo para evitar los túneles.

—No quiero correr el riesgo de encontrarnos con los armiños —murmuró—. Estarán aun más enojados con el Clan del Viento después de que bloquearan las entradas.

Aun así, no pudo evitar sentir una punzada de tensión en las almohadillas mientras pasaban, recordando una vez más la visión de Vuelo de Azor. Vio salir agua oscura, hinchándose y agitándose hasta que pudo engullir a todos los Clanes. «*Todo es tan claro. Es casi como si la visión fuera mía*». Sacudió la cabeza para despejarla de los falsos recuerdos. «*Pero aun así quiero saber qué significa*».

Cuando llegaron al arroyo que formaba la frontera con el Clan del Trueno, Corvino Plumoso se detuvo.

—Podríamos dar toda la vuelta al bosque —maulló—, y llegar así al Poblado de los Dos Patas. Pero es mucho más lejos que atravesar el territorio del Clan del Trueno; nunca lo conseguiríamos, encontrar a Nube Negra y volver al campamento antes del amanecer.

—Si es que encontramos a Nube Negra —Genista añadió.

Ventolero le lanzó una mirada salvaje y abrió las fauces para hablar, pero Cola Brecina le interrumpió, tocándole el hombro con la cola.

—No queremos que el Clan note que no estamos si podemos evitarlo —señaló ella—. Si no encontramos a Nube Negra, nunca tendrán que saber que nos fuimos, y si lo hacemos… bueno, Estrella de Bigotes estará tan contento que no le importará lo que hicimos.

Genista se encogió de hombros.

—Será por el Clan del Trueno, entonces.

Corvino Plumoso contempló los árboles de la orilla opuesta del arroyo.

—A partir de ahora, silencio absoluto —dijo a los demás—. Estaremos en territorio de otro Clan, y es posible que algunos gatos del Clan del Trueno anden por ahí. *Realmente* no queremos problemas con ellos en este momento. —Dudó, y luego agregó—: Zarpa Ululante, ¿entendiste?

Serio para variar, el aprendiz asintió enérgicamente.

—Tengo una idea —maulló Cola Brecina antes de que Corvino Plumoso pudiera empezar a buscar el mejor lugar para cruzar el arroyo—. ¿Por qué no nos revolcamos en las marcas olorosas del Clan del Trueno? Así, si nos encontramos con una patrulla, podremos escondernos y nuestro olor no nos delatará.

—¡Es un plan brillante! —Ventolero exclamó.

Pero Zarpa Ululante soltó un chillido indignado.

—¡No quiero ese hedor del Clan del Trueno en mi pelaje!

Genista le dio a su aprendiz un golpe en la oreja, con las garras envainadas.

—Harás lo que se te diga. Todavía podemos volver al campamento.

Zarpa Ululante encorvó los hombros.

—Lo siento, Genista.

Corvino Plumoso localizó una parte estrecha del arroyo donde les era fácil saltar al otro lado. Mientras él y sus compañeros de Clan se revolcaban en el aroma del Clan del Trueno, no pudo evitar sentir cierta simpatía por Zarpa Ululante. Las marcas eran fuertes y frescas (claramente habían sido renovados al atardecer) y se estremeció cuando el hedor se hundió en su pelaje. «*¡No creo que vuelva a oler al Clan del Viento jamás!*». En cambio, el aroma le recordó a Hojarasca Acuática, y dio a sus orejas un tirón irritado, como si intentara deshacerse de una mosca que zumbaba a su alrededor. «*¡Tengo que dejar de pensar en ella!*».

Cuando todos estuvieron listos, Corvino Plumoso se dirigió hacia los árboles con sus compañeros de Clan avanzando suavemente a su lado. Debajo de los árboles la nieve no era tan espesa, y pudieron acelerar el paso. El suelo del bosque estaba moteado de negro y plata, un patrón que cambiaba a medida que las ramas se movían suavemente sobre ellos, susurrando con la brisa. Los olores de las presas eran tenues; Corvino Plumoso supuso que la mayoría de las criaturas estarían a salvo en sus guaridas, aunque pensó que valía la pena mirar por encima del hombro y susurrar:

—No cazaremos, ¿recuerdan? Este no es nuestro terreno de caza.

—¿Qué haremos cuando lleguemos al Poblado de los Dos Patas? —preguntó Cola Brecina mientras el sonido del arroyo se alejaba tras ellos—. Debe de ser enorme. ¿Cómo encontraremos a Nube Negra?

—¿Qué tal si nos preocupamos de eso cuando lleguemos allí? —Genista respondió, con la voz filosa.

—He estado pensando en eso. —Corvino Plumoso ignoró a la gata gris y blanca —. Voy a empezar por la charca donde creía que murió Nube Negra. Quizá podamos captar su olor allí, y si podemos, nos facilitará mucho el trabajo.

—Buena idea.

La respuesta gruñida provino de Ventolero. Corvino Plumoso apenas pudo evitar que se le erizara la cola de asombro. «*¡Por fin hice algo bien!*».

Los gatos del Clan del Viento se deslizaron como sombras por el bosque mientras Corvino Plumoso los guiaba hacia la hondonada donde había encontrado la

sangre de Nube Negra y el olor a zorro. De vez en cuando percibía el más leve rastro de su propio olor rancio, pero su ansiedad aumentó cuando no pudo encontrar nada de Nube Negra. «*Tal vez Ventolero tenía razón, y se ha desvanecido. Eso haría mucho más difícil encontrarla, si su rastro de olor desapareció*».

Pero antes de que la patrulla llegara a la hondonada, Corvino Plumoso vio movimiento en la maleza a un lado, y un destello de luz pálida que desapareció casi de inmediato. Se detuvo, haciendo una señal con la cola para que sus compañeros de Clan hicieran lo mismo. El pálido parpadeo se produjo por segunda vez, y por un momento Corvino Plumoso se preguntó si su madre, Perlada, se le estaba mostrando de nuevo. Luego desechó la idea. Perlada solo se le aparecía en sueños. Debió de vislumbrar un animal vivo. «*Tiene que ser un gato de manto blanco o gris claro*», pensó. Un olor fuerte y fresco llegó a sus fosas nasales. «*¡Excremento de zorro! ¡Es el Clan del Trueno!*».

Hizo señas a su patrulla para que se adentrara en la sombra de un zarzal, donde se agazaparon en silencio, sin apenas atreverse a respirar. Se oyeron crujidos entre la maleza, seguidos por la voz de una gata, medio divertida, medio molesta.

—¡Gran Clan Estelar, Zarpa de Lirio! ¿Tienes que andar pisoteando como un tejón con sobrepeso?

—Es Rosella —susurró Corvino Plumoso—. Me pregunto cuántos más habrá.

Un instante después, la patrulla del Clan del Trueno salió al aire. Charca de Hiedra iba en cabeza, con Rosella y Látigo de Abejorro. Tras ellos iban sus aprendizas, Zarpa de Lirio y su hermana, Zarpa de Semilla. La luz de la luna se reflejaba en el pelaje plateado y blanco de Charca de Hiedra.

Corvino Plumoso esperaba que si se mantenían quietos, la oscuridad aún podría ocultarlos, o su olor al Clan del Trueno engañaría a la patrulla, pero era una esperanza vana. Charca de Hiedra caminó agachada directamente hacia él y se quedó mirándolo a él y al resto de los gatos del Clan del Viento.

—Saludos —maulló—. ¿Supongo que tienen una buena razón para andar merodeando por *nuestro* territorio?

Corvino Plumoso recordó que Charca de Hiedra había entrenado en el Bosque Oscuro, espiando para el Clan del Trueno, y no había mucho que no supiera sobre rastrear en la oscuridad. O de luchar, si llegaba a eso. «*¿Desde cuándo sabe que estamos aquí?*».

—¿Y bien? —Charca de Hiedra preguntó.

Levantándose, Corvino Plumoso se sacudió el pelaje, tratando de recuperar un poco de dignidad.

—Déjeme explicar… —empezó.

Pero en ese momento, Látigo de Abejorro se adelantó y empujó su hocico contra el pelaje del hombro de Ventolero.

—¡Están llevando nuestro olor! —exclamó—. ¡Eso demuestra que no traman nada bueno!

Ventolero retrocedió, con el pelaje erizado, y apartó a Látigo de Abejorro de un azote con la cola. Un gruñido salió de lo más profundo de la garganta de Látigo de Abejorro, mientras Ventolero sacaba las garras. Sus espaldas se arqueaban, como si fueran a entrar en combate en cualquier momento.

—¡No! —ordenó Corvino Plumoso. Empujó a Ventolero hacia atrás y se interpuso entre él y el gato del Clan del Trueno.

En el mismo momento, Charca de Hiedra espetó:

—Ya basta, Látigo de Abejorro. —Se puso al lado de Corvino Plumoso, separando a los dos gatos hostiles.

De mala gana, Látigo de Abejorro dio un paso atrás, aunque Ventolero y él seguían mirándose. Charca de Hiedra aguardaba con la cabeza inclinada hacia un lado, mientras Rosella se había retirado unos pasos con las dos aprendizas. Corvino Plumoso la oyó decirles:

—¡Si estalla una pelea, *corran*!

—Mira, Charca de Hiedra… —Corvino Plumoso se dirigió a la gata blanca y plateada, esperando que fuera razonable—. Estamos aquí en una misión importante. Estamos buscando a Nube Negra.

—Pero Nube Negra está muerta —objetó Charca de Hiedra—. Estrella de Bigotes lo anunció en la Asamblea.

Corvino Plumoso comenzó a explicar cómo había seguido el olor de Nube Negra desde una de las entradas de los túneles, hasta que había encontrado su sangre y su olor junto a un charco, mezclados con el hedor del zorro.

—Claro que pensamos que la había atrapado un zorro —maulló.

—¡Así que ya has estado aquí antes! —interrumpió Látigo de Abejorro de manera acusadora.

Charca de Hiedra agitó las orejas, molesta.

—¡Látigo de Abejorro, por el bien del Clan Estelar, ¿quieres *cerrar el hocico*?! —Señaló con la cabeza a Corvino Plumoso—. Continúa.

Corvino Plumoso le contó cómo Vuelo de Azor no había podido encontrar a Nube Negra en el Clan Estelar, y cómo eso hizo que sus compañeros de Clan tuvieran esperanzas de que siguiera viva, y luego cómo había conocido a Tejo, que le había hablado sobre que se encontró con ella en el borde de un Poblado de los Dos Patas más allá del bosque.

—Pero nuestra mejor esperanza de encontrarla es volver a esa charca y ver si podemos encontrar su olor alejándose de ella.

—Buena suerte con eso, después de todo este tiempo —murmuró Charca de Hiedra—. Pero puedo entender que tengan que intentarlo. Sí, pueden hacerlo, Látigo de Abejorro —añadió, fulminando con la mirada a su compañero de Clan, que había abierto las fauces para protestar—. Nube Negra es una noble guerrera, y merece la ayuda de cualquiera.

Látigo de Abejorro se miró las patas, con una expresión hosca en la cara, aunque ya no discutió.

Charca de Hiedra se volvió hacia Corvino Plumoso.

—Látigo de Abejorro y yo los escoltaremos —le dijo a Corvino Plumoso—. No podemos tener gatos del Clan del Viento vagando solos por nuestro territorio.

—No necesitamos… —comenzó Genista, con cara de indignación, pero Corvino Plumoso la interrumpió con un azote de la cola.

—Nos parece bien —maulló, y sus compañeros de Clan, incluso Genista, murmuraron de acuerdo.

«*Es tan fácil trabajar con el Clan del Trueno cuando estamos de acuerdo en un objetivo* —reflexionó Corvino Plumoso—. *Si Estrella de Bigotes hubiera visto eso, ya habríamos acabado con los armiños*».

—Entonces me llevaré a las aprendizas de vuelta al campamento —Rosella anunció.

—No es justo —murmuró Zarpa de Lirio—. Dijeron que nos llevarían a cazar de noche. Y aún no hemos cazado nada.

—Sí, confía en el Clan del Viento para arruinarnos la diversión —añadió Zarpa de Semilla.

—No importa. —Rosella reunió a ambas aprendizas con un movimiento de la cola—. Veremos qué podemos atrapar en nuestro camino de regreso. —Inclinó la cabeza hacia Charca de Hiedra y se alejó en dirección al campamento del Clan del Trueno, con las dos gatas jóvenes siguiéndola, mirando por encima del hombro a los gatos del Clan del Viento.

—Bien, Corvino Plumoso —maulló Charca de Hiedra enérgicamente—. Muéstranos esta charca.

Ella se puso a su lado y reanudaron la marcha, con Látigo de Abejorro en la retaguardia. Corvino Plumoso pudo ver que Ventolero seguía furioso, mirando por encima del hombro a Látigo de Abejorro, flexionando las garras. Corvino Plumoso le lanzó una mirada de advertencia y esperó que fuera lo bastante sensato como para no causar más problemas al gato del Clan del Trueno.

Cuando por fin llegaron a la charca con su franja de helechos, el corazón de Corvino Plumoso se hundió al sentir el olor a zorro en el aire, más fuerte y reciente que cuando había estado allí antes. «*Deben venir aquí con regularidad. ¿Acaso el Clan del Trueno no puede mantener a los mantos sarnosos fuera de su territorio?*».

Examinando el suelo alrededor de la charca, Corvino Plumoso encontró el lugar donde aún podía ver que la sangre de Nube Negra se había hundido en el pasto, pero no había el menor rastro de su olor.

—Busquen al rededor de la charca —instruyó a sus compañeros de Clan—. Así podríamos seguir su rastro y averiguar por dónde se fue.

Charca de Hiedra y Látigo de Abejorro se quedaron a un lado de la charca mientras Corvino Plumoso y los otros gatos del Clan del Viento buscaban el olor de Nube Negra. Corvino Plumoso sintió que su esperanza se hundía como la lluvia en la tierra seca a medida que pasaban los momentos y no encontraban nada. Se preguntaba cuánto tiempo más podrían seguir buscando cuando Ventolero soltó un aullido emocionado.

—¡Lo encontré!

Corvino Plumoso levantó la mirada. Ventolero estaba de pie a varios zorros de distancia de la charca, en dirección opuesta a la del Clan del Viento y hacia el Poblado de los Dos Patas que Tejo le había señalado. Rápidamente bordeó la charca y saltó para reunirse con su hijo, esperando que Ventolero no hubiera imaginado encontrar el olor por pura desesperación.

Ventolero señaló con el hocico una mata de perifollo, cuyas hojas estaban marchitas y heladas. Corvino Plumoso agachó la cabeza para olfatear, separó las mandíbulas para saborear el aire. El hedor a zorro lo inundaba todo; estaba seguro de

que había al menos dos de ellos, y posiblemente tres. Bajo el olor a zorro había un rastro de algo más. Corvino Plumoso quería creer que Ventolero tenía razón, pero se preguntaba si solo estaba oliendo lo que quería oler. Negó lentamente con la cabeza.

—No estoy seguro —murmuró.

—¡*Es* el olor de Nube Negra!— Ventolero insistió.

Zarpa Ululante se abrió paso.

—¡Déjame intentar!

Genista enganchó la cola alrededor del cuello de su aprendiz y lo hizo retroceder.

—Mantente fuera del camino —ordenó—. No queremos que tu olor lo confunda todo.

Corvino Plumoso pudo ver que los ojos de Ventolero parecían esperanzados y a la vez inseguros, como si no estuviera muy seguro de haber encontrado realmente el olor de su madre después de tanto tiempo. Corvino Plumoso adivinó que él también trataba desesperadamente de convencerse.

—Si se fue por aquí, no se dirigía al Clan del Viento —murmuró pensativo Corvino Plumoso—. Y solo hay una razón para ello.

—¡Los zorros la perseguían! —Cola Brecina maulló con entusiasmo—. Así que si seguimos a los zorros…

Corvino Plumoso asintió.

—Tenemos muchas posibilidades de encontrar a Nube Negra.

—Pero, ¿y si…? —Ahora había pánico en los ojos de Ventolero, y su pelaje empezó a erizarse de alarma—. ¿Y si la atraparon?

Cola Brecina le puso la cola sobre los hombros.

—Cálmate —maulló—. Sabemos que no está muerta, ¿verdad? El otro gato la vio. Así que, de alguna manera, debe haberse librado de los zorros y terminó en el Poblado de los Dos Patas.

Corvino Plumoso no dijo nada. La joven gata tenía razón en que Nube Negra no estaba en el Clan Estelar, y tenían una buena idea de que se había ido al Poblado de los Dos Patas, por improbable que pareciera. «*Por eso estamos aquí* —se dijo con determinación—, *y no volveremos a casa hasta que sepamos con certeza qué le pasó, de una forma u otra*».

—Vamos —instó a sus compañeros de Clan—. No la encontraremos quedándonos de patas cruzadas. Vamos a seguir a los zorros.

Charca de Hiedra y Látigo de Abejorro se acercaron para unirse a ellos mientras giraban en dirección al rastro de los zorros, Charca de Hiedra volviendo a tomar la delantera mientras Látigo de Abejorro los seguía al final del grupo. Corvino Plumoso se sentía incómodo, casi como si él y sus compañeros de Clan fueran prisioneros, pero tenía que admitir que tenían suerte de no haber acabado en una pelea, o siendo expulsados del territorio del Clan del Trueno.

Con tantos gatos implicados en su misión, pensó para si Corvino Plumoso, cada vez era más probable que Estrella de Bigotes descubriera lo que habían hecho. «*Será mejor que encontremos a Nube Negra, y así no se enojará demasiado. A mí no me puede hacer mucho más, pero a los demás les puede traer problemas*».

El rastro de los zorros atravesaba el bosque casi en línea recta. Ventolero mantenía la nariz pegada al suelo mientras lo seguían, exclamando aquí y allá que había captado el olor de Nube Negra. Corvino Plumoso también creyó captar algún rastro, pero a medida que avanzaban sintió que el pecho se le oprimía de preocupación. De vez en cuando divisaba la huella de un gato que corría desesperado, y se preguntaba cómo Nube Negra se las había arreglado para seguir adelante, con lo herida que la habían dejado los armiños. ¿Realmente había tenido la fuerza y la velocidad necesarias para adelantarse a los zorros durante tanto tiempo? Corvino Plumoso podía imaginar a los zorros rodeándola, atrapándola y tirando de ella hacia abajo, desgarrando su carne. No podía apartar la idea de que tal vez Tejo no había visto a Nube Negra, sino a otra gata que se le parecía. Tuvo que detenerse y cerrar los ojos, repitiendo dentro de su cabeza «*Tejo dijo que olía como yo… Olía como yo…*».

La voz de Ventolero llegó desde cerca.

—Corvino Plumoso, ¿estás bien?

Corvino Plumoso sacudió la cabeza como si pudiera expulsar las imágenes.

—Estoy bien —roncó, y siguió caminando.

Pero las horribles visiones seguían atacando la mente de Corvino Plumoso, feroces como los guerreros del Bosque Oscuro. Tenía que seguir recordándose a si mismo que si los zorros habían atrapado a Nube Negra, habría sangre y tal vez incluso un cadáver. «*O partes de un cadáver. Por favor, Clan Estelar, eso no*».

Temblaba, pero el escalofrío no tenía nada que ver con el aire helado del bosque cubierto de nieve. Finalmente, Corvino Plumoso pudo percibir el olor familiar de las marcas olorosas del Clan del Trueno; habían llegado a la frontera del territorio del Clan del Trueno. El rastro de los zorros lo cruzaba directamente.

—¿Van más lejos? —preguntó Charca de Hiedra.

—¡Por supuesto! —Fue Ventolero quien contestó—. No nos rendiremos hasta encontrar a Nube Negra.

Charca de Hiedra inclinó la cabeza; Corvino Plumoso creyó ver un rastro de aprobación en sus ojos.

—Entonces los dejaremos aquí —continuó—. Y les doy permiso para cruzar nuestro territorio de nuevo en su camino de regreso, pero *no* para tomar presas. Por supuesto, tendremos que informar de esto a Estrella Zarzosa.

«*Más problemas por venir. Seguramente Estrella Zarzosa discutirá todo esto con Estrella de Bigotes. Y Estrella de Bigotes pensará aun peor de mí, si eso es posible*». En voz alta, Corvino Plumoso maulló:

—Por supuesto. Y también podrían reportar a los zorros.

—Sabemos lo de los zorros —replicó Charca de Hiedra—. Los estamos vigilando.

«*No lo suficientemente de cerca*», pensó Corvino Plumoso, aunque no estaba dispuesto a iniciar una discusión.

—Entonces, gracias por su ayuda —contestó con una cortés inclinación de cabeza.

—Que el Clan Estelar ilumine su camino —maulló Charca de Hiedra—. Espero que encuentren a Nube Negra.

Mientras hablaba, había auténtica preocupación en sus ojos y en su voz.

Corvino Plumoso se sintió aún más preocupado, adivinando que Charca de Hiedra no creía realmente que tuvieran muchas posibilidades de localizar a Nube Negra.

Charca de Hiedra se volvió, haciendo un gesto con la cabeza para que Látigo de Abejorro la siguiera. El gato del Clan del Trueno lanzó una última mirada suspicaz a los gatos del Clan del Viento mientras se daba la vuelta, y ambos gatos desaparecieron entre la maleza. Corvino Plumoso dejó escapar un suspiro de alivio al verlos marchar.

—Bien —maulló—. Pongámonos en marcha.

Con la cabeza bien alta, cruzó las marcas fronterizas del Clan del Trueno, y sus compañeros de Clan lo siguieron hacia territorio desconocido.

Durante algún rato, el rastro de los zorros siguió en línea recta como antes, hasta que los árboles se hicieron más delgados y Corvino Plumoso empezó a percibir un olor nuevo y acre.

—¡Monstruos! —exclamó—. Por supuesto… Hay un Sendero Atronador más adelante.

—¡Excremento de zorro! —Ventolero siseó.

Corvino Plumoso compartía su enojo. Identificar el olor de Nube Negra ya era bastante difícil; lo sería aún más si se añadía el olor de los monstruos. Y el Sendero Atronador era un peligro más al que se había enfrentado Nube Negra. Corvino Plumoso se estremeció, preguntándose si podría haberla matado un monstruo. «*Uno de ellos podría haberla atrapado* después *de que se encontró con Tejo*».

Sin embargo, el olor del Sendero Atronador significaba que se estaban acercando al Poblado de los Dos Patas. Y el hecho de que Nube Negra pareciera haber llegado tan lejos hacía que Corvino Plumoso estuviera más seguro de que Tejo había tenido razón. Estaba decidido a no rendirse.

Pronto el acre aroma se hizo más fuerte, y de vez en cuando Corvino Plumoso podía oír el rugido de un monstruo merodeando por el Sendero Atronador. El olor a zorro también era cada vez más fuerte, y por un momento Corvino Plumoso se preguntó si se habrían unido más zorros a los que habían rastreado desde la charca. Entonces se dio cuenta de que estaba equivocado. «*¡El olor a zorro no solo es fuerte, es fresco! ¡Hay zorros aquí ahora mismo!*».

CAPÍTULO 23

Corvino Plumoso se giró al oír un parpadeo en la maleza y se encontró cara a cara con un zorro que salía de detrás de un zarzal: un viejo zorro macho de hocico canoso y mirada maligna en sus ojos brillantes como bayas. Corvino Plumoso sacó las garras y soltó un gruñido desde lo más profundo de su garganta.

—¡Atrás, manto sarnoso! —gruñó.

Pero antes de que terminara de hablar, otros dos zorros aparecieron de un salto desde detrás de la espesura; eran jóvenes y fuertes, con las mandíbulas abiertas y los colmillos puntiagudos.

—¡Corran! —aulló Genista.

Tomó la delantera mientras los gatos se alejaban entre los árboles. Corvino Plumoso avanzaba a toda velocidad, hombro a hombro con Ventolero, consciente de que Cola Brecina les pisaba los talones. El sonido del Sendero Atronador que tenían por delante se hizo aun más fuerte. El pelaje de Corvino Plumoso se erizó de miedo. ¿Qué era peor: morir por la mordedura de un zorro o aplastado por las enormes patas redondas de un monstruo?

Entonces Corvino Plumoso oyó un gemido aterrorizado desde detrás de él.

—¡Ayúdenme!

Girándose para mirar, vio que Zarpa Ululante se estaba quedando atrás, casi en los dientes del zorro líder. El zorro seguía cerrando las mandíbulas, acercándose cada vez más a la cola de Zarpa Ululante.

—¡Zarpa Ululante…! —Corvino Plumoso empezó, pero se interrumpió al chocar contra algo duro. Se quedó sin aliento. Se dio cuenta de que había chocado contra un árbol—. ¡Excremento de zorro! —siseó. Comenzó a correr para ayudar a Zarpa Ululante, con las garras extendidas, listo para luchar contra el zorro.

Pero antes de llegar hasta el aterrorizado aprendiz, Corvino Plumoso se dio cuenta de otra cosa.

—¡Suban a los árboles! —gritó.

Alcanzó a Zarpa Ululante mientras hablaba y se abalanzó sobre él, subiéndolo al árbol más cercano. Zarpa Ululante clavó las garras en la corteza y subió. Corvino Plumoso lo siguió, sintiendo el aliento caliente de un zorro en los cuartos traseros cuando se subió a la rama más baja. Zarpa Ululante se agachó, temblando a su lado.

—Gracias, Corvino Plumoso —jadeó.

Mirando a su alrededor, Corvino Plumoso vio a Genista en un haya cercana, con el pelaje erizado mientras escupía desafiante a los zorros de abajo. «*¿Y dónde estabas tú cuando tu aprendiz estaba en peligro?*», se preguntó Corvino Plumoso.

Cola Brecina y Ventolero se habían refugiado en un roble un poco más lejos.

—Somos gatos del Clan del Viento. No trepamos árboles —se quejó Ventolero en voz alta.

Corvino Plumoso miró hacia abajo desde su rama para ver a los otros dos zorros que los alcanzaban y se detenían derrapando. Los tres empezaron a merodear alrededor de los árboles, mirando a los gatos y soltando gruñidos feroces entre dientes relucientes.

—Tampoco los zorros —Corvino Plumoso contestó a su hijo—. Al menos, no suelen hacerlo.

Había oído hablar de zorros que trepaban a los árboles, pero la mayoría se quedaban en el suelo. Si alguno de esos zorros lo intentaba, simplemente le clavaría las garras en el hocico cuando se acercara. «*¡Así se lo pensarían dos veces!*».

Zarpa Ululante se estremeció.

—¿Qué vamos a hacer?

—Estaremos bien —lo tranquilizó Corvino Plumoso—. Mira, si caminas por esta rama, podrás cruzar hacia el haya donde está Genista.

Zarpa Ululante avanzó vacilante, pero en cuanto se movió, la rama dio un bandazo y se detuvo, temblando aún más.

—No creo que pueda. —Le dio a Corvino Plumoso una mirada asustada—. Podría caerme.

—No, no lo harás. Estaré justo detrás de ti. No dejaré que te caigas.

Zarpa Ululante respiró hondo y se levantó, clavando una vez más las garras en la corteza. Paso a paso se arrastró por la rama, y luego se congeló brevemente de nuevo cuando la rama se hizo más delgada hacia el final y comenzó a rebotar suavemente bajo el peso de los gatos.

—Continúa. Lo estás haciendo bien —le animó Corvino Plumoso—. No mires hacia abajo.

El hedor de los zorros llegaba hasta Corvino Plumoso desde debajo del árbol. Se arriesgó a echar un vistazo rápido hacia abajo y vio que los tres zorros se habían reunido debajo de ellos, obviamente esperando que uno o más de ellos perdieran el equilibrio. Pero Zarpa Ululante siguió con paso firme, y luego medio saltó, medio trepó al árbol de Genista. La gata estaba esperando para agarrarlo por el pescuezo y poner sus patas firmemente en una rama más gruesa.

—¡Gracias! —jadeó Zarpa Ululante—. Nunca me había subido a un árbol. —Recuperando su ánimo habitual, añadió—: ¡Es bastante divertido!

—Díselo a Ventolero —maulló Corvino Plumoso con ironía; su hijo tenía razón en que viviendo en el páramo abierto, los gatos del Clan del Viento no tenían muchas

oportunidades de trepar a los árboles. Pero estos árboles acababan de salvarlos de una emboscada de zorros.

Lenta y cautelosamente, los tres gatos se aventuraron hacia una rama en el lado opuesto del haya y lograron saltar al roble donde Ventolero y Cola Brecina se habían refugiado. Los zorros los siguieron, con evidente rabia y frustración en sus ojos brillantes. El viejo zorro macho se levantó de un salto, golpeando el tronco con las patas delanteras y rasgando la corteza con las garras.

—Tenemos suerte de que estas cosas no trepen —comentó Ventolero.

—Sí, espero que se rindan y se vayan pronto —Cola Brecina maulló.

—¡Estúpidos mantos pulgosos! —Corvino Plumoso siseó a las furiosas criaturas de debajo—. ¡Vayan a buscar carroña!

—Sí —añadió Ventolero—. No habrán gatos en el montón de carne fresca hoy. ¡Cómanse sus propias colas en su lugar!

Corvino Plumoso se volvió para intercambiar una mirada divertida con su hijo. Pero casi de inmediato, la diversión de Ventolero se desvaneció. Su cabeza se inclinó y sus orejas se aplanaron.

—Encontraremos a Nube Negra, ¿verdad? —preguntó, con voz no tan firme.

—Claro que sí. —La respuesta de Corvino Plumoso llegó antes de que se diera a sí mismo tiempo de pensar. Recordó a los monstruos y el Sendero Atronador, y la forma en que Nube Negra había sido herida por los armiños. «*Pero Tejo la vio viva* —añadió para sí—. *La encontraremos*».

Los gatos siguieron avanzando, de árbol en árbol, pero los zorros los seguían por el suelo. Corvino Plumoso empezó a temer que fueran tan tenaces como para seguir así hasta que alguno cayera. «*No podemos seguir así toda la noche. Ya estamos cansados; tarde o temprano uno de nosotros resbalará, o alguno dará un salto un poco corto…*». Intentó ocultar sus recelos a los demás, pero por sus expresiones de inquietud sabía que conocían el peligro tan bien como él.

Y los árboles cada vez eran más delgados; pronto llegarían a un lugar en el que el siguiente árbol estaría demasiado lejos para que pudieran saltar el hueco. Cuando un monstruo rugió por el Sendero Atronador, vislumbró sus ojos brillantes. También había otras luces, dispersas y distantes, pero suficientes para decirle que debían estar llegando al Poblado de los Dos Patas. «*Zorros, monstruos… ¿hay algo más que pueda salir mal?*».

A los zorros tampoco les gustaba estar tan cerca del Sendero Atronador. Cuando un monstruo pasaba rugiendo, retrocedían, medio retirándose a la maleza, solo para volver arrastrándose cuando el sonido desaparecía. Entonces, antes de que los gatos se vieran obligados a bajar al suelo de nuevo, un monstruo aún más grande pasó a su lado, y su bramido pareció llenar todo el bosque. Los zorros se detuvieron; luego, con una última ráfaga de furiosos gruñidos, giraron la cola y desaparecieron entre los árboles.

—¡Gracias al Clan Estelar por eso! —exclamó Genista.

Ella juntó los músculos para saltar del árbol, pero Corvino Plumoso estiró la cola para detenerla.

—Espera —maulló—. Podrían estar escondidos entre la maleza, intentando engañarnos.

—Como si tuvieran el cerebro para eso —refunfuñó Genista, pero se quedó donde estaba.

Corvino Plumoso esperó, con las orejas aguzadas en busca de cualquier sonido que le indicara que los zorros estaban cerca. Pero no oyó nada, y el olor a zorro empezaba a desvanecerse. Finalmente asintió.

—Bien.

Los cinco gatos bajaron del árbol –Zarpa Ululante lo hizo quejándose de que bajar era mucho más difícil que subir– y pasaron entre los pocos árboles que quedaban hasta llegar a un pasto cubierto de nieve que llevaba al Sendero Atronador. A la luz de la luna parecía un reluciente río negro, bordeado a ambos lados por sucia aguanieve donde la nieve empezaba a derretirse. En el lado opuesto, más pasto separaba el Sendero Atronador de las cercas que rodeaban las guaridas de Dos Patas, hechas de piedra roja.

—¿Eso es un Sendero Atronador? —preguntó Zarpa Ululante, con los ojos muy abiertos.

—Así es —le dijo Genista—. Supongo que no habrás visto uno antes.

—No, Nube Negra nunca me llevó tan lejos del campamento —Zarpa Ululante contestó. Estiró una pata para tocar la superficie, luego saltó hacia atrás con un chillido de sorpresa—. ¡Es duro! ¡Y frío!

Genista empujó suavemente a su aprendiz lejos del borde.

—No nos acercamos a los Senderos Atronadores a menos que sea necesario —maulló—. Son peligrosos.

Zarpa Ululante parpadeó sorprendido.

—¿Por qué? No se *ven* peligrosos.

—¿Recuerdas los lindos armiños que no parecían peligrosos? —Corvino Plumoso le dio un codazo en el hombro a Zarpa Ululante—. Ellos…

Se interrumpió al oír un rugido, débil al principio, pero que pronto se hizo más fuerte. Unos brillantes ojos amarillos iluminaban la superficie del Sendero Atronador, y los gatos se agazaparon en el borde mientras el monstruo pasaba gruñendo sobre sus redondas patas negras. Su pelaje fue sacudido por el viento de su paso mientras retrocedían, casi ahogados por el aire acre.

—¿Eso es un monstruo? —preguntó Zarpa Ululante, observando a la enorme criatura mientras desaparecía en la distancia.

—Sí —Genista le dijo—. Y por eso los Senderos Atronadores son peligrosos. Monstruos como ese han matado gatos.

Corvino Plumoso creyó que Zarpa Ululante parecía demasiado emocionado como para tomarse en serio las palabras de su mentora. Tenía los ojos muy abiertos y brillantes, y rebotaba sobre las cuatro patas.

—¡Vi un monstruo! —exclamó—. ¡Genial! Espera a que se lo cuente a Zarpa de Pluma y a los demás.

Corvino Plumoso le lanzó una mirada fulminante al aprendiz, y Zarpa Ululante dejó de saltar, sentándose bruscamente y dándose un lametón nervioso en el pelaje del pecho.

Corvino Plumoso puso los ojos en blanco.

—Si ya terminaste… Bien, supongamos que Nube Negra llegó hasta aquí. Necesitamos encontrar su rastro de nuevo. Trabajemos a lo largo del borde del Sendero Atronador en ambas direcciones. Y *tú* —añadió a Zarpa Ululante—, no apartarás ni una pata del pasto, o me encargaré de que le quites las garrapatas a los veteranos durante las próximas tres lunas.

—Correcto —agregó Genista—. Y nada de patrullas de caza.

Los ojos del aprendiz volvieron a abrirse de par en par, esta vez de horror ante la idea. Parecía aun más asustado por las amenazas que por el monstruo. Al observarlo, Corvino Plumoso se dio cuenta de que se mantenía alejado del Sendero Atronador, sondeando el pasto afanosamente con la nariz.

Fue Zarpa Ululante quien encontró el rastro que buscaban.

—¡Aquí! Por aquí! —chilló.

Ventolero fue el primero en llegar hasta él, olfateando con avidez el lugar donde señalaba Zarpa Ululante.

—Tiene razón. Ese es el olor de Nube Negra. —Sus ojos ámbar brillaban de felicidad y alivio—. Los zorros no la atraparon.

Corvino Plumoso saltó a lo largo del borde del Sendero Atronador y probó el aroma por sí mismo. Sintió alivio al reconocer no solo el olor de Nube Negra, sino también un rastro del de Tejo.

—¡El olor de Tejo está aquí! —anunció triunfante—. ¡*Sí* se encontró con Nube Negra!

—¿Y a dónde se fue desde aquí? —Cola Brecina preguntó.

Aunque buscaron durante largo rato, no pudieron encontrar más rastros del olor de Nube Negra. Ventolero estaba cada vez más nervioso, rasgando el pasto con las garras. La frustración de Corvino Plumoso estaba llegando a su punto más alto cuando de repente se dio cuenta de cuál era el problema.

—Tejo dijo que Nube Negra entró al Poblado —maulló—. Estamos buscando en el lado equivocado del Sendero Atronador.

—¿Al Poblado? —El tono de Ventolero era abrasivo—. ¡Ella nunca habría hecho eso!

Corvino Plumoso agitó la oreja con irritación.

—Normalmente, no —coincidió—, pero estaba herida, demasiado grave para que Tejo la ayudara. Él dijo que le dijo a ella que fuera al Poblado de los Dos Patas a por ayuda.

Ventolero parecía dudoso.

—Ella nunca confiaría en un Dos Patas para que la curara —insistió.

—Podría haberlo hecho —replicó Corvino Plumoso—, si fuera su única opción. Recuerda que estaba lejos de casa, separada por zorros de *cualquier* curandero, no solo de Vuelo de Azor.

Ventolero se volvió y miró las luces más allá del Sendero Atronador.

—Sé que parece raro —contestó Cola Brecina, apoyando la punta de la cola en el hombro de Ventolero—, pero ¿por qué Tejo le mentiría a Corvino Plumoso? Además, puede que Nube Negra al menos quisiera cruzar el Sendero Atronador para escapar de los zorros. Vayamos a ver.

Después de un momento, Ventolero se volvió y asintió con la cabeza.

Aliviado, Corvino Plumoso guió a los gatos de vuelta al lugar donde Zarpa Ululante había encontrado el rastro de Nube Negra. Alineándolos a lo largo del borde del Sendero Atronador, maulló:

—No debería ser muy difícil. La mayoría de los monstruos no salen de noche. Pero debemos tener cuidado. Esperen mi orden, y cuando diga «corran», *¡corran!*

—Zarpa Ululante, quédate a mi lado —Genista añadió.

El aprendiz temblaba de emoción mientras esperaba con sus compañeros de Clan. Corvino Plumoso miró atentamente en ambas direcciones, pero no había señales de ningún monstruo, ni siquiera un rugido lejano.

—De acuerdo —maulló—. ¡Corran!

Saltó hacia adelante, tan rápido que sus patas apenas tocaban la superficie dura y negra. Ventolero y Cola Brecina estaban a su lado, Genista y Zarpa Ululante un paso por detrás. Pero antes de que llegaran al otro lado, un chillido estridente rompió el silencio de la noche. Una luz deslumbrante los cubrió y el viento les erizó el pelaje cuando el monstruo pasó, apenas a una cola de distancia de sus patas voladoras.

Todos se desplomaron, jadeantes, al otro lado del Sendero Atronador.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó Genista—. Creía que éramos carroña.

Ventolero se levantó de un salto.

—Bueno, estamos bien —maulló impaciente—. Sigamos buscando.

Corvino Plumoso lanzó una mirada a su hijo, mitad orgullosa y mitad incrédula. «*Todavía me tiemblan las patas* —reflexionó—, *pero si a Ventolero también le tiemblan, no podría importarle menos. Esta búsqueda de Nube Negra realmente está sacando lo mejor de él*».

Esta vez Cola Brecina tomó la delantera, zigzagueando por el borde del Sendero Atronador. Después de unos latidos se detuvo, su cola se levantó en el aire mientras bajaba la cabeza para olfatear el pasto. Un momento después levantó la cabeza.

—Aquí —maulló.

Corvino Plumoso saltó hacia ella, con el corazón palpitándole de esperanza. Ventolero estaba firme sobre sus patas, y los dos inclinaron la cabeza junto a Cola Brecina. El rastro era débil, pero cuando Corvino Plumoso sintió el olor familiar, sintió que la esperanza se hinchaba en su interior. «*Ahora* sabemos *que Tejo tenía razón* —pensó—. *Escapó de los zorros y se adentró en el Poblado de los Dos Patas. Si tan solo puedo encontrarla, todavía tengo la oportunidad de hacer las paces con ella*».

Dejó a Ventolero tomar la delantera mientras avanzaban junto a las guaridas de Dos Patas, siguiendo los últimos vestigios del rastro de Nube Negra. Era difícil distinguirlo entre tantos olores de Dos Patas, perros, otros gatos y monstruos. Pero Ventolero en particular parecía tener un don para seguir el rastro de su madre.

Ya había pasado la medianoche, y la mayoría de las guaridas de Dos Patas estaban oscuras y silenciosas. Algunos monstruos más pasaron junto a ellos, pero no parecían notar a los gatos en su precipitada carrera por el Sendero Atronador. La superficie negra parecía no tener fin, con la larga hilera de guaridas de Dos Patas a un lado. A Corvino Plumoso le dolían las piernas de cansancio, pero la esperanza le ayudaba a seguir poniendo una pata delante de la otra.

Entonces llegaron a un punto donde el rastro de olor pareció detenerse, inundado por los olores mezclados de varios Dos Patas. «*¿Qué le habrá pasado aquí?* —se preguntó Corvino Plumoso—. *¿Podría algún Dos Patas habérsela llevado? Y si lo hicieron, ¿cómo la vamos a encontrar?*».

Mirando a Ventolero, Corvino Plumoso adivinó por la expresión desolada de su hijo que por su mente pasaban pensamientos similares.

—¿La hemos perdido? —Ventolero escupió con dificultad—. ¿Llegamos tan lejos, para perderla ante un Dos Patas?

Corvino Plumoso tuvo una visión de un Dos Patas oscuro y sin rostro que se agachaba y agarraba a Nube Negra con sus enormes y torpes patas. «*No soporto pensar lo que le haría ese Dos Patas*». Aunque sabía que el solitario tenía buenas intenciones, Corvino Plumoso no tenía fe en la afirmación de Tejo de que la mayoría de los Dos Patas eran amables.

—¡No, miren! —Cola Brecina ahuyentó los pensamientos desesperados de Corvino Plumoso mientras señalaba con la cola la parte inferior de la cerca de Dos Patas. Estaba hecha de tiras lisas de madera, y en un punto una tira se había roto, dejando un agujero dentado—. ¡Apuesto una luna de patrullas del alba a que pasó por aquí!

Corvino Plumoso pensó que era bastante probable. «*Si yo estuviera aquí, herido, querría alejarme de ese Sendero Atronador*».

—¿Quieres que lo compruebe? —le preguntó Cola Brecina.

Corvino Plumoso dudó, luego asintió.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Cola Brecina se retorció por el espacio en la cerca, los espinosos pedacitos de madera le raspaban el pelaje. Un momento después, su cara volvió a aparecer en el hoyo, sus ojos brillaban de emoción.

—¡Sí! Su olor está aquí.

El resto de la patrulla siguió a Cola Brecina y se encontraron en un jardín de Dos Patas. Densos arbustos rodeaban un área de pasto que conducía hacia las paredes de la guarida.

—No hagas nada estúpido ahora —Genista le advirtió a Zarpa Ululante—. Puede haber cualquier tipo de problemas alrededor de los Dos Patas.

El aprendiz no contestó, se limitó a asentir fervientemente, con los ojos relucientes y bien abiertos. Obviamente creía que era la mejor patrulla de todas. «*La va a presumir por lunas*», pensó Corvino Plumoso, ocultando su diversión. Entonces, reflexionando que aún no estaban fuera de peligro, añadió a sí mismo: «*Eso espero*».

El rastro oloroso los condujo a través de varios jardines de Dos Patas. A Corvino Plumoso le picaban las patas de temor, preguntándose que pasaría si continuaban siguiéndolo para cuando saliera el sol y los Dos Patas comenzaran a emerger de sus guaridas. «*¿Y qué va a decir Estrella de Bigotes cuando volvamos al campamento?* —se preguntó a sí mismo—. *Nunca creí que estaríamos fuera tanto tiempo*».

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de unos aullidos agudos.

—¡Perros! —Genista exclamó.

Corvino Plumoso se dio la vuelta para ver varios perros filtrándose por un hoyo en la entrada a la guarida de Dos Patas. A primera vista, parecía haber todo un Clan

de ellos, pero rápidamente se dio cuenta de que solo eran cinco. Antes de que cualquiera de los gatos pudiera reaccionar, estaban rodeados y acorralados contra una esquina entre la guarida y la cerca. Erizando el pelo para parecer lo más grande posible, Corvino Plumoso arqueó el lomo y siseó a los perros.

—¡Atrás, mantos pulgosos!

Los perros brincaban a su alrededor, con las orejas desplomadas y las lenguas colgantes. Seguían lanzándose velozmente hacia los gatos, tratando de morderles los cuellos y piernas, y golpeándolos con sus enormes zarpas.

—Creo que solo están jugando —maulló Cola Brecina—. Son solo cachorros, ¡cachorros de perro!

—¿Cachorros? —Ventolero repitió, incrédulo—. ¡Mira su tamaño!

—No me importa si *son* cachorros —espetó Genista, apretándose contra la cerca para evitar que una enorme lengua le atravesara el hocico—. ¡Les arrancaré las orejas si no se detienen!

—No, no los lastimen —protestó Cola Brecina—. Trepen la cerca. Los distraeré.

Inmediatamente Ventolero dio un paso adelante para ponerse hombro a hombro con ella.

—No te voy a dejar.

Cola Brecina lo empujó.

—Ve, cerebro de ratón. Estaré bien.

Corvino Plumoso pudo ver que Ventolero estaba decidido a no moverse.

—Me parece que tiene razón —maulló—. Vamos. Podemos bajar otra vez si se mete en problemas.

Murmurando algo en voz baja, Ventolero obedeció. Genista y Zarpa Ululante ya habían subido por la cerca y estaban equilibrados de manera precaria en la cima. Ventolero se les unió, y Corvino Plumoso lo siguió.

Mientras tanto, Cola Brecina brincaba de aquí a allá, moviéndose en frente de los cachorros de perro y esquivando sus zarpas. Tan pronto como vio que sus compañeros de Clan estaban a salvo, estiró una pata delantera, golpeándole la nariz al cachorro de perro que estaba más adelante. La cría saltó hacia atrás; sus aullidos se transformaron en chillidos agudos. Los aullidos juguetones de los otros cachorros se volvieron agresivos, y avanzaron gruñendo hacia Cola Brecina. Pero la guerrera fue demasiado rápida para ellos. Subió a la cerca para unirse a los demás antes de que los cachorros de perro pudieran alcanzarla. En el mismo instante, se abrió la entrada de la guarida. Un Dos Patas se paró en el espacio, aullando con furia.

Corvino Plumoso no esperó a ver qué pasaba después.

—Vamos —instó a los otros, liderando el camino a lo largo de la cerca hasta que hubieron puesto un par de jardines entre ellos y la manada de cachorros.

—¿Ahora qué hacemos? —Genista preguntó—. Perdimos el rastro de Nube Negra, y yo no voy a volver ahí.

Ventolero abrió las fauces para soltar una réplica mordaz, pero claramente se lo pensó mejor y las cerró nuevamente, luciendo miserable.

—Revisemos este jardín —sugirió Corvino Plumoso, reacio a perder la esperanza—. Nube Negra venía en esta dirección. Puede que hallemos su rastro otra vez.

Bajó de la cerca y el resto lo siguió. Pero aunque registraron el jardín de lado a lado, no había señales del olor de Nube Negra. «*Tendremos que volver* —pensó Corvino Plumoso—. *Quizá el Dos Patas se habrá llevado a los cachorros adentro*».

Pero antes de que pudiera hacer la sugerencia, Cola Brecina se le acercó y le tocó el hombro con una pata.

—Mira —maulló, señalando con la cola.

Corvino Plumoso levantó la cabeza para mirar hacia donde señalaba. En una cornisa en el muro a unas cuantas colas de distancia del suelo, habían dos mininos caseros durmiendo. Una era una carey rolliza con un manto arrugado, y el otro era un gato negro con el pecho y las patas blancas.

—Mascotas —murmuró—. ¿Qué tiene?

—¡Podrían haber visto a Nube Negra!

Corvino Plumoso se dio cuenta de que Cola Brecina tenía razón. «*¡Estoy tan cansado que me estoy volviendo estúpido!*». Sin dudarlo saltó a la cornisa y le pinchó el costado a la rolliza gata carey.

—¡Hey, mascota! Despierta.

La gata carey abrió los ojos, y le dedicó a Corvino Plumoso una mirada poco amistosa.

—Quienquiera que seas, lárgate. Estoy durmiendo —respondió. Arrugó la nariz como si no le agradara el olor desconocido de Corvino Plumoso.

El guerrero la pinchó otra vez, con más fuerza.

—Ya no. Tenemos que hablar.

A estas alturas el gato negro y blanco también estaba despierto.

—¿Quién eres, y qué quieres? —preguntó, irritable—. ¿No sabes que es de mala educación despertar a un gato dormido?

Antes de que Corvino Plumoso pudiera contestar, Cola Brecina habló desde el jardín.

—Lamentamos molestarlos, pero necesitamos su ayuda. —A Corvino Plumoso le añadió—: No cuesta nada ser educado. —Y en voz baja, apenas lo suficientemente alto para que la escuchara—: ¡Estúpida bola de pelo!

«*¿Qué hay de educación para tu antiguo mentor?*», pensó.

Mientras esperaba que los mininos caseros respondieran, Corvino Plumoso saboreó el aire y creyó poder captar el olor de Nube Negra, más fuerte que los vestigios en el bosque y junto al Sendero Atronador. Le picaron las patas de esperanza. «*¡Debe estar aquí en algún lado! ¿O solo estoy imaginando cosas?*».

La mascota carey miró de Corvino Plumoso a Cola Brecina y viceversa.

—Bien, ¿qué podemos hacer por ustedes? —murmuró groseramente.

—Estamos buscando a una amiga nuestra —Cola Brecina explicó, mientras sus otros compañeros, que aún registraban el jardín, se le acercaron para oír.

—Un gato llamado Tejo dijo que habían venido por aquí —añadió Corvino Plumoso—. ¿Lo conocen?

—¿Tejo? —La carey estiró las mandíbulas en un enorme bostezo—. ¿Tejo, como el juego?

—Como el *árbol* —contestó Corvino Plumoso, reprimiendo un ronroneo de diversión.

—Qué nombre tan raro —la minina casera exhaló—. No, no lo conocemos.

—Nuestra amiga es negra, y algo delgada —continuó Corvino Plumoso, mirando la redonda forma de la mascota—. Y probablemente tenía una herida sangrienta.

—¿La han visto? —Ventolero preguntó con impaciencia.

—Oh sí, la hemos visto —el gato negro y blanco maulló, con una mirada a la carey, quien asintió brevemente.

Corvino Plumoso sintió una ola de alivio, y pudo ver que sus compañeros de Clan la compartieron. Zarpa Ululante saltó al aire y dejó escapar un chillido de triunfo.

—¡Sí! ¡La encontramos! —Para variar, nadie le dijo que se callara.

—Apareció hace un tiempo, en el jardín de al lado. —El gato apuntó con las orejas hacia la dirección por la que habían venido los gatos de Clan—. Era rara… No dejaba de maullar que tenía que regresar a su «Clan». Decía que sus «compañeros de Clan» estarían buscándola.

—Y no quería jugar al acecho con nosotros —la gata añadió—. Dijo que era una «guerrera», y que ese era un juego de cachorros.

—¿Eso qué tiene de raro? —preguntó Ventolero, erizándose—. *Nosotros* somos sus compañeros de Clan, y estamos buscándola. Vinimos a llevarla a casa.

Las dos mascotas intercambiaron una mirada sorprendida; Corvino Plumoso creyó que les impresionó el hecho de que Nube Negra había estado diciendo la verdad.

—Pensamos que debía de haberse golpeado la cabeza —admitió la carey—. Estaba hablando de todo tipo de cosas locas, ¡como gatos hechos de *estrellas*! ¡Y de pelear con gatos que ya estaban muertos! ¿Quién se creería eso?

Corvino Plumoso suspiró. «*¿Qué tan estúpidos son estos dos? No tienen ni idea del Clan Estelar, vivir con Dos Patas debe de volverlos ciegos*».

—¿Y dónde está ahora? —preguntó con brusquedad.

—Los amos de la casa de al lado la acogieron —el gato respondió—. Y probablemente se alegrarán de librarse de ella. Es muy malhumorada, malagradecida, siempre tratando de arañarlos y escapar.

«*¿Aún está aquí al lado?*». Por un momento, a Corvino Plumoso le costó recuperar el aliento. Apenas podía creer que estaban tan cerca de Nube Negra, después de esperar y viajar tanto. «*¡Pero lo sabía!* ¡Sí *que sentí su olor!*».

—Gracias —le maulló a los mininos caseros—. Los dejaremos dormir.

—Gracias al cielo por eso —contestó la gata carey, enroscando la cola por encima de su nariz y cerrando los ojos.

—Buena suerte —maulló el gato.

Corvino Plumoso bajó de la cornisa y se unió a sus compañeros de Clan. La cerca que separaba este jardín del de al lado tenía huecos entre las lisas tiras de madera, y fue fácil para los gatos del Clan del Viento deslizarse entre ellas.

Tan pronto como emergieron al siguiente jardín, captaron el olor de Nube Negra nuevamente, pero no estaba en ningún lado.

—Los mininos caseros dijeron que siempre está tratando de escapar —Cola Brecina señaló—. Eso quiere decir que los Dos Patas deben de estarla manteniendo en su guarida.

Zarpa Ululante dejó escapar un jadeo.

—¿Quieres decir que tenemos que entrar… *ahí*?

Al ver los ojos del aprendiz bien abiertos y su manto erizado, Corvino Plumoso no pudo decidir si estaba encantado o aterrado.

—Tal vez —respondió—. Primero tenemos que encontrar a Nube Negra.

Estudiando la guarida de Dos Patas, Corvino Plumoso avistó un gran hueco en la pared, que empezaba a la altura del suelo y se elevaba varias colas de distancia por encima de su cabeza. Estaba bloqueado por el material brillante y transparente que los Dos Patas usaban para tapar los agujeros en las paredes, pero nunca había visto un agujero tan grande.

Cuidadosamente, Corvino Plumoso avanzó hasta el hueco, haciéndole un gesto con la cola a sus compañeros para que lo siguieran. Mirando a través del material transparente, en un inicio Corvino Plumoso se sintió confundido; necesitó un momento para encontrarle sentido a lo que estaba viendo. Pero entonces ignoró el extraño material de Dos Patas y se centró en algo más familiar: un lecho, aunque en vez de musgo y helechos, este parecía estar hecho de ramitas entrelazadas y forrado con una suave capa blanca. Dentro del lecho estaba Nube Negra. Estaba enroscada, dormida. Corvino Plumoso podía ver cómo su lustroso cuerpo negro subía y bajaba mientras respiraba: respiraciones fuertes y constantes que mostraban que debía de haberse recuperado de sus heridas. Un extraño objeto blanco, como una dura hoja rizada, le rodeaba la cabeza.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exhaló, tan aliviado de ver una figura familiar que creyó que nunca volvería a ver. «*¡Nube Negra!*».

—¡Oh, está a salvo! —La voz de Ventolero lo sacudió cuando se apretó contra la brillante barrera.

Entonces Nube Negra se movió dormida, el objeto-hoja chocó contra su suave lecho. Corvino Plumoso jadeó atónito cuando captó el olor de un segundo gato, y vio que lo que creyó que era material de lecho, como algún tipo de musgo de Dos Patas, era otro gato enroscado en el lecho con ella, un blanco y peludo minino casero.

¡Un minino casero *macho*!

Capítulo 24

Por un momento Corvino Plumoso se congeló, seriamente impactado por la aparición del minino casero. Un impacto de sorpresa lo atravesó, junto con una punzada de celos que no quería admitir. El murmullo emocionado de sus compañeros de Clan le hizo recuperarse. Al menos estaban demasiado concentrados en Nube Negra como para haber visto su reacción.

Sus compañeros se amontonaron contra la barrera, golpeándola con las patas delanteras. Finalmente Nube Negra se movió, levantó la cabeza, y luego saltó del lecho y brincó hasta unírseles, su expresión estaba llena con la sorpresa del reconocimiento. La extraña hoja blanca todavía se aferraba a su cuello, rodeándole la cara. Corvino Plumoso supuso que era algún tipo de trampa de Dos Patas que Nube Negra no se podía sacar.

La barrera estaba dividida a la mitad por una brillante tira que bajaba por el medio. Había un diminuto hueco entre ambas secciones, y Nube Negra estiró el cuello fuera de la hoja blanca y metió la nariz en el hueco para poder hablar con sus compañeros de Clan.

—Bueno, se tomaron su tiempo para encontrarme —maulló, aunque Corvino Plumoso podía ver por sus ojos brillantes que estaba feliz y emocionada de verlos.

Irritado por el movimiento de Nube Negra y el ruido de sus maullidos, el gato blanco se despertó y dejó el lecho para ponerse a su lado. La malhumorada expresión en su cara aplastada mostraba que no compartía la felicidad de Nube Negra.

—Hola —maulló—. ¿Qué es todo esto?

Todos ignoraron su pregunta. Corvino Plumoso no le dedicó más que una mirada desdeñosa, observando su cuerpo regordete y su largo pelaje blanco, perfectamente cuidado.

—¿Cómo podemos sacarte de aquí? —le preguntó a Nube Negra.

—Esta puerta se desliza y se abre —Nube Negra explicó, señalando la barrera transparente con la cola—. Quizá si empujamos…

—Vale la pena intentarlo —coincidió Ventolero, moviendo los bigotes con energía.

—Hey, tengan cuidado —el gato blanco les advirtió—. No deben romper las cosas de nuestros amos de casa. ¿Y quiénes dijeron que eran ustedes?

Nube Negra le dedicó un movimiento desdeñoso de la cola.

—No ahora —maulló—. Te explicaré en un momento.

Corvino Plumoso y los otros empujaron desde fuera, y Nube Negra desde dentro, pero no había nada que pudieran agarrar con las patas, y la barrera no se movió.

—Es inútil —Ventolero maulló al fin, resoplando mientras retrocedía. Corvino Plumoso creyó que su entusiasmo menguaba, como si empezara a dudar que se reuniría con su madre después de todo—. Necesitamos otro plan.

—Tenemos que hacer que los Dos Patas la abran —respondió Corvino Plumoso.

—Pero los Dos Patas estarán dormidos —señaló Cola Brecina.

—Eso es cierto —el gato blanco intervino—. Y *en serio* no les gusta que los despierten.

—Excremento de zorro con eso. Si necesitamos despertarlos, los despertaremos.

—¡Yo sé cómo! —chilló Zarpa Ululante, brincando de emoción—. ¡Puedo aullar *muy* fuerte!

—Bien, entonces… —Corvino Plumoso comenzó.

Fue interrumpido por el gato planco, quien se acercó.

—¿Todo esto es realmente *necesario*? —le preguntó a Nube Negra—. ¿No puedes simplemente quedarte conmigo? Sabes lo peligroso que es ahí fuera. ¡Solo mira! ¡Hay *nieve* en el suelo!

—Bien visto —murmuró Corvino Plumoso.

—Y fíjate lo mucho que se tardaron estos gatos en venir a buscarte —continuó el gato blanco—. ¡Días y días! ¿Qué tanto les importas en verdad?

Nube Negra se giró lentamente para enfrentar al minino casero y se detuvo por un largo momento. Corvino Plumoso medio esperó que le diera a la criatura entrometida un golpe en la nariz, pero en realidad su voz fue amistosa cuando contestó.

—Lo siento, Pepinillo, pero siempre te he dicho que soy una gata de Clan. Pertenezco al páramo.

«*¿Pepinillo?* —Corvino Plumoso pensó—. *¿Qué clase de nombre para un gato es ese?*».

El gato entrecerró los ojos y dejó escapar un gruñido; Corvino Plumoso lo fulminó con la mirada a través de la barrera. «*¿Acaso se cree que Nube Negra le pertenece?*».

Por un momento, la gata negra se quedó quieta, mirándolo, pensativa.

—¿Te gustaría venir conmigo? —preguntó eventualmente.

«*¿Que venga con ella al Clan del Viento?*». Corvino Plumoso se sintió furioso, y vio que Ventolero le daba a su madre una mirada de estupor vacío. «*¿En qué está pensando? ¡Es una mascota! Todo ese bobo pelaje blanco se enredaría de abrojos*». Corvino Plumoso tuvo que admitir que disfrutaba imaginándoselo.

Para su alivio, el gato apartó la cabeza torpemente.

—No puedo hacer eso —le dijo a Nube Negra—. Mi trabajo es cuidar a los amos de casa. Es muy importante. No puedo simplemente levantarme e *irme*.

—Puedo verlo —suspiró Nube Negra, sonando como si estuviera realmente apenada—. Lo siento, entonces, pero tendremos que separarnos.

Corvino Plumoso sacudió la cabeza con impotencia. «*No puedo creer que esté escuchando esto*».

—Bien —maulló él bruscamente, volviéndose hacia sus compañeros de Clan—. Cola Brecina y Zarpa Ululante, hagan el ruido más fuerte que puedan. Tenemos que despertar a los Dos Patas y hacer que abran la puerta.

—¿Y yo qué? —Ventolero preguntó. Todavía sonaba dudoso de que el plan funcionara.

—Tú y yo vamos a vigilar a los Dos Patas cuando bajen, y asegurarnos de que una vez que la puerta esté abierta, no impidan que Nube Negra salga.

Ventolero enseñó los dientes y flexionó las garras, la determinación expulsó su incertidumbre.

—Puedo hacerlo.

—Sí, pero no los ataques a menos que tengas que hacerlo —le dijo Corvino Plumoso—. No queremos empezar más problemas de los que podemos manejar.

Ventolero lo miró por un momento, como si tuviera ganas de desafiar sus órdenes. Abrió las mandíbulas, luego miró a Nube Negra y claramente decidió que protestar no valía la pena; lo más importante era recuperar a su madre. Hizo un gesto seco con la cabeza a Corvino Plumoso.

—¿Y yo? —Genista maulló.

—Puedes limitarte a vigilar en general y acudir cuando se te necesite— respondió Corvino Plumoso—. ¿Estás lista, Nube Negra?

—Listo como nunca lo estaré.

—De acuerdo. —La mirada de Corvino Plumoso recorrió el pequeño grupo de sus compañeros de Clan—. Hagámoslo.

Al instante, Cola Brecina y Zarpa Ululante echaron la cabeza hacia atrás y soltaron los chillidos más estridentes que Corvino Plumoso había oído jamás. «*¡No me sorprendería que nuestros compañeros de Clan lo hubieran oído desde allá en el campamento!*».

Mientras tanto, él y Ventolero se agazaparon uno a cada lado de la barrera transparente, listos para cuando aparecieran los Dos Patas. Genista se retiró a las sombras de un arbusto.

Los horribles aullidos habían continuado durante varios latidos antes de que una luz apareciera en uno de los huecos de la pared, cerca de la cima de la guarida de los Dos Patas. «*Los Dos Patas deben de habernos oído*», pensó Corvino Plumoso, con el corazón latiéndole más deprisa por la expectación.

Un momento después, oyó el ruido sordo de pasos pesados, y el espacio detrás de la barrera fue iluminado por lo que parecía un pequeño sol, cerca del techo. Apareció un Dos Patas macho, vestido con una especie de manto largo y holgado. Una hembra más pequeña lo siguió, y se agachó, metiendo la mano dentro de la hoja blanca para acariciar la cabeza de Nube Negra. Corvino Plumoso vio que se ponía rígida al contacto, y supuso que se estaba conteniendo para no arañarla.

—Vamos… —Ventolero murmuró—. Abran.

El Dos Patas macho hizo algo con la tira brillante que separaba las dos partes de la barrera, y luego deslizó una de ellas hacia atrás. Salió al jardín, aullando algo y mirando a su alrededor para ver de dónde venía el ruido.

Nube Negra se levantó de un salto y estaba a punto de salir cuando el gato blanco se movió de repente, sentándose sobre sus ancas y estirando el cuello hacia arriba. Corvino Plumoso sintió que se le erizaba el pelo del cuello al adivinar, demasiado tarde, lo que el minino casero estaba a punto de hacer. Un latido después, Pepinillo soltó un chillido que casi ahogó el alboroto del jardín. Inmediatamente, la Dos Patas hembra se volvió hacia él, agarrando a Nube Negra. La guerrera forcejeó en su agarre, pero no pudo liberarse.

—¡Ese manto sarnoso! —rugió Ventolero—. Está intentando estropear nuestro plan para que Nube Negra se quede. ¡Lo voy a *masacrar*!

Corvino Plumoso lo bloqueó a tiempo para impedir que entrara en la guarida para atacar al minino casero.

—No, si entras ahí podrías quedar atrapado —maulló—. Y entonces tendríamos que rescatarlos a los dos. Ahora mismo, tenemos que sacar a Nube Negra.

Ventolero dudó un momento, luego esquivó a Corvino Plumoso y se metió en la guarida. En lugar de atacar a Pepinillo, se desvió a un lado, saltando hacia la Dos Patas hembra. Ella dejó escapar un chillido, tropezando un paso hacia atrás. Al mismo tiempo, Nube Negra se retorció, deslizándose fuera de su alcance y aterrizando en el suelo con un golpe.

—¡Fuera! ¡Ventolero, fuera! —aulló Corvino Plumoso.

Se alejó corriendo de la guarida y de la luz que salía de ella, hacia las sombras del borde del jardín. Mirando hacia atrás, vio que Nube Negra y Ventolero lo seguían. El Dos Patas macho intentó agarrar a Nube Negra, pero ella lo esquivó y siguió corriendo, mientras Genista pasó corriendo entre sus patas traseras, casi haciéndolo tropezar.

Cola Brecina y Zarpa Ululante dejaron de chillar y se unieron a ellos en su huida, con Genista en la retaguardia.

—¡Esto es divertido! —exclamó Zarpa Ululante, con los ojos brillantes.

Corvino Plumoso sintió un destello de irritación por la forma en que el aprendiz estaba disfrutando de todo esto. Pero luego reflexionó que al menos Zarpa Ululante estaba superando una situación peligrosa y desempeñando un papel útil, sin perder los nervios. «*¿De qué sirve regañarlo?*».

Cuando llegaron a la cerca, Nube Negra se volvió un momento.

—¡Lo siento, Pepinillo! —llamó de nuevo al gato blanco.

Los gatos no pararon de correr hasta que habían cruzado el Sendero Atronador y llegaron a las afueras del bosque. Entonces Corvino Plumoso sintió que era seguro aminorar la marcha, aunque mantuvo las orejas aguzadas y el olfato alerta ante cualquier señal de los zorros.

Ventolero caminaba junto a su madre, su manto rozando el suyo, y apenas miraba dónde ponía las patas porque su mirada estaba fija en ella. Sus ojos estaban llenos de preocupación por ella, y de alivio por tenerla de vuelta. Corvino Plumoso pensó que casi parecían una familia, aunque seguía sintiéndose separado de ellos dos.

Ventolero nunca lo había mirado así. Y Nube Negra ciertamente nunca había mirado a Corvino Plumoso con el amor que ella sentía por Ventolero.

—¿Qué te pasó? —le preguntó a Nube Negra—. ¿Cómo acabaste en esa guarida de Dos Patas?

—Es una larga historia —respondió la gata negra, rascando la cosa de hoja blanca—. Antes de seguir, quítenme esto, ¿quieren? No puedo hacerlo yo sola.

Ventolero y Cola Brecina se unieron, arañando y mordiendo la cosa blanca hasta que finalmente la arrancaron. Corvino Plumoso se acercó y la olfateó con curiosidad. Llevaba el olor de los Dos Patas y de Nube Negra, pero eso no le decía mucho.

—¿Para qué era eso? —preguntó.

—Pepinillo me dijo que se suponía que era para que no me metiera con mi herida —explicó Nube Negra con un movimiento desdeñoso de la cola—. ¡Como si fuera tan estúpida!

Corvino Plumoso movió los bigotes con diversión.

—¡Dos Patas cerebros de pulga! Creen que tenemos el sentido común de un gorrión.

Nube Negra suspiró.

—Es enloquecedor. De todos modos, estaba herida luchando contra los armiños en los túneles, y me perdí por completo allí. Cuando por fin salí, me di cuenta de que estaba en territorio del Clan del Trueno. Intentaba volver al Clan del Viento, pero cuando me detuve junto a un estanque para beber un poco, tres zorros me sorprendieron.

—Encontré ese lugar —Corvino Plumoso le dijo—. Olí tu sangre y tu miedo. Pensé que debías de estar muerta.

—Pensé que me dirigía al Clan Estelar —admitió Nube Negra—. Intenté huir de los estúpidos mantos sarnosos, pero estaba tan herida y cansada que podrían haberme atrapado fácilmente. —Dio un azote furioso con la cola—. Si los armiños no me hubieran herido, no hay *forma* de que esos zorros se hubiesen acercado.

—¿Pero no te hirieron? —Ventolero parecía completamente horrorizado por la historia de su madre.

Nube Negra lo acarició con el hocico, reconfortándolo.

—No. Solo me hicieron ir a dónde ellos querían. Creo que estaban jugando conmigo. O tal vez si pueden llevar a su presa a su guarida en sus propias patas, no tendrían que cargarla, ¿no? Quería trepar a un árbol, pero no tenía fuerzas ni para eso.

Cola Brecina rozó con la cola el costado de Nube Negra.

—Eso suena terrible. ¿Cómo escapaste?

Nube Negra se dio un lametón avergonzado en el pelo del pecho.

—Odio decir esto, pero fueron un Dos Patas y sus perros los que me salvaron. Estaban paseando por el bosque y los perros, dos cosas grandes y apestosas, espantaron a los zorros.

—¿Fue el Dos Patas que te llevó de vuelta a su guarida? —Ventolero preguntó.

—No, también escapé de él —le dijo Nube Negra—. Conocí a un gato llamado Tejo al borde del bosque, y…

—Yo también lo conocí —Corvino Plumoso interrumpió—. Así es como supimos que teníamos que venir a buscarte al Poblado de los Dos Patas.

Nube Negra asintió.

—Tejo es un gato raro, pero decente —maulló—. Él fue quien me dio la idea de ir a pedir ayuda a los Dos Patas. «Solo gime lastimosamente», me dijo, «y harán cualquier cosa por ti».

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Cola Brecina.

—Seguí el consejo de Tejo y crucé el Sendero Atronador hacia el Poblado de los Dos Patas —respondió Nube Negra—. Supuse que los zorros no se atreverían a seguirme hasta allí. Terminé en el jardín de la guarida donde me encontraron. Esos Dos Patas me llevaron a una guarida llena de olores repugnantes. El Dos Patas que vivía allí me dio una especie de semilla blanca y redonda que me hizo dormir. Cuando desperté, me había curado la herida, miren.

Nube Negra se volvió hacia un lado. Mirándola más de cerca, Corvino Plumoso pudo ver una mancha en su costado donde el pelaje había sido raspado y apenas comenzaba a crecer de nuevo. En medio de la zona desnuda había una larga herida, con los bordes unidos por pequeños trozos de zarcillo.

—Raro… —murmuró, olfateando la herida—. Me pregunto si Vuelo de Azor podría curar heridas así.

Nube Negra sacudió la cabeza.

—Tal vez. Parecía terriblemente complicado. De todos modos, entonces el Dos Patas curandero me puso esa estúpida cosa blanca alrededor del cuello —continuó, señalando la hoja con la cola.

—¿Y luego qué pasó? —Ventolero preguntó. Miraba a su madre con asombro, tal vez por la historia que estaba contando, tal vez aún incapaz de creer que por fin la tenían de vuelta.

Nube Negra se encogió de hombros.

—No mucho. Los Dos Patas me llevaron a su guarida, y supuse que me quedaría allí hasta que me sintiera lo bastante bien como para escapar y volver al campamento.

Corvino Plumoso dudó. No sabía muy bien lo que sentía, pero sí sabía que no le gustaba pensar en el minino doméstico blanco y no estaba seguro de querer saber la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer.

—¿Y qué hay de ese gato? —maulló al fin.

—¿Pepinillo? —Nube Negra soltó un pequeño ronroneo de risa—. Era mi amigo. Era simpático, para ser un minino casero.

«*¿Simpático? ¿Un minino casero?*». Corvino Plumoso miró fijamente a su expareja. «*¿Qué tan malherida estás? ¿O la medicina de Dos Patas te hizo algo en la cabeza?*».

Estaba claro que Nube Negra no estaba dispuesta a decir nada más, y por fin Corvino Plumoso dejó que su mirada se suavizara.

—Me impresiona que hayas sobrevivido a todo eso —declaró.

—Claro que lo hice. Soy una guerrera del Clan del Viento, ¿no?

Se hizo un silencio un poco incómodo mientras los gatos caminaban cansados entre los árboles. Mirando hacia arriba, Corvino Plumoso pudo ver el trazado de las ramas sin hojas contrastando más claramente contra el cielo, y se dio cuenta de que el amanecer no estaba lejos.

«*¿Cómo reaccionará Estrella de Bigotes cuando vuelva al campamento? No le gustará que haya ido tras Nube Negra sin decírselo, y que haya traído a estos gatos conmigo… Solo espero que no se enoje mucho conmigo cuando vea que trajimos a Nube Negra a casa*».

Fue Nube Negra quien rompió el silencio al fin.

—Me sorprende que hayas venido por mí.

El corazón de Corvino Plumoso se apretó y sintió que su manto se calentaba. Ligeramente ofendido, repitió sus propias palabras.

—Claro que lo hice.

—Nunca te habríamos abandonado —añadió Ventolero.

—Sé que *tú* nunca lo harías —Nube Negra maulló, dándole una caricia rápida en la oreja.

Una punzada de celos y culpa sacudió a Corvino Plumoso mientras observaba a su expareja y a su hijo. Los envidiaba a ambos, y a su fácil afecto mutuo. Y Nube Negra tenía razón… *sí* se había dado por vencido con ella. Había tenido razón cuando pensó que no eran realmente una familia. «*No pertenezco a ellos. Ojalá… pero es inútil desearlo*».

El cielo brillaba con la llegada del amanecer cuando los gatos del Clan del Viento cruzaron la frontera con el Clan del Trueno. Corvino Plumoso explicó cómo se habían encontrado con Charca de Hiedra y su patrulla en el camino de ida, y tenían permiso para cruzar en el camino de vuelta.

Nube Negra parecía poco impresionada.

—¡Así que por eso apestan todos al Clan del Trueno! —Olfateó con desdén—. No estoy segura de confiar en que el Clan del Trueno cumpla sus promesas —añadió —. Es mejor que no nos encontremos con ninguno de sus gatos.

Corvino Plumoso estuvo de acuerdo, y la patrulla se escabulló cautelosamente por el territorio del Clan rival, aprovechando cualquier escondite. Cuando llegaron a ver el arroyo fronterizo, Zarpa Ululante se adelantó, listo para correr a la orilla y saltar, pero Genista se le adelantó, saltó delante de él y lo bloqueó.

—¡Espera, cerebro de ratón! —siseó la gata gris y blanca.

Corvino Plumoso se detuvo y saboreó el aire.

—Las marcas olorosas del Clan del Trueno están rancias —informó—. Eso significa que la patrulla del alba aún no ha pasado por aquí. Creo que sería más seguro esperar hasta que hayan pasado.

Nube Negra asintió.

—Buena idea. Y a todos nos vendría bien descansar.

Corvino Plumoso se dirigió al refugio de un montón de helechos, donde él y sus compañeros de Clan se agazaparon con las orejas aguzadas por si se acercaban los gatos del Clan del Trueno. Ventolero y Cola Brecina se acomodaron a ambos lados de Nube Negra, enmascarando su olor con el olor del Clan del Trueno que aún se aferraba a sus pelajes.

—¿Dónde están? —murmuró Ventolero—. ¿Todos roncando en sus lechos?

Por fin Corvino Plumoso oyó el sonido de voces y sintió que el suelo temblaba por los pasos que se acercaban. Asomándose con cautela por debajo de los helechos, vio pasar a la patrulla del Clan del Trueno, con Manto Polvoroso a la cabeza. Todos

se detuvieron, a una cola de distancia del escondite de los gatos del Clan del Viento, mientras Rosella marcaba con su olor la orilla del arroyo. Corvino Plumoso apenas se atrevía a respirar.

Finalmente la patrulla se puso en marcha; Corvino Plumoso esperó, sin fuerzas por el alivio, hasta que les dio tiempo suficiente para alejarse. Salió del grupo de helechos y con la cola hizo señas a los demás para que lo siguieran. Rápidamente se dirigieron a la orilla, saltaron el arroyo, atravesaron los árboles y salieron al páramo.

—¡Gracias al Clan Estelar! ¡Estamos en casa! —jadeó Cola Brecina.

«*Casa* —pensó Corvino Plumoso—. *Pero, ¿será mía? ¿Estrella de Bigotes me querrá de vuelta?*».

Tuvo poco tiempo para pensar en aquello, porque el resto del viaje de vuelta al campamento fue una larga y ardua caminata a través de la nieve. Ya había salido el sol y todos estaban exhaustos; Corvino Plumoso sentía que se le iban a caer las patas. No recordaba la última vez que había dormido, y empezó a sentir un retorcijón como de gusanos en el vientre cuando se preguntó cómo reaccionaría Estrella de Bigotes a su regreso. «*Me gustaría encontrar el conejo más gordo en el montón de carne fresca, ¡y luego acurrucarme en mi guarida y dormir por una luna!* —se dijo a sí mismo—. *Pero lo más probable es que vuelva a vagar por el páramo*».

Pero cuando él y sus compañeros comenzaron a acercarse al campamento, Corvino Plumoso comenzó a sentirse aun más intranquilo. Creyó poder oír voces alzadas de angustia. Y cuando el viento giró para darles directo desde el campamento, trajo consigo un olor desagradable.

Corvino Plumoso tuvo que evitar hacer arcadas.

—¿Qué *es* eso? —exigió.

CAPÍTULO 25

Nadie respondió a la pregunta de Corvino Plumoso. Durante un instante se miraron los unos a los otros con una terrible comprensión, luego se volvieron como uno solo y corrieron sobre la última pendiente del páramo, hasta llegar a la cima de la hondonada.

—¡Oh, Clan Estelar, no! —exclamó Cola Brecina.

Mirando hacia el campamento, Corvino Plumoso vio una escena de completa devastación. Materiales de los lechos yacían esparcidos por todas partes, y los arbustos de aulaga que protegían la maternidad y la guarida de los veteranos estaban medio arrancados. Lo peor de todo era que el centro del campamento parecía estar cubierto con los cuerpos de gatos heridos; Corvino Plumoso no podía saber cuántos de ellos podrían estar muertos. El hedor de la sangre llenaba el aire, junto con un olor persistente, horrible y familiar. El vientre de Corvino Plumoso se estremeció de pánico. «*¡Los armiños atacaron!*».

Dirigió la marcha hacia el campamento, estremeciéndose ante el fuerte olor a miedo y sangre. El primer gato que encontraron fue Rescoldo, que estaba echado de lado y sangrando por un profundo rasguño en el costado. Cuando Corvino Plumoso y la patrulla se acercaron a él, Rescoldo levantó la cabeza y les dirigió una mirada furiosa.

—¡Estrella de Bigotes! —aulló—. ¡Han vuelto!

El líder del Clan del Viento salió de su guarida y se arrastró por el campamento, abriéndose paso entre los cuerpos de sus compañeros de Clan. Corvino Plumoso notó una gran herida de aspecto furioso en su cuello y hombro, y por un momento no pudo concentrarse en nada más. «*¿Qué pasó aquí?*».

Entonces vio que los ojos de Estrella de Bigotes se entrecerraban con furia mientras se detenía frente a Corvino Plumoso y los demás.

—¿Cómo se *atreven* a abandonar el campamento sin decírmelo? —gruñó. Corvino Plumoso se dio cuenta de que el líder del Clan no lo miraba a él; su enojo iba

dirigido a Ventolero, Cola Brecina y Genista—. Supongo que habrán notado —continuó, agitando la cola para indicar el campamento destrozado— que los armiños nos atacaron durante la noche. Y fueron capaces de hacerlo porque —miró a Cola Brecina— nuestra frontera no estaba siendo vigilada.

Los ojos azules de la gata brillaron de culpa, mientras bajaba la cabeza. Pero Corvino Plumoso se dio cuenta de que no se atrevía a hablar.

—¡Fue una batalla terrible! —Estrella de Bigotes continuó—. Costó mucho tiempo ahuyentarlos, y muchos, muchos gatos resultaron heridos.

Corvino Plumoso miró el campamento a su alrededor y los cuerpos de sus compañeros de Clan esparcidos por el suelo. Algunos solo tenían heridas leves, aunque otros apenas podían moverse. Estrella de Bigotes no exageraba. Se trataba de un ataque serio.

—Fue mi idea… —empezó, pero el líder del Clan lo ignoró, como si no hubiera hablado, o incluso como si no estuviera allí.

—Si hubieran estado aquí, como *debían* —Estrella de Bigotes prosiguió—, podrían haber ayudado a contraatacar. Tres guerreros más habrían marcado la diferencia.

La culpa inundó a Corvino Plumoso al darse cuenta de que su líder de Clan tenía razón. Se alegraba de que sus compañeros, especialmente Zarpa Ululante, hubieran evitado resultar heridos en la batalla, pero sabía que deberían haber estado allí, cumpliendo con su deber como guerreros.

—Lo siento —maulló, dejando caer la cola—. Es mi culpa. Yo me los llevé del campamento. Pero tuve una buena razón para hacerlo.

Se hizo a un lado y Nube Negra se acercó. Estrella de Bigotes miró con los ojos muy abiertos a la gata negra, que inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Me alegra verte de nuevo, Estrella de Bigotes.

—Es aún mejor verte a ti —el líder del Clan maulló, con la voz aún cargada de tensión, como una nube de tormenta antes de romperse—. ¿Estás bien?

—Ahora lo estoy —respondió Nube Negra—. Gracias a ellos. —Señaló con la cola a los demás.

—Me alegra oírlo —Estrella de Bigotes contestó—. Pensé que te habíamos perdido para siempre. Más tarde podrás contarme toda la historia, pero ahora hay demasiado que hacer. —Luego se volvió hacia los demás. Su voz se elevó a un gruñido amenazador—. *Yo* soy el líder del Clan, y no tenían derecho a escabullirte. Ustedes… —Estrella de Bigotes se interrumpió cuando su mirada se posó en Cola Brecina, que estaba de pie en la parte posterior del grupo, mirándose las patas—. Cola Brecina, cuando no pude encontrarte después de la batalla, pensé que los armiños te habían atrapado. ¿Cómo crees que me sentí entonces?

Ante eso, Cola Brecina levantó la cabeza.

—Lo siento —maulló—. Pero *tenía* que ir. Quería ayudar.

—Eso es muy noble —respondió Estrella de Bigotes, sonando como si no estuviera seguro de si debía estar furioso con ella o simplemente contento de que estuviera a salvo en casa—. Pero eso no excusa a ninguno de ustedes de romper el código guerrero. Podrían haber costado *vidas* por no estar aquí. De hecho *sí* le costaron una vida a alguien. A mí.

—¿Qué? —preguntó Genista, con el pelaje erizado por la alarma.

—Miren esto —Estrella de Bigotes maulló, señalando su propia herida con la cola—. Los armiños hicieron esto, y me robaron una vida.

Corvino Plumoso cerró los ojos brevemente, sintiéndose como empapado en agua helada. La ausencia de sus compañeros de Clan había sido responsable de que su líder perdiera una vida. «*¿Podría ponerse peor?*». Cuando un gato se convertía en líder de Clan, recibía nueve vidas del Clan Estelar, pero cuando tenía que guiar a su Clan hacia el peor de los peligros, no podía permitirse desperdiciar ninguna de esas vidas. «*No sé cuántas vidas le quedan a Estrella de Bigotes, pero no pueden ser muchas*».

Corvino Plumoso quería defenderse a sí mismo y a sus compañeros de Clan, señalar que no tenían ni idea de que los armiños atacarían, pero al ver la furia en el rostro de Estrella de Bigotes, sabía que sería una muy mala idea.

Pero Ventolero no tuvo tanto tacto.

—¡No es nuestra culpa! —replicó—. Si nos hubieras dejado terminar de bloquear los túneles, como Lebrón quería, en vez de volver al campamento cuando oscureció, los armiños no habrían podido salir… al menos no por nuestro lado.

Corvino Plumoso miró a su líder, sintiéndose extrañamente excluido. «*Lebrón quería terminar de bloquear los túneles, ¿pero Estrella de Bigotes dijo que no?*». Todo lo que Ventolero describió había sucedido mientras él no estaba. Y sintió una tristeza inesperada al darse cuenta de que la vida del Clan había continuado sin él.

También estaba claro que Estrella de Bigotes había tomado la decisión equivocada. Se estremeció al pensar en lo que podría haber pasado. «*En cierto modo, tuvimos suerte de que los armiños no atacaran al Clan del Trueno* —pensó—. *Estrella Zarzosa habría estado tan furioso como Estrella de Bigotes, y no necesitamos más problemas de su parte*».

Estrella de Bigotes fijó su mirada en Ventolero.

—La última vez que miré, no eras líder del Clan, ni siquiera lugarteniente —gruñó—. Pensé que habías aprendido la lección después de la Gran Batalla, pero ahora no estoy tan seguro. ¿Eres un gato leal del Clan del Viento? —exigió saber.

—Por supuesto que lo soy —Ventolero respondió sin dudarlo.

—Entonces será mejor que empieces a *actuar* como tal —espetó Estrella de Bigotes—. ¡Te estaré vigilando!

Ventolero abrió las fauces para defenderse, pero Cola Brecina le tapó la boca con la cola y le dedicó una advertencia con un movimiento de cabeza. Ventolero se calmó, y su rostro se llenó de su familiar expresión hosca.

Mirando a su hijo, Corvino Plumoso se sintió tan pequeño y miserable como un cachorro mojado. «*Solo quería salvar a Nube Negra. Nunca quise meter a Ventolero en problemas otra vez. Especialmente ahora, cuando le ha ido tan bien*».

Estrella de Bigotes suspiró, claramente tratando de controlarse.

—No tengo tiempo para quedarme aquí y aullarles —maulló.

«*Podría haber creído que sí*», pensó Corvino Plumoso.

—Tenemos que reconstruir el campamento y ayudar a los gatos heridos —continuó el líder del Clan—. Cola Brecina, puedes ayudar a Vuelo de Azor en la guarida de curandería. Tiene las patas más que llenas. Ventolero, Genista, ustedes

pueden ayudar a reconstruir el campamento. Manto Espinoso y Hojoso están a cargo, así que infórmenle a ellos.

Mientras los tres guerreros se alejaban obedientemente, Estrella de Bigotes se detuvo un momento, mirando a Zarpa Ululante, que le devolvía la mirada; Corvino Plumoso adivinó que intentaba valientemente no acobardarse, ni encogerse.

—No voy a castigar a un aprendiz por seguir a su mentora —gruñó Estrella de Bigotes—. Pero será mejor que pienses en lo que hiciste, yendo a espaldas de tu líder, y muestres *mejor juicio* en el futuro.

Zarpa Ululante asintió nervioso y se fue corriendo a reunirse con los otros aprendices, que estaban recogiendo los materiales de lecho esparcidos. Corvino Plumoso lo vio irse, y oyó su chillido emocionado cuando se unió a sus compañeros de guarida.

—¡Encontramos a Nube Negra y la rescatamos de los Dos Patas! Y trepamos árboles, luchamos contra zorros y cruzamos un Sendero Atronador. ¡Fue *increíble*!

Corvino Plumoso ahogó un ronroneo de diversión. «*Espero que Estrella de Bigotes no oyera eso*».

El líder, mientras tanto, se había vuelto hacia Nube Negra.

—Me alegro mucho de verte de nuevo con nosotros —maulló—. Siempre has sido una guerrera leal del Clan del Viento. Más tarde habrá tiempo para que hablemos de lo que te pasó, pero por ahora deberías ir a descansar mientras limpiamos el campamento.

—Gracias —Nube Negra respondió con una respetuosa inclinación de cabeza—. Pero no necesito descansar. Durante el último cuarto de luna, he estado viviendo la vida de una mascota (*no* por elección propia, seguro que entiendes) sin nada que hacer excepto estar echada todo el día y llenarme de comida para mascotas.

Estrella de Bigotes la miró con curiosidad, como si quisiera preguntarle algo más, pero no dijo nada.

—Me gustaría hacer mi parte —continuó Nube Negra—. Dijiste que Vuelo de Azor tiene las patas llenas; tal vez también le vendría bien mi ayuda.

Estrella de Bigotes le hizo un gesto de aprobación y retrocedió unos pasos. Corvino Plumoso lo miró fijamente, temiendo lo que su líder de Clan pudiera decirle, pero también necesitando desesperadamente oírlo. «*¿Puedo volver o no?*». La expresión de Estrella de Bigotes era ilegible.

Corvino Plumoso se volvió nervioso hacia Nube Negra. Ahora que su aventura había terminado, no estaba seguro de qué decirle. Había compartido tanto con esa gata y, sin embargo, seguía sintiéndose incómodo a su lado. «*Si sigo desterrado del Clan, esta podría ser la última vez que hable con ella*».

Mientras Corvino Plumoso trataba de ordenar sus pensamientos, Nube Negra agitó la cola con enojo.

—No te preocupes —maulló ella—. No es como si tuvieras que *hablar* conmigo o algo así. —Sin esperar respuesta, se dirigió hacia la guarida de curandería.

Corvino Plumoso sintió que se hundía en la tierra. «*Lo arruiné. Aquí me ha ido tan bien con Ventolero, pero todavía no sé qué decirle a Nube Negra*». Mientras su mirada la seguía por el campamento, se preguntó: «*¿Siquiera he aprendido algo?*».

El sentimiento de culpa de Corvino Plumoso se cernió sobre él como una nube de tormenta mientras reflexionaba sobre todas las cosas de las que nunca se había dado cuenta sobre su expareja: lo valiente y trabajadora que era, lo bien que había entrenado a Zarpa Ululante, cómo había encontrado la paciencia para ser amable con una *mascota*. No entendía cómo había podido ser pareja de una gata a la que sentía que apenas conocía.

Cuando Nube Negra desapareció en la guarida de Vuelo de Azor, Corvino Plumoso se dio cuenta de que Estrella de Bigotes estaba de pie junto a su hombro.

—Bueno, Corvino Plumoso —suspiró—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Corvino Plumoso se volvió para mirar al líder de su Clan, una vez más sin saber qué decir. Cada pelo de su manto comenzó a erizarse ante la idea de disculparse, cuando sabía que había hecho bien en pedir la ayuda del Clan del Trueno, en desafiar a Estrella de Bigotes sobre el bloqueo de los túneles. Pero al mismo tiempo su corazón se estremeció cuando se imaginó a sí mismo saliendo del campamento de nuevo, un gato sin Clan.

—Nunca pretendí… —empezó.

Al mismo tiempo, Estrella de Bigotes habló.

—Corvino Plumoso, eres el peor gato que he conocido por meterte bajo mi pelaje. Pero tengo que admitir que esta vez, puede que tuvieras razón. No debería haber intentado bloquear los túneles.

Corvino Plumoso lo miró fijamente, apenas capaz de creer lo que acababa de oír. «¿Él *se está disculpando conmigo?*».

Estrella de Bigotes se miró las patas, clavando las garras en el suelo.

—¿Quieres volver? —preguntó, sin encontrarse con la mirada de Corvino Plumoso.

Corvino Plumoso quería aullar: «¡Sí!», pero se tranquilizó e inclinó la cabeza respetuosamente hacia el líder de su Clan.

—Sí, me gustaría, Estrella de Bigotes —maulló.

—Entonces eres un gato del Clan del Viento nuevamente. —Estrella de Bigotes levantó la cabeza, y su voz se convirtió en un gruñido amenazador—. Te doy la bienvenida porque rescataste a Nube Negra, y porque el Clan necesita a todos los guerreros capaces. Pero hay un límite, Corvino Plumoso, entre ser difícil y ser desleal. Asegúrate de que tus patas permanezcan en el lado correcto de ese límite.

Corvino Plumoso trató de sonar humilde.

—Lo haré, Estrella de Bigotes.

—Entonces ve con Vuelo de Azor y pregúntale qué puedes hacer. Y, Corvino Plumoso, procura que no tenga que recordarte esta conversación. Nunca.

Corvino Plumoso estaba agazapado afuera de la guarida de Vuelo de Azor, masticando un bocado de caléndula para una cataplasma que pondría en la herida de Cañamera. Acababa de amanecer y se sentía exhausto de cuerpo y mente. El trabajo era duro, y el dolor le desgarraba el corazón al ver las heridas entre sus compañeros de Clan. El aire estaba lleno de aromas de sangre y miedo, casi abrumando a Corvino

Plumoso, y le dolían los oídos por los continuos aullidos de los gatos heridos. Había demasiadas heridas y pocas hierbas, y Vuelo de Azor tuvo que tomar decisiones difíciles sobre qué gatos necesitaban tratamiento con más urgencia.

—Todavía no puedo creer que esos armiños sean blancos puros —Patas Acechantes murmuró; estaba sentado cerca, lamiéndose una pata delantera donde le habían arrancado una garra—. Excepto por las puntas negras de sus colas. ¿Quién ha visto antes un animal así?

—Tal vez *sean* fantasmas después de todo —Nariz de Bigotes sugirió, moviendo sus bigotes mientras la sangre goteaba de una herida en su oreja—. Es casi como si tuvieran algo personal contra el Clan del Viento.

—¡Tonterías! —Vuelo de Azor, que había estado afuera en el páramo recogiendo más hierbas, se detuvo junto a los dos gatos y murmuró alrededor del montón de perifollo en sus mandíbulas—. No son fantasmas. Solo son invasores apestosos y agresivos.

Patas Acechantes y Nariz de Bigotes se miraron pero no respondieron.

En toda la guarida de curandería, gatos gemían de dolor. Corvino Plumoso se sintió aun más culpable por lo poco que podía hacer para ayudar. «*Debería haber ido yo solo al Poblado de los Dos Patas* —pensó—. *Me alegro de haber encontrado a Nube Negra, pero Ventolero y los demás habrían sido más útiles aquí. Tal vez con más guerreros, no habrían tantos gatos heridos*». Luego admitió para sí mismo que nunca habría logrado el peligroso viaje a través del bosque y el Poblado de los Dos Patas si hubiera estado solo. «*Así debe de ser como se suponía que pasara todo*».

Al acercarse a la guarida, Vuelo de Azor tropezó y dejó caer su montón de perifollo. Tenía los ojos apagados por el cansancio.

—Siéntate —maulló Corvino Plumoso—. Por el bien del Clan Estelar, necesitas descansar. Has estado despierto toda la noche.

Vuelo de Azor dejó que su mirada recorriera el campamento y la masa de gatos heridos, luego sacudió la cabeza.

—No puedo. Hay demasiado que hacer.

—Tendremos aún más problemas si te desmayas —le dijo Corvino Plumoso—. *Siéntate*.

Dejando escapar un largo suspiro, Vuelo de Azor obedeció. Sus ojos estaban llenos de desesperación mientras miraba a los gatos heridos que aún esperaban su ayuda.

—No estoy seguro de poder hacer esto solo —susurró—. Bueno, solo no —se corrigió de inmediato, agachando la cabeza en señal de disculpa hacia Cola Brecina y Nube Negra, que aparecieron en ese momento con las bocas llenas de musgo goteante —. Pero soy el único curandero…

—Necesitamos ayuda —Corvino Plumoso declaró, dándose cuenta de repente de lo cierto que era—. Hay demasiados guerreros heridos, y no hay suficientes curanderos ni hierbas. Necesitamos ayuda de otro Clan.

—Tienes razón. —Vuelo de Azor volvió a ponerse de pie con otro profundo suspiro—. Pero Estrella de Bigotes nunca estará de acuerdo.

Corvino Plumoso echó un vistazo al campamento, donde Estrella de Bigotes supervisaba las obras de la guarida de los guerreros. Recordó la última vez que había

acudido al Clan del Trueno en busca de ayuda, y lo mal que había salido. El instinto de Corvino Plumoso era culpar a Estrella de Bigotes por no ser razonable, pero tenía que admitir que él también había tenido la culpa. No debería haber traído al Clan del Trueno sin saber cómo reaccionaría Estrella de Bigotes.

Ahora, cuando el Clan del Viento realmente necesitaba al Clan del Trueno, Corvino Plumoso sabía que su imprudencia anterior lo había hecho todo más difícil. Pero también sabía que no tenía alternativa: tenía que convencer a Estrella de Bigotes de que mandara a buscar a Hojarasca Acuática o a Glayo. «*Será difícil convencerlo* —pensó—, *y será aun más difícil convencer a Estrella Zarzosa, después de que lo insultaran cuando vino a hablar con Estrella de Bigotes, sin mencionar que Charca de Hiedra le dijo que el Clan del Viento invadió su territorio. Pero el Clan del Trueno es la opción obvia para preguntar. Son los más cercanos*».

Corvino Plumoso se puso de pie.

—Déjame esto a mí —maulló.

Corvino Plumoso se acercó al líder de su Clan. No podía olvidar que acababa de ser admitido de nuevo en el Clan, y parte de la razón por la que había sido desterrado era porque había pedido ayuda al Clan del Trueno. Y ahora estaba a punto de pedir permiso para hacer lo mismo.

«*Tendré que andar con mucho cuidado…*».

—¿Y bien? —Estrella de Bigotes preguntó, volviéndose hacia él mientras Corvino Plumoso se acercaba. Su voz y su expresión eran tan gélidas como un arroyo helado—. ¿Qué pasa ahora?

—Siento haber persuadido a Ventolero y a los demás para que abandonaran el campamento —empezó Corvino Plumoso, esperando poder poner de mejor humor a Estrella de Bigotes—. Solo lo hice porque estaba muy preocupado por Nube Negra. Una vez que estuve seguro de que estaba viva, no podía abandonarla a su suerte, ni dejar que mi hijo siguiera sufriendo, preguntándose si estaría por ahí, adolorido. Pero ahora veo que lo que hicimos dejó al Clan vulnerable.

Un gruñido surgió de lo más profundo de la garganta de Estrella de Bigotes; estaba claro que al líder del Clan no le habían impresionado las disculpas de Corvino Plumoso. Pero se sintió aliviado al ver que al menos parecía estar escuchando.

—He estado pensando en lo que deberíamos hacer ahora —continuó Corvino Plumoso—. Solo tenemos un curandero, y está sobrecargado. Si no tenemos cuidado, va a colapsar. Tenemos que pedir ayuda a los curanderos de otros Clanes.

La cola de Estrella de Bigotes se elevó en el aire, y se erizó hasta que cada pelo de su manto parecía la púa de un erizo.

—¡¿Tienes abejas en el cerebro?! —exigió—. ¿No has aprendido nada? ¿Qué tan mal se verá, pedir ayuda al Clan del Trueno después de que los eché? ¿Quieres que el Clan del Viento parezca débil?

—El Clan del Viento *está* débil en este momento —Corvino Plumoso replicó—. Necesitamos más gatos hábiles y más hierbas. Bien, puede que tengamos que pedir perdón al Clan del Trueno, pero seguro que merece la pena un poco de humillación. *Por favor*, Estrella de Bigotes. Hay vidas en juego.

Estrella de Bigotes guardó silencio, pero dejó que su cola se relajara y flexionó las garras indecisamente.

—¿Acaso proteger al Clan del Viento no es lo más importante? —le preguntó—. Rescoldo tiene una herida grave y necesita semillas de adormidera para el dolor, pero Vuelo de Azor acaba de usar la última. Nariz de Bigotes y Cañamera necesitan cataplasmas, pero no quedan telarañas para mantenerlas en su lugar. Vuelo de Azor no puede ir a buscar provisiones *y* curar a los heridos.

Mientras hablaba, Corvino Plumoso vio que la expresión hostil de Estrella de Bigotes cambiaba gradualmente y que su pelaje volvía a estar liso. Durante unos instantes no dijo nada y se quedó pensativo, mirándose las patas. Consciente de que los instantes se le escapaban, Corvino Plumoso quiso presionarlo para que respondiera, pero se dio cuenta de que lo más sensato que podía hacer en ese momento era mantener la boca cerrada.

Por fin, Estrella de Bigotes asintió despacio y a regañadientes.

—Muy bien —maulló—. Enviaré gatos al Clan del Río para pedir la ayuda de Ala de Mariposa.

—Y al Clan del Trueno —añadió Corvino Plumoso. Aunque no le sorprendía que Estrella de Bigotes quisiera evitar disculparse con Estrella Zarzosa, sabía que la ayuda de un Clan podría no ser suficiente—. Ellos también están cerca, y necesitamos toda la ayuda posible.

Estrella de Bigotes suspiró, su mirada sondeaba profundamente los ojos de Corvino Plumoso.

—Eso es bastante cierto. De acuerdo —aceptó—. Si crees que puedes convencerlos… muy bien. Puedes ir.

Corvino Plumoso inclinó la cabeza en señal de agradecimiento a Estrella de Bigotes. Al darse la vuelta, no pudo evitar sentirse complacido: Había sido una conversación difícil, pero la había superado con éxito. «*Y eso es algo bueno* —pensó —, *porque la próxima conversación va a ser aun más difícil…*».

Capítulo 26

Corvino Plumoso cruzó el páramo con Lebrón a su lado, preguntándose qué podría decirle a Estrella Zarzosa. La esperanza de encontrar ayuda para su Clan le había dado nuevas energías, y sentía que podría enfrentarse al Clan del Trueno pasara lo que pasara. El saber que Ventolero y Genista estaban de camino al Clan del Río también lo fortalecía. Estrella Vaharina no tenía ninguna razón para ser hostil al Clan del Viento, por lo que al menos podían contar con ella para que enviara a Ala de Mariposa o Blima. «*Ningún gato del Clan del Viento morirá hoy*».

Al llegar al arroyo fronterizo, Corvino Plumoso y Lebrón se detuvieron.

—Será mejor que esperemos a una patrulla —maulló Corvino Plumoso, mirando entre los árboles del lado opuesto—. No queremos empezar invadiendo. Eso realmente haría que se les caiga el pelo.

Lebrón no respondió, aunque Corvino Plumoso se dio cuenta de que el lugarteniente lo estaba mirando. Se volvió hacia él y vio que Lebrón negaba ligeramente con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó.

—Eres más optimista que yo si crees que puedes convencer al Clan del Trueno de que nos ayude después de cómo se enfrentaron Estrella Zarzosa y Estrella de Bigotes —Lebrón respondió—. ¿En qué estabas *pensando* al ir al Clan del Trueno sin el permiso de Estrella de Bigotes?

—Estaba pensando en que quería hacer lo correcto para el Clan del Viento —le contestó Corvino Plumoso—. Incluso si no era lo que Estrella de Bigotes quería. ¿No es todo el Clan más importante que un solo gato, incluso si ese gato es el líder del Clan?

—Por supuesto que lo es. —Lebrón se sentó a la orilla del arroyo, agitando las orejas pensativamente—. Pero Estrella de Bigotes es nuestro líder. Podemos estar en desacuerdo con él, pero al final debemos escucharlo.

Corvino Plumoso parpadeó a Lebrón, dándose cuenta de que no tenía nada que decir a eso.

—Supongo que ir al Clan del Trueno no fue mi decisión más inteligente —él maulló. Dudó antes de continuar, sabiendo que había algo que tenía que decirle a Lebrón, por mucho que no le gustara admitirlo—. Estrella de Bigotes hizo bien en nombrarte su lugarteniente, Lebrón. Sé que aún tengo más cosas que aprender.

Los bigotes de Lebrón se crisparon con sorpresa.

—Siempre sentí que deberías haber sido tú, Corvino Plumoso. Me alegra que pienses que puedes aceptarme.

Corvino Plumoso inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—De todos modos —agregó, tratando de aligerar el ambiente—, debes tener abejas en el cerebro si crees que el Clan del Trueno *rechazaría* la oportunidad de enredarse en los asuntos de otro Clan.

La cola de Lebrón se curvó con diversión.

—Puede que tengas razón —coincidió.

—Hojarasca Acuática ayudará, si tan solo puedo reunirme con ella —maulló Corvino Plumoso, esperando poder hablar con Hojarasca Acuática esta vez. «*Glayo será aún más hostil ahora, si tenemos que suplicarle a él*».

Lebrón dudó antes de responder, y Corvino Plumoso pensó que parecía un poco incómodo. Movía las patas con incomodidad, y cuando habló, su voz fue un murmullo bajo.

—¿Es extraño —preguntó al fin— hablar con Hojarasca Acuática después de tanto tiempo? Sé que solían ser muy cercanos.

«*¿"Muy cercanos"? ¡Eso es decir poco!* —pensó Corvino Plumoso—. *¿Aún siento algo por Hojarasca Acuática?*». Pero luego pensó en todo lo que había sucedido en estas temporadas que habían estado separados. Ahora llevaban vidas separadas, y la idea de estar juntos parecía aún más imposible que hacía varias estaciones, cuando intentaron huir. Ya no le dolía imaginarse a Hojarasca Acuática sin él. Ahora solo sentía admiración y la esperanza de que ella fuera feliz.

—Todo eso está en el pasado —respondió—. Pero sigo respetando a Hojarasca Acuática, y creo que querrá ayudar a un Clan necesitado.

Profundamente inmerso en la conversación con Lebrón, Corvino Plumoso se sobresaltó un momento más tarde cuando una patrulla del Clan del Trueno surgió desde el otro lado de un ortigal. Rosella iba en cabeza, con su aprendiza, Zarpa de Lirio, mientras Betulón iba en la retaguardia. Corvino Plumoso se dio cuenta de que, mientras él y el lugarteniente habían estado hablando, se había olvidado de vigilar la orilla más alejada del arroyo. Lebrón se puso de pie; tanto él como Corvino Plumoso inclinaron la cabeza respetuosamente hacia los gatos del Clan del Trueno.

—Saludos —maulló Lebrón—. ¿Podemos cruzar? Tenemos que hablar con Estrella Zarzosa.

Rosella los miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tú otra vez, Corvino Plumoso? Estás pasando más tiempo en territorio del Clan del Trueno que en el tuyo.

—Agradecí mucho el permiso para cruzar —Corvino Plumoso contestó, tragándose una réplica sarcástica—. Encontramos a Nube Negra. Está bien, y ya está en casa.

Los gatos del Clan del Trueno parecían sorprendidos, y un poco contentos, relajándose de su primera actitud sospechosa. Corvino Plumoso se dio cuenta de que a ningún gato de Clan le gustaría pensar en otro perdido y herido, aunque perteneciera a un Clan diferente. Charca de Hiedra también se había preocupado, y todos los Clanes se habían unido para ayudarse mutuamente contra el Bosque Oscuro. «*Somos gatos de Clan. Es lo que hacemos*».

—Bien —maulló Rosella—. Entonces, ¿por qué están aquí ahora?

—Tenemos algo que pedirle a Estrella Zarzosa —Lebrón respondió.

Rosella lo miró fijamente hasta que pareció darse cuenta de que Lebrón no iba a revelar la petición.

—Déjalos venir —la incitó Betulón—. Podría ser importante.

Rosella dudó un momento más y luego asintió.

—Supongo que dos gatos no son una invasión —decidió—. Bien, pueden venir.

El arroyo era demasiado ancho para saltar, pero lo suficientemente poco profundo para vadearlo. Corvino Plumoso avanzó con cautela, estremeciéndose al sentir el frío del agua en el pelaje de su vientre, aunque agradeció el toque refrescante en sus patas cansadas. «*Parecen haber pasado lunas desde que pude descansar*».

Al otro lado, ambos gatos sacudieron sus mantos, con cuidado de no salpicar a la patrulla del Clan del Trueno, y a la orden de Rosella los siguieron a través de los árboles en dirección al campamento del Clan del Trueno. Cuando llegaron a la hondonada de piedra, todo el Clan parecía estar al aire libre. Puma estaba estirado frente a la guarida de los veteranos, contándole una historia a Zarpa de Semilla mientras la aprendiza le buscaba garrapatas. Centella y Dalia disfrutaban del sol pálido de la estación sin hojas junto a la entrada de la maternidad, mientras los tres cachorros de Centella luchaban y se revolcaban cerca.

A Corvino Plumoso le pareció que en cuanto él y Lebrón salieron del túnel de espinas y avanzaron unos pasos hacia el campamento, las miradas de todos estaban fijas en ellos. «*Tampoco parecían amistosos. Todos deben de saber lo que Estrella de Bigotes le dijo a Estrella Zarzosa*».

—Esperen aquí —les ordenó Rosella secamente.

Corrió por el campamento y subió por las rocas que llevaban a la guarida de Estrella Zarzosa, a medio camino de la pared del campamento. Corvino Plumoso intercambió una mirada con Lebrón.

—Déjame hablar a mí —dijo el lugarteniente—. Y por el bien del Clan Estelar, no digas nada que moleste a Estrella Zarzosa.

—No soy estúpido —murmuró Corvino Plumoso.

Un momento después, Estrella Zarzosa apareció de su guarida y bajó por las rocas hasta el suelo del campamento. Mientras se acercaba, Corvino Plumoso pudo ver que parecía sorprendido y receloso; sus ojos ámbar eran fríos mientras miraba a los dos gatos del Clan del Viento de arriba abajo.

—¿Por qué están aquí? —preguntó.

Lebrón inclinó la cabeza con respeto.

—Saludos, Estrella Zarzosa. Hemos venido a pedir ayuda al Clan del Trueno. Necesitamos un curandero.

Estrella Zarzosa se quedó en silencio un momento, su mirada pasó de Lebrón a Corvino Plumoso y viceversa.

—Necesitan un curandero —repitió—. ¿Nos están pidiendo ayuda, después de que Estrella de Bigotes me insultara cuando fui a *ofrecer* mi ayuda con los armiños?

—Hemos tenido más problemas con ellos —contestó Lebrón—. Muchos de nuestros gatos están heridos.

Estrella Zarzosa dudó un instante, y luego se volvió hacia Esquiruela, que se había acercado hasta el hombro de su líder.

—No quiero que nadie sufra —maulló—. Trae a Hojarasca Acuática y Glayo, por favor.

Cuando Esquiruela se fue, Estrella Zarzosa encaró de nuevo a los gatos del Clan del Viento, moviendo los bigotes con desdén.

—Díganme exactamente qué pasó.

Lebrón vaciló, lanzando una mirada insegura a Corvino Plumoso, que podía compartir su tensión, sabiendo cuál sería la reacción de Estrella Zarzosa.

—Ideamos un plan para lidiar con los armiños —Lebrón admitió al fin—. Bloqueamos las entradas de los túneles por nuestro lado, pero eso solo hizo que se enojaran. Nosotros…

—¿Así que *no* han encargado de los armiños? —La voz de Estrella Zarzosa fue un siseo de furia, y el pelaje de sus musculosos hombros comenzó a erizarse—. ¿Supongo que no se les ocurrió que si bloqueaban los túneles en su extremo, eso llevaría a los armiños al territorio del Clan del Trueno? ¿O sí se dieron cuenta, pero no les importó? ¿Nunca se les pasó por la cabeza que podrían avisarnos? —Dejó escapar un bufido furioso—. Pensé que Estrella de Bigotes era un líder *experimentado*. ¡Dijo que tenía esto bajo control!

Lebrón no encontró palabras para responder, simplemente flexionó las garras en el suelo del campamento. Corvino Plumoso pensó que el silencio se extendería para siempre. «*Me alegra que sea Lebrón el que esté hablando. Yo tampoco sabría qué contestar a eso*». Era consciente de que el resto del Clan se estaba reuniendo a su alrededor, con las orejas aguzadas con ansias para escuchar esta confrontación. «*¡Todo el Clan del Trueno sabrá lo mal que hemos manejado esto!*».

Esquiruela regresó con Hojarasca Acuática y Glayo, y los tres gatos se abrieron paso entre la multitud para unirse al grupo en su centro.

Estrella Zarzosa fue el primero en romper el silencio.

—A ver si entendí —comenzó; su voz era suave, pero cada palabra era tan dura como los colmillos de un zorro—. Fui a ver a Estrella de Bigotes para ofrecerle la ayuda del Clan del Trueno para expulsar a los armiños. Estrella de Bigotes me insultó a mí y a todo mi Clan, e insistió en que él mismo se encargaría del problema. Su plan fue un desastre, porque *no* tenía el problema bajo control, y ahora los envió a pedir ayuda al Clan del Trueno. ¿Es correcto?

Lebrón obviamente estaba encontrando difícil encontrar la mirada del líder del Clan del Trueno.

—Sí —murmuró por fin.

—Quiero oírlos decirlo —Estrella Zarzosa gruñó—. Quiero oírlos decir que las decisiones de Estrella de Bigotes metieron a su Clan en problemas y que necesita la ayuda del Clan del Trueno.

La única respuesta de Lebrón fue lanzar una mirada de impotencia a Corvino Plumoso. «*Tú querías hablar* —pensó Corvino Plumoso—. *Pues habla ahora. ¿No ves que no tenemos elección?*».

—¿Y bien? —preguntó Estrella Zarzosa. Crispando la punta de la cola de manera irritada.

—Nos metimos solos en problemas y necesitamos la ayuda del Clan del Trueno —contestó Corvino Plumoso al instante—. Lamento lo que pasó —añadió—, pero ahora mismo necesitamos ayuda, no enojo. Gatos podrían *morir*.

Estrella Zarzosa se detuvo un momento; Corvino Plumoso sintió como si su vientre estuviera lleno de armiños pelándose mientras esperaba la decisión del líder del Clan del Trueno. «*¿Qué clase de líder resultará ser?*», se preguntó. Finalmente, Estrella Zarzosa asintió.

—Muy bien. Hojarasca Acuática puede ir con ustedes.

La expresión de Hojarasca Acuática estaba llena de alivio mientras avanzaba un paso para situarse junto a Corvino Plumoso. Él sabía muy bien que ella odiaba pensar en gatos necesitados, fuera cual fuera su Clan. Toda la calidez y el afecto que una vez había sentido por ella amenazaban con brotar de nuevo en su interior, y los empujó hacia abajo nuevamente, sin piedad. «*Todo eso se terminó hace mucho tiempo*». Pero incluso mientras lo admitía, Corvino Plumoso se preguntaba si alguna vez había sentido algo así de fuerte por Nube Negra. «*No, nunca lo sentí. ¿Eso es algo malo?*».

Se obligó a salir de sus pensamientos para oír a Lebrón dar las gracias a Estrella Zarzosa.

—Deberíamos irnos ya —maulló—. Cada momento puede contar para los gatos heridos.

Estrella Zarzosa bajó la cabeza y se dio la vuelta, volviendo a su guarida. El resto de los gatos empezaron a dispersarse, de vuelta a sus tareas.

Hojarasca Acuática le tocó el hombro a Corvino Plumoso con la punta de la cola.

—Espérenme un momento —maulló—. Tengo que ir a buscar hierbas.

Salió corriendo hacia la guarida de los curanderos, con Glayo a su lado. Él le estaba diciendo algo, su cola se crispaba mientras hablaba. «*No creo que sea nada bueno* —pensó Corvino Plumoso—. *Probablemente le está advirtiendo que tenga cuidado con los gatos viciosos y traicioneros del Clan del Viento*».

Hojarasca Acuática reapareció de la guarida unos momentos después, con un envoltorio de hierbas en las fauces, y con Lebrón a la cabeza los tres gatos se dirigieron fuera del campamento. Corvino Plumoso se relajó cuando llegaron al otro extremo del túnel de espinas, lejos de todos aquellos ojos curiosos del Clan del Trueno. Una vez que estuvieron en el bosque, Lebrón se adelantó un poco; Corvino Plumoso supuso que quería darles a él y a Hojarasca Acuática la oportunidad de hablar. «*No estoy seguro de que sea una buena idea. Ya no tenemos mucho que decirnos*». Pero Hojarasca Acuática parecía bastante despreocupada de estar a solas

con el guerrero al que una vez había valorado más que a su Clan y a su vocación como curandera.

—Charca de Hiedra me dijo que fueron a buscar a Nube Negra —empezó a hablar, lográndolo a pesar del envoltorio. Su mirada era amistosa y comprensiva—. ¿La encontraron?

—Sí —Corvino Plumoso contestó—. Unos Dos Patas la estaban cuidando y tuvimos que rescatarla de su guarida. Ahora está bien.

—¡Me alegra mucho! —Hojarasca Acuática dudó, y luego continuó más tímidamente—: Ahora tú y Nube Negra tendrán la oportunidad de arreglar las cosas. Después de todo, tener hijos los une para siempre, no importa lo que pase después…

Su voz se apagó y lanzó a Corvino Plumoso una mirada torpe y vacilante antes de seguir caminando con la mirada fija en sus patas. «*Como nosotros…*». Corvino Plumoso miró al suelo para ocultar su malestar. Lo que Hojarasca Acuática acababa de decir también se aplicaba a ellos, por supuesto, pero ninguno se atrevía a decirlo en voz alta.

Tras unos momentos, se armó de valor para continuar.

—Es verdad lo que dices. Y me *gustaría* ser amigo de Nube Negra, si es que alguna vez logro decírselo.

Recordó cómo él y Nube Negra habían sido aliados durante su rescate y en el viaje de regreso a casa, pero esa cercanía no había sobrevivido a su regreso al campamento. Todavía no sabía muy bien qué decirle.

Para cuando Corvino Plumoso y Hojarasca Acuática cruzaron el arroyo fronterizo y dejaron atrás los árboles para subir al páramo, Lebrón ya no estaba a la vista. Corvino Plumoso se preguntó si se habría adelantado para decirle al Clan del Viento que la ayuda estaba en camino. Entonces Corvino Plumoso vio movimiento detrás de un saliente de roca, y creyó que el lugarteniente debía estar esperándolos allí. Pero la criatura que salió al descubierto no era Lebrón. En lugar de los ojos brillantes y el pelaje marrón y blanco del lugarteniente, Corvino Plumoso vio un pelaje blanco cegador y dientes afilados. «*¡Es uno de esos armiños malditos por el Clan Estelar!*». El pequeño animal blanco se tambaleó hacia ellos; sus patas parecían débiles, y Corvino Plumoso supuso que debía estar enfermo, o tal vez había sido herido en la batalla.

—¡Así que eso es un armiño! —exclamó Hojarasca Acuática, intrigada—. Nunca había visto uno. Se ve… asqueroso.

—Lo son —Corvino Plumoso le dijo, recordando cómo los aprendices del Clan del Viento habían subestimado a las criaturas—. No parecen tan amenazadores, pero son luchadores feroces. Tenemos que…

Se interrumpió cuando el armiño, acercándose a ellos, se lanzó de repente hacia Hojarasca Acuática, quien retrocedió, causando que las hierbas que llevaba se esparcieran. Con un aullido de indignación, Corvino Plumoso se abalanzó y lo interceptó. Aunque el armiño parecía enfermo, seguía siendo un luchador salvaje y feroz, que se levantaba y lanzaba sus pequeñas garras a la cara de Corvino Plumoso. Al gato le aterró que el armiño le desgarrara los ojos y lo dejara ciego. Apretando los ojos, consiguió agarrar a la elegante criatura con las patas delanteras y arrastrarla al suelo con él, golpeando a su oponente con las patas traseras.

Pero el armiño era enjuto y sinuoso, y Corvino Plumoso no pudo aferrarse a él. Sintió que se le escapaba de las garras, seguido de un intenso y agudo dolor en la pata trasera. Abriendo los ojos, Corvino Plumoso vio al armiño con los dientes clavados en su pierna, justo por encima de su pata. Hojarasca Acuática había saltado y estaba arañando los cuartos traseros del armiño.

—¡No! ¡Atrás! —Corvino Plumoso aulló, aterrorizado de que la viciosa criatura se volviera contra ella.

Golpeando la cabeza del armiño con una pata delantera, Corvino Plumoso zafó de él. El armiño se puso de pie y miró a su alrededor, su mirada maligna se fijó en Hojarasca Acuática, que todavía estaba a un zorro de distancia. Cuando el armiño saltó hacia ella, Corvino Plumoso encontró un repentino estallido de energía. «*¡De ninguna manera dejaré que Hojarasca Acuática muera en territorio del Clan del Viento!*». Interceptó al armiño antes de que llegara a Hojarasca Acuática, le agarró el hombro con los dientes y lo arrastró. Levantó una pata, con las garras extendidas, para dar un tajo en la garganta de la criatura, pero antes de que pudiera golpearlo, el armiño torció su cuerpo, clavó las patas traseras en Corvino Plumoso, y se las arregló para liberarse. Se escabulló y huyó hacia los túneles.

«*Supongo que ya no quiere luchar* —pensó—. *Bueno, no le daré la opción*». Corvino Plumoso estuvo a punto de seguirlo cuando Hojarasca Acuática se lanzó delante de él.

—¡No lo hagas! —maulló con ansiedad—. Estás herido.

Parpadeando confundido, Corvino Plumoso se miró la pata trasera. Le brotaba sangre del lugar donde el armiño lo había mordido.

—¡Mira eso! Ahora tenemos a *otro* gato del Clan del Viento herido. La hemorragia es grave, Corvino Plumoso —añadió—. Intenta no dormirte.

Corvino Plumoso se preguntó vagamente por qué querría dormir allí, lejos de su guarida. Pero ahora que la lucha había terminado, su energía disminuía, el dolor en su pierna creció hasta que pareció apoderarse de todo su cuerpo. Sus oídos se llenaron de un sonido como de agua corriente. «*¿Agua oscura corriente?*». Mientras avanzaba a trompicones hacia el campamento, Corvino Plumoso pensó una vez más en el sueño de Vuelo de Azor, preguntándose si los armiños eran lo que el agua oscura, que brotaba de las cuevas, estaba señalando.

«*¿Voy a morir? ¿La primera muerte de una serie que acabará en… qué? ¿La caída de los Clanes?*». Su visión de esta segunda ola, la que lo envolvería todo, se mezclaba de algún modo con la visión de sus compañeros de Clan aquella mañana, heridos en medio del campamento. Y en algún lugar de toda la confusión, podía oír el murmullo divertido de una mascota de largo pelo blanco.

La voz de Lebrón pareció llegarle desde muy lejos.

—Oí aullidos. ¿Qué pasó?

La voz de Hojarasca Acuática también sonaba lejana, y se desvanecía de modo que Corvino Plumoso apenas podía entender sus palabras.

—…luchando contra un armiño… la hemorragia es grave… Lebrón, tráeme algunas telarañas.

Corvino Plumoso sintió movimiento a su alrededor y un toque firme en la pierna, seguido de la voz distante de Hojarasca Acuática otra vez.

—Lebrón, ayúdame a levantarlo… llévalo a su campamento.

«*¿Cuándo caí al suelo?*», se preguntó Corvino Plumoso. Sintió que unas zarpas fuertes empezaban a levantarlo, y los movimientos le provocaron un dolor que lo dejó sin aliento. Con un suspiro de alivio, se entregó al remolino de oscuridad.

CAPÍTULO 27

Nubes oscuras se arremolinaban alrededor de Corvino Plumoso, atravesadas por destellos de luz roja y espeluznante, como si el sol se pusiera en medio de una tormenta. De vez en cuando vislumbraba rostros familiares: Nube Negra, Plumosa, Hojarasca Acuática y sus hijos, pero tal como los imaginaba en la maternidad: jóvenes gatitos inocentes sin idea del dolor que tendrían que sufrir. Corvino Plumoso intentó llegar hasta ellos, pero fueron barridos por una rugiente oscuridad. Al final, una gran ola se levantó a su alrededor, cerrándose sobre su cabeza y dejándolo flotar en la noche sin estrellas.

Poco a poco, Corvino Plumoso fue consciente del movimiento silencioso a su alrededor y del fuerte sabor de las hierbas en su nariz. Abrió los ojos y se encontró en la guarida de Vuelo de Azor, con una forma atigrada borrosa clasificando hierbas a una cola de distancia de él.

—¿Hojarasca Acuática? —murmuró, consiguiendo enfocar los ojos. Por un momento se preguntó por qué una curandera del Clan del Trueno estaría trabajando en el campamento del Viento. Hacía temporadas que él y Hojarasca Acuática no estaban juntos a solas, y Corvino Plumoso medio creía que ella aún formaba parte de su agitado sueño.

Hojarasca Acuática se giró hacia él, con los ojos grandes y acogedores.

—¡Oh, estás despierto! —ronroneó—. ¡Gracias al Clan Estelar!

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Corvino Plumoso preguntó, confundido y tratando de sacudirse el sueño—. ¿Por qué estás en la guarida de Vuelo de Azor? ¿Qué pasó?

—¿No recuerdas que fuiste al Clan del Trueno? ¿Y luego la pelea con el armiño? —preguntó Hojarasca Acuática—. Te dio un buen mordisco en la pierna y perdiste mucha sangre, pero vas a estar bien.

—Los armiños… —Corvino Plumoso parpadeó, confundido, y de repente recordó todo: la visión de Vuelo de Azor, el ataque al campamento y su viaje al Clan

del Trueno para traer a Hojarasca Acuática—. Será mejor que esté bien —murmuró, luchando por sentarse y sacudiéndose restos de musgo del pelaje. Una punzada de dolor en la pierna le recordó dónde le habían mordido—. Estrella de Bigotes necesita a todos los guerreros…

—Estrella de Bigotes tendrá que arreglárselas *sin* este guerrero por el momento —interrumpió agriamente Hojarasca Acuática—. Estás débil, y necesitarás tiempo para recuperarte. —Cuando Corvino Plumoso estuvo a punto de protestar, ella levantó la cola para silenciarlo—. No te atrevas a discutir.

Ella se dirigió al fondo de la guarida y regresó un momento después con la boca llena de musgo húmedo.

—Toma —maulló, dejándolo junto a Corvino Plumoso—. Bebe. Iré a buscar a alguien que te traiga carne fresca.

Corvino Plumoso la observó mientras salía de la guarida y bajó la cabeza para beber el agua del musgo. Era fresca y revitalizante, y dejó escapar un suspiro de resignación. «*Estar herido no es malo* —reflexionó—. *Es medio un alivio tener que dejar que alguien más cuide de mí*».

Corvino Plumoso casi dormía de nuevo en su lecho cuando Vuelo de Azor entró en la guarida y se puso a su lado, olfateando la herida de su pierna.

—Va bien —comentó—. No hay señales de infección.

—¿Cómo está el resto del Clan? —preguntó Corvino Plumoso.

—También están bien —Vuelo de Azor contestó con un ronroneo de satisfacción—. Muchas gracias por convencer a Estrella de Bigotes de que pidiera ayuda a otros Clanes. Estrella Vaharina envió a Ala de Mariposa, y está ayudando a atender a los gatos heridos. Tenemos suficientes hierbas para todos, y todos los heridos están siendo atendidos.

—Esas son realmente buenas noticias —Corvino Plumoso maulló—. Me pregunto qué haremos ahora con los armiños.

—Nada, por el momento —respondió Vuelo de Azor—. Primero tenemos que asegurarnos de que todos nuestros gatos estén sanos, y luego podemos decidir.

—En ese momento, Hojarasca Acuática reapareció en la entrada de la guarida con un ramillete de hojas en las fauces.

—Hojas de tomillo —maulló, dejando caer el ramillete delante de Corvino Plumoso—. Cómetelas. Son buenas para el impacto.

—No necesito… —empezó a decir Corvino Plumoso, pero se interrumpió cuando Hojarasca Acuática le acercó las hojas.

—Haz lo que se te diga, bola de pelos tonta.

Corvino Plumoso puso los ojos en blanco, pero lamió las hojas de tomillo sin protestar.

Vuelo de Azor miró de Corvino Plumoso a Hojarasca Acuática y viceversa. Había una mirada cautelosa en sus ojos.

—Corvino Plumoso, te dejaré en las hábiles patas de Hojarasca Acuática —el gato maulló—. Volveré más tarde para ver cómo estás.

—Creí que habías dicho algo de carne fresca— se quejó Corvino Plumoso cuando el curandero se hubo ido—. Mi estómago cree que me arrancaron la garganta.

—En un momento llegará —respondió divertida Hojarasca Acuática, que se sentó a su lado y agregó—: ¿Cómo te sientes?

Corvino Plumoso se movió experimentalmente.

—Me duele la pierna como si un tejón intentara arrancármela, pero por lo demás estoy bien.

Hojarasca Acuática lo miró fijamente con sus cálidos ojos ámbar.

—¿En serio, Corvino Plumoso? —preguntó—. Dime la verdad.

«*¿Cómo puedo responder a eso?* —se preguntó Corvino Plumoso—. *¿Cómo podría contarle a Hojarasca Acuática mis problemas con Ventolero y Nube Negra, y cómo Estrella de Bigotes estuvo a punto de expulsarme del Clan para siempre?*». Se removió incómodo en su lecho; su pecho apretado y el dolor en su pierna casi le hicieron olvidarse de las punzadas de hambre.

—Las cosas han mejorado —admitió. Esperando distraer a Hojarasca Acuática, agregó—: ¿A ti cómo te va en el Clan del Trueno?

Hojarasca Acuática le movió las orejas, mostrando que sabía muy bien por qué estaba cambiando de tema.

—Me va bien —respondió—. El Clan Estelar me aceptó otra vez, así que puedo trabajar como una curandera completa.

—Me alegra. —Corvino Plumoso hizo una pausa, luego continuó—. Y Leonado y Glayo… ¿ellos…?

—También me aceptaron —contestó Hojarasca Acuática—. Creo que siempre sentirán que Esquiruela es su verdadera madre, pero… bueno, nos llevamos bien. Carrasca era la que nunca pudo aceptar que era mestiza.

«*Y Carrasca está muerta* —pensó Corvino Plumoso sombríamente—. *Antes de que siquiera tuviera la oportunidad de conocerla*».

—Carrasca murió noblemente, protegiendo a su Clan —le dijo Hojarasca Acuática, como si pudiera leer su mente—. A pesar de todo lo que había pasado antes. Puedes estar orgulloso de ella, Corvino Plumoso. Puedes estar orgulloso de todos tus hijos.

«*¿Incluido Ventolero?*». Corvino Plumoso tuvo un impulso repentino de confiar en Hojarasca Acuática. Una vez había podido abrirle su corazón y, aunque esos días habían pasado, aún sentía que podía confiar en ella más que en cualquier otro gato. Además, Hojarasca Acuática era una gata del Clan del Trueno, y no tendría los mismos prejuicios contra Ventolero que sus compañeros de Clan. Podía hablarle con franqueza sin preocuparse de lo que pensaran otros.

—*Quiero* estar orgulloso de Ventolero —confesó—. Pero es difícil. Hay mucha rabia dentro de él. Sé que es un guerrero abierto y leal, pero es como si no supiera cómo demostrarlo. A mí o a su Clan.

—Pero las cosas pueden estar mejorando —Hojarasca Acuática contestó—. Por lo que he oído, luchó valientemente contra los armiños. Y lo hizo bien cuando fue contigo a buscar a Nube Negra.

Corvino Plumoso asintió, sintiéndose un poco animado.

—Haría cualquier cosa para ayudar a su madre. —Luego dejó escapar un suspiro—: Nube Negra… Haría cualquier cosa para conectar con ella *y* con

Ventolero. Pero de alguna manera… ¿Qué opinas *tú*, Hojarasca Acuática? ¿Por qué siempre sale mal?

Hojarasca Acuática ahogó un ronroneo divertido:

—¡Corvino Plumoso pidiendo consejo a alguien más! —exclamó—. ¿Qué será lo siguiente? —Más en serio, añadió—: No importa lo que pase, Ventolero y Nube Negra son tu familia. Es cierto que has tenido un pasado difícil, pero podrías tener un buen futuro. —Se inclinó más cerca de Corvino Plumoso, mirándolo con su mirada ámbar—. Admítelo, Corvino Plumoso —maulló suavemente—, puede que hayas tenido algo que ver en tus problemas con ambos. No eres el gato con el que es más fácil tratar.

—¿Estás diciendo que *yo* soy difícil? —Corvino Plumoso estaba indignado, pero un instante después tuvo que reconocer la verdad de lo que Hojarasca Acuática había dicho.

«*Sí que presioné demasiado a Estrella de Bigotes* —se admitió a sí mismo—. *Y podría haber apoyado más a Ventolero*».

—Supongo… —refunfuñó—. Entonces, ¿crees que tengo que esforzarme más?

—Exacto —coincidió Hojarasca Acuática—. Intenta hablarles de lo que sientes realmente.

¿Había estado hablando con su madre muerta? Era casi el mismo consejo que le había dado Perlada.

—Lo intentaré, pero… —Corvino Plumoso comenzó.

En ese momento, un paso sonó fuera de la guarida y Nube Negra entró, con un campañol en las fauces.

—Recién matado —maulló, dejándolo caer junto al lecho de Corvino Plumoso y echándole a Hojarasca Acuática una larga mirada con los ojos entrecerrados.

A Corvino Plumoso le dio un cosquilleo en el manto por la incomodidad de estar tan cerca de dos gatas que habían sido sus parejas. Hojarasca Acuática le dirigió una mirada significativa, y estaba bastante seguro de lo que ella quería decirle.

—Gracias, Nube Negra —maulló—. Eres muy amable. ¿Quieres compartirlo?

Los ojos de Nube Negra se abrieron de par en par, sorprendida, y miró a Hojarasca Acuática, como si se preguntara si Corvino Plumoso se había ofrecido a compartir en un intento de poner celosa a la gata del Clan del Trueno.

—No, ya comí. —El tono de Nube Negra fue brusco, pero se acomodó junto a Corvino Plumoso, metiendo las patas debajo de sí misma.

—Será mejor que me vaya —dijo Hojarasca Acuática, poniéndose de pie con un gesto cortés a Nube Negra—. Tengo que ver a los otros gatos heridos.

Recogiendo un montón de perifollo con las mandíbulas, salió de la guarida. Corvino Plumoso, que había dado un mordisco al campañol, tragó saliva rápidamente. Aunque le costaba encontrar las palabras adecuadas, recordó el consejo de Hojarasca Acuática y se dio cuenta de que tenía que intentarlo.

—Nube Negra, lamento si te ofendí ayer —maulló—. No estaba seguro de qué decirte, ahora que has vuelto.

Nube Negra lo miró con dureza y, por un momento, Corvino Plumoso temió haber dicho algo equivocado una vez más. Entonces la gata negra pareció ablandarse.

—La verdad es que me hirieron gravemente en los túneles —empezó a decir tras un latido de duda—. Y por mucho que le dijera a esos mininos domésticos que era una gata de Clan y que pertenecía a mi Clan… honestamente, después de que los Dos Patas me rescataran, no estaba segura de querer volver al Clan del Viento.

—¿No querías volver? —Todos los pelos del manto de Corvino Plumoso se erizaron de impacto. No podía creer que estaba escuchando eso de Nube Negra. «*¡Es la guerrera más leal del Clan del Viento que conozco!*».

—Al menos, no de inmediato —Nube Negra continuó—. Me sentía tan débil y cansada… Nunca pensé seriamente que me quedaría lejos para siempre, pero por el momento era bueno ser una mascota… tener comida, calor y seguridad sin tener que cazar presas o arriesgar mi vida luchando contra zorros. Y fui… bueno, me adoraban por ser quien era. Nunca había sentido eso antes, y era agradable. Incluso cuando era dura, mis Dos Patas y Pepinillo nunca dejaron de intentar hacerme feliz y hacerme sentir cómoda. Pepinillo podrá ser un minino casero, pero fue amable conmigo. Me dejaba compartir su lecho y me cedía sus mejores rincones para dormir la siesta. Compartió sus juguetes favoritos conmigo, incluso cuando le dije que no jugaba con juguetes. Actuaba como si yo fuera la gata más importante del mundo.

«*¿Pepinillo? ¡Estúpido nombre! ¡Estúpido gato!*». Pero despreciar a Pepinillo no pudo evitar que Corvino Plumoso oyera las palabras de Nube Negra… o que sintiera la culpa que provocaban. «*Nunca la traté así* —se dio cuenta—. *Nunca la consideré importante*». Había habido calidez en la voz de Nube Negra mientras describía su vida con Pepinillo. Mascota, él había intentado hacerla feliz… «*Debería haberla hecho sentir feliz y valorada de esa forma, pero no lo hice. Fallé*».

Su manto se calentó de vergüenza al recordar que nunca había prestado mucha atención al lecho de Nube Negra ni a lo que comía, ni siquiera cuando estaba embarazada de sus cachorros. Siempre había asumido que ella podía cuidarse sola, y se dio cuenta de que eso se debía a que nunca la había amado como había amado a Plumosa o a Hojarasca Acuática. El dolor le atravesó el corazón cuando se dio cuenta de lo que debía de sentir Nube Negra.

—Por cierto —Nube Negra continuó—, si le dices a cualquier otro que dije eso, te arrancaré el pelo a mordiscos y lo usaré para forrar mi lecho.

Corvino Plumoso soltó un ronroneo de risa.

—¡Tú también lo harías!

De repente, la tensión entre ellos pareció desvanecerse. Hambriento, Corvino Plumoso engulló unos cuantos bocados más de campañol, y se atrevió a maullar en voz baja:

—Lo siento, Nube Negra. Nunca te traté como si tus sentimientos fueran importantes. Siento que hayas tenido que esperar a que una mascota te lo dijera.

Nube Negra no dijo nada, pero cuando bajó la mirada hacia él, sus ojos eran más cálidos de lo que nunca los había visto.

—¿Deberíamos… deberíamos volver a ser pareja? —sugirió Corvino Plumoso, dudoso. «*¿Es eso lo que se supone que debo decir?*».

Nube Negra negó con la cabeza, pero cuando habló, su voz fue suave.

—No, y si eres sincero contigo mismo, Corvino Plumoso, tú tampoco quieres eso. Admítelo: No nos amamos, y tal vez nunca lo hicimos.

A regañadientes, Corvino Plumoso tuvo que reconocer la sabiduría en las palabras de la gata, aunque una punzada de arrepentimiento le atravesó mientras respondía.

—Creo que tienes razón. Pero… Te admiro, Nube Negra. Eres una guerrera increíble.

Nube Negra soltó un pequeño bufido:

—Tú tampoco eres tan malo. Y recuerda —añadió—, Ventolero siempre será nuestro hijo. Le debemos tratar de llevarnos bien.

—Es cierto —suspiró Corvino Plumoso—. Nube Negra, siento haberte tratado mal. ¿Podemos ser amigos… aunque solo sea por el bien de Ventolero?

—Me gustaría —ronroneó Nube Negra. Poniéndose de pie, se inclinó sobre Corvino Plumoso y restregó la mejilla contra la de él—. Necesitas descansar, Corvino Plumoso. Tal vez hablaremos luego.

Corvino Plumoso la observó mientras salía de la guarida. Tenía razón en que necesitaba descansar: Su conversación le había quitado tanto como una patrulla por todo el territorio. Terminó el último bocado de campañol, se acurrucó y cerró los ojos.

«*Oh, Clan Estelar, por favor no me devuelvas a ese terrible sueño…*».

En cuanto Corvino Plumoso se quedó dormido, vio la pálida figura de su madre, Perlada, frente a él. Esta vez no la perseguía por los túneles: Estaba sentada junto a un estanque en un frondoso claro de bosque donde helechos se arqueaban por encima del agua y un pequeño manantial se deslizaba desde las rocas que había encima.

—Saludos, Corvino Plumoso —Perlada maulló. Esta vez su tono era de aprobación—. Por fin te tomaste en serio las lecciones de tus sueños.

—¿Lecciones? —preguntó Corvino Plumoso, reprimiendo un ronroneo de risa incrédulo—. ¿Cuáles eran las lecciones? ¡Casi he agotado mi cerebro tratando de entender por qué estoy teniendo estos sueños!

—Te he dado la lección más importante. —La voz de Perlada era un suave murmullo—. Amar. Debes abrirte de nuevo al amor. Y te envié el sueño de Alcotán y Carrasca para mostrarte cuánto te importan todos tus hijos, pase lo que pase con ellos. Debes volver a abrir tu corazón a Ventolero y ser un padre para él.

La culpa pesaba sobre los hombros de Corvino Plumoso mientras respondía.

—Ahora lo veo —admitió—. Solo espero poder ser tan buen padre para Ventolero como tú fuiste una madre para mí.

La mirada de Perlada era cálida y brillante.

—Estoy orgullosa de ti, Corvino Plumoso —ronroneó—. Por fin, estás empezando a cambiar.

Corvino Plumoso se quedó mirando a su madre. De repente, sintió un terrible dolor en el corazón al darse cuenta de que sus charlas privadas habían terminado. Su amor por ella era simple y abrumador: el amor de un hijo por su madre.

«*Tal vez eso es lo que Ventolero siente por mí* —se dio cuenta—, *a pesar de que no siempre lo he merecido. Pero lo haré*», se prometió a sí mismo, viendo cómo la

imagen de su madre se debilitaba. Cuando el sueño se desvaneció y Corvino Plumoso parpadeó hasta despertarse, de vuelta en la guarida del curandero, decidió de una vez por todas que las cosas serían diferentes. «*Me aseguraré de que Ventolero sepa que lo amo, al igual que Perlada me amaba a mí* —se prometió a sí mismo—. *Cambiar es duro… pero si salva a Ventolero, valdrá la pena*».

CAPÍTULO 28

La luna llena flotaba sobre el lago mientras Corvino Plumoso se abría paso entre los arbustos que rodeaban el claro de la Asamblea. El Clan del Viento fue el último en llegar; los otros tres Clanes ya estaban mezclados en el pasto bañado por la luna, con las cabezas juntas mientras intercambiaban noticias y chismes. Estrella de Bigotes se abrió paso entre la multitud y saltó para reunirse con los otros líderes en el Gran Roble.

Habían pasado muchos días desde que los armiños atacaron el campamento del Clan del Viento. La mayoría de los gatos heridos se habían recuperado, aunque Corvino Plumoso aún sentía una punzada de dolor cuando apoyaba el peso sobre su pata trasera herida. Hojarasca Acuática y Ala de Mariposa habían vuelto a sus propios Clanes y ahora estaban sentadas cerca del Gran Roble con los otros curanderos.

En cuanto Estrella de Bigotes se hubo acomodado en una rama, Estrella Negra levantó la cabeza para llamar la atención de todos los gatos:

—Antes de empezar, recordemos a los caídos…

Como había hecho en la última Asamblea, Estrella Negra pronunció los nombres de los guerreros que habían muerto en la Gran Batalla.

En cuanto terminó, Estrella Zarzosa se adelantó y dio comienzo a la verdadera reunión. La charla en el claro se apagó cuando el líder del Clan del Trueno informó de que sus patrullas estaban vigilando a los zorros que visitaban su territorio, y que habían ahuyentado a un perro callejero de Dos Patas.

—Sí, lo ahuyentaron a *nuestro* territorio —se quejó Estrella Negra, poniéndose de pie—. Muchísimas gracias. Sus Dos Patas vinieron a buscarlo, pisoteando todo el bosque con sus enormes patas. Pero ya se ha ido, así que no hay más problemas.

Estrella Zarzosa agachó la cabeza cortésmente y le hizo un gesto con la cola a Estrella Vaharina para que comenzara su informe.

—El Clan del Río se encuentra bien —informó Estrella Vaharina—. Las presas corren bien, teniendo en cuenta que estamos en la estación sin hojas, y el lago está lleno de peces. Estrella de Bigotes —continuó, dirigiéndose al líder del Clan del Viento—, ¿cómo están tus guerreros heridos?

—Espero que se estén recuperando —Estrella Zarzosa agregó.

Estrella de Bigotes inclinó la cabeza respetuosamente a ambos líderes.

—Todos se encuentran bien —respondió—. Gracias por su ayuda. Y creo que todos han oído que Nube Negra no está muerta después de todo. Le damos la bienvenida de regreso a su Clan.

—¡Nube Negra! ¡Nube Negra! —aullaron los gatos del claro, repitiendo el recibimiento de Estrella de Bigotes.

La gata negra, que estaba sentada a una cola de distancia de Corvino Plumoso, agachó la cabeza en señal de agradecimiento, sus ojos brillaban de placer al ver que habían gatos de otros Clanes contentos de verla otra vez.

«*Eso no lo conseguirías viviendo con Pepinillo y los Dos Patas*», pensó Corvino Plumoso.

—¿Y qué hay de los armiños en los túneles? —Estrella Vaharina preguntó—. ¿Has sido capaz de lidiar con ellos?

Corvino Plumoso se obligó a no hacer una mueca de dolor. Era una pregunta que a Estrella de Bigotes le costaría responder.

—No los hemos olvidado, pero nuestro Clan ha estado concentrado en la recuperación —respondió el líder del Clan del Viento.

—¿Así que no han hecho nada? —El tono de Estrella Zarzosa era respetuoso, pero obviamente estaba decidido a llegar a la verdad—. ¿Los armiños siguen siendo un problema, siguen siendo una amenaza para más de un Clan?

—Todavía no nos hemos encargado de ellos —le dijo Estrella de Bigotes de mala gana—. Los armiños han atravesado algunas de las entradas que tapamos, así que ese plan no funcionará.

—¿Y tienes otro plan? —preguntó Estrella Zarzosa.

—He discutido el problema con mis guerreros más experimentados —le dijo Estrella de Bigotes—. Pero hasta ahora no se nos ha ocurrido ninguna alternativa.

Corvino Plumoso recordaba aquella reunión, pocos días después del ataque al campamento. A nadie se le había ocurrido una solución, excepto volver a pedir ayuda al Clan del Trueno, y todos se mostraban reacios a seguir poniendo a prueba el buen carácter de Estrella Zarzosa.

Corvino Plumoso se dio cuenta de que los gatos se movían a su alrededor, intercambiando miradas y murmurando en voz baja. Su pelaje empezó a erizarse a lo largo de su espalda cuando se dio cuenta de que estaban culpando al Clan del Viento por no ocuparse de los invasores. Estuvo tentado a darles la razón, pero sabía que los problemas siempre parecían más fáciles de resolver cuando no eras tú el que intentaba solucionarlos.

—Me gustaría verlos tratando de luchar con esos pequeños y viciosos mantos de sarna —siseó Nube Negra.

Corvino Plumoso le hizo un gesto de aprobación.

—Sí, no saben a lo que nos enfrentamos —coincidió.

Estrella Zarzosa alzó la voz para hacerse oír por encima del creciente alboroto en el claro.

—¡Gatos de todos los Clanes! —anunció—. Esto no es solo problema del Clan del Viento. Nosotros, en el Clan del Trueno, ya hemos tenido que lidiar con algunas de estas criaturas que han entrado en nuestro territorio. Si no se les detiene, podrían extenderse fácilmente al Clan de la Sombra y al Clan del Río.

—¿Qué? —Estrella Negra se levantó, como si hubiese estado medio dormido. Tenía los ojos muy abiertos por la alarma.

«*Está empezando a parecer viejo* —pensó Corvino Plumoso—. *¿De qué servirá para hacer frente a una crisis como esta?*».

—Estrella de Bigotes —Estrella Zarzosa continuó—, te haré la misma oferta que te hice antes. El Clan del Trueno está listo para ayudar. Debemos trabajar juntos; es la única esperanza que tenemos de expulsar a los armiños.

—¡Gran Clan Estelar! —Nube Negra susurró en el oído de Corvino Plumoso—. No volvamos a tener otra discusión como la que ocurrió en nuestro campamento. Ventolero me lo contó todo, ¡y no pude creer lo que dijo Estrella de Bigotes!

—Estrella de Bigotes no diría lo mismo ahora… ni en una Asamblea —Corvino Plumoso contestó, aunque no estaba nada seguro de que fuera cierto.

Estrella de Bigotes dudó un largo rato, mirando al líder del Clan del Trueno. Luego, lentamente, bajó la cabeza.

—Muy bien. El Clan del Viento te da las gracias, Estrella Zarzosa.

—El Clan del Río también ayudará, si se nos necesita —maulló Estrella Vaharina—. ¿Y el Clan de la Sombra también, Estrella Negra?

Estrella Negra se sacudió el manto.

—Supongo que sí —gruñó.

Tomada la decisión, los gatos del claro volvían a acomodarse cuando Corvino Plumoso se dio cuenta de que su hijo Leonado parecía incómodo, moviéndose con impaciencia como si quisiera hablar. «*¿Qué es lo que le pasa?*», se preguntó.

Leonado se levantó repentinamente de un salto.

—¡Estrella Zarzosa, quiero decir algo!

El líder de su Clan lo miró, con una leve mirada de desaprobación.

—Muy bien. Adelante —maulló.

Corvino Plumoso vio la mirada de Leonado girar por el claro hasta que se fijó en Ventolero. Durante un par de latidos, los dos medios hermanos se miraron fijamente. Corvino Plumoso sintió pavor al darse cuenta de a dónde iba todo esto.

—No quiero luchar junto a Ventolero —gruñó Leonado, con una mirada furiosa hacia el guerrero del Clan del Viento, que estaba sentado junto a Cola Brecina a la sombra de los arbustos—. Intentó matarme en la batalla contra el Bosque Oscuro.

«*Pensé que todo eso había terminado*». El corazón de Corvino Plumoso se hundió al tener que aceptar que estaba equivocado. Hacía muchos días que no oía a un gato del Clan del Viento hablar en contra de Ventolero, pero había olvidado que Leonado aún podía guardarle rencor.

—Y yo sigo pensando que el Clan del Viento nos estaba espiando cuando atrapamos a Corvino Plumoso y a Ventolero en los túneles —añadió Bayo, acercándose a Leonado.

Corvino Plumoso podía oír a otros guerreros del Clan del Trueno murmurando que su acuerdo, y se preparaba para levantarse. No quería hacer una escena en una Asamblea, y tenía la horrible sensación de que hiciera lo que hiciera, iba a molestar a uno de sus hijos. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de mostrar su apoyo a Ventolero.

Sin embargo, antes de que Corvino Plumoso decidiera qué decir, Estrella Zarzosa volvió a agitar la cola para pedir silencio.

—El asunto con el Bosque Oscuro se acabó —maulló con decisión el líder del Clan del Trueno. Dirigió una mirada fría a Leonado y Bayo—. Sacar a relucir viejas peleas no le hará ningún bien a nadie. Debemos aprender a confiar los unos en los otros. Debemos seguir adelante y no pensar en el pasado.

Leonado, aunque obviamente estaba descontento por la advertencia de su líder, agachó la cabeza y volvió a sentarse. Bayo se sentó a su lado y murmuró algo al oído de Leonado.

Corvino Plumoso pudo oír más murmullos de los gatos que lo rodeaban. Aunque la mayoría eran demasiado graves para distinguir las palabras, se hacía una idea de lo que se decía.

—El Clan del Trueno se *sentirá* así. —Era Turón; estaba sentado tan cerca de Corvino Plumoso que no le costaba oírlo—. Tuvieron gatos que entrenaron con el Bosque Oscuro, pero ninguno fue un *verdadero* traidor. —Sus ojos se entrecerraron con hostilidad mientras giraba la cabeza para mirar a Ventolero.

Corvino Plumoso vio por la mirada hostil de Ventolero sobre el gato naranja atigrado que lo había notado, y que entendía la indirecta de Turón de que era un verdadero traidor, ya que había luchado del lado del Bosque Oscuro.

«*Sus compañeros de Clan aún no confían en él* —pensó Corvino Plumoso con tristeza—. *Incluso después de todo lo que ha hecho, luchando contra los armiños y ayudando a traer a Nube Negra a casa*».

Por primera vez, en lugar de enfadarse e incomodarse, Corvino Plumoso imaginó cómo debía de sentirse su hijo. Se levantó para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, Ventolero se levantó de un salto y habló con una voz tan segura que sus palabras resonaron por todo el claro.

—Nadie tiene que confiar en mí, ni en los otros aprendices del Bosque Oscuro. Vamos a demostrar nuestro valor, y entonces nadie más se atreverá a dudar de nuestra lealtad.

—¡Sí! ¡Ya lo verán! —Nariz de Bigotes aulló.

—¡Somos tan leales como el resto de ustedes! —añadió Ala de Alondra.

Lebrón respaldó con firmeza a sus compañeros de Clan.

—¡Entrenamos en el Bosque Oscuro para *ayudar* a nuestros Clanes!

Los aullidos de aprobación a Ventolero se elevaron por todas partes en el claro desde los otros gatos que habían sido engañados por el Bosque Oscuro. «*Todos deben sentir que tienen algo que demostrar* —se dio cuenta Corvino Plumoso—, *no solo Ventolero*». Estrella de Bigotes había nombrado lugarteniente a un aprendiz del Bosque Oscuro, Corvino Plumoso lo sabía, pero no todos los líderes de los Clanes habían hecho tales demostraciones públicas de aceptación y apoyo. «*Me pregunto cómo le va a los aprendices del Bosque Oscuro de los otros Clanes*».

El resto de los gatos guardó silencio; mirando a su alrededor, Corvino Plumoso pudo ver que al menos algunos gatos habían quedado convencidos por la audaz declaración de Ventolero.

Estrella Vaharina habló desde su rama del Gran Roble, con sus ojos azules brillantes y la luz de la luna tiñendo de plata su pelaje azul grisáceo.

—Entonces estamos de acuerdo —maulló—. El Clan del Trueno y el Clan del Viento trabajarán juntos para hacer frente a los armiños, y llamarán al Clan del Río y al Clan de la Sombra si es necesario.

Nadie levantó la voz en señal de protesta, aunque Corvino Plumoso se dio cuenta de que Leonado y Bayo, que habían iniciado la discusión, seguían pareciendo descontentos.

—La Asamblea ha terminado —anunció Estrella Zarzosa.

Los cuatro líderes bajaron del Gran Roble. Mientras Estrella Vaharina y Estrella Negra reunían a sus guerreros para volver a su hogar, Estrella de Bigotes y Estrella Zarzosa se mantuvieron a la espera, sumidos en una conversación, e indicaron a sus gatos que se adelantaran sin ellos.

Bajando de un salto del árbol-puente, Corvino Plumoso vio a Ventolero y a Cola Brecina justo delante de él, caminando a lo largo de la orilla del lago. Aceleró el paso y los alcanzó, estremeciéndose un poco al ver que Ventolero lo miraba con recelo. Pero si algo había aprendido Corvino Plumoso era que no podía dejar que momentos como ése le impidieran ser un padre para Ventolero.

—Ventolero —empezó—, me impresionó mucho lo que dijiste.

Por un momento, Ventolero pareció sorprendido.

—Bueno —dijo—, no lo habría dicho si no lo decía en serio.

—No dudo de ti —continuó Corvino Plumoso, dándose cuenta con una sacudida de sorpresa de que lo que decía era cierto—. Cualquier cosa que necesites… tienes mi apoyo.

Ventolero dudó un momento, y Corvino Plumoso se dio cuenta de que Cola Brecina había retrocedido, dejándolo solo con su hijo. De pronto se sintió tan expuesto y vulnerable como si un águila se cerniera sobre él en el páramo.

Ventolero se miró torpemente las patas. «*Parece tan incómodo como yo*», pensó Corvino Plumoso.

—Entrené con el Bosque Oscuro para convertirme en un guerrero más fuerte —explicó Ventolero al fin—. Necesitaba que alguien creyera en mí, y los del Bosque Oscuro lo hicieron, o al menos eso parecía. Pero no estaba luchando contra los Clanes. Siempre seré primero un gato del Clan del Viento. Esta batalla con los armiños es mi oportunidad de demostrar mi lealtad —terminó con decisión.

Al escucharlo, Corvino Plumoso recordó el terrible momento de la batalla en que Ventolero había atacado a Leonado. No había sido la acción de un traidor, se daba cuenta ahora, sino la de un gato llevado a la desesperación por su sensación de fracaso y aislamiento.

Ahora, al ver el rostro decidido de Ventolero, Corvino Plumoso sintió que lo invadía una oleada de ternura. Podía ver en su hijo algo del gatito inocente (tan ansioso de nuevos retos y aventuras) que Nube Negra le había presentado por primera vez, antes de que todo saliera mal.

—Como dije, haré todo lo que pueda para ayudar —le aseguró a Ventolero. Su voz estaba ronca por la extrañeza de las palabras y su ansiedad de que su hijo no aceptara lo que le estaba ofreciendo—. Sé que no siempre he sido el padre que te mereces —añadió—, pero ahora quiero cambiar eso.

Ventolero no dijo nada. Solo agachó la cabeza torpemente, pero la calidez de sus ojos le dijo a Corvino Plumoso todo lo que necesitaba saber.

Mientras caminaba junto a su hijo, rozándose los mantos, Corvino Plumoso sintió una calidez que brotaba de su interior. «*Así se debe sentir ser un padre de verdad*», pensó.

Capítulo 29

El día siguiente a la Asamblea amaneció húmedo y nublado, y el viento que soplaba desde lo alto del páramo dejaba un rastro de lluvia. La mayor parte de la nieve ya había desaparecido, salvo en las hondonadas protegidas, pero la escarcha cubría el duro pasto del páramo y todos los charcos estaban cubiertos de hielo.

«*Mis patas están tan frías que podrían caerse*», pensó Corvino Plumoso. Temblaba mientras se dirigía hacia la frontera del Clan del Trueno junto a Estrella de Bigotes y un pequeño grupo de guerreros del Clan del Viento. Lebrón iba al hombro de su líder, mientras que Nube Negra y Ventolero seguían de cerca. Cola Brecina iba en la retaguardia.

Luego de que hubo terminado la Asamblea, Estrella de Bigotes y Estrella Zarzosa se quedaron atrás para hablar. Habían decidido que se reunirían en la frontera para discutir cómo sus Clanes trabajarían juntos para derrotar a los armiños. Corvino Plumoso solo podía esperar que esta vez dieran con un plan que tuviera éxito. Cuando dejaron atrás el páramo y entraron en la franja de bosque junto al arroyo, Corvino Plumoso percibió un fuerte olor a Clan del Trueno justo delante. Al acercarse a la frontera, vio a un gran grupo de gatos del Clan del Trueno reunidos en la orilla opuesta; Estrella Zarzosa y Esquiruela estaban en el centro, con Glayo a un lado y Leonado al otro.

Corvino Plumoso no pudo evitar darse cuenta de qué tantos de los guerreros del Clan del Trueno parecían recelosos y desconfiados, murmurando entre ellos mientras los gatos del Clan del Viento se acercaban. Su pelaje se erizó de aprensión al verlos. «*¿Cómo vamos a unirnos para luchar contra los armiños si no podemos llevarnos bien entre nosotros?*». En particular, Corvino Plumoso se fijó en que Ventolero y Leonado se miraban el uno al otro con odio.

Sin embargo, Estrella Zarzosa inclinó la cabeza cortésmente hacia Estrella de Bigotes cuando los dos líderes se encontraron frente a frente a través del arroyo.

—Saludos, Estrella de Bigotes —maulló.

Con igual cortesía, Estrella de Bigotes le devolvió el saludo, y Corvino Plumoso respiró aliviado. Estaba claro que nadie iba a mencionar la falta de experiencia de Estrella Zarzosa o la incapacidad de Estrella de Bigotes para controlar a los armiños por sí solo.

—Entonces —empezó Estrella Zarzosa—, ¿qué sugieres, Estrella de Bigotes?

—Hemos intentado bajar a los túneles para luchar contra los armiños —el líder del Clan del Viento respondió—, y fue un desastre. Los armiños conocen los túneles mejor que nosotros, y hay demasiados lugares donde pueden esconderse. Hay más y son más pequeños que nosotros, así que luchan mejor en rincones estrechos. De alguna manera tenemos que sacarlos a campo abierto.

Estrella Zarzosa se quedó pensando.

—Por supuesto, el Clan del Trueno tiene algo de experiencia en la lucha subterránea… —reflexionó.

Corvino Plumoso desenvainó las garras. Temporadas atrás, cuando Estrella de Fuego aún era el líder del Clan del Trueno, el Clan del Viento había atacado al Clan del Trueno en los túneles y había sido derrotado rotundamente. Más tarde se había enterado de que Carrasca, que una vez había vivido allí abajo, había entrenado a su Clan en técnicas especiales de lucha. «*¿Estrella Zarzosa de verdad está ofreciendo que utilicen sus habilidades especiales* —se preguntó—, *o está buscando otra forma más sutil de insultar a Estrella de Bigotes? No es que Estrella de Bigotes no se lo merezca*», añadió irónicamente para sí, recordando el mordaz ataque de Estrella de Bigotes a Estrella Zarzosa en el campamento del Clan del Viento. Pero Estrella de Bigotes parecía ajeno a cualquier posible insulto, o tal vez se había dado cuenta de que no podía permitirse ser insultado.

—Sigo pensando que tenemos que sacarlos —maulló—. Pero decidamos lo que decidamos, tendremos que matar a un buen número para tener alguna posibilidad real de deshacernos de ellos.

Corvino Plumoso vio que Pétalo de Rosa y Ratonero del Clan del Trueno intercambiaban una mirada de desprecio.

—No puedo imaginar cómo los guerreros del Clan del Viento fueron derrotados por animales que son mucho más pequeños que ellos —murmuró Pétalo de Rosa.

—Sí, son tan *diminutos* —Ratonero coincidió.

Esquiruela giró la cabeza para fulminar con la mirada a sus compañeros de Clan.

—¡Cierren la boca! —espetó.

—Obviamente ustedes nunca lucharon con ellos —maulló Manto Espinoso con desdén—. Son feroces, tienen los dientes afilados y atacan cuando no se lo esperan.

—Y deberían ver cómo saltan y se retuercen en el aire —Ala de Alondra agregó —. ¿Acaso el Clan del Trueno tiene mejores movimientos de batalla? No lo creo.

Corvino Plumoso vio que varios de los guerreros más jóvenes del Clan del Trueno se miraban unos a otros, con los ojos muy abiertos por la alarma, aunque los guerreros más experimentados parecían incrédulos.

—Estoy seguro de que debieron de *sentirse* como una manada de bestias voraces —maulló Espinardo con un aire elevado.

—Nuestros guerreros tienen razón —le dijo Lebrón—. Claro que he visto armiños antes, todos hemos visto, pero no en una manada tan grande como esta. Estos blancos son feroces. Tenemos que tomarlos en serio.

—Por supuesto que sí. —Estrella Zarzosa volvió a tomar el control—. Así que, escuchemos algunas ideas de cómo luchar contra los armiños sin atacar en los túneles y ponernos en desventaja.

—Yo creo que deberíamos bloquear los túneles como lo hicimos antes —sugirió Corvino Plumoso, dando voz a una idea que había estado pensando desde la Asamblea—, y luego enviar una fuerza de gatos para expulsar a los armiños a un lugar, donde el resto de nosotros estará esperando.

—Eso podría funcionar —Cola Brecina coincidió—. Tendremos que asegurarnos de cubrir todos los túneles.

—Sí —añadió Leonado—, y asegurarnos de que los armiños no se alejen hacia el otro lado y salgan al territorio del Clan del Trueno. Funcionará mejor si podemos mantenerlos en el lado del Clan del Viento sobre el río subterráneo.

De pie junto a Leonado, su pareja, Carbonera, movió las orejas con diversión, pero Corvino Plumoso vio que el atigrado dorado parecía repentinamente avergonzado, mientras Cola Brecina apartaba brevemente la mirada. Sabía que Cola Brecina estaba familiarizada con los túneles entre los territorios; siempre se había preguntado si los había explorado sola o con el gato del Clan del Trueno.

A su lado, Corvino Plumoso sintió que Ventolero se erizaba. Obviamente, había llegado a la misma conclusión. «*¿Por qué no puede dejarlo ir?* —se preguntó Corvino Plumoso—. *El corazón de Cola Brecina claramente está con él, pero aún conserva toda la hostilidad que sentía hacia Leonado*».

—Tengo una mejor idea —dijo Ventolero en voz alta, y Corvino Plumoso sospechó que quería distraer la atención de Cola Brecina del guerrero dorado del Clan del Trueno. Ni siquiera miró a Leonado, como si su medio hermano no estuviera allí en absoluto—. En lugar de poner en peligro a varios gatos tratando de expulsar a los armiños de los túneles (y tal vez llevándolos hacia el Clan del Trueno), ¿por qué no enviar a un gato para que ataque a un armiño y atraiga a los demás?

Leonado resopló.

—¿Estás sugiriendo que pongamos a un solo gato en peligro? —le espetó a Ventolero—. ¿O te ofreces voluntario para ir tú mismo a enfrentarte a los armiños?

Ventolero giró la cabeza para mirarlo fijamente.

—Por supuesto que me ofrezco voluntario —contestó al instante—. Cerebro de ratón —añadió en voz baja, solo lo suficientemente alto como para que lo oyeran Corvino Plumoso y tal vez Nube Negra.

Corvino Plumoso apretó las mandíbulas, sin permitirse intervenir. Se sentía intensamente orgulloso de Ventolero, pero la idea de que su hijo se aventurara solo en los túneles infestados de armiños le erizaba de miedo cada pelo del manto. Entonces recordó que una vez pensó que una ventolera era una especie de viento, que hacía retroceder el agua envolvente de la visión de Vuelo de Azor. Tal vez Ventolero era el gato destinado a correr ese riesgo y salvar a su Clan.

—¿Estás seguro? —Estrella de Bigotes le preguntó a Ventolero.

Ventolero asintió.

—Prometí en la Asamblea que demostraría ser un guerrero leal —declaró—. Ahora estoy cumpliendo esa promesa.

La mirada de Corvino Plumoso recorrió a los gatos reunidos mientras Ventolero hacía su valiente ofrecimiento, notando un brillo de aprobación en los ojos de Estrella de Bigotes. La mayoría de los otros también parecían impresionados. Pero cuando miró esperanzado a Leonado, vio que el rostro de su hijo del Clan del Trueno mostraba una fría hostilidad. Corvino Plumoso sintió esa mirada como una garra que le atravesaba el corazón. Claramente, la oferta no era suficiente para que Leonado perdonara a Ventolero por intentar matarlo. La necesidad de mostrar su apoyo a Ventolero inundó a Corvino Plumoso. Quería ser para él el padre que siempre debió haber sido. Y ahora sabía cómo hacerlo, y al mismo tiempo demostrar que ponía las necesidades de su Clan por encima de las suyas. «*Será peligroso, pero si Ventolero puede correr el riesgo, entonces yo también*».

—Yo también iré —maulló, acercándose a su hijo.

Un murmullo de sorpresa surgió de sus compañeros de Clan.

—No es necesario —le dijo Lebrón.

—Quiero apoyar a mi hijo —Corvino Plumoso respondió, captando una mirada de sorpresa en la cara de Leonado, y en la de Glayo.

«*¿Elegí las palabras correctas?* —se preguntó, brevemente ansioso—. *¿Creerán que no los acepto como hijos?*». Luego desechó la preocupación. No era el momento adecuado. Mirando a Estrella de Bigotes, añadió:

—Supongo que también tengo que demostrar mi lealtad al Clan del Viento.

Estrella de Bigotes claramente compartía la sorpresa de su Clan, pero algo en su mirada le dijo a Corvino Plumoso que él también estaba impresionado.

—Creo que deberíamos combinar los planes —sugirió a Estrella Zarzosa—. Bloquearemos todos los túneles que podamos, y dejaremos solo una entrada abierta, en el lado del Clan del Viento.

Estrella Zarzosa asintió.

—Entonces Ventolero y Corvino Plumoso intentarán enfurecer a los armiños…

—Eso les resultará muy fácil —añadió Glayo.

El líder de su Clan lo miró con los ojos entrecerrados.

—Gracias, Glayo —maulló, con un tono irritado en la voz—. Como iba diciendo —continuó—, Corvino Plumoso y Ventolero enfurecerán a los armiños lo suficiente como para sacarlos de los túneles, donde los guerreros los estarán esperando.

—Debería resultar bien. —Lebrón, que había estado sentado en la orilla del arroyo cerca del líder de su Clan, se levantó de un salto—. Yo lideraré la patrulla para encontrar los túneles y bloquearlos, si Leonado y Cola Brecina quieren ayudar.

—Por supuesto —maulló Cola Brecina.

Ala de Alondra añadió rápidamente:

—A mí también me gustaría ayudar.

Betulón se adelantó desde el grupo del Clan del Trueno al otro lado del arroyo, con Ratonero a su lado.

—Nosotros organizaremos a los guerreros para que estén listos para salir y atacar a los armiños.

—Estaremos esperándolos —maulló Flores Caídas, avanzando mientras Espinardo le pisaba los talones.

—¡Yo igual! —exclamó Nariz de Bigotes desde el lado del Clan del Viento.

Estrella de Bigotes negó con la cabeza al veterano marrón claro, pero Nariz de Bigotes lo ignoró. Corvino Plumoso se dio cuenta de que todos los voluntarios habían entrenado con los gatos del Bosque Oscuro; todos eran gatos de los que sus compañeros de Clan habían dudado, temido y desconfiado, y sin embargo allí estaban, ansiosos por demostrar por fin que eran leales guerreros de sus Clanes. Mirando a su alrededor, vio que otros gatos también se habían dado cuenta: Murmullos de elogio surgieron de ellos, e intercambiaron miradas de aprobación. «*Esperemos que sus vidas sean más fáciles a partir de ahora*», pensó Corvino Plumoso.

CAPÍTULO 30

Corvino Plumoso estaba de pie en la entrada del túnel donde (parecía que hacía lunas) Zarpa Ululante había visto por primera vez al armiño blanco. El cielo estaba escarlata sobre el páramo, y las largas sombras de los gatos se extendían tras ellos a medida que el sol se ponía. Era el día después de la reunión con Estrella Zarzosa y los guerreros del Clan del Trueno en el arroyo, y todo estaba listo para el ataque final a los armiños.

Las criaturas parecían ser más activas por la noche, así que, durante el día, mientras dormían, los gatos habían rellenado tantos túneles abiertos como habían podido encontrar. Ahora solo quedaba esta entrada. Corvino Plumoso levantó una pata para lamerse la almohadilla, que aún le escocía por las piedras y la maleza. Le picaba el pelaje por el polvo, pero sentía calidez de satisfacción desde las orejas hasta la punta de la cola. «*Los armiños ya deben de estar despertando. Espero que estén listos para ser expulsados*».

Ventolero se acercó mientras Corvino Plumoso seguía lamiéndose las almohadillas adoloridas.

—¿Listo? —le preguntó.

Corvino Plumoso asintió, levantando la mirada hacia su hijo. Se sorprendió al ver que Ventolero tenía una expresión de determinación y mantenía la cabeza alta. «*Sé que le tiene miedo a los túneles* —pensó Corvino Plumoso—, *pero ahora no muestra el menor signo de miedo*».

Ventolero le devolvió el asentimiento, y su mirada se suavizó un poco.

—Podemos hacerlo —maulló Corvino Plumoso—. Por el Clan del Viento

—Podemos —Ventolero coincidió—. Estoy listo.

Su voz fue firme y decidida. Corvino Plumoso no pudo evitar pensar en el peligro que se avecinaba. A él no le importaba tanto, pero Ventolero tenía todo su futuro que perder si lo mataban o lo herían: su lugar en el Clan; la oportunidad de tener pareja, tener cachorros y criarlos como guerreros. «*Está dispuesto a arriesgar*

todo eso para demostrar su lealtad —reflexionó, aún más impresionado por la valentía de su hijo—. *Tal vez no fui un buen padre, pero aun así Ventolero resultó ser un guerrero digno*».

Corvino Plumoso echó un vistazo al paisaje de páramos que le rodeaba. Sabía que detrás de las rocas y debajo de los arbustos de aulaga se escondían guerreros del Clan del Trueno y del Clan del Viento, esperando para saltar a la batalla. Había un fuerte olor a gato, pero no podía ver a ninguno de ellos, ni siquiera un solo bigote o la punta de una cola. «*¡Los armiños se llevarán el susto de sus vidas!*». Pero al darse cuenta de esto, Corvino Plumoso aceptó que tenía que contenerse. No podía dejar que sus ansias de venganza se apoderaran de él. La emoción y la confianza burbujeaban en su interior como un manantial de agua fresca, pero sabía que también necesitaba inteligencia y la cabeza fría. Entonces Cola Brecina salió de detrás de una roca a medio camino de la ladera y se acercó a Corvino Plumoso y Ventolero.

—¿Están seguros de que saben qué hacer? —ella preguntó.

«*¡Como si no lo hubiéramos repasado tantas veces!*», pensó Corvino Plumoso, pero no lo dijo en voz alta. Era muy consciente de que Cola Brecina en realidad no estaba haciendo esa pregunta; lo que ella quería saber era si Ventolero estaba seguro de querer seguir adelante con esto. «*Sabe que es un guerrero capaz, pero quiere ser su pareja. Por supuesto que está preocupada*».

—Sí, vamos a estar bien —contestó Ventolero.

—Ya has estado allí antes, así que deberías recordar cómo es —continuó Cola Brecina—. Hay un camino despejado en un círculo enorme que los llevará a lo profundo de los túneles y de vuelta aquí. Por el bien del Clan Estelar, no se dirijan por ningún pasadizo lateral.

—Tendremos cuidado —Ventolero le prometió.

Corvino Plumoso no estaba seguro de que «cuidado» fuera la palabra que él hubiera elegido. Él y Ventolero correrían por el sendero tan rápido como pudieran, dando zarpazos y aullando a los armiños para atraer su atención y hacer que los persiguieran. «*Espero que no nos atrapen y nos veamos rodeados de armiños*». Sería bastante fácil llamar la atención de las criaturas, y aún más fácil que quedaran atrapados en los túneles, superados en número en la oscuridad. «*Sé lo que se siente, y no quiero volver a sentirlo, pero eso está en patas del Clan Estelar*».

Ventolero y Cola Brecina se habían acercado el uno al otro, hablándose en voz baja, cuando Estrella de Bigotes se acercó. Corvino Plumoso reprimió una mueca de diversión cuando vio a los dos jóvenes gatos separarse de un salto.

—Llegó la hora —Estrella de Bigotes declaró; si se había dado cuenta de algo, no hizo ningún comentario—. ¿Listos?

Corvino Plumoso asintió; Ventolero se irguió un poco más.

—Entonces que el Clan Estelar ilumine su camino —maulló el líder del Clan—. ¡Adelante!

Corvino Plumoso dejó que Ventolero tomara la delantera mientras ambos corrían hacia los túneles. La luz de la entrada se extinguió rápidamente tras ellos, aunque el pasadizo estaba tenuemente iluminado a través de los huecos del techo. Al principio, la única señal de los armiños era el olor. La nariz de Corvino Plumoso se arrugó ante su olor y el hedor de sus presas en descomposición. Luego lo invadió un

olor más fuerte y fresco, y se dio cuenta de que el pasadizo se abría a un lado y daba a una guarida. Pudo distinguir varios cuerpos blancos amontonados. Sin dudarlo, Ventolero se metió entre ellos y le clavó las garras en la cara al armiño más cercano antes de salir corriendo.

—¡Toma eso, manto sarnoso! —aulló.

El armiño herido soltó un chillido de dolor, y sus compañeros de madriguera emitieron un chillido furioso. Cuando Corvino Plumoso pasó corriendo por delante de la madriguera, pisándole los talones a Ventolero, oyó a los armiños correr tras él, con sus pequeñas garras arañando el suelo del pasadizo, y su olor como una nube de niebla a su alrededor. Alarmado por lo cerca que estaban, apretó y estiró los músculos en un esfuerzo por correr aún más rápido. «*¡Debimos de tener abejas en el cerebro para ofrecernos voluntarios para esto!*». Mientras él y Ventolero corrían hacia adelante, atacando armiños en cada madriguera que pasaban, Corvino Plumoso se dio cuenta de que cada vez más armiños los seguían. Una mirada apresurada por encima de su hombro mostró que se precipitaban por el pasadizo como una inmensa ola blanca lista para engullirlos.

«*¡¿Cuánto falta?!* —se preguntó desesperado—. *¡Ya debemos estar cerca de la salida!*». Al llegar a lo que Corvino Plumoso creyó que debía ser la última guarida, Ventolero se lanzó una vez más al ataque. Pero esta vez los armiños parecían más alertas, tal vez advertidos por el sonido y el olor de sus compañeros que se acercaban. El armiño a la cabeza saltó hacia adelante bajo las patas extendidas de Ventolero y le clavó los colmillos en la garganta. Ventolero dejó escapar un aullido de sorpresa y miedo. Un instante después, las criaturas blancas se arremolinaban a su alrededor; casi parecía que se estuviera hundiendo en un montón de nieve, pero no era nieve: Era un montón de cuerpos retorciéndose, con las garras y los dientes al aire para desgarrar y morder. Corvino Plumoso no se tomó tiempo para pensar. Se metió en el enjambre de armiños, empujando con las garras para apartar a las criaturas en su camino hacia su hijo. Cuando alcanzó a Ventolero, golpeó con todas sus fuerzas al armiño que aún se aferraba a él, rompiendo su agarre y haciéndolo retroceder contra la pared de la madriguera.

—¡Corre, *ahora*! —le gritó a Ventolero.

Ventolero se dio la vuelta y huyó por el pasadizo; Corvino Plumoso corrió tras él, oyendo a toda la multitud de armiños en sus patas traseras. Momentos después, la tenue luz del túnel se hizo más clara, y Corvino Plumoso divisó el círculo irregular de la entrada del túnel a unas cuantas colas de distancia. Ventolero salió al exterior, alzando la voz en un aullido triunfal, y él lo siguió. Los armiños salieron detrás de ellos, como una ola imparable. Delante de ellos, los gatos se alzaban de la ladera aparentemente vacía. El Clan del Viento y el Clan del Trueno cargaron juntos ladera abajo hacia el ataque. Sus ojos brillaban con la última luz del día, y sus voces se alzaban como una sola en un desafiante maullido. Corvino Plumoso siguió corriendo hasta que él y Ventolero estuvieron bien lejos del túnel, entonces le dio a su hijo un fuerte empujón con un hombro hacia el refugio de una roca saliente.

—Recupera el aliento —jadeó.

Ventolero asintió, con la respiración entrecortada, como si no pudiera hablar.

—Gracias, Corvino Plumoso —terminó por decir, con voz rasposa—. ¡No puedo creer lo fuerte que fuiste, atacando a ese último armiño!

Corvino Plumoso soltó un bufido.

—Yo tampoco. No tengo ni idea de dónde vino eso. ¡Tal vez fue por ver a mi hijo siendo atacado!

La cola de Ventolero se enroscó con diversión, pero había una inesperada calidez en su mirada.

—Si no hubieras estado allí —maulló—, no estoy seguro de lo que habría pasado. Pero dudo que estuviera aquí para contarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Corvino Plumoso. La garganta de Ventolero sangraba, pero no demasiado; parecía como si los colmillos del armiño no se hubieran hundido muy profundamente.

—Bien —Ventolero contestó—. ¿Y tú?

Corvino Plumoso asintió.

—¡Vamos a matar unos armiños!

Ventolero al instante saltó a la batalla, pero Corvino Plumoso se detuvo un momento para pensar en lo que estaba sucediendo. El terreno abierto entre la ladera cubierta de cardos y las entradas de los túneles en la empinada orilla estaba cubierto de cuerpos retorciéndose: gatos y armiños enzarzados en combate. Lebrón y Espinardo se habían colocado frente a la única entrada abierta para asegurarse de que los armiños no pudieran huir y ponerse a salvo. Los aullidos y chillidos dividían el aire, y los olores de gatos y armiños ya se mezclaban con el sabor de la sangre. «*Nuestra sangre y la de los armiños*», se dio cuenta, y la furia brotó de su interior.

Por un instante, su ira lo cegó, por lo que no se dio cuenta de que un armiño se había separado de la batalla principal y cargó contra él, hasta que estuvo casi encima de él. Cuando el armiño saltó, Corvino Plumoso arremetió contra él, arañándole el costado. El armiño se alejó, gimiendo. Entonces la lucha se desató a su alrededor, y lo único que pudo hacer fue mantenerse en pie. Los gatos eran mucho más grandes que los armiños, pero incluso los dos Clanes juntos seguían siendo ampliamente superados en número. Los armiños eran de dientes afilados y se movían muy rápido; Corvino Plumoso vio a muchos de ellos saltar en el aire inesperadamente, para aterrizar en las espaldas de sus enemigos para desgarrarles el manto y los hombros. Vio a Manto Espinoso con un armiño aferrado a sus hombros; se dio la vuelta en un intento desesperado por deshacerse de él, asfixiándolo bajo su peso. Junto a ella, Ratonero cortó con las garras el costado de un armiño que había derribado a Rescoldo; el gato gris se puso de pie, y los dos gatos juntos empujaron al armiño de vuelta con sus compañeros de guarida.

Dirigiéndose hacia donde la lucha era más intensa, Corvino Plumoso rasguñó las caras de los armiños que se interponían en su camino. Ya era difícil moverse debido a los cuerpos de los armiños que yacían debajo de sus patas, pero pudo ver que muchos de los gatos tenían heridas graves. Vio a Betulón, a quien la sangre le recorría el hocico de una oreja herida, y Ala de Alondra tenía una larga herida en un lado. A pesar de que estaban tan gravemente heridos, seguían de pie, seguían avanzando, sin dejar que sus heridas los frenaran. «*Son los gatos que entrenaron con el Bosque*

Oscuro los que luchan más duro —se dio cuenta Corvino Plumoso—. *Se están lanzando a lo peor de la batalla*».

Mientras miraba a su alrededor, el corazón se le llenó de orgullo al ver a sus compañeros de Clan, que habían sufrido tantas sospechas después del error que habían cometido, mostrando su lealtad al arriesgar sus vidas por su Clan. Al mismo tiempo, la rabia contra los armiños le dio nuevas fuerzas y energías. Un armiño se abalanzó sobre él, levantándose para atacarlo con ambas patas delanteras. Corvino Plumoso se agachó debajo de sus patas delanteras y, cuando el armiño aterrizó, se dio la vuelta para clavarle los dientes en la garganta. Lo inmovilizó contra el suelo, sus patas lo agarraron con determinación hasta que sintió un cálido torrente de sangre; el armiño se quedó flácido y lo tiró a un lado. Al levantar la mirada, se encontró mirando a la cara de Nube Negra.

—Buen asesinato —comentó—. Deja algo para el resto de nosotros, ¿quieres?

Mientras hablaba, un armiño se lanzó hacia ella y saltó para aterrizar sobre su espalda. Pero antes de que pudiera agarrarla firmemente, Corvino Plumoso arremetió con una pata delantera, tirándolo al suelo. Nube Negra hundió las garras en su garganta; el armiño se retorció y se quedó quieto. Le dio a Corvino Plumoso un gesto de gratitud antes de volver a la batalla.

Corvino Plumoso y Nube Negra lucharon juntos, parados cola con cola mientras giraban en círculo, golpeando con las patas la interminable oleada de armiños. Tan pronto como mataban o herían a uno, otro tomaba su lugar. Los cuerpos blancos, los ojos pequeños y malignos y los colmillos rugientes, le parecieron a Corvino Plumoso algo salido de una pesadilla. Solo podía seguir luchando, agradecido por la presencia constante de Nube Negra a su lado.

Entonces un dolor explotó en su hombro. Giró la cabeza para ver a un armiño que lo agarraba con las garras, mientras una salpicadura de saliva en su hocico le advertía que iba a por su garganta. Corvino Plumoso no podía quitárselo de encima; se dejó caer al suelo, ganando tiempo, pero el peso apremiante de la frenética criatura le hizo sentir que no había escapatoria. El ángulo de sus cuerpos significaba que no podía golpearlo con sus patas traseras. «*¡Clan Estelar, ayúdame!*», suplicó.

El armiño desapareció bruscamente. Corvino Plumoso levantó la mirada y vio a Nube Negra sosteniéndolo por el pescuezo, sacudiéndolo vigorosamente y luego arrojándolo a la multitud.

—Gracias —jadeó Corvino Plumoso, poniéndose de pie.

—Cuando quieras —Nube Negra respondió.

Giraron al unísono para atacar a otros dos armiños que se lanzaron en picado desde direcciones opuestas. Incluso mientras su cuerpo recordaba sus movimientos de batalla, Corvino Plumoso podía reflexionar sobre lo bien que él y Nube Negra luchaban juntos, lo bien que se conocían. «*Puede que no estemos enamorados, pero formamos un equipo feroz en el campo de batalla. Sé que luchará ferozmente por mí y por todos sus compañeros de Clan*».

Las reflexiones de Corvino Plumoso fueron interrumpidas por un chillido de dolor. Mirando por encima de su hombro, vio caer a Leonado: el guerrero dorado atigrado fue abrumado por un enjambre de armiños. Corvino Plumoso saltó hacia él, solo para chocar con lo que parecía una pared sólida de cuerpos blancos y nervudos.

Trató de abrirse paso, pero demasiados de ellos lo rodearon. Un latido de terror por su hijo del Clan del Trueno recorrió a Corvino Plumoso; no pudo llegar a Leonado para ayudarlo. Estaba empujando en vano contra la corriente, sabiendo que sería demasiado tarde, cuando Ventolero saltó a la batalla, pareciendo venir de la nada. Corvino Plumoso pudo ver que estaba sangrando de varias heridas, pero no habían agotado su energía. Agarró a dos de los armiños encima de Leonado, los sacudió y les arrancó la garganta. Leonado finalmente logró pararse. Él y Ventolero se miraron incómodamente durante un momento, luego se dieron la vuelta, volviendo a la batalla.

Corvino Plumoso no podía creer lo que acababa de suceder.

—¿Viste a nuestro hijo? —exhaló.

La respuesta de Nube Negra fue un duro empujón.

—¡No te quedes ahí boquiabierto, cerebro de ratón!

Aun así, Corvino Plumoso pudo ver que sus ojos estaban cálidos de orgullo.

Mirando a su alrededor en busca de su próximo oponente, Corvino Plumoso se dio cuenta de que la batalla ya había terminado. El claro entre los matorrales de aulaga y el túnel estaban cubiertos con cuerpos de armiños. Los últimos pocos que habían huían, sangrando y gimiendo de miedo. En medio de la devastación, Estrella de Bigotes y Estrella Zarzosa se acercaron el uno al otro, cada uno bajó la cabeza en gratitud y respeto al otro.

—¡Gatos del Clan del Trueno y el Clan del Viento! —exclamó Estrella de Bigotes—. Lucharon bien hoy. La batalla está ganada.

—Y los armiños se han ido para siempre, espero —añadió Estrella Zarzosa.

Mientras tanto, Vuelo de Azor, Hojarasca Acuática y Glayo, que habían esperado a que la batalla terminara entre los arbustos de aulaga, comenzaron a moverse entre los gatos heridos, examinando sus heridas y aplicando tratamiento con las hierbas que habían traído. Corvino Plumoso miró a su alrededor en busca de Ventolero y lo vio de pie a un par de colas de distancia, lamiéndose una herida en el hombro. Antes de que Corvino Plumoso pudiera unirse a él, vio a Leonado cojeando hacia él. Corvino Plumoso se contuvo mientras sus dos hijos se enfrentaban.

—Gracias por ayudarme —comenzó Leonado, deteniéndose un paso o dos delante de Ventolero. Su mirada y su tono eran cautelosos—. Pero, ¿por qué lo hiciste? Dijiste que nunca debería haber nacido. Me querías muerto.

Ventolero lo miró, igualmente incómodo. Sus ojos eran culpables cuando respondió.

—Nunca debí haber escuchado a los gatos del Bosque Oscuro —maulló con rigidez—. Eres un gato de Clan, y mi lealtad debería ser a los Clanes.

Corvino Plumoso se dio cuenta de que esto era lo más cerca que Ventolero iba a estar de disculparse con Leonado por haberlo atacado durante la Gran Batalla. Sintió que sus músculos se tensaban mientras esperaba la respuesta de Leonado, consciente por primera vez de lo mucho que quería que sus dos hijos se llevaran bien. «*Vamos* —instó a Leonado en silencio—. *¡Acepta sus disculpas!*».

Claramente, Leonado sabía lo difícil que era para Ventolero decir tanto.

—Luchaste bien —maulló el gato dorado a regañadientes—. Me alegra que esta vez estuviéramos del mismo lado.

Los dos gatos se miraron el uno al otro e intercambiaron un incómodo y espasmódico asentimiento antes de que cada uno de ellos volviera rápidamente a su propio Clan.

Corvino Plumoso sintió una inesperada oleada de afecto por Ventolero. A veces era una bola de pelo hosca y difícil, pero se esforzaba mucho por redimirse. Si Ventolero podía hacerlo, él también podía. «*Puedo decirle a mi hijo lo que siento por él*».

Corvino Plumoso se dirigió hacia su hijo, quien se volvió para mirarlo. Ventolero abrió las mandíbulas, claramente a punto de hablar, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, sus piernas se doblaron debajo de él y se desplomó inerte en el suelo. Corvino Plumoso corrió al lado de Ventolero. Vio que la sangre se acumulaba debajo de él y, al darle la vuelta suavemente, vio una mordedura desagradable en su vientre, como si el armiño le hubiera arrancado la carne. La herida había estado oculta cuando Ventolero estaba de pie. La sangre corría por su pelaje enmarañado. Corvino Plumoso perdió el aliento al darse cuenta de lo grave que podía ser esto.

—¡Ayuda! —Volvió a introducir aire en sus pulmones y aulló—: ¡Vuelo de Azor, por aquí!

Pero fue Nube Negra quien llegó primero, agachándose junto al cuerpo de su hijo y llamándolo por su nombre mientras le lamía frenéticamente las orejas. Ventolero no respondió.

Corvino Plumoso miró a su hijo, clavando las garras en el suelo. «*No puedes morir ahora* —pensó impotente—. *Oh, Clan Estelar, no… ¡no cuando por fin empezamos a entendernos!*».

CAPÍTULO 31

Había caído la noche para cuando Corvino Plumoso y Nube Negra llegaron al campamento del Clan del Viento, llevando entre los dos el cuerpo inconsciente de Ventolero. Corvino Plumoso casi podría haber creído que su hijo estaba muerto, de no ser por el leve subir y bajar de su pecho y la sangre que aún goteaba de la herida de su vientre y de muchas otras.

Vuelo de Azor ya había hecho un lecho para Ventolero en la guarida de curandería, y había preparado un grueso fajo de telarañas para empezar a restañar el flujo de sangre. Corvino Plumoso y Nube Negra revoloteaban ansiosamente en la entrada de la guarida.

Varios de los otros guerreros del Clan del Viento descansaban cerca; algunos de ellos se lamían las heridas, mientras que otros yacían estirados con los ojos cerrados. Ninguno parecía tan malherido como Ventolero.

Cuando Vuelo de Azor empezó a limpiar el cuerpo lacerado de Ventolero, el gato inconsciente dejó escapar un gemido de dolor. Corvino Plumoso y Nube Negra intercambiaron una mirada ansiosa, y luego se apretaron en la guarida para acercarse al lecho de su hijo. Vuelo de Azor levantó la mirada, con una expresión acosada.

—Tendrán que esperar afuera —maulló—. No puedo atender a Ventolero si estoy tropezando continuamente con ustedes dos.

Corvino Plumoso comenzó a retirarse, pero por un momento Nube Negra se quedó congelada, mirando a su hijo inconsciente. Corvino Plumoso le dio un suave toque.

—Vamos —murmuró—. Deja que Vuelo de Azor haga su trabajo.

Después de un latido, Nube Negra lo siguió afuera, aunque ambos seguían observando desde la entrada de la guarida.

«*Vuelo de Azor no suele ser tan brusco* —pensó Corvino Plumoso—. *Eso debe significar que está realmente preocupado por Ventolero*». Sintió como si un pesado y

podrido trozo de carroña se le hubiera alojado en el estómago. «*¿Y si hice las paces con Ventolero justo a tiempo para perderlo?*».

Corvino Plumoso recordó una época en la que Ventolero aún estaba en la maternidad. Había habido un brote de tos blanca en el campamento del Clan del Viento, y la de Pequeño Ventolino se había convertido en la mortal tos verde. Corvino Plumoso había pasado todas las noches durmiendo a duras penas, rodeando al pequeño gatito como si su amor y atención pudieran curar a su hijo. Cuando Pequeño Ventolino se despertó una mañana con la tos casi desaparecida, el alivio de Corvino Plumoso había sido tan intenso que no recordaba haber sentido nada igual desde entonces. «*No debería haberlo olvidado* —pensó—. *Alguna vez fui un buen padre para él. No debería haber dudado tanto de mí mismo*».

Mientras Corvino Plumoso y Nube Negra esperaban, Cola Brecina se acercó cojeando para pararse junto a ellos.

—¿Cómo está Ventolero? —preguntó, mirando a Corvino Plumoso con preocupación.

Corvino Plumoso simplemente negó con la cabeza, mientras que Nube Negra respondió:

—No muy bien.

Las garras de Cola Brecina se hundieron por un momento en el suelo, y su cabeza y cola cayeron. Corvino Plumoso captó una mirada interrogante de Nube Negra, y respondió con un asentimiento. «*Sí, esta será la madre de los cachorros de nuestro hijo*». Ventolero tenía suerte, reflexionó, de tener a una guerrera tan fuerte en su vida, tan leal a él y a su Clan.

Nube Negra rozó con la cola el costado de Cola Brecina.

—Vuelo de Azor está haciendo todo lo que puede —maulló—. Ahora está en patas del Clan Estelar.

Cola Brecina asintió, luego respiró hondo y se quedó esperando en silencio junto a sus compañeros de Clan.

Justo cuando Corvino Plumoso empezaba a sentir que no podría mantener la paciencia ni un latido más, Vuelo de Azor se levantó y salió de la guarida.

—Ventolero está gravemente herido —comenzó.

«*Dinos algo que no sepamos*», pensó Corvino Plumoso con irritación.

—¿Pero estará bien? —Nube Negra preguntó.

Tras un largo momento, Vuelo de Azor asintió.

—Siempre que descanse lo suficiente, debería mejorar.

Nube Negra dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—¡Gracias al Clan Estelar!

—Si quieren —continuó el curandero—, *uno* de ustedes puede pasar la noche con él para estar allí cuando recupere el conocimiento. Así podré tratar a los otros gatos heridos.

Corvino Plumoso miró a Nube Negra; él estaría feliz de quedarse con su hijo, pero Ventolero probablemente preferiría ver a Nube Negra cuando despertara. Pero antes de que ninguno de los dos pudiera hablar, Cola Brecina se adelantó ansiosamente.

—Yo me quedaré. —Entonces también miró a Nube Negra, agachando la cabeza, avergonzada—. Si te parece bien, claro —añadió.

Corvino Plumoso esperaba que Nube Negra objetara, sabiendo lo posesiva y protectora que siempre había sido con Ventolero. Al principio estaba claramente luchando con el impulso de regañar a Cola Brecina, sus bigotes se crisparon irritados, pero luego retrocedió un paso con una mirada a Corvino Plumoso. Él le hizo un gesto de aprobación, sabiendo lo difícil que sería para ella soltar a Ventolero.

Finalmente, Nube Negra dejó escapar un ronroneo complacido e hizo un gesto con la cola para que Cola Brecina entrara en la guarida. Mientras Cola Brecina entraba, la gata negra y Corvino Plumoso esperaban a que Vuelo de Azor revisara sus heridas y las tratara con perifollo para prevenir infecciones.

—Deberías estar bien —maulló el curandero—. Ve a descansar un poco y te examinaré de nuevo por la mañana.

Corvino Plumoso estaba tan agotado que no opuso ningún tipo de resistencia. Fue directamente a la guarida de los guerreros, y ni siquiera el dolor de sus heridas o su preocupación por Ventolero pudieron mantenerlo despierto. Se durmió incluso antes de cerrar los ojos.

Parecía que solo habían pasado unos latidos hasta que una pata lo golpeó en el hombro, despertándolo por fin. Abrió los ojos y vio el sol saliendo sobre el páramo y a Nube Negra de pie junto a él.

—¿Qué eres, un ratón dormilón? —le preguntó—. Ven a ver cómo le va a Ventolero.

Corvino Plumoso la siguió de buena gana a la guarida del curandero, tratando de ignorar el incómodo revoloteo en su vientre cuando se preguntaba qué encontraría allí. Se sintió tembloroso de alivio cuando escuchó el maullido de Ventolero mientras se acercaban a la guarida, sonando fuerte y libre de dolor. Al entrar en la guarida junto a Nube Negra, Corvino Plumoso vio que Vuelo de Azor no estaba allí. Ventolero estaba sentado en su lecho, con Cola Brecina agachada a su lado. Los dos jóvenes gatos se miraban a los ojos; Corvino Plumoso podía sentir el amor que había entre ellos. Se aclaró la garganta, y al oír el sonido la cabeza de Ventolero giró hacia la entrada, mientras Cola Brecina retrocedía un poco para no estar tan cerca de él.

—Saludos —Nube Negra maulló—. ¿Cómo te sientes, Ventolero?

—Como si todos los armiños del territorio me hubieran dado un mordisco —el gato negro contestó con ironía—. Pero voy a estar bien.

—Un grupo de gatos del Clan del Viento y del Clan del Trueno van a recorrer los túneles y asegurarse de que los armiños realmente se hayan ido —continuó Nube Negra—. Si quieres ir, Cola Brecina, me quedaré con Ventolero.

—Oh, estoy feliz de quedarme si Lebrón quiere que vayas —Cola Brecina respondió con entusiasmo.

«*Seguro que sí*», pensó Corvino Plumoso, intercambiando una mirada divertida con Nube Negra. Los dos jóvenes gatos volvieron a mirarse a los ojos, y Nube Negra se inclinó para murmurar al oído de Corvino Plumoso.

—Creo que el Clan dará la bienvenida a nuevos cachorros dentro de poco.

* * *

A la mañana siguiente, Corvino Plumoso caminaba por los oscuros túneles, como parte de una patrulla que incluía a Nube Negra, Leonado y Nimbo Blanco, con Lebrón a la cabeza. Su nariz se arrugó ante el olor a armiño. «*Voy a vomitar si no puedo alejarme de ese hedor* —pensó—. *Se está hundiendo en mi pelaje… ¡Lo saborearé durante lunas! Si no vuelvo a ver un armiño, será demasiado pronto*».

Las patrullas encontraron muchas pruebas de que los armiños habían estado allí: agujeros llenos de presas podridas y madrigueras donde se habían hecho lechos con restos de pasto y helechos. Pero no había señales de que los armiños hubieran regresado. Mientras patrullaba, Corvino Plumoso era plenamente consciente de que Leonado formaba parte del grupo. No le quitaba ojo de encima, y se echó hacia adelante un par de veces antes de finalmente prepararse y animarse a caminar a su lado.

—Hay algo que quiero decirte —le dijo al gato del Clan del Trueno.

Leonado inclinó la cabeza hacia un lado, dirigiendo a Corvino Plumoso una mirada ligeramente suspicaz. Su pelaje dorado estaba desgarrado, dejando ver arañazos debajo, y cojeaba ligeramente de una pata delantera, pero seguía siendo el magnífico guerrero del Clan del Trueno que Corvino Plumoso apenas podía creer que fuera su hijo.

—De acuerdo —maulló por fin Leonado. Aminoró el paso para que él y Corvino Plumoso se quedaran poco a poco detrás del resto de la patrulla—. ¿Cómo está Ventolero? —preguntó vacilante.

—Estará bien —contestó Corvino Plumoso.

Cuando Leonado reconoció sus noticias con un asentimiento, continuó torpemente, las palabras que había estado esperando para decir estallaron de él.

—Siento no haberte aceptado a ti y a tus hermanos cuando me enteré de su existencia. Siento haber dicho que solo tenía un hijo y que todo lo demás era mentira. Si lo hubiera sabido… —Tropezó con sus palabras y tuvo que empezar de nuevo, mientras Leonado escuchaba, inexpresivo—. Si lo hubiera sabido cuando eran cachorros, cuando me necesitaban, seguramente las cosas habrían sido diferentes. No tengo excusas, pero… Espero que puedas perdonarme por la forma en que actué.

Leonado se detuvo un momento antes de responder, sus ojos ámbar brillaban con incredulidad en la tenue luz del túnel, como si se preguntara por qué Corvino Plumoso se molestaba en hablar con él.

—No importa —respondió al fin—. Ya era un guerrero adulto cuando supe que tú y Hojarasca Acuática eran mis padres. No necesito ser tu hijo. Estrella Zarzosa fue el único padre que conocimos, y fue un gran padre. Siempre será mi padre, pase lo que pase.

Corvino Plumoso asintió, sintiendo el dolor del rechazo. Se alegraba de haber hablado, pero aceptaba que no podía controlar cómo respondía su hijo. «*Supongo que Leonado y Glayo siempre estarán resentidos conmigo*».

—No estoy enojado contigo —Leonado añadió—. Acepto tus disculpas y estoy agradecido por cómo terminó todo.

Un poco tranquilizado, Corvino Plumoso bajó la cabeza de nuevo en señal de aceptación. Empezó a estirar la cola para tocarle el hombro a Leonado, luego la retiró

apresuradamente al darse cuenta de que esa nunca sería su relación. Este acuerdo cordial, con el aire despejado entre ellos, era lo mejor que podía esperar. «*Y tengo que aprender a aceptarlo*».

Una parte de Corvino Plumoso se entristeció al pensar en lo que podría haber sido, pero sobre todo se sintió aliviado de que él y Leonado hubieran llegado a un acuerdo. Se sentía como una fresca lluvia en una estación seca.

Por un breve momento, Corvino Plumoso se preguntó cómo habría sido su vida si él y Hojarasca Acuática nunca hubieran regresado a sus Clanes. Habrían encontrado un lugar donde vivir felices, con Leonado, Glayo y Carrasca, y tal vez otros hijos más. Pero entonces Corvino Plumoso apartó la mirada. Sus tres hijos habrían sido diferentes si él y Hojarasca Acuática los hubieran criado juntos, y supuso que al final el amor de Hojarasca Acuática por su Clan la habría llevado de vuelta a su vocación de curandera. Saberlo dolía, pero todo había sucedido como tenía que suceder. Y Corvino Plumoso se sintió honrado de que Leonado lo hubiera perdonado.

Corvino Plumoso y Leonado alcanzaron al resto de la patrulla cuando salieron de los túneles, parpadeando ante la luz del sol que parecía deslumbrante después de tanto tiempo en la oscuridad. Lebrón, que había estado liderando la patrulla, se acercó a Estrella de Bigotes.

—Los túneles están libres de armiños —informó.

—Y ya es hora de que nos vayamos —Esquiruela agregó, reuniendo a los gatos del Clan del Trueno con un movimiento de su tupida cola—. Avísennos si tienen más problemas.

—Seguro que no los tendremos —maulló Estrella de Bigotes, con una respetuosa inclinación de cabeza—. Los armiños se han ido, y no podríamos haberlo conseguido sin su ayuda. Por favor, lleva el agradecimiento del Clan del Viento a Estrella Zarzosa.

Esquiruela asintió, igualmente respetuosa.

—Lo haré. Y que Clan Estelar ilumine su camino.

—Y el suyo —contestó Estrella de Bigotes.

Corvino Plumoso observó mientras Esquiruela conducía a los gatos del Clan del Trueno hacia la frontera. Le invadió una cálida satisfacción al pensar que sus dos Clanes habían trabajado juntos, junto con la esperanza de que podrían confiar el uno en el otro en el futuro. Mientras se alejaban, captó la mirada de Nube Negra y vio que parecía tranquila y aprobadora. En el pasado siempre se había mostrado enojada y despectiva con el Clan del Trueno, sin perder oportunidad de pelearse con ellos o acusarlos de haber cruzado la frontera. Por primera vez, Corvino Plumoso se dio cuenta de que gran parte de aquello había sido por su culpa. «*Debe haber sido duro para ella* —pensó mientras él y el resto de los gatos del Clan del Viento se dirigían a su campamento—, *saber que durante tanto tiempo mi corazón estuvo al otro lado de esa frontera. Tal vez ahora no esté tan enojada. Y tal vez en el futuro los Clanes puedan finalmente aprender a llevarse bien, en paz*».

CAPÍTULO 32

Un viento helado recorría el páramo, agitando el pelaje de Corvino Plumoso, que observaba a su aprendiza. Zarpa de Pluma había captado el olor de un conejo agazapado en una mata de pasto largo, y ahora lo perseguía colina arriba, con los músculos tensos y estirados a medida que se acercaba a su presa. Se le calentó el corazón al ver su velocidad y su fuerza, como si nunca hubiera estado herida. El conejo retrocedió y, sin dudarlo un instante, Zarpa de Pluma cambió de dirección: ya no lo perseguía, sino que parecía saber instintivamente hacia dónde correría. Saltó sobre él con las patas extendidas; Corvino Plumoso oyó el chillido de terror del conejo, interrumpido bruscamente cuando Zarpa de Pluma lo mató mordiéndole la garganta. Esperó a su aprendiza mientras trotaba hacia él, con la presa colgando de sus fauces.

—¿Estuvo bien? —preguntó ella, sus ojos brillaban mientras dejaba caer el conejo frente a él.

—No, no estuvo bien —maulló Corvino Plumoso, y luego añadió rápidamente antes de que Zarpa de Pluma tuviera tiempo de parecer decepcionada—: Estuvo magnífico. ¡Muy bien hecho!

Zarpa de Pluma parpadeó feliz.

—Realmente es tu captura —ronroneó—. ¡Eres un gran mentor!

Corvino Plumoso sintió un cosquilleo de satisfacción en las patas, reflexionando que aunque no había sido el mejor padre cuando sus hijos crecían, ahora al menos era un buen mentor. «*Tal vez eso pueda compensar mis otros defectos…*».

—Será mejor que volvamos —maulló, recogiendo el grajo que había atrapado antes y guiando el camino colina abajo hasta el campamento.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Zarpa de Pluma, dejando caer su conejo en el montón de carne fresca.

Mirando el campamento a su alrededor, Corvino Plumoso vio a los otros tres aprendices arrastrando lechos sucios fuera de la guarida de los veteranos.

—Ve y ayúdales —maulló, inclinando las orejas en esa dirección.

Zarpa de Pluma bajó la cola.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí, tienes que hacerlo. La vida no es todo sobre perseguir conejos, ¿sabes? —Corvino Plumoso dejó escapar un pequeño ronroneo de satisfacción—. Diles que dije que hiciste la mejor captura de esta temporada.

—¡Sí! —Energizada de nuevo, Zarpa de Pluma corrió a través del campamento para reunirse con sus compañeros de guarida.

«*La voy a extrañar cuando llegue el momento de que se convierta en una guerrera* —pensó Corvino Plumoso mientras la veía partir—. *Pero va a ser una muy buena guerrera*».

Se volvió hacia la guarida de Vuelo de Azor para visitar a su hijo. Habían pasado varios días desde la batalla final contra los armiños, y Ventolero era el único de los guerreros heridos que no había vuelto a sus tareas. Su recuperación no había sido tan rápida como Corvino Plumoso esperaba. Pasaba la mayor parte del tiempo en un sueño agitado y enfermizo, y cuando se despertaba, estaba apagado y apático. El día anterior, había mirado a Corvino Plumoso y lo había llamado Leonado antes de sacudir la cabeza y parecer volver en sí. «*Tal vez hoy esté mejor*», se dijo Corvino Plumoso, pero le costaba creérselo.

Cuando se acercó a la guarida del curandero, Cola Brecina salió y corrió hacia él.

—¿Dónde está Nube Negra? —preguntó.

Corvino Plumoso señaló con la cola hacia donde estaba la gata negra, agazapada cerca del montón de carne fresca, compartiendo una paloma con Cañamera.

Inmediatamente, Cola Brecina saltó hacia ella, y Corvino Plumoso la siguió.

—Quiero que los dos vengan a la guarida de Vuelo de Azor —maulló Cola Brecina cuando llegó hasta Nube Negra.

Con mirada alarmada, Nube Negra se levantó de inmediato, tragando su bocado de presa.

—¿Qué pasó? —exigió.

—Fui a visitar a Ventolero esta mañana —Cola Brecina explicó mientras guiaba el camino de vuelta a la guarida—, y ha empeorado. Tienen que verlo.

Corvino Plumoso y Nube Negra intercambiaron una mirada de alarma mientras seguían a Cola Brecina. Dentro de la guarida, Corvino Plumoso vio que Ventolero estaba despierto, pero tenía los ojos vidriosos, y cuando Corvino Plumoso le tocó el hombro, pudo sentir calor que irradiaba de su pelaje. No parecía reconocer a ninguno de ellos, pero murmuraba para sí.

—Estúpidos armiños… matarlos a todos… —Su cabeza caía constantemente hacia un lado, como si estuviera medio dormido.

Vuelo de Azor apareció por la parte trasera de la guarida, con un bocado de hojas de borraja en las fauces.

—Cómetelas —maulló, dejando las hojas delante de Ventolero—. Te ayudarán a bajar la fiebre.

—¿Qué le pasa? —Nube Negra preguntó con ansiedad.

—La mayoría de sus heridas se están curando bien —le dijo Vuelo de Azor, mientras Cola Brecina persuadía a Ventolero para que se comiera las hierbas—. Pero tiene una mordedura muy fea, la del vientre, y está infectada. Si empeora, me temo que no sobrevivirá.

Corvino Plumoso miró horrorizado al curandero. «*¿No sobrevivirá? ¿Qué hay de su futuro con Cola Brecina? ¿Qué hay de mi oportunidad de ser un verdadero padre para él?*».

—Debe haber algo que puedas hacer —maulló.

—Tengo muchas hierbas para el dolor y la fiebre, pero el remedio para las mordeduras infectadas es la raíz de bardana —Vuelo de Azor explicó—. Y se me terminó. Gasté lo último que me quedaba en Ventolero y los otros guerreros heridos después de la batalla.

Corvino Plumoso levantó la cabeza, su expresión sombría con determinación.

—Entonces está decidido. Iremos a buscar raíz de bardana si nos dices qué buscar y dónde podríamos encontrarla.

—Estamos en la estación sin hojas —contestó Vuelo de Azor—. Las hojas se mueren, y sin las hojas es difícil saber dónde están las raíces. Pero puedo enviar gatos a los otros Clanes para preguntar a los curanderos si tienen de sobra. Yo mismo iría, pero tengo que vigilar de cerca a Ventolero.

Nube Negra se giró para mirar a Corvino Plumoso.

—Deberías ir al Clan del Trueno y pedirle a Hojarasca Acuática —maulló—. A ti no te dirá que no.

Vuelo de Azor desvió la mirada y se dio un lametazo avergonzado en el hombro, claramente incómodo de que le recordaran la historia de Corvino Plumoso con la gata del Clan del Trueno. Sintiéndose incómodo, Corvino Plumoso dudó. «*¿De verdad Nube Negra me está* pidiendo *que vaya a visitar a Hojarasca Acuática?*».

Una pizca de su antigua rabia brilló en los ojos de Nube Negra, pero no eran celos lo que Corvino Plumoso vio allí.

—¡Tienes que hacerlo! —insistió con fiereza—. Hojarasca Acuática no dejará morir a tu hijo si puede evitarlo. Corvino Plumoso, me lo debes a mí y a Ventolero. Tienes que hacer todo lo que puedas.

Corvino Plumoso se dio cuenta de que tenía razón. «*No es momento de pensar en viejos problemas*».

—Por supuesto que iré —maulló.

Corvino Plumoso se quedó parado en la orilla del arroyo fronterizo, con los hombros encorvados contra una fina llovizna que había empezado cuando cruzaba el páramo. Estaba esperando a una patrulla del Clan del Trueno. Sus garras rasgaban el pasto con impaciencia mientras se preguntaba cuánto tardaría en aparecer algún gato.

«*Si están esperando a que deje de llover, podría ser demasiado tarde para Ventolero*». A Corvino Plumoso le picaban las patas por saltar al otro lado y apresurarse hacia el campamento por su cuenta, pero sabía que sería una mala idea invadir cuando había venido a pedir un favor. «*Ojalá se me hubiera ocurrido traer a*

alguien más conmigo —pensó—. *A Zarpa de Pluma, por ejemplo… Podríamos haber entrenado, y así no tendría tiempo de preocuparme por Ventolero*».

Pero cuando Corvino Plumoso le había pedido permiso a Estrella de Bigotes para visitar a Hojarasca Acuática, el líder de su Clan le había dicho que fuera solo.

—No tendrás ningún problema —le había asegurado Estrella de Bigotes—. Vas a ir por asuntos de curanderos.

Finalmente, Corvino Plumoso captó un aroma más fresco a Clan del Trueno y oyó el sonido de una patrulla que se deslizaba entre la maleza al otro lado del arroyo. Se acercó a la orilla mientras Tormenta de Arena, Bayo y Charca de Hiedra salían a campo abierto.

—¡Gran Clan Estelar, eres tú otra vez! —exclamó Bayo.

«*Y eres tú otra vez, bola de pelos maleducada*». Corvino Plumoso no pronunció el pensamiento en voz alta.

—Saludos —maulló cortésmente, dirigiéndose a Tormenta de Arena—. Por favor, ¿puedo pasar? Vengo de parte de Vuelo de Azor por un asunto de curanderos, y necesito hablar con Hojarasca Acuática.

—Esto es una frontera —Bayo señaló, antes de que Tormenta de Arena pudiera responder—. ¿Hueles las marcas olorosas? No puedes entrar aquí cuando te da la gana, como si fueras un minino doméstico entrando y saliendo de la guarida de sus Dos Patas.

Corvino Plumoso sintió que se le erizaba el pelo del manto al ser comparado con un minino casero, pero se obligó a alisarlo de nuevo. Tenía que quedar bien con esos gatos y conseguir la ayuda que necesitaba rápidamente, por mucho que quisiera arrancar la expresión de suficiencia de la cara de Bayo.

—Ya basta, Bayo —espetó Tormenta de Arena, y Corvino Plumoso captó a Charca de Hiedra poniendo los ojos en blanco. «*Supongo que los gatos del Clan del Trueno encuentran a Bayo tan molesto como nosotros*», pensó Corvino Plumoso.

—Puedes venir, Corvino Plumoso —Tormenta de Arena continuó—. Estamos listos para volver al campamento, así que podemos escoltarte.

Tormenta de Arena lideró el camino a través del bosque con Corvino Plumoso detrás de ella y Bayo cubriendo la retaguardia con Charca de Hiedra. Corvino Plumoso se estremeció al sentir el frío contacto del pasto mojado y los helechos contra su pelaje, y las gotas de lluvia de los árboles que caían sobre su espalda. «Por alguna razón el bosque parece mucho más húmedo que el páramo, pensó mientras caminaba con la cabeza gacha. Cuando llegaron a la hondonada de piedra, Tormenta de Arena llevó a Corvino Plumoso hasta la entrada de la guarida de los curanderos y lo dejó allí.

—Entra —le dijo—. Le diré a Estrella Zarzosa que estás aquí.

Corvino Plumoso pasó entre las zarzas que protegían la entrada de la guarida, llamando al nombre de Hojarasca Acuática mientras entraba. Pero una vez dentro de la guarida, vio que Hojarasca Acuática no estaba allí, solo Glayo y Luz de Garbeña acurrucada en su lecho, dormida. Se detuvo, helado. «*¿Y ahora qué hago?*».

Glayo se volvió de donde estaba clasificando hierbas hacia la parte de atrás de la guarida.

—Ese es el olor del Clan del Viento —murmuró, saboreando el aire. Un momento después agregó—: Ah, eres tú, Corvino Plumoso. —No parecía muy contento—. ¿Qué quieres?

—Estaba buscando a Hojarasca Acuática —Corvino Plumoso explicó, dándose cuenta de que tendría que sacar lo mejor de la incómoda situación.

—Está fuera recogiendo hierbas —le dijo Glayo secamente—. Pero si estás aquí por asuntos de curanderos, puedo ayudarte con eso tan bien como Hojarasca Acuática. No necesita que le robes más tiempo. Ya lo has hecho suficiente.

Corvino Plumoso se estremeció, contento de que Glayo no pudiera verlo.

—Vuelo de Azor me envió a preguntarles si les sobraba alguna raíz de bardana —maulló.

Glayo agitó la cola.

—Leonado me dijo que Ventolero fue herido en la batalla —respondió secamente—. ¿La raíz de bardana es para él? ¿Es por eso que Vuelo de Azor te envió a *ti*?

Las líneas apretadas de los hombros de Glayo, la espalda inclinada, el ángulo furioso de sus orejas, incluso el tono recortado y hosco de su voz, todo le parecía tan familiar a Corvino Plumoso. Parecía y sonaba como Ventolero en su momento más furioso. «*De hecho* —se dio cuenta Corvino Plumoso con una extraña sacudida en el estómago—, *ambos se parecen y suenan como yo, en mi peor momento*».

Por primera vez (y Corvino Plumoso sabía que era bastante inútil verlo ahora) sintió un rubor de reconocimiento por Glayo. Aunque Estrella Zarzosa lo había criado, no cabía duda: el curandero ciego era realmente hijo suyo.

—Sí, la raíz de bardana es para Ventolero —admitió, dejando que un poco de impaciencia entrara en su propia voz.

«*Glayo necesita saber que hablo en serio*».

—Está malherido. Vuelo de Azor dice que tiene una mordedura de armiño infectada. Tiene fiebre y no reconoce a nadie, y Vuelo de Azor me dijo que necesita raíz de bardana. Va…

—Lo siento. —Glayo lo interrumpió con desprecio apenas disimulado—. No tengo de sobra.

La decepción golpeó a Corvino Plumoso muy fuertemente. Por un momento pensó que entendía al malhumorado y ciego curandero… «*Pero me equivoqué. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Apenas lo conozco*».

Corvino Plumoso sintió que se le hundía el pecho y estaba a punto de marcharse cuando se dio cuenta de algo: Glayo había dicho que no tenía raíz de bardana de sobra, no que no tuviera nada.

—Si puedes prestarme un poco, solo por un rato —suplicó—, encontraré más para ti. Puedo…

Glayo interrumpió de nuevo, cada palabra escupida como si fuera carroña podrida.

—Ventolero intentó matar a mi hermano. Dijo que se alegraba de que Carrasca estuviera muerta, y que ninguno de nosotros debería haber nacido. Leonado podrá haber perdonado a Ventolero, pero Leonado es un gato más agradable que yo. O más estúpido. —Sus ojos ciegos miraron a Corvino Plumoso, el pelaje de su escuálida

figura se erizó—. No puedo perdonar a Ventolero. No puedo perdonarte a ti. Y no tengo raíz de bardana de sobra.

Corvino Plumoso se quedó quieto, con los hombros caídos mientras sostenía la expresión hostil de su hijo. Se le pasó por la cabeza la idea de que podría abrirse paso a través de Glayo y tomar la raíz de bardana, pero sabía el cerebro de abeja que sería. «*Nunca lograría salir del campamento*». Pero era duro saber que la raíz para salvar a Ventolero estaba solo a unas pocas cola de distancia, en la parte trasera de la guarida.

—Siento haberte tratado mal cuando me enteré de que eras mi hijo —maulló por fin Corvino Plumoso, rompiendo el largo silencio—. Y sé que Ventolero lamenta lo que hizo en la batalla contra el Bosque Oscuro.

Si había esperado una respuesta comprensiva de Glayo, se sintió decepcionado. El curandero no dijo nada, solo movió la cola con desdén. Corvino Plumoso bajó la cabeza en señal de aceptación.

—Adiós —murmuró—. Debería haber sabido que dirías que no.

Luego se dio la vuelta y salió de la guarida. «*Seguiré bordeando el lago y me detendré en el Clan de la Sombra, y si eso no sirve, visitaré al Clan del Río de camino a casa. Ala de Mariposa no se negará si tiene raíz de bardana. Pero aun así, cada paso extra toma tiempo que Ventolero podría no tener…*».

La lluvia seguía cayendo, deprimiendo aún más los ánimos de Corvino Plumoso. Se dirigió hacia el túnel de espinas, pero antes de llegar a él, oyó a Glayo gritando detrás de él.

—¡Corvino Plumoso, espera!

Corvino Plumoso se detuvo y se volvió. Glayo se le acercaba, llevando algo en la boca. A pesar de todo, a Corvino Plumoso le impresionó la forma en que el gato ciego se abría paso por el campamento, incluso bordeando limpiamente un charco que había en su camino. Cuando Glayo lo alcanzó, Corvino Plumoso vio que lo que llevaba era raíz de bardana; la dejó caer al suelo a las patas de Corvino Plumoso.

—Sigo sin perdonarte —maulló Glayo—. Todo lo que dije sigue siendo cierto. Pero soy un curandero, y no puedo dejar morir a un gato cuando podría salvarlo. Ni siquiera a Ventolero. Así que aquí está la raíz de bardana.

Corvino Plumoso apenas podía recuperar el aliento.

—¡G-gracias! —balbuceó.

Glayo no respondió. Se dio la vuelta, volvió a su guarida y desapareció tras la pantalla de zarzas. Corvino Plumoso recogió la raíz de bardana del suelo fangoso y brincó de regreso hacia el territorio del Clan del Viento.

«*Aguanta, Ventolero* —pensó—. *Voy para allá*».

CAPÍTULO 33

Nube Negra y Cola Brecina se levantaron de un salto cuando Corvino Plumoso entró en la guarida del curandero. Ventolero estaba acurrucado junto a ellas, moviéndose en un sueño intranquilo.

—¿Y bien? ¿Hojarasca Acuática tenía raíz de bardana? —Nube Negra exigió.

—Vi a Glayo, no a Hojarasca Acuática —respondió Corvino Plumoso, dejando caer la raíz delante de Vuelo de Azor—. Él me dio la raíz.

«*No hace falta que les diga* cómo *me la dio*».

Al instante, Vuelo de Azor agarró la raíz de bardana y empezó a masticarla hasta hacerla pulpa. Una vez que tuvo un poco lista, la untó en la mordedura de armiño hinchada y la ató en su lugar con una telaraña.

—Eso debería aliviar el dolor y combatir la infección —explicó.

El mediodía llegó y se fue, y Corvino Plumoso, Nube Negra y Cola Brecina permanecieron en la guarida del curandero, vigilando ansiosamente a Ventolero. Al principio, Corvino Plumoso no veía grandes cambios en el estado de su hijo, pero al cabo de un rato, Ventolero pareció sumergirse en un sueño más profundo y tranquilo.

—Esa es una buena señal —maulló Vuelo de Azor—. Un sueño de verdad, no como el sueño inquieto que ha tenido hasta ahora, es sano.

Los tres guerreros se miraron entre sí, y Corvino Plumoso vio su propio alivio reflejado en los rostros de las gatas. También se dio cuenta de que ambas parecían agotadas después de su larga vigilia.

—Deberían ir a buscar alguna presa y luego descansar —les dijo—. Han estado aquí en la guarida, preocupadas, todo el día.

Nube Negra abrió las fauces para protestar, pero Corvino Plumoso se le adelantó.

—Me quedaré aquí junto a Ventolero —prometió—, y las llamaré si algo cambia.

—Corvino Plumoso tiene razón —Vuelo de Azor coincidió—. Deberían irse. No ayudarán a Ventolero enfermándose.

Nube Negra y Cola Brecina intercambiaron una mirada, y luego, aún claramente reacias, salieron de la guarida. Corvino Plumoso se acomodó junto al lecho de Ventolero, con la mirada fija en el rostro dormido de su hijo. Vuelo de Azor iba y venía en silencio, ocupado con sus deberes de curandero.

La mente de Corvino Plumoso se fue hasta el día en que nació Ventolero. Ni siquiera entonces había amado a Nube Negra como había amado a Plumosa, y más tarde a Hojarasca Acuática, pero la había admirado por su fuerza y su lealtad al Clan del Viento. Estaba orgulloso de que ella tuviera a sus cachorros, pero no estaba preparado para la aguda punzada de amor que sintió por Ventolero cuando el cachorro finalmente nació.

El parto había sido difícil. Había otras dos crías en la camada: una había nacido muerta, y la otra solo había vivido unos instantes. Pero Ventolero había sido perfecto y fuerte. «*¿Cómo me alejé tanto de ese sentimiento?*».

Corvino Plumoso se dio cuenta de que la luz escarlata del atardecer se filtraba en la guarida, y luego la luz del día que quedaba se desvanecía en la noche. Vuelo de Azor dormía en su lecho y Corvino Plumoso estaba adormilado cuando Ventolero finalmente se movió.

Corvino Plumoso levantó la mirada para ver que los ojos de su hijo estaban abiertos, y no estaban brillantes y desenfocados como lo habían estado antes, ahora estaban agudos y alerta.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Corvino Plumoso—. Has estado muy enfermo. Todos estábamos preocupados por ti.

—Estoy bien… —murmuró Ventolero.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor, parpadeando con vaga sorpresa al ver al dormido Vuelo de Azor y la oscuridad del exterior.

—¿Has estado aquí toda la noche? —preguntó.

—Sí, bueno… —Corvino Plumoso se sintió incómodo al darse cuenta de que Ventolero se conmovió al verlo allí—. Cola Brecina te estaba cuidando —continuó rápidamente—, pero estaba tan agotada que la convencí de que se fuera a descansar. Ella y Nube Negra volverán al amanecer para ver cómo estás.

—Eso es bueno —contestó Ventolero—. Cola Brecina es… increíble.

—Desde luego que lo es —Corvino Plumoso coincidió.

—No puedo creer que ella realmente quiera estar conmigo —continuó Ventolero, con una expresión desconcertada pero feliz en su rostro.

—¿Y por qué no? —Corvino Plumoso tocó el hombro de Ventolero con la punta de la cola—. Eres un leal guerrero del Clan del Viento, y uno de los más valientes.

Ventolero lo miró, con incredulidad en los ojos.

—¿En serio crees eso?

—En serio lo creo.

Hablando suavemente con su hijo en la oscuridad, Corvino Plumoso sintió que las cosas estaban cambiando de verdad. Estaba cumpliendo la promesa que le había hecho a Perlada, y a sí mismo.

«*Esto es bueno* —pensó—. *¿Por qué era tan difícil antes?*».

Pronto Ventolero volvió a dormirse, y Corvino Plumoso se sintió lo bastante tranquilo como para hacer lo mismo. En seguida se encontró en la ladera de una colina, el viento ondulaba el pasto y soplaba a través de su pelaje, aplastándolo contra sus costados. El aire estaba lleno de aromas del páramo salvaje. El cielo brillaba con estrellas y la luz provenía de algún lugar detrás de él, de modo que proyectaba una sombra larga y temblorosa al frente. Al volverse, Corvino Plumoso vio a Perlada.

Su madre estaba de pie frente a él. Su pelaje gris brillaba con el resplandor pálido que había visto antes en sus sueños, pero esta vez sus orejas brillaban débilmente, y había un destello helado alrededor de sus patas.

—¡Llegaste al Clan Estelar! —exclamó él, sobrecogido por lo hermosa que era.

Perlada inclinó la cabeza.

—Ya era hora —maulló—. Estoy tan orgullosa de ti, Corvino Plumoso. Orgullosa de que por fin escuches. Nadie puede ser un buen guerrero, o un compañero de Clan leal, con un corazón cerrado. Ahora has abierto el tuyo… y el Clan del Viento es mejor por ello.

Una profunda felicidad fluyó a través de Corvino Plumoso ante los elogios de su madre, pero la aprehensión también se mezcló con ella.

—Me asusta un poco —admitió—. Amar, cuando por tanto tiempo traté de no hacerlo. A quien sea que ames, puedes perderlo.

—La pérdida vale la pena —ronroneó Perlada con calidez—. Yo te amé a ti… mucho… y ahora me duele partir. Pero soy mejor por ello, y tú también.

—¿Entonces no te volveré a ver? —preguntó Corvino Plumoso, sintiendo como si un árbol del bosque se le hubiera caído encima.

—No así —Perlada contestó—. Pero siempre te cuidaré, desde el Clan Estelar.

Corvino Plumoso lanzó un largo suspiro, obligándose a aceptarlo.

—Adiós, entonces —maulló—. Siempre te amaré, y te extrañaré.

—Cuida de tu familia —maulló su madre—. Y recuerda que siempre estaré contigo… —Su voz se apagó con las últimas palabras.

Corvino Plumoso vio que su forma empezaba a desvanecerse, hasta que no fue más que un destello helado en el aire, y luego desapareció.

Capítulo 34

El sol casi tocaba la cima del páramo mientras Corvino Plumoso y Zarpa de Pluma apretaban cuidadosamente una piedra plana contra el costado de una de las entradas a los túneles, apuntalando un derrame de tierra que se desmoronaba.

—Bien —maulló Corvino Plumoso, retrocediendo con un ronroneo de satisfacción—. Deberíamos terminar este trabajo antes de que anochezca.

Había pasado más de una luna desde la batalla contra los armiños, y hasta ahora ninguno de los sobrevivientes había vuelto. Incluso su olor se había desvanecido del todo. Estrella de Bigotes había ordenado que se bloquearan con más seguridad todas las entradas a los túneles, exceptuando una, y había decidido que el Clan del Viento debía patrullar los túneles para evitar que cualquier otro animal se asentara allí en el futuro.

—¡Imaginen si una familia de tejones decidiera vivir allí! —había maullado.

Cuando Zarpa de Pluma salió corriendo para buscar más piedras, Nube Negra y Zarpa Ululante aparecieron por la entrada y se pararon junto a Corvino Plumoso, sacudiéndose polvo de los mantos.

—¡Listo! —Nube Negra exclamó—. Ya limpiamos todo lo que quedaba de las presas viejas.

—¡Fue asqueroso! —añadió Zarpa Ululante, pasándose la lengua por las mandíbulas como si pudiera sentirle el gusto a la carroña—. Creí que nunca terminaríamos.

—Bien hecho —Corvino Plumoso maulló, asintiendo para mostrar su aprobación, sorprendido de lo cómodo que se sentía cerca de Nube Negra ahora.

—¡Ya has hecho bastante! —La voz de Cola Brecina provino de más allá siguiendo la orilla; Corvino Plumoso se giró para verla con Ventolero—. Estrella de Bigotes te eligió para ir a la Asamblea, así que primero deberías descansar.

Ventolero la empujó amistosamente.

—Estoy perfectamente bien —maulló.

Corvino Plumoso apenas podía creer lo despreocupado que sonaba Ventolero, como si algo más que la infección de la mordida del armiño se hubiese curado dentro de él. «*Es bueno escucharlo así*».

Intercambió una mirada divertida con Nube Negra mientras escuchaban la amable discusión de los dos gatos jóvenes.

Nube Negra se inclinó más cerca de él y le susurró al oído:

—No me sorprendería si hay nuevos cachorros en la maternidad pronto.

—¿En serio? —preguntó Corvino Plumoso—. Sé que eso dijiste antes, pero…

—¡Solo míralos, cerebro de ratón! —Las palabras de Nube Negra fueron duras, pero sus ojos chispeaban y su cola se enroscó de manera juguetona.

—Cachorros… —Corvino Plumoso murmuró—. Gran Clan Estelar, ¿*tan* pronto…?

«*Apenas estoy descubriendo cómo ser un padre*...».

La voz de Estrella de Bigotes, reuniendo al Clan, interrumpió su reflexión. El sol comenzaba a ponerse, proyectando una luz escarlata a través del páramo. Una fría brisa se había levantado, pero el cielo estaba despejado, un buen presagio para la Asamblea de aquella noche.

—Terminamos las tareas por hoy —anunció el líder del Clan cuando sus gatos avanzaron hacia él—. Regresaremos al campamento, y los gatos que he elegido para asistir a la Asamblea deberían ir a sus guaridas y descansar.

«*Al menos* —pensó Corvino Plumoso cuando comenzó a trepar la colina tras su líder de Clan— *esta vez tenemos noticias buenas que dar*».

Corvino Plumoso se deslizó hacia la movediza multitud de gatos en el claro bajo las ramas del Gran Roble. Una vez más el Clan del Viento era el último en llegar, pero los líderes de los Clanes no parecían tener apuro alguno en comenzar la reunión. Los gatos del Clan del Viento tuvieron tiempo de mezclarse con los que llegaron antes, saludando a sus amigos de los otros Clanes.

Corvino Plumoso se encontró un espacio no muy lejos de las raíces del Gran Roble, donde Lebrón había tomado su lugar junto a los otros lugartenientes. No muy lejos, vio a Hojarasca Acuática y Glayo con sus compañeros curanderos.

Por un largo tiempo antes de la batalla contra el Bosque Oscuro, Corvino Plumoso apenas había sido capaz de mirarlos, pero ahora todo lo que podía sentir por ellos era gratitud. Hojarasca Acuática lo había ayudado a curar su corazón luego de que Plumosa muriera, aunque al final no pudieron estar juntos, y quizá Glayo seguía odiando a Ventolero, pero había hecho lo correcto al salvarle la vida.

Finalmente, Estrella Negra levantó la cabeza para que todos le prestaran atención:

—Antes de comenzar, recordemos a los caídos…

«*Otra vez con eso*», pensó Corvino Plumoso, aunque sí que le parecía importante no olvidar a los guerreros caídos.

Tan pronto como había terminado, Estrella Negra declaró que las presas corrían bien en el territorio del Clan de la Sombra.

—Mis patrullas detectaron olor a zorro cerca de la zona de ocio de los Dos Patas —continuó—, pero se desvaneció con rapidez y no ha vuelto. Creemos que el zorro solo estaba de paso.

Dio un paso atrás, haciéndole un gesto con la cola a Estrella Vaharina para que hablara por el Clan del Río. La gata gris azulada inclinó la cabeza en reconocimiento antes de comenzar.

—Todo está bien en el Clan del Río —anunció—. Esta última luna hemos tenido varios casos de tos blanca, pero Ala de Mariposa y Blima fueron capaces de tratarlos antes de que se convirtieran en tos verde, y los enfermos se están recuperando bien. Ala de Mariposa, Blima, su Clan les da las gracias.

Los gatos del Clan del Río se unieron para corear los nombres de sus dos curanderas, cuando Estrella Zarzosa dio un paso adelante para comenzar su informe.

—La vida va bien en el Clan del Trueno —maulló—. Dos de nuestros aprendices, Zarpa de Cereza y Zarpa de Topo, han completado su entrenamiento, luego de que Candeal se hiciera cargo de Zarpa de Cereza tras la muerte de Salto de Raposo. Les damos la bienvenida como guerreros, Caída de Cereza y Bigotes de Topo.

—¡Caída de Cereza! ¡Bigotes de Topo! —Los gatos reunidos estallaron en aullidos, mientras los dos nuevos guerreros inclinaban las cabezas, pareciendo avergonzados pero felices.

Corvino Plumoso medio esperaba que Estrella Zarzosa mencionara la batalla contra los armiños, pero el líder del Clan del Trueno le dio su lugar a Estrella de Bigotes sin decir nada más. «*Debe de estar dejando esa noticia para que las dé Estrella de Bigotes*», pensó, mientras Estrella Zarzosa se sentaba en su rama nuevamente y le asentía a Estrella de Bigotes para que hiciera su informe.

Corvino Plumoso creyó que su líder de Clan parecía orgulloso cuando se puso de pie y dejó que su mirada recorriera a los gatos reunidos en el suelo por debajo suyo. «*No me extraña, luego de todos los problemas de la última Asamblea. Han cambiado muchas cosas desde entonces*».

—El Clan del Viento libró una batalla contra los armiños en los túneles —Estrella de Bigotes comenzó—. Muchos de los armiños fueron asesinados, y los sobrevivientes huyeron. Los túneles están despejados una vez más. Pero el Clan del Viento no peleó solo. El Clan del Trueno acudió en nuestra ayuda, y sin su valentía y la generosa ayuda que nos dieron, nunca podríamos habernos ganado esta victoria. Estrella Zarzosa, el Clan del Viento les agradece a ti y a tu Clan desde el fondo de nuestros corazones.

Estrella de Bigotes se detuvo, inclinando la cabeza profundamente a Estrella Zarzosa; Corvino Plumoso pudo ver lo mucho que respetaba ahora al joven líder del Clan del Trueno. Los ojos ámbar de Estrella Zarzosa brillaron en respuesta, como si el elogio del líder mayor y experimentado significara mucho para él.

—También quiero mencionar a alguien más —prosiguió Estrella de Bigotes—. Un guerrero de mi propio Clan, con quien he tenido mis diferencias, pero quien nunca abandonó su determinación de expulsar a los armiños. Corvino Plumoso, aunque hayamos peleado, aprecio tu devoción al Clan del Viento.

Corvino Plumoso sintió una calidez bajo su manto cuando Estrella de Bigotes asintió en dirección a él. «*No te ablandes conmigo*», pensó, pero entre su vergüenza consiguió asentirle para mostrar su aprecio. Su líder le devolvió el gesto, y luego continuó.

—También debo mencionar a los gatos que pelearon con especial valentía y merecen nuestro agradecimiento colectivo. Del Clan del Trueno, Ratonero, Betulón, Espinardo y Flores Caídas; del Clan del Viento, Lebrón, Ala de Alondra, Nariz de Bigotes y Ventolero.

Mientras Estrella de Bigotes pronunciaba los nombres, un murmullo proveniente de los gatos reunidos se alzó, cuando se dieron cuenta de que aquellos eran los gatos que habían entrenado con el Bosque Oscuro a espaldas de sus compañeros de Clan.

Tan pronto como Estrella de Bigotes hubo terminado de hablar, Serbal, el lugarteniente del Clan de la Sombra, se puso de pie de un salto desde donde estaba sentado en las raíces del Gran Roble. Corvino Plumoso sintió que el terror le subía por el estómago, sabiendo muy bien que Serbal estaba a punto de perturbar el espíritu de amistad que estaba creciendo entre los Clanes.

—¡Más les vale que luchen con valentía! —espetó—. Tienen mucho que compensar antes de que cualquiera pueda volver a confiar en ellos.

Estrella Zarzosa se alzó, fulminando a Serbal con la mirada, pero antes de que pudiera hablar, Leonado se puso de pie de un salto y se enfrentó al lugarteniente del Clan de la Sombra.

—¡Deberías avergonzarte, Serbal! —maulló—. Todos saben que estos gatos fueron engañados. Creyeron que se estaban volviendo guerreros más fuertes para proteger a sus Clanes. Hicieron un juramento de lealtad, y han demostrado su valía desde entonces. Ventolero me salvó la vida cuando los armiños se me vinieron encima. Si yo puedo perdonar a Ventolero por su parte en la Gran Batalla, entonces tú, Serbal, no tienes excusa. —El atigrado dorado giró la cabeza hasta que su fría mirada ámbar se posó en Ventolero—. Personalmente, creo que el pasado debería quedarse en el pasado.

Serbal se echó sobre su raíz con una mirada de desprecio, pero no dijo nada más. Mientras Estrella Zarzosa daba brevemente las gracias a Estrella de Bigotes y daba fin a la reunión, Corvino Plumoso mantuvo la mirada fija en Leonado. «*Qué gato tan franco, generoso y cándido es Leonado* —pensó—. *Es un guerrero fuerte, y cualquiera debería estar orgulloso de llamarlo su pariente*». Con un poco de ironía, admitió que haber sido criado por Estrella Zarzosa probablemente tenía mucho que ver con que se hubiera convertido en ese tipo de gato. «*Tal vez algún día se lo agradezca a Estrella Zarzosa*».

Corvino Plumoso caminaba entre Estrella de Bigotes y Lebrón mientras cruzaban el páramo de regreso al campamento del Clan del Viento. Delgadas nubes surcaban el cielo, empujadas por una fuerte brisa, pero la luna flotaba serenamente sobre todos ellos, y los guerreros del Clan Estelar brillaban de horizonte a horizonte.

—Fue una gran Asamblea —comentó Lebrón, parpadeando satisfecho—. Es bueno que haya paz entre todos los Clanes.

—Sí —Corvino Plumoso coincidió—. Ahora hay tiempo para que los Clanes se vuelvan fuertes, sin ser amenazados unos por otros.

Durante varios latidos Estrella de Bigotes permaneció en silencio; sus ojos estaban oscuros, parecían pensar en otra cosa.

—¿Estás bien? —le preguntó Lebrón.

Estrella de Bigotes miró a Lebrón, a Corvino Plumoso, y luego a sus propias patas, manteniendo el ritmo mientras caminaba cuesta arriba.

—No sé por cuánto tiempo habrá paz en los Clanes —maulló en voz baja—. No puedo quitarme la sensación de que algo malo se avecina.

—¿Sabes *qué*? —preguntó Lebrón al líder de su Clan.

Estrella de Bigotes negó con la cabeza.

—No —contestó, temblando—. Pero a veces tengo pesadillas.

Corvino Plumoso recordó la visión de Vuelo de Azor del agua brotando de los túneles, lo bastante fuerte como para abrumar y ahogar a todos los Clanes. «*Siempre he creído que los armiños no eran suficientes para explicar una señal tan terrible* — pensó con un súbito temblor en el vientre—. *¿Y si tengo razón? ¿Y si hay una segunda oleada que nos engullirá a todos?*».

Volvieron al campamento, y Corvino Plumoso se acurrucó en su lecho. A pesar de los recelos de Estrella de Bigotes, se sentía en paz. El Clan del Viento había aprendido una lección: debían confiar en los otros Clanes.

Hundiéndose en el sueño, Corvino Plumoso soñó que estaba echado en una soleada hondonada del páramo, mientras el aroma de los brotes frescos llenaba el aire. Unos cachorros sanos y ruidosos se arremolinaban a su alrededor, golpeándolo con sus suaves patas y soltando chillidos emocionados mientras se revolcaban. Notó que uno de ellos tenía los grandes ojos azules de Cola Brecina, mientras que dos de los otros eran tan negros como Ventolero.

—¡Uf! Quítate! —exclamó Corvino Plumoso, golpeándolos suavemente con las garras envainadas.

—¡Eres un tejón! —chilló uno de los cachorros—. ¡Y somos guerreros que venimos a por ti!

—¡Sí, sal de nuestro territorio, tejón apestoso! —Otro de ellos hundió las garras profundamente en el pelaje de Corvino Plumoso.

Una de los cachorros, más aventurera que el resto, se dirigía a través del páramo. Nube Negra la interceptó y la guió de vuelta hacia sus hermanos de camada. Ventolero y Cola Brecina, con las colas entrelazadas, miraban con diversión en los ojos.

Corvino Plumoso nunca había conocido tales sentimientos de profunda felicidad y paz. Mirando hacia arriba, vio una nube sobre él que de repente se transformó en una forma familiar. El rostro de Perlada lo miraba desde arriba, y Corvino Plumoso se deleitó con el orgullo y el amor de su expresión.

«*Gracias, Perlada* —pensó—. *Me enseñaste lo que necesitaba aprender. Todo lo que soporté me trajo a esto, para darme algo por lo que luchar en el Clan del Viento. Y si se avecinan problemas* —agregó para sí mismo—, *entonces el Clan del Viento se ocupará de ellos. Después de la Gran Batalla, y la lucha contra los armiños, seguramente no hay amenaza que nuestro Clan no pueda enfrentar*».

CÓMIC EXCLUSIVO

Continúa leyendo para una aventura de cómic exclusiva…

Creado por
ERIN HUNTER

Escrito por
DAN JOLLEY

Arte por
JAMES L. BARRY

Traducido por
MONKI_DONKI

¡Atención!

El siguiente cómic contiene **grandes spoilers** de:
“Una Visión de Sombras #3: Cielo Destrozado”

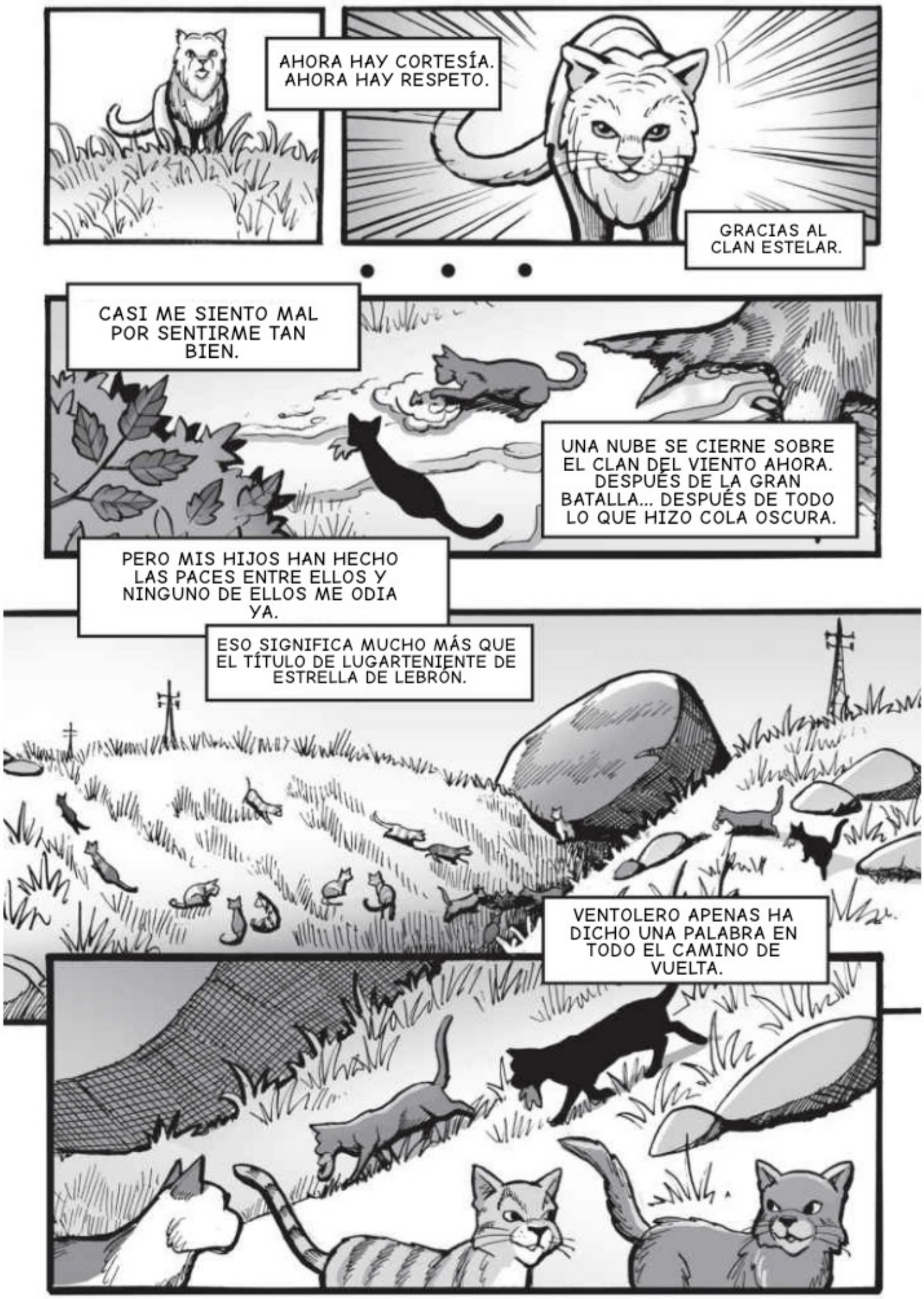
SOY CORVINO PLUMOSO, UN GATO DEL CLAN DEL VIENTO.
LAS COSAS HAN SIDO DIFÍCILES DESDE QUE ESTRELLA DE BIGOTES MURIÓ.
SE SIENTE COMO... COMO SI HUBIERA UNA SOMBRA SOBRE EL CAMPAMENTO. TODO EL TIEMPO.
MI HIJO, VENTOLERO, NO SE EQUIVOCA, EL CLAN DEL VIENTO HA PASADO POR TIEMPOS TERRIBLES ESTA HOJA VERDE.
LO QUE HIZO COLA OSCURA... Y LAS RAZONES PARA HACERLO. SECRETOS DOLOROSOS, AHORA AL DESCUBIERTO PARA QUE PODAMOS VER.
CAUSÓ MUCHO DAÑO A LOS CINCO CLANES.
LAS COSAS DEBERÍAN MEJORAR, ESPERO. AHORA QUE ESTRELLA DE LEBRÓN LIDERA EL CLAN.
¿A QUIÉN CREES QUE ELEGIRÁ COMO SU LUGARTENIENTE?
NO SÉ. A QUIEN QUIERA.
REALMENTE NO ME IMPORTA.
ESCUCHO UN TONO EN LA VOZ DE VENTOLERO... ¿ES RESENTIMIENTO? AMBOS SABEMOS QUE NO ES PROBABLE QUE ESTRELLA DE LEBRÓN LO ELIJA COMO LUGARTENIENTE.
O TAL VEZ SOLO ESTÁ CANSADO DE TODOS LOS CAMBIOS A NUESTRO ALREDEDOR. NO PODRÍA CULPARLO POR ELLO.

PROBABLEMENTE ESTRELLA DE LEBRÓN TAMPOCO ME ELIJA A MÍ. QUERRÁ UN GATO MÁS JOVEN. Y LO ENTIENDO.
ESTOY FELIZ DE QUE MI FAMILIA ESTÉ BIEN AHORA. AL MENOS EN SU MAYOR PARTE.
MIRA. ALLÍ EN EL TRONCO DE ESE ÁRBOL.
UNA ARDILLA.
BUENA VISTA AGUDA LA QUE TIENES.
GRACIAS.
ESTAMOS DE CAZA Y NECESITAMOS CONCENTRARNOS. LO SÉ.
PERO OÍR A MI HIJO DECIR "GRACIAS"... ¿NI UN RESPINGO? ¿SIN RÉPLICAS AIRADAS? SÓLO "GRACIAS".
ESTÁ SOLTANDO TODA LA RABIA QUE HA CARGADO DURANTE TANTO TIEMPO.
VENTOLERO PODRÍA TENER UN BUEN FUTURO EN EL CLAN DEL VIENTO DESPUÉS DE TODO.

HE ESTADO PENSANDO.
¿SÍ?
SIMPLEMENTE NO PUEDO CREER LO CERCA QUE ESTUVIERON LOS CLANES DE...
...SEPARARSE.
Y TODO SE REDUJO A COLA OSCURA.
¿ESTAMOS TAN CERCA DE QUE TODO SE VENGA ABAJO? ¿QUE SOLO UN GATO PUEDA HACER TANTO DAÑO?
NO TE PREOCUPES, VENTOLERO. LOS CLANES SOBREVIVIERON DURANTE INCONTABLES TEMPORADAS ANTES DE QUE LLEGARA COLA OSCURA.
Y ESTAREMOS AQUÍ MUCHO DESPUÉS DE QUE ÉL HAYA SIDO OLVIDADO.
COLA OSCURA FUE... UNA MALA TORMENTA. UN CASO DE TOS BLANCA. HIZO ALGÚN DAÑO, SÍ, PERO NO ES NADA QUE NO PODAMOS SOPORTAR.

SUPONGO QUE TIENES RAZÓN. ESPERO QUE TENGAS RAZÓN, ES SOLO QUE...
TANTOS GATOS CONFIABAN EN ÉL. TANTOS ESTABAN LISTOS PARA CREER EN EL. Y MIRA LO QUE HIZO.
ABRIENDO TODAS ESTAS VIEJAS HERIDAS. MÁS TRAICIONES.
¿EVITARÁ ESTO QUE LOS CLANES CONFÍEN ALGUNA VEZ EN LOS GUERREROS DEL BOSQUE OSCURO?
OJALÁ SUPIERA LA RESPUESTA A ESA PREGUNTA.
PERO ANTES DE QUE SE ME OCURRA UNA--
DELANTE.
PATRULLA DEL CLAN DEL TRUENO.
¿QUÉ GATOS? ¿YA TIENES UN OLOR?

UNO DE ELLOS ES...
LEONADO.
LEONADO, MI OTRO HIJO. UN SECRETO QUE GUARDÉ DURANTE DEMASIADO TIEMPO.
HUBO UN TIEMPO, NO HACE MUCHO,
CUANDO VENTOLERO Y LEONADO HABRÍAN ESTADO A LA GARGANTA DEL OTRO.
PERO AHORA...


AHORA HAY CORTESÍA. AHORA HAY RESPETO.
GRACIAS AL CLAN ESTELAR.
CASI ME SIENTO MAL POR SENTIRME TAN BIEN.
UNA NUBE SE CIERNE SOBRE EL CLAN DEL VIENTO AHORA. DESPUÉS DE LA GRAN BATALLA... DESPUÉS DE TODO LO QUE HIZO COLA OSCURA.
PERO MIS HIJOS HAN HECHO LAS PACES ENTRE ELLOS Y NINGUNO DE ELLOS ME ODIA YA.
ESO SIGNIFICA MUCHO MÁS QUE EL TÍTULO DE LUGARTENIENTE DE ESTRELLA DE LEBRÓN.
VENTOLERO APENAS HA DICHO UNA PALABRA EN TODO EL CAMINO DE VUELTA.

SÉ QUE ESTÁ AL LÍMITE.
RODEADO POR TANTOS GATOS QUE NO QUISIERON SABER NADA DE ÉL DURANTE TANTO TIEMPO...
SI CREE QUE NUESTROS COMPAÑEROS DE CLAN NO CONFÍAN EN ÉL, ¿EMPEZARÁ A AHUYENTARLOS?
¿LES HARÁ PENSAR QUE NO PERTENECE AQUÍ DESPUÉS DE TODO?
NO PUEDO PERMITIR QUE VUELVA A OCURRIR.
NO LO HARÉ.

MIRA ESTO... TODOS LOS GATOS DE AQUÍ NOS ESTÁN MIRANDO.
GENIAL.
¿VAN A RECHAZAR A VENTOLERO?
¿TODO LO QUE HEMOS HECHO HA SIDO EN VANO?
NO... ESPERA...
VENTOLERO, ¿ES MI IMAGINACIÓN?
¿O TODOS LOS GATOS PARECEN... FELICES?
NO CREO QUE LO ESTÉS IMAGINANDO...
CORVINO PLUMOSO, SI PUEDES DEDICARME UN MOMENTO...
YO... POR SUPUESTO, VAS A--
¡CLAN DEL VIENTO! ¡TENGO ALGO QUE ANUNCIAR!

CORVINO PLUMOSO. DESPUÉS DE PENSARLO DETENIDAMENTE, HE DECIDIDO NOMBRARTE COMO MI NUEVO LUGARTENIENTE.
¿ACEPTAS?
¿YO? ¿LUGARTENIENTE?
¿PERO QUÉ PASA CON VENTOLERO?
NO QUIERO QUE ME GUARDE RENCOR... QUE ME ODIE. ¡ESO NO VALE LA PENA!
VENTOLERO-- HIJO, YO...
NO TE PREOCUPES SERÁS UN GRAN LUGARTENIENTE.
ESTRELLA DE LEBRÓN ESCOGIÓ BIEN.
¿CORVINO PLUMOSO? ¿CUÁL ES TU RESPUESTA?
SERÍA UN HONOR, ESTRELLA DE LEBRÓN.
AHÍ ESTÁ NUBE NEGRA--
¿TAMBIÉN ESTÁ DE ACUERDO CON ESTO?

MIS HIJOS... MI FAMILIA... TODO MI CLAN, EN PAZ.
NO SÉ SI MEREZCO TODO ESTO.
PERO LO ACEPTARÉ.
QUE TODOS LOS GATOS LO BASTANTE MAYORES PARA CAZAR SUS PROPIAS PRESAS SE REÚNAN BAJO LA ROCA ALTA PARA UNA REUNIÓN DEL CLAN.
DIGO ESTAS PALABRAS ANTE EL CLAN ESTELAR...
Y JURO...
...QUE SERÉ EL MEJOR LUGARTENIENTE QUE PUEDA SER.

Libro original: “Warriors: Crowfeather’s Trial” *por* ***Erin Hunter***.

Arte de la portada y encabezados: ***Zofia Kledzik***.
Arte del cómic: ***James L. Barry***.

Traducción: ***Wing***, ***Pichu06*** *y* ***TheRiver’s***.
Traducción del cómic: ***Monki_Donki***.
Edición de portada: ***Monki_Donki***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio